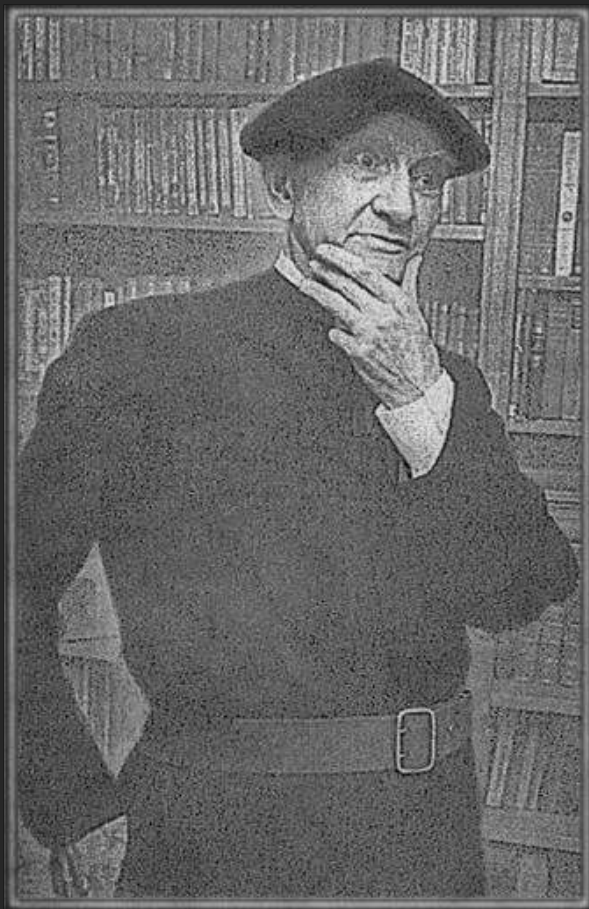


LOS PAPELES DE LEONARDO CASTELLANI



Daniel O. González Céspedes - Liliana B. Pincirolí de Caratti
Compilación Prólogo

Daniel O. González Céspedes
(Compilador)

LOS PAPELES
DE
LEONARDO CASTELLANI

(Recopilación de sus prólogos y epílogos a terceros)

1º edición ampliada

Prólogo:
Dra. Liliana B. Pincirolí de Caratti

San Rafael – Mendoza – Argentina

2019

González Céspedes, Daniel Omar

Los papeles de Leonardo Castellani: recopilación de sus prólogos y epílogos a terceros / Daniel Omar González Céspedes; compilado por Daniel Omar González Céspedes; prólogo de Liliana Beatriz Pincirolí. - 1a ed. ampliada. - San Rafael: Daniel Omar González Céspedes, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-86-0331-5

1. Ensayo Literario. I. González Céspedes, Daniel Omar, comp. II. Pincirolí, Liliana Beatriz, prolog. III. Título.
CDD A864

Hecho el depósito que previene la ley.

Índice

Sobre la presente edición	5
Prólogo no indispensable.....	7
Introducción.....	11

Los Papeles de Leonardo Castellani

<i>Theonas</i> , de Jaques Maritain.....	23
<i>La historia falsificada</i> , de Ernesto Palacio	35
<i>La Iglesia de nuestra Fe</i> , de Ludwig Kösters	61
<i>58°</i> , de Edmundo Vanini.....	67
<i>Suma Teológica</i> , de Santo Tomás de Aquino	71
<i>La gloria de Tomás de Aquino</i> , de Henry Gheon	109
<i>La revolución que anunciamos</i> , de Marcelo Sánchez Sorondo	113
<i>La Crítica de Kant</i> , de Joseph Maréchal.....	139
<i>La Reina de las siete espadas</i> , de Gilbert K. Chesterton	177
<i>Señor del mundo</i> , de Robert H. Benson.....	183
<i>Avivando brasas</i> , de Federico Ibarguren	193
<i>Nociones de comunismo para católicos</i> , de Enrique Elizalde	197
<i>Poemas en nostalgia mayor</i> , de Clemente Ruppel	213
<i>Nosotros los inmortales</i> , de Helvio Botana	219
<i>La Iglesia patristica y la parusía</i> , de F. Alcañiz y L. Castellani	229
<i>Nos los representantes del pueblo</i> , de José María Rosa	235

<i>La Universidad y la Nación</i> , de Carlos A. Disandro	237
<i>Así fue Mayo</i> , de Federico Ibarguren	239
<i>Las apariciones no son un mito</i> , de F. Sánchez Ventura y Pascual	245
<i>Política, Nacionalismo, Estado</i> , de Juan C. Cornejo Linares	255
<i>Imperialismos y Masonería</i> , de Virgilio Filippo.....	259
<i>Reflexiones sobre y desde La Pampa</i> , de Francisco V. Schoo	261
<i>Las negaciones de Garabandal</i> , de F. Sánchez Ventura y Pascual	267
<i>El fusilado</i> , de Jorge Vicente Schoo	271
<i>Semblanzas heroicas</i> , de Blas A. Malvicini.....	275
<i>Descenso a los infiernos de la burocracia en la enseñanza secundaria</i> , de Magda Ivanissevich de D'Angelo Rodríguez	279
<i>La ciudad de mi infancia</i> , de Magda Ivanissevich de D'Angelo Rodríguez	287
<i>Las cien mejores poesías (líricas) argentinas</i> , de AA.VV	291
<i>Argentina y su sombra</i> , de Juan Francisco Guevara	295
<i>Alma de pie de gallo</i> , de Ángel L. M. Salvat.....	297
Clasificación temática de los escritos que integran el presente volumen...	299

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

En noviembre de 2017 se publicó la primera edición de *Los Papeles de Leonardo Castellani*, recopilación de prólogos y epílogos que fue resultado de una prolija investigación. Sin embargo no habíamos podido hallar el prólogo de Castellani al libro *Semblanzas heroicas* de Blas A. Malvicini, que providencialmente llegó a nosotros en este año de 2019.

Ofrecemos, pues, esta edición ampliada; renovando nuestro propósito de continuar con la tarea de difusión de la obra castellaniana, como un servicio a Dios y a la Patria.

Los editores

PRÓLOGO NO INDISPENSABLE

La mayoría de los lectores se saltean los prólogos. Y los epílogos. Y es justo, ya que lo interesante es el “logos”: el *quid*, no sus alrededores.

El prólogo es un paratexto, es decir, un texto que rodea, como el caparazón a la perla, algo valioso en sí. Es un envoltorio que demora el acceso a la sustancia.

Pero hay prólogos y prólogos.

Están los del mismo autor: son prólogos autógrafos aclaratorios, o autobiográficos, o de defensa: “galeatos” (“con morrión” los llama Castellani), o simplemente introductorios, y muchas veces indispensables para la comprensión del texto, en tanto lo enmarcan y justifican. Y ponen “en situación” al lector, que en este caso debe comportarse como el “amable lector” al que se pide entendimiento, tolerancia y complicidad.

Están los prólogos “alógrafos” o “de terceros”. Es decir, escritos por personas distintas del autor del libro a quien este ha solicitado su redacción.

Como lo exige la cortesía, suelen consistir en amables presentaciones de obras ajenas que aportan algún dato externo, una mirada crítica, una clave de interpretación. Es tanto la voz laudatoria que aconseja propagandísticamente su lectura, cuanto le da una autoridad en la materia que le da su aval y respaldo: garantiza su valor.

Algunas veces resultan superfluos, y su existencia ha marcado para siempre el desprestigio de sus congéneres. Otras veces demasiado extensos, un modo hábil de parasitar el propio libro en el ajeno...

Aquí el lector, interlocutor principal, ante cuyos ojos se exponen las tesis, se explayan las aclaraciones y se manifiestan las discrepancias sobre algún punto, participa como juez convocado por el afán persuasorio del prologuista.

Y entre todas las variedades de prólogos están los que han tomado vida propia y con ínfulas de texto-en-sí, han hecho casi olvidar que aparecieron como “dentorno”. Son los que justifican su ascenso a la categoría de género literario y no pocas veces perexistieron aun a la obra que acompañaban. Son prólogos emancipados –aunque no absolutamente, como es obvio– que han alcanzado estatura de ensayo.

A más de los prólogos a sus propias obras, enjundiosos e insoslayables, Leonardo Castellani escribió prólogos a pedido –pues fue varias veces convocado a presentar obras ajenas– que resultan igualmente ineludibles. Fiel a su estilo, en más de una oportunidad, luego de realizar los elogios de rigor, se metió en tema y estableció un contrapunto con el autor en el que sus propias ideas prevalecieron para iluminar el asunto tratado en el libro. Entonces, más que una presentación, Castellani ha entablado en cada caso una conversación. Le dieron pie para expresarse: así, pues, lo hizo, dialógicamente, magisterialmente.

El responsable de esta recopilación de prólogos de Castellani a obras ajenas entendió que se los podía despegar del texto al que acompañaban para ser leídos por sí mismos, porque halló en ellos algo que trascendía la relación. Y ese algo es la universalidad que suele otorgar Castellani a sus reflexiones, aun cuando se refiera a un hecho puntual. Siempre pega el salto hacia los principios, hacia el deber ser, hacia el ideal, o como quiera llamárselo: siempre mira el meollo del asunto.

Con su pluma apurada –*calamo corrente*– escribe como debatiendo, como apuntando las ideas que se le caen a los labios –a los dedos– a *propósito de*.

Por eso es que cuando uno lee sus prólogos a terceros no siempre se entera acabadamente de qué tratará el libro al que saluda desde el umbral. Porque ni hace un análisis, ni una síntesis, ni una reseña.

Castellani, simplemente, acepta la invitación al canto, y entonces canta opinando porque ese es su modo de cantar.

Pero no se demora mezquinamente en los zaguanes: conduce al lector hasta la puerta y acompaña el ingreso al convite con la cortesía del anfitrión que recibe a los invitados. “Pase al banquete que lo espera detrás de estas cancelas” le dice.

La mesa está servida.

Dra. Liliana Pincirolí de Caratti

San Rafael, Mendoza, noviembre de 2017

INTRODUCCIÓN

“La primera utilidad de la buena literatura reside en que impide que un hombre sea puramente moderno”.

G. K. Chesterton

Si bien los motivos que nos llevaron a emprender la tarea de rastrear y compilar los prólogos y epílogos escritos por Leonardo Castellani a libros de terceros fueron varios, podemos circunscribirlos a cinco.

El primero de ellos, por un deber de gratitud. El Padre Alberto Ezcurra lo sintetizó de manera insuperable: “amó a la Patria y a Dios en su Iglesia”¹. Y porque debemos seguir haciéndonos aquellas preguntas que Domingo Demaría se hiciera en su momento: “¿Qué seríamos nosotros si el Padre Castellani no hubiera existido? ¿Qué sería hoy la Argentina?”².

Lo creímos conveniente, en segundo lugar, por el propósito de continuar con la tarea de difusión de la obra castellaniana; porque si bien estos escritos vieron la luz en un momento determinado —entre 1935 y 1975—, sabemos que no son tantas las personas que los conocen; y su lectura les resultará provechosa. Estamos convencidos de ello ya que al leerlos o releerlos volvemos a encontrarnos con el *sabio*.

Sabio en el sentido aristotélico-tomista. Sus conocimientos, de la índole que fueran, estaban engarzados en una perfecta armonía que solo

¹ Ezcurra, Alberto (1981). *In Memoriam. P. Leonardo Castellani*. En: *Mikael*. Paraná, a. 9, n. 25, p. 96.

² Demaría, Domingo [Pseudónimo de Aragón, Roque Raúl] (1981). *Castellani, el Escritor*. En *Cabildo* 2° época. Bs. As, a. V, n. 41, p. 20.

da la Metafísica, y aún más, la Fe. Pero el Padre Castellani era sabio además porque no solamente conocía las cosas sino que saboreaba su verdad, se complacía en ella y su presentación las tornaba bellas y gustosas. Por eso puede abordar cualquier tema, analizarlo en profundidad, comprenderlo en sus causas últimas y exponerlo, finalmente, para hacerlo gustar y amar. Tenía mucha razón Rubén Calderón Bouchet cuando escribió:

“... sin ser dominico, ha hecho suyo el lema de aquella orden: *contemplari et contemplata aliis tradere*. Si esto no fuera mucho latín para nosotros, no tendríamos necesidad de añadir, para los más legos, que el fruto de la contemplación debe ser volcado sobre los otros de una manera capaz de llegar a su entendimiento”³.

Castellani sabía muy bien que "si la riqueza es un bien codiciable en la vida, ¿qué cosa más rica que la sabiduría, que todo lo obra?"⁴.

“No hay tiempo. Lea los clásicos”, fue la recomendación que el Padre Castellani le diera a Ezcurra cuando se despedía rumbo al Seminario. Es este el tercer motivo: Castellani es un *clásico* en el sentido vero del término. Entonces, si nos sentimos deudores de sus enseñanzas; si es guía segura para nosotros, no podemos permitir que la luz de la antorcha con que iluminó se extinga, pues “no hay tiempo”.

³ Calderón Bouchet, Rubén (1977). *Estudio preliminar* a Castellani, Leonardo. *Las canciones de Militis*. Buenos Aires: Dictio, p. 9-10.

⁴ *Sabiduría* 8, 5.

Hasta aquí, sucintamente explicados, los motivos gozosos. Pero lamentablemente existen razones que preocupan.

En cuarto lugar, la decadencia cultural en que nos encontramos inmersos es aterradora. Y, lo que es peor, no se vislumbra que semejante panorama pueda revertirse. Todo lo contrario; transitamos por un auténtico desierto cultural en el que cada día las arenas van ganando más terreno. ¿Qué diría nuestro Cura de esta Argentina devastada por la mediocridad y la frivolidad, chata en extremo? Seguramente recordando a Madame Marie Jeanne Roland de la Platière⁵ parafrasearía: “¡Oh, Cultura! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!”. E imposible no mentar, ante semejante cuadro, lo que con gracia sin igual llamaba Aníbal D’Angelo Rodríguez: *Cultura y otros negocios turbios*⁶.

El último motivo, y en cierta manera concatenado con lo expuesto, es que el Padre Castellani ironizaba con que “los argentinos no somos entendidos en libros; pero somos entendidos en encuadernaciones”⁷. Una terrible avalancha de porquerías de todo tipo nos desborda, comenzando por los famosos e inefables “best-seller”. *Lecturas que embrutecen al hombre*, al buen decir de Gustave Thibon.

La actualidad de Castellani no se puede discutir. Muchas de sus afirmaciones en estos escritos nos asombran. Incluso el valor que les

⁵ El 8 de noviembre de 1793, en la Plaza de la Revolución, antes que la guillotinaran, exclamó: “¡Oh, Libertad! ¡Cuántos crímenes se comenten en tu nombre!”.

⁶ Así tituló la sección donde publicó varios artículos suyos aparecidos en la 3ª época de la Revista *Cabildo* (N. del E.).

⁷ Hernández, Pablo José (1977). *Conversaciones con el Padre Leonardo Castellani*. Buenos Aires: Hachette, p. 39.

podemos asignar, debido a los años transcurridos, es aún mayor si tenemos en cuenta este presente caótico.

Por eso vemos que estos prólogos y epílogos no solo fueron un espaldarazo de buen cristiano a los autores presentados, sino que también tuvo muy en cuenta el bien que se les podía hacer a los eventuales lectores. Y en nuestro caso, a los futuros lectores. Tenía en alta estima los buenos libros y aborrecía los malos.

Expuestos los motivos, digamos dos palabras acerca del contenido de este libro.

Para el presente trabajo nos valimos, inicialmente, del detalle de la bibliografía del autor incluido en el Volumen I de la Biblioteca del Pensamiento Nacionalista Argentino⁸, pero posteriormente realizamos otras investigaciones y consultas, tanto en archivos particulares como en repositorios académicos de distintas bibliotecas para cerciorarnos de que estuviese completo. Pudimos identificar así treinta escritos.

Algunos de estos no fueron redactados *ex profeso* como prólogos o introducciones, sino que los autores de dichas publicaciones –o las editoriales– los vieron útiles para este fin. Asimismo indicamos los trabajos que fueron incluidos en otras publicaciones.

Al momento de determinar el criterio de clasificación de los escritos, primó el cronológico sobre el temático. Consideramos pertinente seguir el orden cronológico en que aparecieron porque el lector avezado podrá

⁸ Leonardo Castellani (1973). *Las canciones de Militis – 6 ensayos y 3 cartas*, Buenos Aires, Dictio, pp. 374-391.

notar los giros, matices, y sutilezas en su pensamiento y estilo. Y porque algunos prólogos remiten a otros escritos con anterioridad.

Al final de este libro ofrecemos una clasificación temática orientadora a modo de guía didáctica y útil para el lector. Esta fue confeccionada siguiendo una escala natural jerárquica en los saberes tratados. No debe entenderse de manera taxativa o estricta, pues todos sabemos que Castellani, en cualquier tema que abordaba, incluía enseñanzas que iban desde lo teológico o religioso hacia lo filosófico, político, cultural, etc.

- ❖ *Theonas*, de Jacques Maritain. 1935. Buenos Aires, Librería Santa Catalina, pp. 9-24. El subtítulo de esta obra es *O las conversaciones de un sabio y dos filósofos sobre materias desigualmente actuales*. Castellani publicó en el tomo L de la revista *Estudios* unas impresiones acerca de Maritain, tituladas “Los grados del saber”. Esas constituyen este prólogo. Esta obra es el volumen XVII de la Biblioteca de Doctrina Católica. También en el año 1941, lo incluyó como capítulo en su libro *Conversación y Crítica filosófica* (pp. 70-82) bajo el sello editorial de Espasa-Calpe Argentina.
- ❖ *La historia falsificada*, de Ernesto Palacio. 1939. Buenos Aires, Editorial Difusión, pp. 5-36. Esta obra corresponde al volumen II de la Colección “Las 4 C”, en la cual el Padre Castellani es “asesor”. Leemos: “El asesor de esta colección, Leonardo Castellani S.J., no considera hacer suyas las opiniones políticas y sociales como tampoco las

apreciaciones críticas de los autores: su función considera solamente la ortodoxia católica y la calidad literaria de los libros; y esto no de los suyos propios”. La fe de erratas que figura en la página 203 también estuvo a cargo del Padre Castellani.

- ❖ *La Iglesia de Nuestra Fe*, de Ludwig Kösters. Bs. As., Herder & Cía., pp. V-X. Versión de la segunda edición alemana por el Profesor Juan Armelín S.J., Herder y Cía, Friburgo de Brisgovia (Alemania). Imprimi potest 30 de septiembre de 1938, Tomás Travi (Prepósito Provincia Argentina), sin pie de imprenta, salvo la indicación de tipografía alemana de Herder & Cía. Presumiblemente en Bs. As., entre 1939 y 1940.
- ❖ 58°, del P. Edmundo Vanini. 1945. 2° edición aumentada. Buenos Aires, sin editorial. Impreso en los Talleres gráficos de la Escuela de Artes y Oficios “San José”, Obra de Don Orione, pp. 9-12. El libro trae también un estudio de Monseñor Gustavo Franceschi.
- ❖ *Suma Teológica*, de Santo Tomás de Aquino. Buenos Aires, Club de Lectores, T. I, II, III, IV y V. 1944-1945. Castellani anotó, explicó y comentó los cinco primeros tomos de esta edición. En el primer tomo señala que se trata de un “anteproyecto”, ya que: “Santo Tomás puso a la «Summa» un prólogo de 22 líneas, explicando su propósito. No es lícito pues ponerle otro prólogo, a no ser que sea un mero comentario o paráfrasis de la media página del maestro. Eso

nada más quieren ser estas 22 páginas”. En la “Advertencia” del segundo tomo informa el porqué de la traducción y en el tercero la “razón de este trabajo”. El tomo cuarto lo inicia con una “Nota a la cuestión CXIX” y en el último, trata de “La fundamentación de la Moral”.

- ❖ *La gloria de Tomás de Aquino*, de Henry Gheon. 1944. Buenos Aires, Ediciones Penca, pp. 9-12. El prefacio a esta obra fue firmado con el pseudónimo Jerónimo del Rey y conjuntamente con Jorge Mejía.
- ❖ *La revolución que anunciamos*, de Marcelo Sánchez Sorondo. 1945. Buenos Aires, Ediciones Nueva Política, pp. 260-286. Este epílogo fue incluido posteriormente en el libro *Seis ensayos y tres cartas* con ligeras modificaciones de forma; publicado por Ediciones Dictio, en 1978, con el título *La Argentina de 1943 y de hoy – ¿La Revolución de Junio es una revolución restauradora?*, pp. 163-188.
- ❖ *La crítica de Kant*, de Joseph Maréchal, S.J. 1946. Buenos Aires. Ediciones Penca, pp. 13-49. En nota a pie de página Castellani advierte que “la gente seria, estudiosa, o bien extranjera a la República Argentina, no tiene obligación de leer este prólogo”. El epílogo, también escrito por Castellani, lleva por título *Kant escribe*, pp. 325-326.
- ❖ *La Reina de las siete Espadas*, de Gilbert K. Chesterton. 1951. Buenos Aires, Editorial Librería Plantín, pp. 7-11. Castellani hace la traducción directa del inglés y firma con el seudónimo Clara Petty de Saravia.

- ❖ *Señor del mundo*, de Robert H. Benson. 1958. Buenos Aires, Ed. Itinerarium, pp. 283-292. La traducción del inglés es del Padre Castellani.
- ❖ *Avivando brasas*, de Federico Ibarguren. 1957. Buenos Aires, Ediciones Theoria, pp. 13-15.
- ❖ *Nociones de comunismo para católicos*, de Enrique C. Elizalde. 1961. Buenos Aires, Editorial Poblet, pp. 7-26. Este prólogo fue reproducido posteriormente en el libro “*Seis ensayos y tres cartas*”, con ligeras modificaciones de forma; publicado por Ediciones Dictio, en 1978, con el título *Prólogo al libro Nociones de comunismo para católicos, de Enrique Elizalde*, pp. 147-162.
- ❖ *Poemas en nostalgia mayor*, del Padre Clemente Ruppel. 1961. Buenos Aires, Editorial Guadalupe, pp. 5-7.
- ❖ *Nosotros los inmortales*, de Helvio Botana. 1961. Buenos Aires, Fariña Editores, pp. 11-19.
- ❖ *La Iglesia patristica y la parusía*, de los PP. Florentino Alcañiz y Leonardo Castellani. 1961. Buenos Aires, Ediciones Paulinas, pp. 7-13.
- ❖ *Nos los representantes del Pueblo. Historia del Congreso de Santa Fe y de la Constitución de 1853*, de José María Rosa. 1963. 2º edición corregida. Buenos Aires. Editorial Huemul, pp. 9-10. El autor coloca una carta enviada por el Padre Castellani a modo de introducción.
- ❖ *La Universidad y la Nación. Tres disertaciones*, de Carlos Disandro. 1965. Buenos Aires, Ediciones del Autor, pp. 7-9.

- ❖ *Así fue Mayo*, de Federico Ibarguren. 1966. 2º Ed. Buenos Aires, Ediciones Theoria, pp. 9-14. Con el título *Los dos Mayos* y con ocasión de la aparición de la primera edición de este ensayo histórico, el Padre Castellani redactó un artículo que se publicó en el n. 73 de *Dinámica Social*, correspondiente a octubre de 1956. Al realizarse la segunda edición del libro, los editores decidieron incluir ese artículo junto a una carta de Manuel Gálvez. También este artículo fue publicado en el Volumen IV de la Biblioteca del Pensamiento Nacionalista Argentino: *Leonardo Castellani: Crítica Literaria – Notas a caballo de un país en crisis*.
- ❖ *Las apariciones no son un mito*, de Francisco-Sánchez Ventura y Pascual. 1966. Buenos Aires, Cruz y Fierro Editores, pp. 9-19.
- ❖ *Política, Nacionalismo, Estado*, de Juan Carlos Cornejo Linares. 1966. Buenos Aires, Cruz y Fierro Editores, pp. 9-10.
- ❖ *Imperialismos y Masonería*, del Padre Virgilio Filippo. 1967. Buenos Aires, Editorial Organización San José, pp. 11-12. El autor coloca a modo de introducción un extracto de la carta que Castellani le remitiera a él. El prólogo del libro lo redactó el R.P. Julio Meinvielle.
- ❖ *Reflexiones sobre y desde La Pampa*, de Francisco Vicente Schoo. 1968. Buenos Aires, Cruz y Fierro Editores, pp. 11-16.

- ❖ *Las negaciones de Garabandal*, de Francisco Sánchez-Ventura y Pascual. 1968. Buenos Aires, Cruz y Fierro Editores, pp. 9-11.
- ❖ *El fusilado*. El subtítulo de esta obra es: *Meditación ante la muerte*, de Jorge Vicente Schoo. 1968. Buenos Aires, Cruz y Fierro Editores, pp. 7-9.
- ❖ *Semblanzas heroicas*, de Blas A. Malvicini. 1970. Buenos Aires, Organización San José, pp. 5-6.
- ❖ *Descenso a los infiernos de la burocracia en la Enseñanza Secundaria*, de Magda Ivanissevich de D'Angelo Rodríguez. 1970. Buenos Aires, Ed. del Autor, pp. 7-15.
- ❖ *La ciudad de mi infancia*, de Magda Ivanissevich de D'Angelo Rodríguez. 1971. Buenos Aires, Librería Huemul, pp. 11-14.
- ❖ *Las cien mejores poesías (líricas) argentinas*, AA.VV. 1971. Segunda edición ampliada. Buenos Aires, Librería Huemul, pp. 7-10. Se trata de una antología preparada junto a Fermín Chávez, con quien firma el prefacio. La primera edición de este libro fue publicada por la Editorial Cintra en agosto de 1953.
- ❖ *Argentina y su sombra*, de Juan Francisco Guevara. 1973. 2º Ed. Buenos Aires, Ed. del Autor, p. 1. La introducción al libro corresponde a una carta enviada al autor por el Padre Castellani.

- ❖ *Alma de pie de gallo*, de Ángel L. M. Salvat. 1975. Mendoza, Ediciones Lucta, p. 11-12. El prólogo se tituló *La musa moza*.

* * *

Agradecemos a todas aquellas personas que nos ayudaron en la realización de este trabajo, pues han contribuido al “hacer verdad” castellaniano.

Y, finalmente, al Padre Castellani le imploramos con el poeta:

(...)

Un envío te llegue desde esta peripecia,
desde esta soledad cimarrona y cetrina,
ruega al Padre que salve del diluvio a la Iglesia,
pide al Hijo que reine en la patria argentina⁹.

Daniel O. González Céspedes

San Rafael, Mendoza, abril de 2019

⁹ Caponnetto, Antonio. (2002). *Campanas de Tierra y Cielo*. Buenos Aires: Nueva Hispanidad, en coedición con APC, Guadalajara, Jalisco México p. 50.

THEONAS *

LOS GRADOS DEL SABER

(1935)

El filósofo tomista francés ha publicado un gran libro, *Degrés du Savoir*, el más grande de los suyos, hasta dimensionalmente, 920 páginas macizas¹. “Libro central en la obra de Maritain” dice la precinta. Todos los libros de Maritain son centrales, él mismo es una testa central, una mente que no puede sino instalarse de rondón en el núcleo de los problemas que considera un metafísico. Vero discípulo del angélico doctor de las dos *Summas*, Maritain no puede detenerse en el *ensayo* en que se divierte tallando facetas el corto aliento de la mente hodierna, y no para hasta el *tratado*. Pero hijo de nuestro tiempo, hace tratados en que cada uno de los capítulos tiene la redondez, la unidad y el pulido de un ensayo. *Les Degrés du Savoir* es una Summa epistemológica compuesta de nueve partes que son nueve preciosos *Opuscula*.

Por el gracioso don que nos ha hecho en este libro solidísimo, sea a la manera de antaño bautizado *Doctor ínteger*, que este adjetivo señorial le cuadra por todos lados, en lo físico, en lo moral, intelectual y doctrinal. Para quedar en lo último, siempre el eminente filósofo mostró ese instinto totalista que es propio de los grandes, de responder a una pregunta cualquiera con todo el universo, de para conocer una cosa, poner al lado todas las otras del mundo. Cuando en 1919 el director de “Les Lettres” Gaetan Bernoville le pide un artículo *Arte y Moral* atañiente la polémica Maurice Barrés - Francois Vincent sobre *Le Jardin sur l'Oronte*, va el joven filósofo de ojos de acero y se descuelga con *Art et Scolastique* que es el boceto de una estética tomista, breve y remansado, pero nuclear y completo. Empieza a escribir una serie de textos para el Bachi, profesor en el liceo Stanislas, y da primero una *Introduction générale á la Philosophie* cuya mitad en letra 12 es para colegiales, y el todo es para todos, espléndida sinopsis de los problemas y posiciones perennes de toda especulación filosófica. Continúa por una Dialéctica (*Petite Logique*) y esta vez el bachiller se pierde de vista, un

* Maritain, Jacques (1935). *Theonas o las conversaciones de un sabio y dos filósofos sobre materias desigualmente actuales*, Buenos. Aires: Librería Santa Catalina, pp. 9-24.

¹ Desclée De Brouwer, 1932, in 8°, XVIII - 920 págs.

volumen in 8° de 350 páginas exhaura la materia substancial de la Lógica Formal, o Lógica de la Razón Correcta, como él la llama.

Los restantes fascículos de la serie de textos no han aparecido. Pero una maciza y original Epistemología (Lógica de la Razón Vera) dásenos en este libro sobre un problema básico, los escalones del conocer científico; y una Cosmología en preparación, que se espera resultará algo grande, se diseña en el fragmento *La finalité en Biologie*, (discusión con Elie Gagnebin aparecida en la colección “Questions disputées”) y en las actuales clases del Instituto Católico, en que el maestro llega cada viernes cargado como una abeja obrera de material fresco y rico en plena elaboración. En pleno vigor físico, grande, bien hecho, melena gris leonado, ojos claros, ademanes de gentilhombre, sencillez y afabilidad de cristiano, nada más y nada menos que todo un hombre y todo un filósofo, oír a Maritain es un júbilo, no sólo por lo que da, sino aun por lo que promete. Sus libros han marcado una ascensión segura y metódica, su prodigiosa información ha hecho el cerco de las ciencias humanas, y aun sacras, su talento filosófico está en plena madurez y asiento ¿qué no puede dar aún este doctor trasplantado, o mejor providencialmente resucitado, del tiempo de las grandes Summas? Quiera el cielo que nos dé también como obra de su vida una especie de gran Summa, que integre en la órbita inmensa de la síntesis del Angélico las adquisiciones y lecciones (*las de progreso y también las de escarmiento*) de la filosofía moderna, y los resultados del inmenso avance científico de nuestro tiempo. Como su maestro Tomás el Reintegrador, que consiga cazar los hilos rotos y enredados de los Grados del Saber y reanudarlos a la corriente por un tiempo subterránea de la Filosofía Perenne. *Doctor ínteger*. Reintegrar...

*
* *

... Viejos idealistas (Brunschvieg, Parodi, Gentile) que aun juran por Koenisberg que es absurdo que una cosa *pensada* exista fuera del *pensar*²; fenomenologistas de Scheler y Husserl que rehuyendo el contradicho de la *Cosa-en-sí* kantescas (Ding-in-sich) trasladan sus propiedades al

² Ya lo creo: *en cuanto pensada*, es implicate; pero no en cuanto *sujeto transobjetivo*, como dicen hoy.

mundo cartesiano del Objeto, y renuevan el idealismo de que huyen por una peor y más ensimismada involucración; neorrealistas estadounidenses, que rencuentran brutalmente la *Cosa* suprimiendo el *Objeto* (Kant cortó el puente a la Cosa, éstos pretenden ir volando), la Cosa-en-sí inmanente al pensar en *cuanto Cosa*, solución yanquamente simplista, como el pragmatismo, mucho más cruda que el antiguo Empédocles, que para explicar su conocer las cosas, hacía al alma una mixtura de todas ellas; bergsonistas y neohegelianos, que cargan el Pensar Absoluto de elementos voluntarios y biológicos y se embarcan hacia un vago panteísmo emanatista en los equívocos empujes del Ímpetu Vital... el cielo del conocer filosófico está aún asaz nublado, aydenós! ¿Quién iba a pensar que tales nubarrones brotarían de los limpidísimos diamantes de las “ideas claras y distintas” de Descartes, inocentes intuiciones angélicas, si fuese inocente para el hombre querer dárseles de ángel (“*qui veut faire l’ange, fait la bête*”, dijo Pascal). Y bien, la prueba está hecha, los callejones sin salida tienen su utilidad, llegará un día cuando quien desee pensar, empezará por someterse a las humildes leyes de nuestra naturaleza intelectual la más flaca y débil de todas, en que el filósofo dejará la Crítica en su campo que es la Metafísica y en que ser la Filosofía del Sentido Común no será ya baldón mas noble presea del realismo crítico de Santo Tomás, mal llamado hoy realismo ingenuo.

Una crítica que sea a la vez metafísica, una crítica en su lugar. Me atrevo a decir que este libro de Maritain es la primera realización de aliento de una idea pedagógica que corría calles ya en los filósofos escolásticos de hoy³ y es de vieja cepa aristotélica, pero que no había aún tomado cuerpo: la epistemología metafísica⁴. El conocer reflejo viene después del conocer directo; y la misma historia de la filosofía (y la historia de cada día) nos muestra que la mente tira dentrada a escudriñar las cosas enfrente; y sólo cuando el saber madura en conocimiento *ananoético* (como dicen), sólo al llegar a su forma más abstracta y más pura, se dobla de una ciencia ensimismada, de una crítica explícita y formal – ya que, implícita, *in actu ejército*, toda

³ Cf. GÉNY: *Questions d’enseignement de philosophie scolastique*. Beauchesne. París, 1913.
MERCIER: *Logique*, Préface. Bruxelles, 1905.

⁴ Maravillosa introducción y planta de una epistemología metafísica nos parece el libro monumental de nuestro maestro Maréchal S. J. “Le point de depart de la Métaphysique”, cahiers I, II, III y V lessianum, Louvain, 1922 -1926.

ciencia vera entraña una crítica de su objeto propio. Así el Estagirita comienza su metafísica por una crítica de los sistemas anteriores y un examen de los primeros principios. Así yerra Descartes, situando en la conciencia de nuestro acto pensal, que es segunda con relación a la del objeto, la raíz de toda especulación cierta⁵. Así Kant distuerce todo el movimiento natural de nuestra mente a la Cosa por el Objeto, hacia lo que es della sólo *signo* formal (“*signum* quo”) que no es conocido ni tampoco existe sino en función del “*signatum*”. Distorsión lícita si se quiere, pero peligrosa, posición alambicada y difícil del problema metafísico del conocer, especie de disección sutilísima del “objeto fenoménico”, en la que Kant no pudo zafarse del mismo error racionalista contra el cual reagia.

Ahora, como para probar el movimiento lo mejor es darse a andar, para liquidar las Críticas desviadas no hay como hacer una Crítica derecha, explicar como hace Maritain aquí, en un vasto excursus en que apela a la psicología, a la lógica, a la dialéctica, a la ontología, a una vasta información científica y una sólida meditación filosófica – explicar las amplias y sintéticas posiciones del realismo eterno. Que la vera filosofía tomista no está irremediamente comprometida por los errores de la física aristotélica, y mucho menos por los inmensos adelantos de la actual física matemática – antes contra, que sólo ella prométese capaz de dar a esta ciencia actual la base roqueña y el cielo y aire respirable que sus alas (o hélices) bruscamente crecidas reclaman, es otra cosa que este fuerte libro muestra del mismo directo modo – quiero decir, *andando*. La Nueva Física (que algunos simples veían ya destruyendo la newtoniana, la filosofía y aun el sentido común), el indeterminismo microfísico de Heisenberg, la mecánica ondulatoria de De Broglie, la cuarta dimensión einsteniana, no son sino el tomar más plena conciencia ella de su *forma* propia, que es la de una “*scientia media*”, materialmente física y formalmente matemática, ciencia emperchada entre dos grados diversos del saber. Su revolución ha sido una purificación de su objeto formal, es decir, una mayor geometrización, un soltar el lastre pseudofilosófico que en virtud del instinto humano de escudriñar las cosas en *sí* y no sólo *en signo*, cargaba la física moderna, – bajo el nombre de *fuerzas, energía, inercia, gravitación, sustancia, masa*, etc., – de pedazos irreductibles de

⁵ “Cogito, ergo sum”. ¡No!
 “Cogito cogitatum, ergo *etiam* ego sum”.

nociones abstractivas de primer grado (física natural) en una ciencia de alma abstractiva, segundo grado (matemática).

La Nueva Física habría simplemente escogido señorear el mundo sensible por tercería exclusiva de la cantidad; reducir su universo a la simbolización real pero no exhaustiva que nos da el formular matemático cada vez más alto de las medidas y escalas de nuestros aparatos; cazar el Cosmos a través de una malla maravillosa de realidad ciertamente parcial, pero exactísima y sumamente manejable. Malla de precisión, pero no de ilusión, no la búdica Maya sino más bien el platónico Mito, en el senso lógico no de engaño sino de aproximación heterogénea a una realidad en sí misma incógnita. Para hablar como Maritain, de los tres mundos cognitivos

lo real sensible
lo preter-real cuantitativo
lo trans-real filosófico

la ciencia moderna, después de la revolución galileo-cartesiana, se asentó en el segundo. Allí la Física y la Química y la Astrofísica ven abrirse horizontes insospechables. La Biología y la Psicología Experimental, ciencias de la vida que trasciende la cantidad no por cierto, pues vemos hoy a ojos vistas cómo ha llegado a un atollo, fácilmente previsible del resto, la utopía de Fechner y Wundt; por más que podrán ellas aprovechar la medición de sus “*causas materiales*” como instrumento de trabajo o material de investigación, o aplicarlas a objetivos útiles, como la orientación artesanil – en grueso.

*
* *

El saber humano tiene diversos *potenciales*, no es homogéneo. Esta verdad casi de sentido común (¿no decimos “una gran verdad, un hondo conocer, un alto saber”, siendo así que Verdad es indivisión y ecuación, consiste en un puro *sí* o *no*?) esta verdad banal y central es todo el libro de Maritain. Verdad honda, los escolásticos la proponen en la forma resabida de los tres grados de abstracción:

physica
mathematica
metaphysica

que constituyen tres *reinos* mentales diversos, no una extensión de un mismo círculo en un mismo plano, sino como tres esferas celestes de las que soñaban los ptolemaicos. No se vuelve filósofo un matemático a fuerza de ser matemático, como soñaba Descartes, sino superando las Matemáticas. El hombre es capaz de ciencias, pero la Ciencia no existe. Existe si acaso la Sapiencia.

Al principio de la gran virada de la moderna época, Leonardo de Vinci dijo una cosa equívoca que resume bien el error y confusión inicial del filosofar hodierno, error de creer que todo lo que es ciencia puede reducirse a un común denominador, contra el que insurge Émile Meyerson⁶. Afirmó el gran Leonardo: “*el saber no toma nobleza de lo que sabe sino de ser saber: conocer una mosca puede ser tan noble como conocer a Dios*”. Este aserto es vero en un sentido y falso en varios. Es verdad que una ciencia de suyo no toma nobleza de su objeto material; testigo la nobilísima dellas, la Metafísica que tiene por campo todos los seres (en cuanto tales) desde la mosca a Dios, y aun los no-seres o los cuasi-seres, como los posibles y los entes de razón. Pero es falso que no tome nobleza de su *objeto formal*, de la razón o ángulo só que conoce las cosas, de la elevación desde dó las enfoca, y que a veces, (como en el caso de todo lo suprasensible) el mismo objeto material comanda. Y es falsísimo que todos los ángulos deban reducirse al mediano (matemático) que es, sí, el más connatural al hombre, y pare dende una ciencia la más segura y menos trabajosa de todas – pero pesca lo real sólo a través del mundo imaginario (no ilusorio) de lo Cuánto continuo y discreto, nacido del encuentro miraculoso de nuestra activa mente con el accidente real de todo cuerpo, la Cantidad. Hay otrosí modo de ennoblecerse una ciencia por su principio, si es posible una ciencia de principio sobrenatural o elevado. Hay otro ennoblecer que viene de la sobreminencia del mismo objeto material, del cual bien dijo Aristóteles “que el conocer de las cosas supremas, aunque sea poco y

⁶ *Le Cheminement de la Pensée*. Alcan. París, 1930.

tópico, da más deleite y provecho al hombre que todo lo que sabemos de las inferiores”⁷.

La gran utopía de Descartes obsede aún a los “savants” como obsedía a Fausto:

Habe nun, ach! Philosophie,
Juristerei und Medizin,
Und leider auch Theologie
Durchaus studiert, mit heissem Bemühu...

Fue la utopía de Descartes el descubro de la Ciencia Única, “*Scientia Admirabilis*” como la llama⁸, que arrebatábalo de forma a atribuir su invención a una especie de revelación de un genio o *Esprit de Vérité*, en medio de un extraño ensueño en gracias del cual prometió a la Virgen una peregrinación a Loreto. Una ciencia que redujese todas las cosas y todo saber a ideas claras y distintas, evidentes en sí o por una deducción que fuese una intuición continuada – y todas las ideas, a la primera de mi propio Pensar, muestra de mi propio Existir: noción absolutamente al abrigo de todo dudar, escepticar o sofisticar. Aydemí, el ángel conoce todas las cosas por medio de intuiciones de las esencias admirablemente claras y distintas, todas ellas reducibles a la única perfectísima y directa intuición de su propio ser inteligible. Aydemí, el matemático conoce una parte de las cosas por medio de construcciones admirablemente claras y distintas todas ellas reducibles a principios como el de igualdad o contradicción absolutamente irrefutables. Pero el hombre, el hombre es una mente engrudada en la materia, con ojos de ave nochera, que va a la esencia de las cosas por vericuetos cautos, por escalas triples, por obstinadas preguntas, todo ensunchado de “*habitus*” y de técnicas mentales armado de metros y de mensuras, anteojado, desconfiado de errar y presto cada hora a rectificar. Volar no puede sin máquinas más pesadas que el aire. Todos los sabios que no caminan así, todos los sabios alíferos que van a Marte en clavileños, desconfiad un poco dellos

pues muchos que nacen sabios
es porque lo dicen ellos.

⁷ De Animalibus, c. V. De coelo et mundo, II, text., comment. 34. S. THOM.: *Contra Gent.*, I, 5.

⁸ El *Discours de la Méthode* debía llamarse *Projet d'une science universelle qui puisse élever notre nature à son plus haut degré de perfection*. Cf. MARITAIN: *Le Songe de Descartes*, Correa. París, 1932, passim.

Descartes que fue un vero sabio, precipitó por orgullo o flaqueza la Humanidad en la tentación de comer la Manzana Sintética, fusión de todas las ciencias al alcance de todos. Descartes es el suplantador de los *habitus* por los *métodos*, de esa cualidad y perfección interna y dinámica de nuestro intelecto que lo habilita en orden a un reino del saber, por un ordiño externo o picaporte universal (ganzúa) conjunto de reglas y astucias para conquistar el saber por sorpresa y estrategia. Descartes es en el senso más estricto el padre de los vulgarizadores, de los inventores de métodos fáciles para aprender cosas difíciles. De su desdichada empresa iban a salir por arriba las corrientes filosóficas – (Malebranche, Espinoza, Leibnitz – Hume enfrente – Kant arriba –) que terminan en el idealismo; mas por abajo, no sólo el ideal mecanista de las ciencias naturales hasta la mitad del siglo pasado, y la utopía de Wundt que menté arriba, de una psicología experimental matemática o psicotecnia; más aun la osadía de los seudosabios, de los improvisadores, de los enciclopedistas, de los semicultos, de los librescos, de los ensayeros, de los “pensadores” que son hoy mangas oscureciendo el sol. Me refiero a los que osan abordar una ciencia con el “habitus” de otra, como Freud o Pierre Janet cuando filosofan, con respeto sea dicho mas con firmeza; o bien, *horresco réferens*, a los que las abordan todas sin el *habitus* de ninguna. Los *pensadores*. ¿Qué es un pensador? Un pensador es un hombre que no sabe filosofía, ni literatura ni historia ni matemáticas ni física ni zoología ni lingüística ni biología... y piensa.

*
* *

Si a nuestros abuelos alguien dijera por ejemplo: “La Ciencia va a suprimir la guerra, *ceci tuera cela*”, hubiesen preguntado incontinenti: “¿Qué ciencia?” porque hay muchas dellas, al menos que se dé la antonomasia a la más alta de todas, que es la que enseña justamente que se pueden evitar las guerras pero no suprimir la Guerra. Si preguntamos a un argentino promedio qué psicología hay que enseñar en el Bachi, responderá que evidentemente la Psicología, la ciencia del alma, toda. Pero amigo, si el alma es una, la psicología es cuatro. Puedes considerar el alma como desde una botánica, o desde una física, o desde una antropología, o desde una metafísica, desde cuatro observatorios que te

dan visiones no ya específicas mas aun genéricamente distintas⁹. Lo que hoy llaman Psicología es un conjunto inmenso de estudios e investigaciones heterogéneas que se pueden clasificar por este cuadro:

ABSTRACCION	CIENCIAS	EJEMPLOS
1er grado PHYSICA (sensible cual sensible)	Psicoempiria	(ARIST. - <i>De generatio- ne animalium</i> . THORNDIKE. - <i>Animal in- telligence</i> . FABRE. - <i>Souvenirs en tomologiques</i>)
2º grado MATHEMATICA (sensible cual medible)	Psicometria o psicofísica	(WUNDT, WEBER, FECHNER, PIERON, GEMELLI)
3er grado METAPHYSICA (suprasensible)	Psicol. posit. o psico-esquemat.	(BAIN, HAMILTON, RIBOT, JANET, FREUD, KLAGES)
	Psic. racional	(ARIST. - <i>De anima</i> DESC. - <i>Traite des passions</i> SPINOZA - <i>Eth. I, 2</i>)

Es decir, advirtiendo antes que esto no se corta con cuchillo: Psicología número 1, psicoempiria, una historia natural del alma, ciencia del fenómeno puro, coleccionadora, depuradora y clasificadora de hechos: es decir, ciencia adyutriz.

Psicología número 2, Psicometría, una ciencia que *intenta formular* lo observado en términos de espacio y tiempo, como la técnica de Fechner o Piéron, las determinaciones biofisiológicas del excitante o

⁹ De ahí el error, de que hablaré algún día, de querer introducir en la Filosofía al alumno argentino de 4º año, por medio de la Psicología. La Psicología Experimental no es hoy día una ciencia "hecha"; y en el sentido de Wundt no es ni siquiera Ciencia, ni tiene que ver con la Filosofía. La Psicología Experimental de aparatitos y estadísticas, es un "ersatz" desgraciado de la Filosofía, hoy día arrinconado, excepto en Abisinia y en la Argentina. Pero ¿qué estamos pidiendo cohesión o lógica a la enseñanza media argentina, una de las más desdichadas del orbe universo, y a mi juicio un verdadero flagelo y crimen nacional?

concomitante cognitivo de Dumas: especie de Física o fisiología aplicada, de delicada y limitadísima aplicación: de ningún modo una “ciencia del hombre”, en frase de Anquín.

Psicología número 3, o Positiva, ciencia de las causas próximas, que coordina y combina los fenómenos en síntesis cada vez más altas y complejas. Ésta es ya o quiere ser una filosofía de la natura: a pesar de que su objeto es aún lo sensible, su modo es metampírico. En Freud, Adler, Dilthey, Klages, Prinzhorn, por ejemplo, la clínica o la introspección no son sino punto de apoyo para la teoría, aunque la caracterología klaguesiana tenga ya un vero núcleo metafísico. Ésta y la anterior, son dos “*scientiae mediae*”, ciencias del primer grado sometidas a una abstracción del segundo y el tercero, materialmente físicas y formalmente matemática y metafísica.

Psicología número 4, racional o metafísica, entiende las últimas causas de los fenómenos psíquicos, conocimiento de la natura del alma.

Como nosotros no conocemos derecho las esencias, mas por los actos las potencias, por las potencias las naturas, podemos decir que la primera y segunda no pasan de los actos (fenómenos), la tercera de las potencias (facultades, complejos y aparatos), la cuarta pretende la natura.

Y si uno quisiera complicar, quedarían aún otras psicologías: la sociología y la pedagógica¹⁰ por ejemplo, aplicación de las tres primeras a los fenómenos gregales y al arte de educar – la psicología moral, los “moralistas” que llaman en Francia (Montaigne, La Rochefoucauld, Pascal, Faguet, Nietzsche, Paulhan) que viene a ser la tercera bajo la atracción de la Ética o filosofía de los mores, a la cual pertenece “reductive” la psicología del novelista y el poeta, como cuando decimos que Shakespeare, Dostoiewski o Claudel son inmensos psicólogos – cuyo cabo de abajo lo constituye la santa graciosa y preciosa *psicología parda*, de la casa y parentela del bienaventurado sentido común.

¹⁰ No creemos tampoco mucho en la “psicología pedagógica” de hoy. En gran parte es un “bluff”: escamaje conceptual para cubrir la fluidez de un *habitus* vivo, como es el pedagógico. No se niega que datos recogidos a ojo o con instrumento puedan ayudar para conocer al niño a hombres en posesión del arte de enseñar; pero, éste ausente o deficiente, no pueden suplirlo. Bergson y Dilthey lo han abonado suficientemente. Muchos erizados y pedantescos sistemas pedagógicos de hoy son desdichados intentos de mecanización o cuartelización de la escuela: “substituir la madre por la incubadora”.

Todo esto no es un cuentadoy del libro de Maritain. No es dél un resumen ni una sinopsis ni una idea, no lo malprecien. Son notas de las que se me hacían al margen de la lectura apasionante. Las copio porque es preciso llamar la atención sobre él en Buenos Aires. El libro de Maritain es una obra bien escrita y deliciosamente legible. Eso sí, es un libro de filosofía. No se entiende sin trabajo (al menos quien no es del oficio) pero no se puede estudiar sin alto provecho.

L. CASTELLANI



LA HISTORIA FALSIFICADA*

ERNESTO PALACIO

(1939)

Me ha tocado como “deber de vacaciones” la tarea honrosa y agradable, aunque un poco arriesgada, de prologar un libro de Ernesto Palacio, el cuarto. Este libro es una colección de ensayos elegidos en la constante y maciza producción periodística del joven pensador argentino, que guardan entre sí la suficiente cohesión genérica para soportarse mutuamente, conspirar a la meditación de algunas pocas y profundas ideas básicas, y sostener un título común de sugestiva agresividad: LA HISTORIA FALSIFICADA.

La mente de Palacio está en franco progreso. Los ensayos deste libro son casi todos superiores a la mayoría de los que dieron las dos entregas de “La Inspiración y la Gracia” (Gleizer, 1929) y “El Espíritu y la Letra” (Serviam, 1936), aun con ser éstos de lo mejor que se escribe en el país en materia de prosa pensada. Ellos forman como una pequeña constelación entorno al foco de primera magnitud representado por el libro “Catilina” (1934) que tuve el honor de anunciar a su aparición como un “libro eximio” (“Criterio”, N° 412), juicio que una segunda lectura acaba de ratificar sólidamente. CATILINA es un libro con cualidades de obra maestra.

Se trata como es sabido de una paradójica “revisión procesal” hecha de mano de artista y perspicacia de filósofo-político enmedio de una amplia construcción histórica que se despliega ante los ojos con la viveza y la “vivencia” de un drama trágico. La otra vez no dudé en comparar este libro, salvando elementos imparangonables, con el “Richelieu” de Hilaire Belloc. Hoy diré más: diré que si la movida biografía del historiógrafo inglés aventaja a la disquisición política de Palacio en cualidades técnicas de erudición, cultura y método (juntas a una sorprendente visión panorámica de historia europea moderna), en cambio el audaz ensayo de rehabilitación de “Catilina” a través de la filosofía política tentado por el argentino, lleva un exponente más alto de valor intelectual en una cierta hondura de pensamiento y contagio de

* Palacio, Ernesto (1939). *La Historia Falsificada*. Buenos Aires: Difusión, pp. 5-36.

persuasión, provenientes a mi juicio de lo que llaman los retóricos una “invención” más profunda. El “Catilina”, como veremos luego, está sacado de más adentro. Quiero hablar dél principalmente en este prólogo, ya que los ensayos deste volumen sonle a modo de “Parerga y paralipomena”; y no hay para qué tampoco delibárselos al lector.

*
* *

En mi manual de Historia - Filosofía (Maurice de Wulf) existe un apéndice del traductor, un franciscano español, en donde se niega el título de filósofo a Unamuno, reservándolo para Urráburu. El excelente fraile confunde notoriamente “filósofo” con “profesor de filosofía”. Olvida que un “ensayista” genial o solamente profundo ocupa entre los dos que menté arriba el sitio medio, el honroso sitio de Boecio, de Bacón, de Montaigne, del gran Pascal, de Nietzsche. Todo pensar que llegue a excelsa altura en lo alto (Caudel por ejemplo) o a inmensa hondura en lo bajo (Freud por ejemplo) se vuelve por el mismo caso filosofía, (sondeo de causas últimas) por lo menos en estado bruto, aunque carezca de una sistemación metódica o un utilaje técnico; entanto que los poseyentes deste utilaje solo, sin una chispa de pensamiento espontáneo, por excelente que sea el sistema a que adhieren, no pasan de profesores de filosofía o de dómines memoristas, si es que no son simples simuladores.

En la actual Argentina, hay si no me engaño dos modos legítimos de filosofar: el “ensayo” profundo y a la vez concreto, enraizado en los problemas urgentes de nuestra incipiente vida propia; o bien el “cultivo” inteligente de un sistema filosófico macizo que esté actualmente vivo. Es triste, pero el “gran” Ingenieros se sale deste dilema. En cambio no se sale Alejandro Korn. He dicho adrede “el cultivo”, el cual supone un “trasplante” en tierra propia, y no la mera “divulgación” (contenta con el transporte de frutos) ni muchos menos la “repetición”, que come hojas secas. Carlos Alberto Erro ha indicado varias veces la importancia del “ensayo” entre nosotros como fuente viva de filosofía argentina; y ha dado déllo un sabroso ejemplo en su *“Tiempo Lacerado”*, tan ponderoso de opíma sustancia propia. Eduardo Mallea, Ernesto Palacio y otros, confirman también este caso de que Dama Filosofía prefiere en sus

favores a los fuertes contrabandistas de su huerto sobre los entecos peones de su biblioteca.

Solamente la fina y fuerte “*Digresión sobre la Ambición Política*” —que con la “*Digresión sobre una Mística de la Juventud*” rompen como dos “intermezzos” filosóficos los tres actos del drama retrospectivo “*Catilina*”—, otorga un lugar a Palacio en la naciente filosofía argentina, escuela tomista. Ha ascendido a ella por el camino de las letras (puesto que hay dos grandes senderos) y, expresamente, por el camino del arte poético, de la historia, de la psicología moral y la ciencia política, como por cuatro etapas graduales. Palacio es ahora propiamente un “moralista” especializándose en esa rama de la moral colectiva que nombró Aristóteles la “*Política*”. Su pensamiento no necesita preocuparse de los problemas de la epistemología o la cosmología por ejemplo. Su campo es el alma del hombre *realizada en espíritu objetivo*, como dicen hoy; donde le introducen regiamente su sólida versación lingüística, su vadeo vencedor a través de las magnas creaciones poéticas y de la crítica estética y cultural, con su ordinario trabajo en historia; al mismo tiempo que su breve pero penetrante experiencia política y su acción de periodista.

*
* * *

“Moralistas” llama la preceptiva francesa a los pensadores que — como Montaigne, La Rochefoucauld, La Bruyère— en nuestros días Nietzsche —en la antigüedad Séneca y Teofrasto— especulan los “mores” del hombre (“*modo de moverse*” etimológicamente) o sea las leyes de su ser moral, en forma no metafísica sino positiva. Kant en su “*Fundamentos de la Metafísica de las Costumbres*” hizo la distinción necesaria entre la Ética abstracta (filosófica o teológica) que continúa en la Escuela llamándose “*Moral*” y estotra Ética antropológica, profundamente calzada de Psicología, que representa un “grado del Saber” intermedio (Maritain) y que él adscribe con razón a la Antropología. Lo mismo que la moderna Psicología Positiva, su melliza, esta Ética correlativa ha adquirido su Carta Magna con Nietzsche y Carus, mientras trabajan en su sistemación Klages y Scheler. En estado libre ella existe desde Sócrates y desde siempre, impregna a Platón y Aristóteles —y en realidad a todo pensador digno déste nombre, lo

mismo que a todo gran poeta, sobre todo dramaturgos y novelistas— y ha sido contada por Augusto Messer como la primera de las “*Tres Raíces de la Psicología*”. Pero en cierto sentido ella es también flor de Psicología.

Esta es una vera Ciencia (y no arte sola) dependiente de la Filosofía y parte délla indispensable. Su objeto no es “moralizar” en el sentido corriente, es decir, *producir moralina*, sino anotar las causas próximas de los fenómenos morales, y para eso, definirlos, clasificarlos, interpretarlos, empezando por percibirlos. Esta es la ciencia que sabe Ernesto Palacio, en la cual merece espaldarazo de Doctor recibido, como lo hallará quien este libro leyere. Y digo “doctor” en ella, por ser él no sólo capaz de divulgar o glosar provechosamente los maestros, sino de ostentar pensamiento libre y reflexión propia, andar por sus pies y ver por sus ojos.

*
* * *

Bastaría un botón para muestra: daremos tres: 1, relación entre Poesía y Vida; 2, relación entre Vocación y Moral; 3, estado y rol de la Inteligencia en el mundo actual. Son de esas “ideas básicas” que dije al principio enseña a meditar Palacio.

La tercera es la mejor de todas, las otras dos vendrán luego. En muchas ocasiones, también en “Catilina”, Palacio ha intentado fijar la posición de la inteligencia en el mundo moderno; y lo ha conseguido con notable precisión en su ensayo “*El Espíritu y la Revolución*”, escrito después de “Catilina”, y una de las más sólidas piezas de su producción como moralista. Esta meditación, llevada con rigor y claridad cuasi geométricas, toca con certeridad uno de los más profundos síndromes del desconcierto contemporáneo, y en consecuencia, toma posición en el tumulto y le *asigna* probable pronóstico. “*El Espíritu ha sido hoy desplazado de su puesto rector*”. He ahí el síndrome, que para un tomista dice mucho. La Inteligencia, que para Palacio significa, no ya el nudo Intelecto de los Intelectuales, sino el Pensar íntegro, sostenido por las virtudes intelectuales y aún morales (“la falta de armazón moral que debilita la misma inteligencia”) ha perdido sus últimas posiciones, que eran el disconformismo y la sedición ante el brutal poderío económico. En el siglo pasado, estúpido

como se llamó (“creador”, lo llama Palacio, y es cierto que lo fue también en un sentido) el fenómeno del soborno, la deyección y la traición de la inteligencia por lo menos no era todavía ley general. Hoy día el Saber especulativo que rehúsa prostituirse es reducido a la soledad por falta de una “élite” receptora, una aristocracia intermediaria entre él y el pueblo; el cual “pueblo” tampoco existe, reducido “*ipso facto*” a “masa”: Paul Claudel, mística y heroicamente solo, es el tipo del actual “clerc” que no ha traicionado; Anatole France es el tipo del intelectual vendido, mientras el pobre Bourget, con quien Palacio se ensaña, es el intelectual que ha claudicado de su misión, que ha desertado, o al menos se ha emboscado, frente a los rigores del asedio.

Pero he aquí que nada y nadie puede cambiar la natura de la inteligencia, ella es una fuerza cósmica; obstruida de sus cauces comunes, ella se rompe otros, se desplaza hacia la acción, a la cual impregna de su poder explosivo (“guerras de ideologías”); se convierte en instrumento incontrastable de demolición (“demagogia”); se alista en vastas empresas destructivas (“resentimiento”); y coadyuva, por todos lados a la Revolución, o bien a la Super-Revolución (“destrucción previa de la iniquidad presente”) que Palacio considera inevitable, y por ende, providencial y deseable.

*
* * *

Este esquema de la meditación sobre la función y misión social de la inteligencia, no da su riqueza en armónicos, ni mucho menos la solidez de su sustancia intelectual. Los “sociólogos” premurosos hoy día por fundar “obras sociales” y hacer “acción social” convendría que lo leyesen despacio. No hablo de los que hacen auténtica docencia cristiana —un monseñor Franceschi, por ejemplo. Hablo de los que han descubierto un poco tarde que hay que “ir al pueblo”... Y se le aproximan con las consabidas sonrisitas y palmaditas amigables, diciéndoles que “Jesucristo también fue obrero”. “Y no se trata de eso — dice con acierto Palacio. No se debe “ir al pueblo”. Una aristocracia del Espíritu está en el pueblo; es ella misma, supremamente, pueblo. Y

cuando falta, como hoy, no puede ser sustituida por fórmula circunstancial alguna"¹.

El fondo deste ensayo adopta pues en forma moderada la atrevida tesis de Berdiaeff de que la lucha de clases no puede ya ser superada sino después del choque y la victoria de una déllas. Tesis de Marx, podada de su intemporalidad abusiva. Esta tesis es discutible; pero no se puede negar que tiene respaldos válidos. Después del trabajo de Palacio nada conocemos que se le haya opuesto fuertemente, anoser la inerte confianza de los fabricantes de paños tibios, que esa sí que es fuerte. ("No porque uno duerma deja de llover", me decía un paisano hace poco). En una nota reciente Bruno Jacovella pronostica también la necesidad actual de la coerción para llegar a una solución social durable, lo cual implica en la Argentina una revolución previa, incluso y forzosamente política. He de confesar que en lo que respecta a nuestro país, mi opinión pende deste lado. No quiero decir que la desee, sino que no la veo evitable. Si hubo un momento en que fue esperable declinar la lucha de clases con meras obras sociales tipo "León Harmel" o "Marqués de Comillas", hoy es tarde, como lo indican las mismas encíclicas sociales de S. S. Pío XI. No digo que no se prosiga con ellas, si son en realidad sólidas (algunas son puras "filfas") pero no hay que crearlas "la Solución" ni apoyar todo sobr'ellas. Palacio sostiene la necesidad histórica y la probable inminencia de un "cesarismo popular", de un "nacionalismo marianista"; y cree en la medicación argentina de un Irigoyen mejor que el otro — léase un Rozas o un Moreyra, a falta de un Mussolini.

Esto es sin duda desconsolante para los que creen que: "se puede ir tirando mucho tiempo así (no estamos tan tan mal)... educando a las masas, haciendo apostolado, promoviendo la caridad de los Patrones y la resignación de los Obreros..." ("¡Ganó Ortiz! ¡Tenemos seis años para hacer apostolado!" —me decía un Padrecito chileno, Rector de un Seminario) —. Lo peor no está en los patrones criollos, masa en general buena, sino en los patrones extranjeros. Lo difícil no está en los obreros

¹ Por supuesto que no zahirimos aquí la fórmula de "ir al obrero", usada por León XIII y repetida por S. S. Pío XI en el § 61 de la "Divini Redemptoris", sino a su falso entendimiento y peor uso de parte de los cultores de cierto "paternalismo" social aburguesado. La fórmula papal "ir al obrero" no sirve sino en función de la otra fórmula papal "Apostolado del igual por el igual". Como nota Palacio, para "ir al pueblo" no hay nada mejor que "ser pueblo", aunque sea en forma eminente. Jesucristo no sólo fue al obrero sino que simplemente fue obrero, aún en los tres años de su vida pública.

criollos (desocupados y aplastados), está en la cosmopolita plebe urbana con su fermento de inasimilados y judíos. Ojalá fuese cierto el apostolado, caro R., pero ¿y “Crítica”, por ejemplo? ¿Qué me cuenta usted de “Crítica”? En el actual momento argentino, es un hecho obvio que la gran mayoría del pueblo pobre del país es “miliciano” o “negrinista”. ¿Qué es eso? Eso es simplemente un triunfo de “Crítica”. “Crítica” ha triunfado en la Argentina de manera incuestionable. Y “Crítica” (¡oh, no crean que con maldecirla está todo arreglado!) “Crítica” es un problema argentino que no tiene absolutamente ninguna solución bienpensante.

*
* *

Este estudio que resumo y el libro “Catilina” no han venido por generación espontánea.

*“La Primavera ha venido
nadie sabe cómo ha sido...”*

Los otros dos libros pertenecen al período de formación de Palacio, a esos “veinte años de larga holganza distraída con literatura” como lo califica “cavalièremment” en su deliciosa “*Carta a un poeta joven*”. “La Inspiración y la Gracia” representa lo que llamaremos el período de la “crítica estética”: son trabajos de alta teorización literaria —que por alta deja cada momento de ser puramente literaria— en que apoyando sobre un sólido y fino gusto, y sobre una extensa lectura de primer agua, más los andadores de algunos pocos maestros fundamentales, como Pascal, Baudelaire y Maritain, el joven pensamiento se ejercita y se mide con otros excelsos en una gimnasia llena de realizaciones que son promesas y de promesas que son realizaciones.

El segundo libro “La Inspiración y la Gracia” representa el período de la crítica “cultural y moral”. Era seguro que Palacio no demoraría en la superficie del arte literario, sino que de los grandes poetas iba a entrar a la pepa, al documento humano, bien histórico, bien psicológico. Aparece la viva preocupación, aunque todavía de garra tierna, por los problemas políticos, entanto que se alza una virulenta reacción contra la “literatura”, es decir, contra la poesía en lo que tiene de pura palabra y pulpa, o mejor digamos, contra el arte alejandrino y enteco de nuestra

época crepuscular. Uno de los mejores contenidos deste segundo libro es a mi juicio la definición del estado actual del arte aburguesado, deshumanizado, “amansado” junto con el retrato “d’après nature” del diletantismo intelectual. Esto es lo que llamé arriba “relación de Poesía y Vida”. Entonces enseñábamos nosotros literatura española y leíamos los clásicos. Este libro nos ayudó a entender el enigma de Lope, el inmenso poeta poco hombre que fue Lope. Lope es simplemente un Gran - poeta - chico - hombre, como Víctor Hugo...

“poète si l'on veut, mais grand homme? Non pas!

en quien para mal del hombre y aun del poeta se verificó la parasitación de la vida por el arte que tan bien define Palacio en *“Reflexiones sobre el Arte y la Conducta”*. En gracia de Ignacio Anzoátegui, el cual me discute esta tesis, voy a transcribir la nota que puse aquel entonces en la “Historia de la Literatura” de Hurtado. Perdón por citarme a mí mismo:

LOPE DE VEGA Y EL PROBLEMA DEL “GENDELETTRES”

1. —Cofrade del Santísimo Sacramento, burgués marido de Juana de Guardo, sacerdote y sacrilego amante de Marcia Leonarda...

2. —Ver Platón (“República”), De Sanctis (“La Conversione Religiosa”), cita de Wágner acerca de Lohengrín, etc.

3. —Apesar de indudable genio, Lope no deja ninguna obra “aere perennior”: “se despilfarró”. Si Rubén Darío vendió su primogenitura por un cubo de “champagne”, Lope la despilfarró en cintajos para mujeres.

4. —Tirso y Calderón, de indudable menor potencia creadora, tuvieron fuerza volitiva bastante para concentrar aquélla en frutos de plena sazón: el 1º en personajes veramente shakspirianos (Don Juan Tenorio, Paolo el eremita, los amantes de Teruel) fantasmas eternos hechos de la más pura sustancia teatral; el 2º en el acabamiento de tres obras maduras, el Alcalde Marmóreo, Segismundo transcendente, el Gran Teatro del Mundo...

5. —Lope pudo haber sido (¡oh! ¿quién develará el “*pudo haber sido*”?) quizá, (digo quizá) el Shakespeare español y se quedó en Luca Giordano Fa-Presto.

6. —La inmaduración de todas las obras de Lope les da un agri dulce especial que aman Grillparzer y... Anzoátegui; pero no es madurez, es fruta verde.

7. —Véase Ernesto Palacio en LA NACION: “*Reflexiones sobre el arte y la conducta*”; y “*Situación del hombre de letras*”. (15-V-1935).

Hasta aquí mi apunte marginal a Lope.

*
* *

La “*Situación del Hombre de Letras*” al mismo tiempo que un capítulo de caracterología contemporánea representa una reacción personal y una toma autobiográfica de posiciones. Característica de Palacio como escritor es una especie de “transfusión auto-biográfica” a los temas abstractos, que vuelve contundentes y concretas sus argumentaciones discursivas.

Palacio escribió “*Catilina*” de un tirón en unas vacaciones, en interminables cuadernos que se llenaban por ensalmo de su clara letra “de molde”. Se había producido ese contacto mágico de embriones intelectuales que dan una obra viva, asaber:

su experiencia aún cálida de la Revolución de Uruburu topando con un trozo de historia romana privilegiadamente documentado por Cicerón y Salustio, —

todo vivificado por dentro por esa operación introyectiva del poeta, a que el Estagirita asignaba mayor valor epistemológico que a la reconstrucción material del historiógrafo.

A esta “invención profunda” del asunto de que hablé arriba hay que atribuir en “*Catilina*” la naturalidad holgada y señorial del conjunto (“fondo y forma”, ideología y composición) por un lado; y por otro el picante interés actual desta “biografía novelada”, o por mejor decir, “biografía filosofada”. No se trata de un panfleto ni de un “*libro a clave*” como se ha dicho; se trata de una “historia ejemplar” a la manera de Plutarco. Un trozo de Historia Romana ha sido aislado y cerrado sobre sí mismo, y después, recontándolo en términos hodiernos y dándole un sentido “thético”, ha sido transformado en un trozo de historia Universal, y por ende también de Historia Argentina. Las alusiones a la situación política argentina, que constituyen su pimienta sutil, no son vulgares “indirectas” sino traslúcidas trasposiciones, que proceden por lo que llaman los tomistas “conocimiento por analogía de proporción” única manera legítima de aplicar la Historia.

En este libro de una sola pieza es dable ver realizada una vez más la promesa de Horacio:

..... *cui lecta potenter erit res*

*nec facundia déseret hunc nec lúcidus ordo**

puesto que la buena “invención” del asunto, que es un don de los dioses, ha dado por rebote los efectos de la composición elegantísima y de la prosa recia, una novedad natural y una especie de natural elocuencia. Los capítulos se engranan con lógica secuencia, los finales despliegan pequeños trozos de “bravura” lírica o sentenciosa, la acción avanza potentemente encadenando al lector atento, los prota- y anta-gonistas son introducidos cada uno a tiempo y según rango, —Catilina, Cicerón, César, Sila, Pompeyo— destacándose en primer plano con sus máscaras inconfundibles, la perspectiva filosófica de la acción va indicada con certeros toques, las reflexiones, sentencias, enunciados de leyes, definición de entes morales, análisis de complejos políticos, y asignación teórica de causas y efectos, forman cuerpo compacto con el severo y limpio relato sin intersticio alguno, como carne y hueso. El prólogo es un ensayo magnífico, una de las cosas mejor escritas de Palacio, que fundamenta y resume todo el libro. Ernesto Palacio es un prosista potente: clásico sin esfuerzo, nervudo sin distensión, naturalmente limpio y proporcionado, sin acicalamientos ni efectismos femeninos, en quien una lengua de experto lingüista se ciñe a un pensar seguro de sí mismo con el desahogo y la morbidez de una toga. Los lectores deste libro me dirán si miento, si no tenemos delante un maestro de la lengua moral y política, lengua que pide ser remozada en castellano después de Jovellanos y Saavedra Fajardo.

*
* *

¿Qué decir del asunto paradójal, la rehabilitación política de Catilina? ¿No es temeridad y puerilidad pretender tablarrasar veinte siglos de historia y revisar un proceso a distancia inconmensurable de los testigos? ¿No es extremar la paradoja hacer un héroe civil del rebelde de Pistoya?

Si eso fuera lícito, dice el historiador alarmado: tomar la Historia y contravolverla como un guante ¿qué queda de mi sacra Ciencia?

* *Epístola a los Pisones*, vv.40 -41 “A quien haya elegido un asunto según sus propias fuerzas, no le faltarán la elocuencia ni el orden brillante” (N. del E).

Queda lo que siempre ha sido. La Historia es una ciencia auxiliar y subordinada a la filosofía. Sus fallos son legítimos, pero subalternados a superior apelación, sobre todo siendo dados bajo presión y violencia, como es el caso del malaventurado Catilina; caído entre el torbellino de odios políticos de un drama histórico de peripecias fulminantes, en la alborada sanguinolenta del Imperio.

Catilina en su proceso no tuvo defensor; y ahora le sale un abogado bravísimo al cabo de 20 siglos. Dése el valor que se quiera a los argumentos de Palacio, el libro representa por lo menos un “tour de force” como alegato de defensa. Si no llega a convertir al Conjurado en un Mártir y un Precursor, a lo cual tiende por natural reacción contra las atroces diatribas de Cicerón Fiscal, es cierto que consigue hacerlo más simpático que todos sus vencedores y a crear un “Catilina poético” en el cual quizá Palacio proyecta algo de la nobleza de su alma juvenil y cristiana. Yo sospecho que el Catilina real debió adolecer de fallas morales mayúsculas; así se explica con más facilidad el veredicto unánime posterior, el abandono de César, y su caída fulminante y definitiva. La fatalidad no es jamás tan inexorable con los buenos: Dios los aprieta pero no los aplasta. Recordemos el proceso de Juana de Arco, por ejemplo, y la inmediata contrarreacción popular en favor suyo. El pormenor de la muerte ritual del esclavo (monstruosidad imperdonable imposible de atenuar), las atroces violencias premeditadas y hasta el olvido total de su nombre arrojan sobre la sustancia moral de Catilina una luz sospechosa². Sin embargo, gracias a la brillante pieza de Palacio, desde hoy leeremos las Cuatro Catilinas de Cicerón con mente más cauta que cuando buscábamos solamente el latín bronzonante y la pomposa elocución; y el pesado dómine deberá ahora decir a sus alumnos honestamente algo como esto:

“Catilina se rebeló contra el orden establecido.

“Desde el punto de vista legal fue un criminal.

² El Dr. Palacio, a quien comuniqué mi opinión, me contestó con fecha 6-II-39 lo siguiente:

"Al llamar: asesinato imperdonable que no se puede atenuar" la muerte ritual del esclavo, me parece que Vd. incurre en anacronismo moral y psicológico. La vida humana no tenía la importancia que hoy le damos ¡y la de un esclavo! Por lo demás, se trataba de un acto religioso. "Tantum religio potuit suadere malorum". Consulte el "Traité des Sacrifices" de De Maistre y a Fustel, Burkhardt, etc. La indignación del "libre pensador" Cicerón (no muy violenta, ni muy insistente) era ya una manifestación de humanitarismo decadente".

“Sin embargo, cristianamente la rebelión no es siempre un crimen, y por excepción ella puede ser legítima o disculpable.

“Hay un autor argentino que ha hecho ver la posibilidad de que tal sea este caso; y por ende, que el execrado Catilina sea al fin de cuentas más desdichado que monstruo”.

*
* * *

Es natural que exista una Historia para Niños y una Historia para Hombres, sin contar la Historia para Partidarios. Si no es una ciencia “relativa” (es decir una mera arte) como sostuvo el cartesiano Gheulinck, la Historia es una ciencia eminentemente revisible; y el último fallo sobre cosas y personas pasadas pertenece *de jure* al filósofo, si ya no pertenezca al teólogo, quien alega en favor de su foro lo siguiente:

1° el margen de incognoscibilidad que todo lo que es individual comporta, *“Omne individuum ineffabile”*;

2° el elemento providencial y extrahumano, “los imponderables, el azar, la voluntad de los dioses” (como dice Palacio) que interviene en la composición del Universo del Albedrío.

De ahí la legitimidad de la “revisión histórica” a medida que la lejanía capacita al filósofo para el enfoque de los conjuntos y el sopeso de las sustancias.

¡Qué diferente el Don Juan Manuel evocado por D. Carlos Ibarguren: genio político nutrido de las más hondas esencias de nuestra tierra aunque con grandes lagunas morales —del otro tirano sanguinario y grotesco que nos mostraron en el Liceo. Déspota sí, tirano quién sabe, dice hoy la crítica histórica³.

³ Me retruca el Dr. Palacio:

“No comparto su opinión sobre las profundas fallas morales que sospecha en Catilina y en Rosas. El argumento del “veredicto unánime posterior” no es históricamente exacto. La “inmediata contrareacción popular” existió en el caso de Catilina como en el de Juana de Arco (v. pág. 17 de “C”). No digo que Catilina ni Rosas hayan sido perfectos; pero sí moralmente superiores a su medio. De tal modo que, insistir sobre sus fallas morales, parece una transacción poco gallarda con la opinión corriente. No eran santos, desde luego; pero sí grandes almas heroicas, dechados de

Richelieu, el fundador de la Francia y la Europa Moderna para los maurrasianos — el siniestro Inquisidor para Michelet y Víctor Hugo (“Marión Delorme”) sale humanizado aunque desautorizado del terrible libro de Belloc (que desenvuelve un tema de Ludwig von Pastor), quien retomando la tesis del antiguo “partido devoto” muestra en el sagaz siervo de Francia el error chauvinista, destructor de la Cristiandad Europea, y lo sindicó cómplice inconsciente de todos los desastres políticos contemporáneos.

El P. Juan de Mariana podría ser otro ejemplo de revisión histórica, se nos ocurre. Antonio Astrain, en su “Historia de la Compañía de Jesús en España”, castiga severamente al gran historiador y ensayista hispano, defendiendo así la verdad oficial y legal. La verdad filosófica quién sabe lo que diría si uno la despertase.

Astrain incrimina a su antiguo colega su adhesión a los rebeldes y discolos en las crueles discordias de su Orden en el siglo XVII, su desdichada memoria sobre “Las Cosas de la Compañía” y encima el delito de haber mandado un día españolamente a un Superior jerárquico “allá donde no se nombra” (como diría D. Segundo): pecado este último imborrable y sumo para Astrain, y sobre todo para el Superior, al cual aquí Astrain se atiene. Habría que ver si en todo este asunto no era Mariana al fin de cuenta (apesar de defectos y tachas) quien amó mejor a su Orden, a la Verdad y a la Iglesia, quien se sacrificó por ellas, y les hizo en definitiva el mayor beneficio.

Es posible que con el tiempo algún filósofo encuentre que en el pobre Mariana tan golpeado se cumplió la ley que decíamos arriba de la Inteligencia en las sociedades, la cual según Sto. Tomás es de natura directiva déllas, porque el intelecto especulativo regla el práctico, no difiriendo dél según sustancia, mas sólo según modo. De tal forma que cuando, circunstancial o aberrativamente, nó el Inteligente tiene los comandos (“*intelligentis est ordinare*”) sino el Practicón, el Figurón, el Fantasmón y el Mediocre Formulero y Rutinario, entonces una de dos: o

"virtud" civil. Hay que juzgarlos con relación a sus adversarios: los Cicerones, Alberdis y Sarmientos, que es lo que yo he hecho en Catilina" (6-II-39). Por el contrario, a mí me sigue pareciendo justo de Rozas lo que intenté expresar en la tragedia "Don Juan Manuel" ("Criterio" N° 559) a saber, "un genio político insuficientemente santo, quizá también insuficientemente sano". Lo mismo que Lope, genio poético y hombre menor.

bien gobierna ella lo mismo por imposición, oposición o consejo (“*servus prudens dominabitur filiis insipientibus*”, dice la Escritura), o bien la Sociedad padece anemia, y después colapso y ruptura: al primer huracán se va contra un banco de arena. La aberración moral de que el “Práctico” gobierne al Capitán, es decir, al Inteligente (aberración y “monstruosidad” lo llama Santo Tomás, *De Anim.* 1. 19) es apta de suyo a producir naufragios. Quién sabe, se nos ocurre también, si este fenómeno no está en las raíces de la innegable derrota de la Iglesia Española en la reciente trágica crisis de la grande y trabajada España. No faltan indicios déllo en la contemporánea historia española: tema bravo éste que quizá será necesario abordar un día, si se plantean aquí como parece posible los mismos magnos problemas de la España de la Pre-Guerra.

*
* *

En el Cap. XI, “*Digresión acerca de la Ambición Política*”, entre otras dilucidaciones, plantea y discute finamente Ernesto Palacio una delicada cuestión moral, que arriba designé como “relación entre Vocación y Ley”. Este trozo de la pág. 180 ss. es buena muestra del poder dialéctico de su mente. Como todos los ingenios, Ernesto Palacio es llevado a extremar la distinción y a “despuntar de agudo”, como dicen. Así por ejemplo, a mi ver, cuando busca disculpas en favor de Catilina al bárbaro crimen de la muerte ritual. Pero en estotro problema del “fin y medios” en política nos parece que pisa firme y ve claro.

En el humanísimo y actualísimo problema: “¿Será lícito emplear un medio inicuo para obtener el éxito político? — que puesto así se resuelve solo — en la vieja tentación de quemar a traición las naves de Esparta en el puerto de Atenas... la moral responde con Platón y con Aristides el Justo que NO, que “*la ley moral no admite excepciones*” (Palacio); pero el “politicismo” de todos los tiempos con Gorgias y Machiavelo responde que SÍ, que lo contrario sería atar las manos al gobernante y poner al defensor del Bien Común en “handicap” fatal frente a los inicuos que ese Bien inmoralmente opugnan.⁴

⁴ La tentación de preferir a la moral el éxito inmediato es eterna; el problema del amoralismo político es de suma actualidad. Pero no son sólo los “maurrasianos” y los “ultranacionalistas” a preconizarlo;

Ernesto Palacio primero acepta de plano la verdad metafísica de Platón de que la injusticia, o sea el Mal, no puede ser nunca, malgrado las apariencias, causa vera del vero Bien; y responde luego a la objeción política de Maquiavelo que el dilema por él introducido es simplemente “un falso problema”.

Al dilema florentino:

“El político que no quiere apartarse de la moral deberá resignarse a fracasar”, dada la existencia de hombres inicuos, que harán con seguridad juego sucio, responde rotundo Palacio:

“Un medio necesario para obtener un fin benéfico no puede ser malo” (pág. 185).

Así es, vive el cielo.

*
* * *

En nuestra nota anterior sobre el libro de Palacio aceptamos esta proposición y ensayamos probarla y aclararla someramente. Merecimos una carta del malogrado Ramiro de Maeztu (quien apreció mucho el libro “Catilina”) aseverando que para él quedaba probada; y otra carta de un considerable teólogo europeo que nos reprochaba nada menos haber caído en el decantado error: *“el fin justifica los medios”*. En prueba de su reproche, el teólogo traía el ejemplo de la “craniotomía” de un feto vivo. “He aquí —decía mi objetante— un evidente *medio necesario* para obtener un *fin bueno* (la vida de la madre), el cual medio sin embargo no es lícito de ningún modo”. (C. C., Roma, abril 1936).

Responder a este reproche precisando más la doctrina, puede tener su interés también para el público. A ver:

Hay una ambigüedad en esa palabra “fin bueno” que pone el objetante. Hay fines buenos de muchas maneras. Hay un fin bueno

fueron los liberales los primeros en suscitarlo. Recordar la proposición 64 condenada por Pío IX en el “Syllabus”: *“Tanto la violación de la palabra jurada cuanto las acciones criminales que contradicen la ley eterna, no sólo no merecen reprobación sino que son lícitas y laudables cuando se las practica por el bien de la patria”*.

particular, como es conservar la vida de una mujer; y hay un fin bueno universal, como es conservar el orden o la justicia de una república.

El médico que aplica atrocemente el “basiotripsor” a una criatura viva en el seno materno para salvar a la madre, mata pura y simplemente una persona humana inocente para salvar a otra. Que viva la madre es un fin bueno pero no obligatorio: y el médico no ha recibido misión de distribuir vida y muerte, sino taxativamente su función profesional es *tratar de conservar la vida a quien sea posible*.

El caso del estadista que tiene que conservar o crear el orden societal es otro distinto: espántome cómo pudo mi interlocutor identificarlos.

“*Vigilanti verbo*” escribió Ernesto Palacio en su riesgoso aforismo arriba citado “fin benéfico” y no fin simplemente “bueno”. Pero todo el contexto además está tratando dése bien general que es el Procomún, ese famoso Bien Común, clave de la ciencia política, que para Sto. Tomás justifica hasta la “pena cápitis” y para Lope en “La Estrella de Sevilla” la “pena cápitis” sin juicio previo. La existencia misma del pacífico consorcio humano es en su línea fin necesario y supremo; donde sigue que si en un momento dado hay un único medio de conseguirlo, no es posible que ese medio sea intrínsecamente malo, anoser que se quiera anular la oposición ontológica del Bien y del Mal, y en el plano teológico, hasta la Providencia Divina.⁵

Esta es la tesis de Palacio. Necesita otras precisiones que no puedo hacer. Pero está a mil leguas del chambón amoralismo maquiavélico. He aquí sus palabras:

“En realidad, el único apto (digamos “*el más apto*”) para conocer y pesar todos los elementos de una situación política determinada es el político que la domina. El único que por consiguiente sabe (al menos *ex previa suppositione*) lo que se debe hacer. Un juicio objetivo sobre sus actos sólo puede pronunciarse con criterio histórico, es decir, atendiendo a las consecuencias. Cuando éstas son benéficas ¿no habrá de inferirse la utilización de los medios necesarios? ¿Necesarios y por tanto buenos, ya

⁵ Recordar aquí el axioma metafísico: “*Media et finis sunt ejusdem géneris*”. Un medio intrínseco está en la línea ontológica del Fin necesariamente, puesto caso que dél recibe su ser de medio.

que metafísicamente el mal no puede engendrar el bien (anoser “per áccidens)?”

Hasta aquí Palacio. Confesamos que la expresión podría ser más técnica. Pero la doctrina no es sofística, y se reduce al fin de cuentas a distinguir entre la moral aparential y formalista del vulgo —y de los fariseos— y la moral viva de la conciencia personal, para dar una prudente voz de “cuidado” al que prejuzgare los grandes personajes históricos desde afuera, desde abajo y desde lejos; como hacen sin cesar hoy día periodistas, novelistas y cineastas. “La presunción debe ser favorable y no contraria al ejecutor que obró en el sentido indicado por su vocación... El político obra bien cuando obra en el orden de su vocación”. Verdades naturales a las cuales el Cristianismo añadió sólo la humildad de la exploración recelosa, controlada por la Jerarquía Visible, de que realmente mi vocación viene de Dios.

*
* *

En suma, la moral íntegra es viva: comprende además de la parte negativa, que nos veda tal y tal acto esencialmente desordenado, una parte positiva que es más importante, cuyo primer precepto nos ordena “llegar a ser lo que somos”, edificar nuestro destino, devenir lo que Dios soñó de nosotros, es decir, obedecer a nuestra Vocación, a nuestro particular llamado de arriba. Todo el Evangelio rebosa esta Verdad, que hay que clamar hoy día después, al lado y sobre Nietzsche —ese formidable “fleurisseur” de la moral meramente negativa— ese moralista nato que para su mal no conoció más que la moral burguesa y protestante, el desdichado.

Jacob se hizo pasar por Esaú. Los hebreos expoliaron a los egipcios. David comió los panes de la proposición. Samuel trucidó al panzudo rey de Amalec maniatado.

El Niño Dios se quedó en el Templo a ocultas de sus padres. Jesús Maestro curó en Sábado. Santa Apolonia se arrojó de por sí a la hoguera con que el mal juez la conminaba. San Simeón el Loco se iba a los burdeles a perorar (como Malánik) a las malas mujeres. San Francisco Javier pasó a las Indias sin saludar a su contigua madre anciana. San Agustín dejó abandonada a la mujer que le diera un hijo y le guardara

fidelidad de esposa. San Alejo de Roma huyó de su desposada, y después moró toda la vida incógnito en el subsuelo de la casa donde lloraba su desconsolada y virgen viuda. Don Bosco asustó a todos sus confesores. San Luis Gonzaga no miraba a su madre... Todos estos actos excéntricos a la moral habitudinaria, los teólogos los explican atribuyéndolos a especiales impulsos del espíritu de Dios, y declarándolos (según la fórmula conocida) “admirables pero no imitables”.

Pero en realidad (si mi mística no me engaña) todo hombre debe hacer para Dios una cosa inimitable, aquello que él solo puede dar, aquello para lo cual el Ser Supremo lo suscitó, con el grito de un Nombre propio que Él solo sabe, de la noche del No-Ser.⁶

“Historia, magistra vitæ” dijo aquel Cicerón de quien Palacio acaba de burilar un retrato poco grato. Es verdad que es maestra de la vida la historia, con tal que se sepa leer: pues la Vida nunca se repite, solamente se reproduce. Y por eso decía alguien que el político mediocre consulta la Historia, que sabe lo que pasó; pero el político eximio consulta la Filosofía, que de lo que pasó sabe también lo que debió pasar.⁷

Ya que hemos ponderado lo bien que lee Palacio la Historia, mencionemos un ejemplo de su doctrina política.

Como el título lo dice, hay en el libro un estudio muy acusado del fenómeno de la “oligarquía”. Partiendo de la platónica distinción entre “oligarquía” (gobierno de pocos) y “aristocracia” (gobierno de los pocos mejores), Palacio dibuja la que indudablemente existía (bajo el cendal de “democracia”) en el momento romano que él cronica, dándole por transparencia estilo y caracteres universales. “*Oligarquía es el gobierno de pocos nó en razón de su virtud*” reza la noción tomista. ¿En razón de qué, entonces? La oligarquía más típica es la que gobierna en razón y en pro del dinero, osea, un equipo gobernante al servicio de la alta finanza. Esta eterna persona política (silueteada para siempre por Platón en su “República”) es evocada poco a poco por Palacio con rasgos incisivos y vestida de sus atrejos esenciales: es como el antagonista del drama,

⁶ "Die Stunde, wo ihr sagt: Was liegt an meiner Gerechtigkeit! Ich sehe nicht, dass ich Glut und Kohle wäre. Aber der Gerechte ist Glut und Kchle" (Nietzsche, A. s. Z., I, Vorrede, 3).
La verdadera justicia es brasa y llama.

⁷ "La Historia, tesorera del pasado, es la pitonisa del porvenir" (Nicolás Avellaneda).

frente a Catilina y las turbas tumultuantes. “*Catilina contra la Oligarquía*”.

La oligarquía desciende degenerativamente de jefes expectables y meritorios, cuya memoria usufructúa. Tiene el hábito (o almenos la costumbre) de la función pública, y conoce su técnica. Ama el orden legal que para ella implica la preservación de sus privilegios. Es formulista y solemnuda, maneja con facilidad la palabrería patrioter o humanitaria. Es fuerte en intriga y flexible al compromiso. Pero ha perdido la “idea de sacrificio por el bien público, sin lo cual ninguna clase dirigente puede justificar su subsistencia”. Son innúmeros los rasgos certeros con que Palacio hace surgir este monstruo híbrido y frío⁸, compuesto de gerontes, de capitalistas, de aristócratas tronados, de políticos profesionales, de generales ambiciosos, de abogados venales, de jefes de comité, de arribistas, de figurones y de matones; y detrás hay una notable suscitación de la atmósfera turbia y movediza de una sociedad atascada, tal como debió ser la que precedió la genial creación política de Julio César, el segundo Catilina mayor y más dichoso que el primero. César, uno de los “operarios de la viña” según Papini; el Adviento providencial, según la teología de los Padres Latinos, al Reino del Rey eviterno.

El paralelo de César y Catilina, encarnación del genio y el talento, con la galería de retratos que los circundan; el fino distingo entre “república”, “democracia” y “liberalismo”; la definición filosófica del “cesarismo”, del “marianismo”, de la reacción “silana” o conservadora, del fenómeno de los “emigrados”, son florones del libro que recuerdo solamente; lo mismo que los agudos análisis del “clima revolucionario”, del legalismo corrompido, de la concurrencia de causas económicas y políticas, de la interacción de ciudad y campo y del papel de la clase media, del ejército y de la comunidad rural en la conservación del orden societario. El fruto más precioso de la historia es la introducción a la meditación política. CATILINA puede ser délla un correcto manual introductorio.

*

* *

⁸ Ver en “*Also Sprach Zarathustra*” 1. I, “*Vom neuem Goetzen*” la virulenta diatriba anarquista de Nietzsche contra el moderno estado llamado *liberal* y en realidad plutocrático.

Vamos a ponerle un reparo, apesar de todo. Nos parece que deja demasiado en sombra la “biología patológica” de las revoluciones.

En su “gageure” de defender *Una* subversión que pudo ser legítima, pelagra inducir al incauto que simplemente, *La Subversión* es legítima.

Ahora bien. La Subversión (revolución violenta de masas contra el poder legítimo) es de suyo ilegítima, y en su gran pluralidad es contraproducente y dañina. Por cada una subversión que haya resultado operación quirúrgica salutífera, el histórico anota diez, si no veinte, que no fueron sino desesperados descuartizamientos. Es que el equilibrio del cuerpo social, lo mismo que la salud del organismo animal, es una cosa delicadamente inestable, sostenida por causas profundas y complicadas que sobrepasan inmensamente la penetración del médico humano y mucho más su alcance y poder. Paludizar a un enfermo no es lícito sino en evidente caso de previa sifilización neuronal.

En el tiempo que Palacio evoca, 100 a. C., la sociedad pagana llegada al término de su evolución providencial —y de su corrupción histórica— estaba quizá en un punto de crisis insoluble a medios naturales, un fatídico “embolse” donde tanto el conservadurismo de Cicerón como la rebeldía de Catilina eran variedades de iniquidad, y en que el grito del Hombre agotado en sus recursos reclamaba la intervención de un elemento nuevo, la taumaturgia evangélica. No puede el ánimo distraerse, leyendo la evocación de Palacio, ésta pintura del hombre carente de la Gracia que hizo San Agustín (Cf. Boyer S. J. “*De Gratia*”) el cual no puede de hecho evitar el Mal, mientras puede por natura distinguir el Bien del Mal — y por tanto puede pecar, puede desear no pecar, y no dejará *de facto* de pecar. Así decía San Pablo que la Ley se volvió tropiezo a los judíos, acreciéndoles responsabilidad sin darles la caridad.

Así como la Razón Teórica, encarnada en el pueblo heleno, tocó los confines de su poder natural con los grandes genios del ciclo platónico sin acabar para la humanidad ninguna solución filosófica segura — así parece que la Razón Práctica, sublimada en estos recios latinos al culmen del Dominio Imperial del Mundo, (Cicerón y Catilina, César y Augusto, testigos impotentes y fautores inconscientes del hundirse el Coloso de Pies de Barro), la Razón Política se debió sentir entonces en el fondo de sus entrañas herida de muerte por la radical impotencia del

Hombre a eternizar sus creaciones, esencialmente deiformes pero esencialmente mortales.

CEBES. — *Et les hommes ne sont que des pauvres enfants...*

Mais crois-tu que Celui que je dis existe?

TÊTE D'OR. — *Tu mets le doigt en moi aussi sur une vieille blessure! — Il existe.*

CEBES. — Il existe donc... (C Claudel, *Tête d'Or*, II, pg. 310).

Entonces nació algo imprevisto. En el dilema insoluble de la sociedad antigua, injusticia arriba contra injusticia abajo, el Cristianismo introduce, sin suprimir los remedios de la razón, la cuña nueva del Martirio, que limpia la atmósfera y deja ver que de hoy más la iniquidad no podrá ser nunca obligatoria. Entre el Héroe Sublevado y el Jerarca Injusto, el Mártir extendió los brazos, recibió los dobles golpes, y perdonó muriendo; y todos bajaron del monte de la justicia, los que reputáronlo Rebelde y los que lo creyeron Impostor, unos en confuso silencio y otros diciendo: “Vaya a saber si éste no era no más el Hijo de algún Dios”.

*
* *

Hay una verdad escondida en los dos sofismas de K. Marx acerca de la predominancia de lo económico y el fenómeno capitalista como una causa de revoluciones. Existe una “biología de las revoluciones”, que desborda ciertamente la mecanicista y estrecha hipótesis de Marx, un poco como el vitalismo de Driesch desborda el mecanicismo de Descartes; pero que al desbordarla, la contiene.

Marx veía la causa material de un estado histórico presente. Se equivocó en confundirla con la causa “formal”. Pero la causa material es vera causa. Una subversión total supone un pródromo de dislocaciones, en las cuales se violaron las jerarquías naturales y se luxaron los huesos del esqueleto societario; pero es siempre el estómago, como en la parábola de Agripa, el que causa el vómito final. Una subversión se caracteriza por convulsiones de masas, las cuales suponen penurias económicas, (crisis) las cuales a su vez comportan mala o injusta

distribución de los bienes materiales (capitalismo). Sobre este “cuerpo” de disturbio, se encarna dando vida y forma, una “ideología”. Como nunca hay Alma sin Cuerpo, Marx creyó que el alma no era sino el nombre ilusorio del cuerpo. El hombre es un animal esencialmente amigo de su pellejo; de donde nunca las masas se arriesgan a desafiar — para dar— la muerte, sin el aguijón del hambre y el fantasma de un Posible Edén. Véase el ejemplo de la actual España. Tocqueville y Taine han probado, por lo demás, con toda certeza que un mismo estado social deficiente (“L'Ancien Régime”) dio origen a dos revoluciones heterogéneas en Inglaterra y Francia debido al inmiscue en la francesa de la ideología irreligiosa.

Las causas de esta descomposición del consorcio humano en busca de nuevas estructuras son multiformes, pero entran en este enunciado general: el vómito viene cuando anda la cabeza abajo y los pies arriba. Tomás de Aquino señala al estallar de las guerras civiles, el pródromo de una previa degradación de la Inteligencia, y una deficiencia de la Justicia. Las dos cosas andan juntas, por ser la Justicia: “dar a cada cual lo suyo” y la Inteligencia: “ver cuál es lo suyo de cada cosa”.

La “lucha de clases” de Marx es un fenómeno evidente en nuestro tiempo; pero en el momento pre-revolucionario, como es dable ver en España, ella oculta una división más profunda: la división de los Contentos o Resignados frente a la de los Descontentos o Resentidos; aquéllos para quienes el estado actual es almenos soportable frente a todos los que “*no pueden más*” o para quienes “*no hay nada que perder*”, cualquiera sea la causa y el sentido desta actitud psicológica.

“La mejor política para ustedes —nos decía J. Maritain poco ha— es pechar contra la guerra civil”.

En efecto, casi nunca estas dos actitudes se recubren exactamente con el Bien y el Mal moral — como ambas por natural ilusión lo pretenden. El Conformismo y el Inconformismo pueden estar sostenidos por motivos morales de toda la gama, desde santos a protervos. Véase el “aprovechamiento de la Religión” intentado por los partidos “conservadores”. Véase “la mano tendida” de los comunistas en Francia. Los dos vamos hacia allá, pero usted ¿dónde se pára?

¿Qué hacer, entonces, en esas circunstancias en que un clima de insatisfacción y malestar profundo hace desear cambios fondaes a

todos, y más que todo a los rectos, (*“aquí en la Argentina tendríamos que cambiar la Constitución, poner un rey o hacer una guerra, a ver qué pasa: porque esto va mal”*... me decía A. G., funcionario) mientras dan pie al ambicioso, al demagogo, al díscolo para intentar canalizarlos en propio auge?

Sólo a la pura virtud de la Prudencia toca dictaminar los casos particulares, ella la encargada de amoldar la conducta a los principios, através la movediza y viva sollicitación de las circunstancias contingentes. Pero son pertinentes hoy estas advertencias generales:

1° — No consentir echar mano de medios realmente ilícitos por ningún caso.

2° — Repechar contra toda guerra civil desatada, la cual nunca se preconice como medicación “humana”, siendo como es, intervención quirúrgica de corte reservado a la Providencia.

3° — No poner esperanza alguna en el “expoliatores expoliabuntur” de Karlos Marx. La simple substitución de una “clase” por otra en el uso o goce del poder no remedia nada. Es falso que el obrero en el orden político sea “intrínsecamente puro”, como dogmatiza Marx. Es falso que la lucha engendra por sí sola la virtud política, como habló Sorel. En el “clima revolucionario” casi siempre unos y otros contendientes están contaminados, aunque sus vicios pueden ser opuestos, como es dable ver en la avaricia y sibaritismo del ricacho de hoy y en la grosera envidia y rencor del populacho.

Esta era la probable situación en tiempo de Catilina (no carente de lección para el nuestro) cuyo “clima revolucionario” Palacio supo poner tan al vivo.

*
* * *

Desde la aparición de “Catilina” han pasado ya cuatro años. ¿Qué fue dél? “¿Tuvo éxito?”

Los libros en la Argentina tienen dos clases de éxito: uno es el éxito clamoroso (o mejor dicho, “bullanguero”) de la obra “de moda” (que puede ser “de escándalo”) la cual agota ediciones, alegra la bolsa del editor, alborota a los diarios; y hace fogonazo y llamarada. Entre

nosotros ese éxito pide cinchada comercial del autor y sus amigos, o bien una suerte escandalosa. El gusto popular va siendo estragado de tal modo por los traficantes de papel impreso que hasta un Hugo Wast por ejemplo, con todos los requisitos necesarios para la gran popularidad, apenas puede retener al gran público. Si seguimos así, dentro de poco el único negocio editorial serán dos libros: el “libro de texto” (manual) malo - feo - obligatorio - y - caro que exige la escuela monopolizada — y el libro pornográfico. Dios quiera que no estemos ya en ese punto.

El segundo éxito es el de la mancha de aceite. Un libro eximio aparece tímidamente, y el autor es saludado por algunas cartas generosas de hombres inteligentes, mientras poco a poco lo van leyendo todos los otros inteligentes de la Argentina, los cuales son más de lo que parece, (aunque no tanto como los “intelectuales”) quienes por modos brujos se van pasando la palabra. Al fin lo llega a comprar bastante gente y la edición “se agota”; pero para el autor ha sido igual un mal negocio, porque ya ha vendido por lo que den el resto de los 3.000 ejemplares a Palumbo en un apurón de fin de mes, cansado de hacer el papel de comerciante, que no es el suyo. Mas he aquí que como en el libro “hay algo”, ese algo empieza a germinar secretamente desde el fondo inviolable del humano terrón, y algunas ideas tuyas aparecen un día en flor inesperada a los ojos del autor ya olvidado: un señor escritor te plagia cuatro déllas; una aparece dando el ciento por uno en otro libro inteligente, otra te afirma un fulano citándotela que le alumbró una situación personal a modo de un relámpago, y en fin, lo más gracioso, un “alma” (si se trata de un libro bueno) viene y te anuncia con el envión de un beso por sorpresa que cuatro estúpidas líneas tuyas le dieron un día nada menos que “la verdad”, es decir, le iluminaron el paso fatídico en el día solemne de una decisión vital.

Aquel día el pobre poeta hambriento ve el velo de la Reina Mab — y aún a la misma Reina Mab sin velo. Exulta su alma y se borra el recuerdo de todos sus hambrientos sudores.

*Scrivere un libro non é piú che niente
se il libro fatto non rifá la gente.*

Por lo menos este éxito “de estima” tuvo si no me engaño el libro “Catilina”, el cual ha producido por lo menos “catilinarlos”. Pero la mayor condecoración que se puede plantarle en el pecho (si lo tiene) es

constatar su coincidencia honorable con la opinión de una de las inteligencias más geniales de nuestro tiempo, el grande y pobre Baudelaire. En su “*Projets de Lettre a Jules Janin*” (*Oeuvres*, II, Plejade, pg. 604), Baudelaire apunta sobre Catilina la misma tesis que ha desarrollado Palacio, desatándose contra el campanudo burgués Janin, para quien Catilina tiene que ser execrable porque Catilina ha conspirado — “Catilina ha conspirado en favor de los pobres”.

Baudelaire, el “maldito”, fue también pobre. Fue inmensamente pobre, pobre en el espíritu, hasta un punto que no se puede decir. Y sus libros no tuvieron gran éxito de venta. Y —cosa que le hizo un daño profundo — su único libro fue condenado como inmoral por un sanedrín de burgueses liberales.

*
* *

El libro “*Les Fleurs du Mal*” es en realidad un libro inmoral; pero se da el caso de que es un libro profundamente al servicio de la verdad, la expresión profunda de aquella pobre gran alma y de nuestra pobre chica época. ¡Ay Verdad, qué peligroso en esta época se va haciendo el servirte!

Escritor de cosas peligrosas y verdaderas, Ernesto Palacio, tanto en “Catilina” como en sus otros libros, se define como escritor pero también se define como hombre.

“Este es un hombre influyente,
Bienpensante y Malfaciente”...

Esta definición nos dieron un día de un católico (o por lo menos un devoto) argentino. La de Palacio sería al revés:

“Un escritor arrogante
Bienfaciente y Malpensante”,

en el sentido que la palabra “malpensante” tiene para todos los que no piensan.

Para los que no piensan nada, aquellos otros que se atreven a pensar, piensan mal seguramente.

El agudo Bergson dijo una verdad hoy día bien amarga cuando dijo:

“No hay cosa más penosa que pensar, ni más peligrosa que un hombre que piensa”.

LEONARDO CASTELLANI. S. J.

Camet, verano 1939.



LA IGLESIA DE NUESTRA FE *

Palabras introductorias

del Prof. Leonardo Castellani

(Ca. 1940)

Yo soy de una ciudad que como estrella
brilla en la noche sobre un alta loma...
Más antigua que el mundo y aun doncella,
grande, a la vez Jerusalén y Roma.
Su pie en la piedra y su pupila bella
la luz por sobre las estrellas toma.
La ciudad del Gran Rey, que es cielo y suelo.
¡Venid, oh gentes que buscáis consuelo!
(J. del Rey)

El traductor de la obra de Ludwig Kösters, «Die Kirche unseres Glaubens», me pide en nombre de nuestra vieja amistad que quiera presentarla a los lectores de habla española, a pesar de mi poca competencia en la materia. Esta materia no es otra que la Apologética.

Añado en seguida, antes de que algún lector se alarme: *el presente libro es un tratado sobre la Iglesia*. Es un tratado de Teología Fundamental sometido al riesgoso módulo de la vulgarización. Es exactamente el segundo de los dos tratados que en el comienzo de los estudios teológicos se designan con el nombre de Teología Fundamental o Introductoria. En él se entiende reducir a edificio sistemático por medio de la argumentación discursiva —y demás aparato técnico de esa ciencia— el gran hecho histórico-teológico, actual y eterno, de la existencia de la «Ciudad sobre el Monte». Con el Cardenal Dechamps, Maurice Blondel, de Grandmaison S.J. y otros, creemos hace tiempo que este gran hecho bien pesado basta; y que sin este hecho bien pensado (*pensar es pesar* en latín) nada vale en Apologética.

A algunos hombres alarma o fastidia este pesado exasílabo [*sic*] griego: Apologética; y no sin razón del todo, vive el cielo, porque existe considerable cantidad de *mala Apologética*. Si se nos permite recordar

* Kösters, Ludwig. *La Iglesia de Nuestra Fe*. Versión de la segunda edición alemana por el Prof. Juan Armelín, S.J.. Buenos Aires: Herder, pp. V-X. (s.f.)

cosas propias, el primer ensayo publicado en nuestra vida (hace hoy justo 10 años, CRITERIO, 1928 «un libro cabal») versaba sobre un libro de *buena Apologética*, el «Jésus Christ» de Léonce de Grandmaison, que estudia con rigor científico el otro hecho histórico-teológico, éste de orden temporal, que es la existencia y la figura del Fundador divino de la Iglesia. Es el otro tratado de la Introducción a la Teología. En aquel ensayo juvenil aventuramos un chiste de dudoso gusto al decir que en el idioma inglés «Apologética» significa «disculpa» o «excusa» («*to apologize*»); y que en efecto muchos de los libros que hoy día emplean o usurpan ese título, empezando por los sosos manuales que nos hicieron sudar en el Colegio, medio justifican la sajona semántica. Y bien, hoy aún, después de 10 años de experiencia y lectura, no nos atrevemos a retirar el chiste, malvisto de algunos. En el fondo del alma sentimos que M. N., T. I., R. H., R. A. (pon, lector, los nombres que te parezca) no son libros eficaces para dar la fe, ni para conservar la fe, ni para ilustrar la fe, ni para defender la fe. Ella no crece en el ruido de las disputas, ni se defiende a batacazos.

Éstos de que hablo (y no nombro, por si no los conoces) son, lector amigo, libros hechos con retazos mal hilvanados de varias ciencias (como Historia, Filosofía, Teología, Biología, Psicología, etc.) sin el método ni el rigor de ninguna, llenos de «objeciones» y respuestas, y que no pertenecen a género literario alguno (a no ser el famoso «*genre ennuyeux*»), pues no son ni ciencia, ni arte, ni filosofía, ni teología, ni polémica, ni controversia, ni nada de cuantas cosas limpias y honestas puede crear la mente del hombre. Son excusas, son disculpas, son pidedlástimas, son discusiones indefinidas, pero siempre vencedoras, con contrincantes que no existen.

Justamente ojeando estos días el precioso libro de las memorias argentinas de William H. Hudson, ese inglés acriollado, que con su «*Far away and long ago*» conquistó nuestro país para la literatura inglesa mucho más noblemente que sus paisanos capitalistas con sus ferrocarriles para el imperialismo inglés, hallamos en el cap. XXIII una pintoresca ilustración de lo que decimos. Narra el anglo-argentino Hudson una profunda crisis espiritual sufrida con ocasión de una enfermedad grave, en la cual su ansia de inmortalidad (¡oh Unamuno!) le llevó a meditar afanosamente sobre la fe religiosa, a desearla y a pedirla. Buscó auxilio a su obscuridad en los libros de Apologética y...

He aquí sus palabras:

«No es de extrañar que en tales circunstancias me dedicara cada vez más a la literatura mística: teología, sermones y meditaciones para cada día del año, *«El deber completo del hombre»*, *«Un llamado a los incrédulos»*, y otras obras por el estilo... Entre ellas encontré un tomo titulado, si mal no recuerdo, *«Una réplica al hereje»*. Sobre esta obra puse manos y ojos con entusiasmo, en la esperanza de ahogar las dudas enloquecedoras que asaltaban sin cesar mi mente. Confié en que sería de consuelo y ayuda para mí. *Sólo sirvió de empeorar las cosas*, al menos por cierto tiempo. Porque aquel volumen me inició e instruyó en los argumentos de los librepensadores, tanto de los deístas que opugnan el credo cristiano, como de los incrédulos que combaten toda religión. Y las refutaciones a dichos argumentos no siempre lograban su objeto...»

Y termina el buen Hudson de este modo su capítulo:

«Sufrí otros golpes de esta clase. Cuando evoco esta triste época, me parece increíble que tal endeble fe en la religión haya podido resistir, y que la lucha aun siguiera como siguió y como sigue todavía...

«Para muchos de mis lectores, aquellos que se hallan interesados por la historia de la religión y sus repercusiones en la mente humana (o sea su psicología), todo lo que he escrito sobre mi estado anímico les parecerá cuento resabido, desde que millares de hombres han pasado análogas experiencias y las han narrado en innumerables libros. Pero aquí debo recordar que en los días de mi juventud no habíamos caído todavía en la indiferencia y en el escepticismo que ahora pervade el mundo todo. En aquel tiempo la gente tenía creencias profundas o al menos no ostentaba lo contrario; y aquí en Inglaterra los campeones de la Iglesia empeñaban mortal contienda con los darwinistas. Yo ignoraba todo eso. Carecía de libros modernos. Los contenidos de mi biblioteca databan de cien años atrás. Mi lucha empleaba armas herrumbradas. Por eso la he revelado. No dudo que mis angustias religiosas fueron más grandes que en

otros casos similares, a causa de esta especial circunstancia que apunto...»

Otro testimonio convergente con el del poeta anglo-argentino Hudson podrían ser las palabras de Fray Agustín Gemelli, Rector de la Universidad Católica de Milán, a un grupo de estudiantes y profesores españoles («El Debate», 1931). La verdadera Apologética –dijo más o menos el sabio franciscano– o es la genuina ciencia sagrada, o es alguna de las ciencias profanas cultivada a fondo, que siendo mucha ciencia, siempre lleva a Dios, según la profunda palabra del Canciller Bacán.

Y es que en la primera literatura cristiana, los «Apologéticos» de Tertuliano, Lactancio y Orígenes eran verdaderas «defensas», como lo pide la etimología (ἀπολογία) contra adversarios verdaderos, a los cuales se rebatía a veces verdemente, al mismo tiempo que se les proporcionaba noción somera, maguer fuese aproximada o metafórica, de los «misterios» cristianos por ellos mal entendidos. Esta clase de Apologética genuina y primitiva ha sido practicada en nuestros días durante casi todo el curso de su larga y fecunda vida por el magno periodista que fue G.K. Chesterton, por ejemplo, controversista genial, humoroso y amable, que se dio el quehacer de enseñar a sus paisanos el catecismo patas arriba, el catecismo en negativo, el decir, a través de las gansadas suavemente jocosas que él atrapaba alegremente en los que no saben el catecismo... «What they don't know», como él decía. Esta es una de las dos grandes Apologéticas genuinas que existen, la polémica de acero, cortés y mortal como un duelo, con adversarios existentes de igual categoría al apologeta. Su género es «controversia». Llamémosla «apologética aplicada o artística».

El otro género de Apologética genuina es la Apologética pura o teológica. Ella está en los «Apologéticos» primitivos arriba citados en forma embrionaria. Ella es o debe ser la exposición de todo el dogma cristiano, *tal como puede ser visto desde afuera por el que está afuera*, por el que carece del don de la Fe. Esta exposición no puede ser otra cosa que la teorización parcial o total del magno hecho histórico-teológico de la Iglesia visible como respuesta a la instintiva pregunta del hombre en busca de la verdad religiosa. Son los dos grandes hechos, uno externo, otro interno, que al encontrarse, abrazarse, conjugarse,

originan el fenómeno de la conversión. Sobre ellos como sobre un eje debe girar necesariamente toda tentativa de conducción hacia la Fe. El Concilio Vaticano lo indicó al definir por una parte la obligatoriedad de la búsqueda de la religión verdadera y por otra la capacidad del «milagro moral» de la Iglesia para sancionar y saciar esa búsqueda, que es un fenómeno psicológico normal en ese «animal religiosum» que es el hombre, según la definición de Lamarck.

«Ut autem officio veram fidem amplectendi in eaque constanter perseverandi satisfacere possemus, Deus per Filium suum unigenitum Ecclesiam instituit, suaeque institutionis manifestis notis instruxit, ut ea, tamquam custos et magistra verbi revelati ab omnibus posset agnosci... Ecclesia per se ipsa, ob suam nempe admirabilem propagationem, eximiam sanctitatem et inexhaustam in omnibus bonis fecunditatem, ob catholicam unitatem invictamque stabilitatem, magnum quoddam et perpetuum est motivum credibilitatis et divinae suae legationis testimonium irrefragabile» (Concilio Vaticano).

... Hay un hecho en el fondo del alma humana que es la tendencia inevitable, la sed inextinguible hacia la verdad absoluta y la vida sin término; hecho universal, sempiternal, profundísimo. Hay otro hecho en la historia de la humanidad, que es la presencia en toda ella de una sociedad que proclama como suya la posesión de esa verdad, por medio de toda clase de signos y testimonios maravillosos. Estos dos hechos son la base ineludible de toda adhesión a la Fe, la cual no es la mera admisión intelectual de una teoría, sino el aferrarse a una actitud y dirección vital con todas las fuerzas del alma. Heidegger ha definido al hombre como el animal que conoce de antemano la muerte: Unamuno lo ha definido como el animal que no puede resignarse a la muerte. La Religión es la solución al problema de la Vida y la Muerte. Esa solución no puede hallarse sino en una sociedad, siendo el hombre animal social por esencia. Toda invitación a ella presupone la percepción de esa tal sociedad que, desafiando a la muerte en el orden histórico, da prendas de que posee en sí el desafío victorioso a la muerte en el orden trascendental-personal. Sólo una sociedad inmortal puede enseñar al hombre su inmortalidad...

Mi inseguerete come l'Uom s'india...

Me enseñarás cómo se endiosa el hombre... (Dante.)

Que el presente libro de Kösters sirva para dar a conocer esa Sociedad a los que sienten esa hambre y esa sed. De él puedo decir que está escrito con la prolijidad, exactitud y profundidad de que se honran los profesores alemanes, y está traducido con la escrupulosa fidelidad al texto, la claridad castellana, y la acomodación del genio idiomático capaz de dar la transposición honesta, posible en tan difícil materia y en dos lenguas tan diversas y tan soberanas.

LEONARDO CASTELLANI
Profesor de Filosofía



PRÓLOGO

(1940)

“Curar” de una Parroquia es una cosa seria. El cura párroco de Florida (F.C.C.A.)¹ tiene encima la martingala de una sucursal de la Religión Norteamericana plantada en el ejido de su propio redil; quiero decir que en Florida está establecida la central de la propaganda protestante en toda la América del Sur, munida de recursos considerables y hasta de una potentísima Editorial para difundirla.

El protestantismo yanqui de importación toma el nombre de “religión evangélica”, dejando a las innumerables sectas en que está dividido sus denominaciones particulares en orden a la acción “ad extra”, la cual acción no consigue el fin que preconiza de “cristianizar” a Sud-América; antes al contrario aumenta el laicismo (o sea la irreligión) al separar a los argentinos de sus pastores y creencias tradicionales. El latino al dejar de ser católico no se vuelve protestante sino ateo. Hace poco el Dr. Julio Navarro Monzó se lo dijo con toda cortesía y firmeza a una delegación yanqui de buena vecindad en la arenga de bienvenida en inglés que le tocó hacer como miembro del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Así pues, si además de llenar satisfactoriamente un puesto avanzado, es capaz un párroco de enriquecer el acervo de las letras patrias con una colección de cuentos, hay que contarle como benemérito, y más si los cuentos, como en el caso presente, son buenos.

Aunque no fuesen buenos, los cuentos del P. Edmundo Vanini que me toca presentar al lector, tendrían todavía un interés documental no vulgar, puesto que están tomados de una fidelísima observación de las costumbres de nuestras clases suburbanas, y transcriptas casi fonográficamente en su propia lengua. Interés lingüístico del estudio del “coloquial” porteño, como los cuentos de Fray Mocho, sumado al

* Vanini, Edmundo (1945). 58°. 2° ed. aumentada. Buenos. Aires: sin Editorial, impreso en los talleres gráficos de la Escuela de Artes y Oficios “San José” de la Obra de Don Orione, pp. 9-12.

¹ En esa época el autor era Párroco de Florida.

interés de la descripción de las costumbres de la clase pobre, hecha con una especie de inexorable exactitud que no embellece ni perdona, y brotada de la experiencia transversal –vasta y penetrante– que el necesario tráfico de la vida parroquial proporciona.

Otro párroco conocemos que ha acometido esta misma empresa, el abate Loutil, de la Parroquia Saint François de Sales de París, conocido en el mundo por su pseudónimo de Pierre L’Ermite.

Pierre L’Ermite no ha usado el “argot” parisino, que es una especie de dialecto formal, sumamente difícil, sino raras veces: sus cuentos son dramáticos incisivos, sarcásticos, violentos, a veces un poco melodramáticos con un rudo color de realismo escuela naturalista; y siempre una especie de fábulas para inculcar o ilustrar proposiciones morales o religiosas. Sacando este último carácter común, los cuentos del presbítero Vanini difieren enteramente de los de su colega, y están más bien en la línea de los de Fray Mocho, diálogos pintorescos y fotográficos en el ambiente sucio de los arrabales; a los cuales nos parece que superan por la trascendencia de la intención moral y por un mayor ajuste en la transcripción del “coloquial” porteño. Véase este ejemplo:

“... Yo no puedo seguir así. En casa es una pelea viva..! Y vos, con pura promesa, hast’hora!” “...Cuando te veo, m’agarra l’inspiración! Soy como Gardel! Me siento calandria y te canto..! Pucha! Si pudiera decirte tantas cosas como siento aquí “drento” como Carlitos Gardel. Pero soy tuyo. Vos m’ataste a tu vida pa’siempre, te lo juro! ¡Y sos linda... y sos buena, por eso no t’entienden en tu casa! ¡Vas a venir conmigo!...”

El estudio del “coloquial” porteño es necesario aunque no sea consolador. La lengua popular de las grandes urbes argentinas es pobrísima, es una corrupción y desecamiento del español escrito, el cual a su vez no es ningún azogue; es rígido y obeso. Por diferentes fenómenos sociológicos –como la inmigración, la decadencia cultural, la escuela deficiente, la falta de latín, etc. – el castellano en la Argentina ha sufrido un bajón sensible. Compárense estas transcripciones del P. Vanini (o las de Fray Mocho o Carlos de la Púa) con el “coloquial” madrileño tal como lo transcribe Benavente en “Una pobre mujer” o con el coloquial sevillano de los Quintero y de Pérez Lugín. Si

recordamos el axioma lingüístico irrecusable de que el léxico donde las raíces de una lengua asientan, se nutren y vigorizan, es el habla popular (“*il n’y a ni force ni saveur que dans la langue populaire*”) tendremos que reconocer que la nuestra está sufriendo una anemia terrible, ya que los aportes del maloliente “lunfardo” son nulos y los aportes del coloquial son insignificantes y todavía inasimilables. Y que esta anemia lingüística tenga su origen en una anemia intelectual y moral, es decir, en una falla de la vida espiritual de nuestro pueblo, es cosa que no puede hacer dudar a nadie que piense.

Y he aquí como hemos llegado, por la consideración del instrumento formal y la curiosidad seca del lingüista, a tocar el gran tema central de todos estos amargos croquis al carbón y al aguafuerte que el párroco de Florida ha querido titular con la coordenada geográfica de la gran urbe argentina.

*de esta magna Singapur
de la América del Sur,*

como dijo el otro poeta, como un nuevo alegato y voz de alarma a la gran ciudad aturdida y turbulenta.

LEONARDO CASTELLANI.

25-IX-1940.



SUMA TEOLÓGICA*

TOMO I

ANTEPRÓLOGO¹

(1944 – 1945)

I. – RAZÓN DE ESTE TRABAJO

Viajando por nuestro país nombré una vez a Tomás de Aquino; y un compañero de tren me preguntó con toda seriedad si *ese Aquino era de Corrientes*. Porque, en efecto, Aquino es apellido correntino.

Se podía responder que no con una sonrisa. Pero también se puede responder con más profundidad aunque con menos sencillez: “Sí señor, Tomás de Aquino es de Corrientes. No está en las listas del Senador Vidal². Pero fue uno de los maestros de San Martín y del Sargento Cabral”.

Tomás de Aquino es de toda la Cristiandad entera, aun en sus rincones mesopotámicos, y sobre todo de esta cristiandad latina a que tenemos el honor y el riesgo de pertenecer. El Senador Vidal, como todo correntino, debe tener mucho de tomista sin saberlo, porque nadie puede sustraerse a una tradición secular. A través de la Orden de Predicadores, de las otras órdenes religiosas, de la Jerarquía católica, del clero secular y de los conquistadores, la Suma Teológica del Aquinense se instiló en el Nuevo Continente inspirando costumbres, leyes, actos de gobierno, hábitos mentales y maneras de hablar. “Es increíble la cantidad de latín que hay incluso en el lunfardo de un *reo* de la Boca y en la lengua *turfística* de un *sportsman* de Palermo” –ha dicho Eugenio D’Ors (“El Debate”, Madrid, 20 de junio de 1934).

Esa lengua latina que impregna como un mantillo húmedo las raíces de nuestro romance castellano –y sin cuyo conocimiento al menos en las *élites* intelectuales nuestra lengua degenera necesariamente– fue

* Tomás de Aquino (1944). *Suma Teológica*. Buenos Aires: Club de Lectores, pp. IX-XXIV.

¹ Santo Tomás puso a la “Summa” un prólogo de 22 líneas, explicando su propósito. No es lícito pues ponerle otro prólogo, a no ser que sea un mero comentario o paráfrasis de la media página del maestro. Eso nada más quieren ser estas 22 páginas.

² Conocido político / Circa 1938. (N. del E.)

rechazada de la enseñanza por los hombres del 84 sin que se pueda asignar para ese fenómeno hoy día ninguna razón perceptible; puesto que en esto no imitaron según su costumbre, ni a Francia ni a los Estados Unidos. De modo que la “Summa” del de Aquino, que está más honda en nuestra nacionalidad que los mismos Aquinos de Corrientes, fue sustraída en su texto original hace 60 años a la incipiente alta cultura argentina. ¡Y así le ha ido a ella desde entonces! Y ahora hay que traducirla como se pueda a la lengua vulgar. Paciencia. No hay mal que por bien no venga. Puede ser que sirva como instrumento de comunicación hispano-americana.

“He aquí que de nuevo en 1944 –escribe la revista “Moctezuma”, de Méjico– van saliendo de las prensas argentinas los volúmenes poderosos de su obra magna en lengua de Castilla. En otros tiempos, cuando Occidente era Cristiandad, un occidental que no supiera latín era considerado un primitivo. Hoy, que se nos ha quebrado en pedazos la herencia de muchas generaciones... nos parece primitivo el que sabe latín; progresista el que posee una radio Philco y un Ford V 8.

“La Suma Teológica fue una de las más poderosas contribuciones a la culminación de la unidad occidental. Unidad que era idea antes de ser hecho. Cuando todo Occidente –desde Oxford a Mesina y desde Salamanca a Nuremberg– estudiaba la Suma sin pensar que Tomás era fraile o italiano o escribía en latín, existían valores superiores a esos instintos carniceros que nos encierran hoy en fronteras de montes o de ríos, de lenguas o de razas, para odiar o explotar más cómodamente a los que viven al otro lado...”.

II. – LO QUE ES EL AUTOR

El Pbro. Dr. Nicolás O. Derisi nos ha vertido un libro de Jacques Maritain, *El Doctor Angélico*, donde está contenido todo cuanto hace falta saber del hijo de los condes de Aquino; como hombre, como santo y como Doctor.

Santo Tomás de Aquino es un milagro de la Providencia, nacido para llenar una misión intelectual que había de extenderse a todos los siglos, y prevenido ende para ella con dones tan extraordinarios de natura y de gracia que a los que tienen la dicha de conocerlo aparece como una gran montaña del mundo moral. Esa especie de gran ángel sereno y activo,

con sangre de reyes y cuerpo robusto de guerrero teutón que enseñó en Colonia, París y Nápoles, el triángulo de la Cristiandad Trecientista, y recorrió en mula o a pie todos sus caminos, con los ojos grandes abiertos sobre todas las cosas y todos los libros, sorbiendo el alma y la entraña viva de los libros y las cosas, infatigable devorador del SER, que es el alimento insaciable de la inteligencia, la vida más vida que hay en nosotros... Hacer un recuento de esa grandeza, ni aun en tenue silueta, nos resulta imposible; y por eso nos referimos al libro de Maritain. Una imagen alegórica de la misión intelectual de Santo Tomás en el mundo, realmente hermosa, fue diseñada en forma de Auto sacramental o *Misterio* por el poeta Enrique Gheón², traducido hace poco al castellano por J. del Rey y J. Mejía con el nombre de *La Gloria de Tomás de Aquino*.

Pondremos aquí sólo un cuadro sinóptico de su vida y otro de sus obras para comodidad de nuestro lector de la Summa.

VIDA		
	MANDONNET, O.P. Revue Sc. Phil. Théolog. 1920, pág. 140	
	1225 – Nacido antes del 9 de marzo.	
	30 – Oblato en Montecasino.	
	39 – Expulsión de los monjes por Federico II. Vuelve a su familia.	
	39-40 – Universidad de Nápoles.	
	44 – <i>Dominico</i> : Abandona su patria hacia París; preso un año en Monte San Giovanni.	
	45 – Con Alberto el Grande.	
	48-52 – Colonia.	
	52 – A París	
	56 – Bachiller bíblico y sentenciario.	
	56-59 – Maestro en Teología.	
ITALIA	{	59-61 – Profesor en Anagni. (Alejandro IV.)
		61-65 – Profeso. (Urbano IV.)
		65-67 – <i>Roma</i> , Convento Santa Sabina.
		67-68- Curia de Viterbo.
		69 – París: actividad inmensa.
		72 – Italia.
		73 – Florencia, Traetto, Nápoles.
		74 – Hacia el Concilio de Lyon.
		74 - † el 7 de marzo.
		Summa Theolog.

² *Le Triomphe de Saint Thomas d'Aquin*, "Revue des Jeunes", Paris, 1922.

LIBROS

PARÍS	{	1254 – Bachiller a los 29 años. <i>I Sentent.</i>
		55 – <i>De Principiis naturæ.</i>
ITALIA	{	56-59 – DE VERITATE. DE ENTE ET ESSENTIA.
		56-64 – Collationes dominic.
		57-58 – In Boeth. <i>De Hebdom.</i> – In <i>De Trinit.</i>
		58-60 – SUMMA CONTRA GENTES.
		59-63 – DE POTENTIA.
		59-68 – In 1 ^{am} 2 ^{am} Decretal.
		60 – Compendium Theologiæ.
		61 – In <i>De Divin. Nomin.</i>
		61-62 – Catena Aurea: Matthei.
		61-68 – De articulis Fidei.
		63-68 – De Malo – Quodlibeta VII-XII. – contra Errores Græcor.
		64 – Officium Smi. Sacramenti.
		64-68 – IN ARISTOT. (1 ^a parte). (Comentarios de la Physic., Metaphys., De Anima, De Sensu, De Memoria, Ethica, Política, 2 Analyt.)
		65-66 – De Regimine Princ. – Respons. Ad 108 qu.
		66 – Catena Aurea II: Marc., Lc., Jo.
		67-73 SUMMA THEOLOGICA.
PARÍS	{	68 – De Unione Verbi Incarnati.
		69-72 – De Spir. Creatis – Quodlib. I, II. (Ensayos: De Anima – Occult. Operationibus – Regimine Judæorum – Forma absol. – Et coet.)
		69-71 – IN ARISTOT. (2 ^a parte). (Comentarios al De Causis, Meteoris, Perihermeneias.)
		70 – De Virtutibus – QUODLIB. III, IV. – Otros ensayos.
		DE UNITATE INTELLECTUS – DE ÆTERNIT. MUNDI.
		71 – QUODLIB. V. – Los 37 artículos.
		72 – » VI. – IN ARISTOT. (3 ^a parte). De Coelo, De Generat. Et Corruptione.
		73 – IN ARISTOT. (4 ^a parte). De motu cordis, De Mixtione.
		74 – Epistola ad Bernardum Monachum.

El espíritu de ciencia y de inteligencia para la sabiduría de las cosas divinas que el Verbo prometió a la Iglesia, se derramó en los primeros siglos en la obra varia y tumultuosa de los Santos Padres, brotada primero de la polémica con los herejes y rebalsada luego en caudalosos remansos doctrinales. La Edad Media heredó esa enorme masa de ciencia sacra, que incluía la ciencia profana (no profanada aún en aquel entonces) y que tenía como fermentos poderosos las reliquias de la filosofía pagana y la ardiente contradicción de la contemporánea especulación mahometana y judía. San Agustín, Aristóteles, Averroes, y Salomón Maimónides simbolizan el momento intelectual de la Alta Edad Media. De aquesa masa que por momentos parecía corrompiéndose más que fermentando (y de ahí los anatemas a Aristóteles y a los estudios racionales de prelados más celosos que sapientes) había que hacer pan de palabra divina a los pequeñuelos. Aquella gente a la vez infantil y gigantesca, llena de fuerza y de candor, aquel

“Moyen Age énorme et délicat”

emprendió fervientemente la tarea. Fue el tiempo de las *“Sentencias”* y de las *“Sumas”*.

El doctor Juan P. Ramos ha explicado entre nosotros en tres doctas conferencias el alma, el mecanismo vital y el método tan natural como profundo de la *“Universidad”* medieval. La flor de esa Universidad es la Summa del Aquinense.

Tanto la Iglesia como la Monarquía necesitaban “letrados”, que conociesen éstos la Escritura, aquéllos el Derecho Romano. Por tanto, ni el Rey hacía magistrados, ni el Papa Obispos y curas, por regla general, sino al que acreditase ciencia profana o sacra: no se daban *“puestos”* sino a quien fuese un *“letrado”* –tipo humano especial cuya lamentable degeneración conocemos hoy día con el nombre de *“intelectual”*–. Un Juan de Salisbury (Johannes Parvus) salía de la Universidad con un enorme volumen titulado *“Polycraticus”*, se lo mandaba con una dedicatoria al Rey de Romanos, y a vuelta de chasque le venía el *“nombramiento”* de Arzobispo de Chartres.

Ni la Iglesia ni el Rey soñaban no obstante en “monopolizar” la enseñanza y fabricar ellos los “Letrados”: al letrado lo fabrica el Sabio,

y su propia vocación y total dedicación a las letras. Les convenía que hubiese sabios en sus reinos y que nadie los estorbase, al contrario. Como esos reyes sabían bien su oficio de Rey, sabían honrar como se debe a los que sabían bien su oficio de Sabios; y así Luis IX rogaba a su mesa al fraile fornido y moreno, que no hablaba más que latín y napolitano, y que se abstraía durante la comida y dando de pronto un puñetazo en la mesa gritaba: “*Esto es definitivo contra los Maniqueos*”; sobre lo cual el Rey sonriente mandaba traer al punto vitela y tinta para anotar el topado argumento decisivo. El rey veía en el fraile un ministro de Dios; y el fraile veía claramente en el rey la espada de Dios. Dichosos los puros de corazón porque ellos verán EN Dios.

Así pues en el Barrio Latino, sobre la colina de Santa Genoveva, a la orilla izquierda del Sena, se aglomeraba y bullía el mundo pintoresco de los maestros de toda laya en medio del hormigueo de los estudiantes de todo pelo y pueblo, sobre los cuales el Rey había puesto una especie de intelectual Sub-Rey, un Sabio entre los Sabios, que tenía el poder de azotar y hasta de imponer *pæna cápitis* a los suyos; poder este último que no usó casi nunca. “*Studium Generale!*” “*Univérsitas Studiorum!*” Era toda una institución, que tenía su fuerza propia y privativa, que podía hacer temblar a los poderosos del dinero y de la espada, incluso de la espada espiritual, y que ocupaba una tercera parte de los pensamientos del Rey y del Papa, aunque no les gravaba para nada la Hacienda ni el Tesoro. Hoy día es al revés: la Universidad gasta mucho y puede poco, su luz es más sin fuerza que la luna; y entre nosotros su pobre luz prestada parece más bien a ratos el resplandor fosforescente que brota de los cadáveres.

Pedro el Lombardo, que recitaba todos los Santos Padres y sabía el hebreo como un rabino, poseía un galpón cualquiera, o un patio abovedado. Se sentaba en un sillón frailerío puesto encima de dos arneses, mientras los discípulos se amontonaban en taburetes y los más pobres en montones de paja, algunos tirados pecho a tierra con la nariz en los papeles, escribiendo como demonios, mientras en la puerta se agolpaban de pie caballeros y nobles y algunas veces asomaba discretamente un obispo extranjero; y en el silencio profundo donde reinaba la voz chillona del Maestro de las Sentencias había novecientos alumnos. Si el Maestro se volvía a tomar un manuscrito, surgía un rumor espeso como el suspiro de un monstruo, un cuchicheo como el de la lluvia; pero mirando él a su público, ni la menor palabra se escapaba,

pues los mancebos sabían bien lo que son 25 colas de gato y el Lombardo no sabía de bromas. Un día en medio de la “lectio” llegó un faraute con una bula del Papa refrendada por el Rey y el fornido lombardo dejó su asiento de dos arneses por la silla archiepiscopal de París, que en aquel tiempo era como ser Vice-Papa.

Por la mañana la “lectio”, por la tarde la “disputatio”, los dos ejercicios escolares fundamentales que menciona Santo Tomás en su *Prólogo*.

“Lectio” (pr. *léccio*) significa *lectura*. En aquel tiempo no había imprenta, los libros eran pocos, la memoria humana era mayor; y quizá también (hablando en general) la inteligencia. Los maestros tenían libros, que eran sus instrumentos, su capital y su tesoro; Santo Tomás dijo una vez que daría la ciudad de París por un manuscrito del Crisóstomo. El Maestro se sentaba en alto, y empezaba simplemente a leer su libro, el “*De Trinitate*” de San Agustín. Pausadamente. Todo. Tanto el texto como las notas marginales suyas, deteniéndose a momentos para añadir otra nota o hacer una observación exegética; y los discípulos “¡COPIABAN TODO!”. ¡Qué memorismo!, diría una maestra normal de hoy. Ese era el tipo general de enseñanza. Pero Pedro el Lombardo había inaugurado una enseñanza más compendiosa y nerviosa: en vez de leer el texto patrístico entero había coleccionado las sentencias más notables, los dichos capitales que contenían o rozaban un dogma, o que encerraban herejías aparentes, contradicciones, antinomias, aporías, problemas. Como un albatros sobre el mar, su memoria inmensa cernía sobre los escritos patrísticos buscando el pejerrey del punto duro. Y así la “lectura” se convertía en preparación inmediata de lo que era lo esencial de la enseñanza medieval (y de toda enseñanza propiamente filosófica), a saber, la “disputatio”.

Por la tarde, uno de los mejores alumnos se sentaba al lado del Maestro y proponía en voz resonante una “*Quæstio disputata*”; por ejemplo:

“*Si Adán no pecara, ¿la virginidad religiosa sería siempre preferible al estado conyugal?*”

Respondo que no; porque San Pablo (2ª Corintios, quinto) al recomendarla dice: “propter instantem necessitatem”; y San Agustín, en

el “*De bono pudicitiae*”, dice que la oblación del cuerpo sexual no es posible sin la gracia sanante ni sería meritoria sino como reacción heroica contra la tiranía de la actual concupiscencia. Por lo cual el Divino Maestro decía: “*Sed hoc non omnes capiunt.*”

Entonces se levantaba uno del coro y con voz no menos juvenil trompeteaba en latín macarrónico:

“*Veniâ Reverendi Moderatoris cunctorumque adstantium, contra the sim in quâ tenes:*

“*Si Adam non pecasset, etc..., sic arguo:*

Virginitas esset quandocumque preferenda castitate conjugali!”

Porque: el mayor sacrificio que se ofrecía a Dios en la Antigua Ley era el holocausto, por el cual se destruye completamente un animal limpio. Ahora bien, el hombre es mortal en cuanto al cuerpo, y, sin embargo, todo su Yo, cuerpo y alma, elementos inseparables, tienden con toda su fuerza a la inmortalidad; y así el cuerpo animado tiende con fuerza enorme a la inmortalidad por la prole, inmortalidad carnal de la especie y no del individuo, débil sustituto natural de la sobrenatural resurrección de la carne. El mayor sacrificio que el hombre hace a Dios es su vida, consta por *Jo. XV, 13*; pero por el voto de castidad el hombre se mata en cierto modo, renunciando a esa inmortalidad carnal del amor humano. Luego, en cualquier caso, aun en el estado de natura íntegra, la virginidad por motivo religioso hubiera sido estado superior al casto matrimonio, como el holocausto del cordero es acto de religión superior a su recto uso.

El sostenedor repetía la objeción reducida a tres limpios silogismos; otro arguyente y otro y otro se levantaban a romper lanzas. La muchachada aplaudía, se reía y gritaba, el Gran Bedel se las veía negras con su campanilla. Los italianos corregían a gritos los errores de gramática, los españoles pateaban y se atusaban las nacientes perillas, los ingleses decían flemáticamente *¡hear! ¡hear!*, los tudescos, que se ponían siempre juntos en un rincón, rubios y grandotes, eran famosos por sus carcajadas. Los gordos bedeles circulaban todos colorados entre las filas con sus temibles varas de mimbre; y parecían barriles de aceite echados al mar, se hacía calma súbita donde pasaban, porque el día

de *Disputatio Menstrua* cualquier bedel tenía potestad de infligir una “sala”, y una “sala” era cosa seria. Sobre un cartapacio de piel de cabra el Maestro anotaba tranquilamente en medio de la batahola el resumen de las objeciones.

Entonces se levantaba el sustentante y en pausado latín y clara prosa daba su razón fundamental, “probatio”, la prueba de su tesis. Y después, tomando una a una las objeciones, concedía la mayor, transaba la menor, distinguía la menor subsunta, y por ende contradistinguía el consecuente o bien negaba la consecuencia. El entusiasmo ardía de nuevo y se trababan diálogos vivísimos mechados de interjecciones en todos los “dialectos” de la Grande Europa; y cuando después del solemne resumen y conclusión hechos por el Cancelario la multicolor escolaresca se volcaba como un torrente sobre el *Quai Saint Michel* y la *Place de Sorbon*, era seguro que la lista de tesis o “cuestiones disputadas” había sido vuelta y revuelta en todos sentidos y el entendimiento se había tendido al máximo, como las fuerzas y destreza de un caballero en el torneo.

La discusión es absolutamente necesaria en filosofía, cuando menos como método didáctico³. Nadie puede enseñar “la filosofía”, se puede enseñar a filosofar. Filosofar es ejercitar la propia razón sobre los primeros principios hacia las últimas razones de las cosas; y eso no es lo mismo que repetir de memoria los razonamientos de los filósofos puestos en fila, como pasa en muchas cátedras no muy lejos de aquí mismo. El argumento de autoridad tiene máximo peso en Teología, cuando se trata de la Autoridad Revelante; pero tiene el último lugar en filosofía, donde no basta el “*ΑΥΤΟΣ ἦφα*”, “*el Maestro lo dijo*”, de los Pitagóricos. Algunos dicen que la polémica es indigna del filósofo: la polémica le será indigna, pero la crítica le es indispensable. El libro que para muchos es el pórtico de la filosofía moderna, la Primera Crítica de Kant, pese a su forma expositiva, es una discusión disimulada, donde los argumentos contrarios están implícitos o reducidos a antinomias o antítesis. Los 3.112 artículos de la *Summa* son discusiones en resumen. Habiendo usado ya el método expositivo en sus comentarios a Aristóteles y un método semipolémico en la “*Summa contra Gentes*”, el instinto poético del Santo Doctor designó calcar su “libro de texto” teológico sobre la práctica pedagógica de la “disputatio”, imitando

³ Ver *De si la doctrina sacra es argumentada*, Iº, c. 1, a. 8.

la “*vía inventionis*” de la verdad por el intelecto humano; al mismo tiempo que en la disposición de los artículos empleaba el camino analítico, la *vía expositionis*.

Esta idea fue un hallazgo genial. Como él lo nota en su prólogo, la *lectura* comentada de los Padres era engorrosa por las repeticiones y confusa por la falta de orden lógico; mientras que la “*disputatio*” dejaba lagunas, y se enardecía sobre puntos de menor importancia. El Lombardo había tratado de combinarlas en un cuerpo de doctrina con su selección de “*Sentencias*”, que el mismo Tomás había comentado en una vasta obra de juventud, que fue preparación de la Suma⁴. No era bastante. Dominando con su mente arquitectónica el bosquejo de las “cuestiones cuodlibetales” que él reduce analíticamente a sus primeras raíces, y calcando después la exposición de ellas sobre la misma vida intelectual de la época, en forma de fingida disputa, la Summa surge como una inmensa catedral gótica: catedral que es simple en el centro, donde como en un Sagrario late la pregunta eterna del Santo: “¿Quién es Dios?”; inmensamente varia en la superficie, cubierta por la procesión de todas las criaturas.

Los que no pueden ver más que la superficie, se pueden perder en ella. Hipólito Taine, en unas páginas de increíble superficialidad, se escandaliza de la “inutilidad” de muchas cuestiones de la Suma, y no se arredra de emplear la palabra “*imbécil*” hablando de uno de los genios reconocidamente más grandes del Universo⁵. El renovador de la moderna crítica literaria, el asombroso perito en libros, el implacable disecador de la Revolución Francesa, comete aquí un traspíe de esos que los españoles no se sabe por qué llaman garrafales. Santo Tomás hubiera triunfado de él modestamente diciendo que justamente por ser un contemplador de lo concreto es inapto a filosofar, porque de lo concreto no hay ciencia sino a lo más una virtud intelectual inferior llamada *perspicacia*. “*Socrates et album non est vere ens neque vere unum!*”

⁴ In 4 Libros *Sententiarum Commentarium*.

⁵ “Vous vous croyez au bout de la sottise humaine? Attendez encore...”, (*Histoire de La Littérature Anglaise*, c. III, § VIII, pág. 225 de la edic. de 1866). Taine se hace allí una mezcolanza con toda la Edad Media bajo la etiqueta equívoca de “escolástica”, mezcla de Sto. Tomás con Abelardo, Pedro Lombardo, Escoto, Roscelín, Bacon, Raimundo Lulio, Occam y aun con San Ignacio y Sta. Teresa, a quienes califica de “Edad Media que revienta espléndida y demente”. Diderot, a quien él moteja cruelmente de superficial en la “*France Contemporaine*”, tomo I, no escribió páginas más frívolas ni botaratescas.

Pero nosotros tenemos derecho a pedir más, no al pobre filósofo de *“L’Intelligence”*, pero al crítico literario de la *“Histoire de la Littérature Anglaise”*. Muchas de las cuestiones que él pone como ejemplo de inútiles y estúpidas y mancha con burla fácil de enciclopedista, representan problemas eternos de filosofía, debatidos hoy día con palabras más abstrusas y forma menos pintoresca, debatidos por Taine mismo. La cuestión que pusimos arriba sobre la virginidad y el matrimonio, que no está en la Suma pero sí en el Maestro de las Sentencias, tenemos una bibliografía de más de cien libros actuales sobre ella, desde Lutero, por Freud, hasta el monstruoso *“La chasteté perverse”*, de Boivenel, que la discuten con más encarnizamiento, y menos limpieza que antes. El mismo Taine la ha discutido sin darse cuenta; con la diferencia de los antiguos que aquéllos eran claros y la resolvían, y él es oscuro y encima no puede resolverla ni de lejos.

Es que la humildad de la ciencia antigua desconcierta a la ampulosidad del cientifismo moderno. No hay nada que se parezca más a lo simplón que lo simple; porque los extremos se tocan y la suprema sencillez del genio puede parecerse por momentos al simple devaneo del niño. Pero un gran crítico literario debe distinguirlos; y aquí le falló a Taine su crítica, a causa de su rígido espíritu de sistema, de su ignorancia filosófica y de sus prejuicios vehementes de hombre “positivo”.

Que la escolástica haya disputado cuestiones meramente académicas o de puro virtuosismo dialéctico o conceptual, es obvio; no hay ciencia alguna en estado floreciente que no se vaya algo “en vicio”, sin contar las cuestiones sistemáticas o técnicas (como la fijación del vocabulario), que no interesan al de afuera, pero son necesarias adentro, como el afilar un obrero la herramienta. La socorrida cuestión de *“si infinitos ángeles caben en la punta de un alfiler”*, citada comúnmente como ejemplo de ridículo bizantinismo, envuelve en sí nada menos que el problema metafísico del espacio, puesto en solfa y como en juego. Debe recordarse que aquellas mentes medievales eran sanas y juveniles, y no un vitriólico pedante cansado de la vida como Taine. Sin embargo, Santo Tomás es entre todos los escolásticos el más sobrio y serio, y menos amigo de hacer parábolas como la del “asno de Buridán”. ¡Quién le iba a decir a él cuando reprendía a Platón *“de tener mala manera de enseñar, porque habla demasiado alegóricamente”*, que andando los

siglos le iban a dirigir a él la misma reprensión aunque con diferente causa!

En el prólogo del tomo IV de esta traducción veremos un ejemplo de este modo concreto de tratar los problemas filosóficos en la sorprendente cuestión “*De si en el estado de natura integra nacerían solamente varones*”. En esta duda más bien chusca está encerrada la difícil cuestión de la diferencia caracterológica de los sexos, debatida hoy, por ejemplo, por Ludwig Klages en “*Grundlagen der Charakterkunde*”, cap. VI.

La última razón de esta forma juvenil y poética de discurrir, no es solamente la frescura de la mente medieval (pues bien en abstracto discurre Tomás en sus magnos comentarios a Aristóteles) sino el hecho de que *la Teología es concreta* y en la Suma los problemas filosóficos están ordenados a los teológicos⁶.

IV. – LO QUE NO ES LA OBRA

Santo Tomás es un hombre a quien se le puede pedir mucho; pero siendo nada más que hombre no se le puede pedir todo. No se le puede pedir, por ejemplo, que sea infalible; no se le puede pedir que resuelva explícitamente los problemas que en su tiempo no existían; no se le puede pedir la misma certeza en todas sus conclusiones, la misma suprema elegancia intelectual en todas sus cuestiones. Creyó, por

⁶ Ver *De si la ciencia sagrada debe usar de metáforas y símbolos* – respuesta afirmativa, en I^a, q. 1, art. 9. Es curioso que donde tropieza un gran crítico literario como Taine, ve claro y hace justicia a la Escolástica un pedagogo protestante, el doctor Phil. – Paul Monroe, profesor en la sección Magisterio de la Columbia University de Nueva York. Mejor fundado que Taine en Filosofía, percibe detrás de las cuestiones “pueriles” de la Escolástica: 1º, las más profundas inquisiciones acerca del ser, de la naturaleza de la realidad y del espíritu, de la esencia de lo divino; 2º, un propósito pedagógico de llegar con caridad a todas las mentes, aun a riesgo de exponerse al ridículo. En su clásico: “*Brief Course in the History of Education*”, dice así el profesor Monroe:

“Hence such trivial or even sacrilegious questions as those which are so often quoted as indicative of the puerility and utter worthlessness of scholastic learning, in reality deal with subjects regarded as of vital importance in our own times, “How many angels can stand on the point of a needle?”, “Can God make two hills without the intervening valley?”, “What happens when a mouse eats the consecrated host?” – all such questions conceal beneath their simple form the most profound inquiries concerning the relation of the finite to the infinite, the attributes of the infinite, the nature of reality. Give them a form that only the trained metaphysician can understand, and they constitute the profundities of modern thought; give them such form as the untrained adult or the youth just beginning his course of scholastic studies can comprehend and handle, and they form the alleged “monstrosities” of the Schoolmen.” (LC.)

ejemplo, que lo que es hoy el Dogma de la Concepción sin Mancha era una opinión solamente, y la menos probable, o por lo menos no lo vio claramente (ver *S. Th.*, III, c. 27); falla que Dios permitió quizá para que no presuma un hombre, aunque sea un águila del pensamiento, contener él solo el depósito de la revelación divina, que está prometido solamente al Cuerpo Total de la Iglesia viviente y perpetua.

El entendimiento del hombre está unido a un cuerpo, que está en el espacio, y por ende en el tiempo; todo filósofo, por inmortal que sea, está tocado de temporalidad. ¡No le pidamos a Santo Tomás que viva a la vez en el siglo XIII y en el siglo XX! Justamente es de todos los siglos porque vivió a fondo su siglo XIII –lo vivió intelectualmente, que es la más alta manera de vivir–; pero no es de todos los siglos de la misma manera. Su mente es tan arquitectónica, sus intuiciones tan profundas y penetrantes, su sistema tan vasto, coherente y flexible, que realmente fue en un momento *toda la filosofía* y será por todos los siglos el representante quizá más completo de la *Philosophia Perennis*, de tal modo que no parece posible surja en lo filosófico prolongación o progreso alguno, que no sea posible injertar o integrar en ella. Pero en él la filosofía no era una edición *ne varietur*, una Biblia protestante, un depósito muerto de verdades definitivamente formuladas, como la tabla de multiplicar: ¡era una vida! ¡Insistió tanto él mismo en la penuria de nuestros conceptos, la intrínseca cojera del pensar discursivo, advirtió tantas veces que el *sistema*, necesario a la ciencia humana, no es más que un sucedáneo de la Idea pura, de la intuición angélica imposible al hombre! Pero evidentemente, después de decir que el discurso es una condición peyorativa de la existencia corporal y espacial de nuestra mente, tiene que entregarse al discurso y a veces por cierto lo hace hasta el punto de pasarse un poco a la embriaguez dialéctica. Sería cerrar los ojos a la evidencia querer negar que aquí o allá confía demasiado en algunas fórmulas, que sustituye en la explicación de los textos el artificio lógico a la razón psicológica o histórica, que desdeña un poco la región baja de las *ciencias medias* en su volar acucioso al ideal helénico de la ciencia pura, que después de advertir que los misterios no se comprenden ni demuestran, se pone (comprendedor incorregible) a dar demostraciones de la Trinidad que no son sino semejanzas; o bien pruebas congruas de la Encarnación que son especie de poemas lógicos *ad edificationem fidelium* más aptos para la oración que para la apologética. El “intelectualismo” que le han incriminado Bergson y M.

Seeberg no es un racionalismo, mil leguas de eso; pero su confianza absoluta de que la inteligencia y el ser son una cosa, “*ens et verum convertuntur*”, de que no hay divorcio final entre la Vida y la Idea, le lleva a olvidarse a ratos de la oscuridad que infunde la materia a las cosas de este bajo mundo, a querer explicarlo todo, a racionalizar todas las enumeraciones, a poner a veces tranquilamente y sin decir ¡ajo! un orden ficticio, de tipo artístico, en los puntos impenetrables al ordenar científico, llevado quizá de ese instinto de simetría que movía al arquitecto medieval a poner estatuas donde no eran necesarias ni casi posibles. Estaba seguro de que la Inteligencia era la causa de todas las cosas y por tanto ¡todo tenía que tener explicación! “Era necesario que Cristo naciese de mujer y sin padre: porque Adán nació sin padre ni madre, Eva nació de varón sin mujer, nosotros nacemos de varón y mujer, luego era conveniente “*ad decorum universo*” que un hombre naciese de mujer sin varón”, ¡para agotar todas las generaciones posibles! Explicación de tipo meramente poético, donde la ciencia suprema, la Teología (como advirtió en la Prima Pars, c. 1, art. 9) toca con los pies la ciencia ínfima, la poesía, con la cual tiene de común el instrumento del símbolo.

Así como no se puede pedir a la Teología el método propio de las matemáticas, tampoco se puede pedir a Santo Tomás el aparato de la teología moderna. El teólogo medieval era un “comprendedor” apasionado, en tanto que el teólogo moderno parece más bien (no hablo de discípulos de Tomás como Billot) un “rememorador” minucioso y escrupuloso hasta el delirio, un custodio armado del hipogrifo del Dogma que jamás se le ocurre ponerle el freno para salir en él volando. El archivista ha matado al soñador y los tratados de Teología se parecen hoy mucho más a códigos que a poemas. Así, pues, no busquen en Santo Tomás, por ejemplo, las aparateras “notas” teológicas que prenunció Melchor Cano (“*De Locis*”) e introdujo la polémica con los jansenistas: “Esto es de fe y esto no es de fe; esto es de fe definida, de fe próxima a definirse, de fe por la Escritura, de fe por el magisterio común, de fe implícita; esto es conclusión teológica cierta, doctrina unánime de los doctores, sentencia común, probabilísima, más probable, probable, disputada”. En la cuestión “*De si negar las Nociones (de la Trinidad) es herejía*”, el Santo Doctor advirtió en general que toda proposición negante lo que está de algún modo conexo racionalmente con el Dogma, se reduce también de algún modo a la herejía, salva siempre la intención

subjetiva; pero él no se aflige por distinguir en su inmenso tratado los diversos grados de conexión de las verdades con la Revelación: amasa tranquilamente todo lo que él tiene por verdadero en un solo bloque, que sería imprudente tener por monolítico; yuxtapone al dogma, la conclusión, la congruidad, la alegoría y hasta la conjetura; y al lado del teorema metafísico de que en el Ángel la sustancia no se identifica con el acto intelectual, estampa tranquilamente el loguema poético de que los querubines fueron creados en el Cielo Empíreo, confiando quizá demasiado en el criterio de su lector, incluso del lector de su tiempo.

Menos todavía se le puede pedir a Santo Tomás que haga un tratado magistral tan accesible como una novela, o que informe teológicamente a un sujeto impreparado. Es superfluo advertir aquí que la Suma es una obra científica, por más que el interés transcendente de sus cuestiones, sus vínculos con todo lo que hay de más humano, la modestia de su vestidura terminológica y el milagro de la claridad a que la llevó el genio del Aquinense puedan inducir en error a los incautos: porque, como notó Vázquez de Mella, la profundidad del pensamiento tomista no está tanto en las líneas cuanto en los blancos que hay entre ellas; quiere decir, *en lo que suponen las líneas* para ser entendidas en toda su fuerza, que es nada menos que la familiaridad con la filosofía aristotélica⁷. De modo que dio más bien muestra de inteligencia aquella dama a quien Fray T. Pègues, O. P., prestó su traducción francesa de la Summa, la cual después de leer la Cuestión 3ª: “*De la simplicidad de Dios*”, se la devolvió diciéndole que tenía bastante: “porque si ésta es la *simplicidad* de Dios, ¿qué será su *complicación*?”, –dijo con todo buen sentido la buena señora.

Pero Tomás de Aquino no fue un filósofo solamente; y si fue un gran filósofo era porque estaba por encima de su misma filosofía. No fue un solitario como Kant, ni un catedrático como Suárez, ni un reformador vagabundo como Descartes, ni un diletante de genio como Leibnitz: fue una especie de atleta intelectual, miembro de una orden naciente, metido en el vivo foco de la vida religiosa política y social (que entonces eran una) de uno de los siglos más hervorosos que han sido: por lo tanto, en su obra maestra, pese a lo que pueda parecer, no hay nada de académico, nada de pura técnica y virtuosismo, nada de repuesto o de sobra, ni

⁷ Familiaridad que puede adquirirse meditando la Summa tan bien en cierto modo como leyendo a Aristóteles y mejor que leyendo manualitos.

mucho menos los abismos de ignorancia que creyó ver, a través de la suya propia, el pobre Taine. Él sabe ser tan sutil como Escoto, pero no busca la sutileza por la sutileza; él es tan ecléctico como Suárez, pero tiene demasiada sangre para no preferir a los sabios resúmenes o tibios compromisos el avalance del propio pensar personal. En su catedral no hay criptas ni recovas y hasta el último capitel está sosteniendo algo; no hay adornos, contrapuestas ni falsas ventanas. Por cada artículo se entra a alguna parte, y detrás de muchos de ellos está guardando una Melisinda el Caballero de las Armas Verdes, hacha de todos los Taines y los Viejos Verdes, sólo superable por la divina obstinación del Enamorado.

Leonardo Castellani, S. J.

(Mar del Plata, Febrero de 1944, en el Instituto Peralta Ramos.)

* * *

TOMO II

ADVERTENCIA *

Este segundo tomo de nuestra edición de la *SUMMA* comprende las cuestiones 27 a 46 de la *Prima Pars*, es decir, lo concerniente a la Trinidad Divina; y después lo concerniente a la operación “ad extra” de la misma Trinidad, que es la obra de la Creación, primera sección, de la creación en general.

El plan primero de este trabajo fue publicar someramente revisada y retocada la traducción y notas que en 1878 hizo don Hilario Abad de Aparicio. Pero muy pronto se hizo evidente que el texto de Aparicio no era digno de simple reimpresión: la traducción es pedestre y un tanto descuidada, con lugares borrosos que frisan lo ininteligible, o que simplemente caen en lo erróneo. La meticulosa corrección, línea por línea, de esa versión ya difundida, equivale casi a una nueva traducción; por lo cual es posible que si el tiempo nos lo permite, abandonemos desde el tomo III la corrección y traduzcamos de nuevo, para mayor

* Tomás de Aquino (1944). *Suma Teológica*. T. II. Buenos Aires: Club de Lectores, pp. 7-8.

honor del Santo y servicio del lector argentino, que ha respondido tan generosamente al Club de Lectores.

Lo que aquí hemos hecho fue ajustar la traducción antigua, buscando:

1º, una mayor fidelidad al pensamiento y al estilo del Angélico;

2º, una mayor concisión por ende;

3º, una mayor adaptación a la lengua filosófica actual.

En suma, fuera de los pasajes confusos que hemos debido verter de nuevo, nos hemos limitado por ahora a quitar palabras superfluas, sustituir las inexactas, añadir las mal omitidas y ajustar la terminología, de cuyo rigor el traductor antiguo no curó mucho, como pasando por alto que toda filosofía adulta tiene sus propios tecnicismos, que es obligatorio traducir por una locución constante. Lo engorroso de este trabajo nos fue aliviado por el encanto de releer al Angélico. Si perdemos la vista traduciendo a Santo Tomás de Aquino, no estará del todo mal perdida.

Aparte de la soberana elegancia de la arquitectura de la *SUMA*, que ha sido felizmente comparada a una catedral gótica, Santo Tomás tiene una elegancia estilística propia, caracterizada por una expresión directa de diafanidad absoluta, y por el uso de las figuras literarias más simples y naturales, propias del estilo oral, como la repetición, la simetría, el paralelismo, la similitud, la sentencia, el apotegma, y las demás que los retóricos llaman lógicas. Menéndez y Pelayo ha comparado esta nueva lengua latina –que se puede decir creó el de Aquino, tallándola del artificioso latín clásico y del bruto latín vulgar del Medioevo–, con un lago montañoso profundísimo, como nuestro Limay – de – La - Cumbre, que parece playo de puro “puro”. De más está decir que esta angélica gracia de pureza estilística del Maestro no es traducible del todo, ni por nosotros ni por nadie.

La edición de 1880 fue anotada por uno de esos escolásticos pesados, literales, memoristas, farragosos y rígidos con los cuales chocó vivamente en su juventud Menéndez y Pelayo, y que representaban y representan la decadencia de una vida, tan peligrosos como un cáncer en

un organismo. Casi todas las notas que firma M. C. G. resultan hoy día superfluas por lo menos, y a la prueba nos remitimos, si alguien lo duda: que las lea. Por lo cual la mayoría han sido descartadas.

Las que he añadido con la sigla (LC) se podrían hacer prohijar así en conjunto por el Cardenal Ludovico Billot, S.J., el mayor teólogo de nuestros tiempos, y gran comentador del Angélico, pues están tomadas de mis cuadernos de Teología escritos en mi juventud bajo la égida del magisterio billotiano.

LEONARDO CASTELLANI, S.J.

Purificación de María, 1944.

* * *

TOMO III

RAZÓN DE ESTE TRABAJO *

*“... Ad officium boni traslatoris pertinet ut...
servet sententiam, mutet autem modum loquendi
secundum proprietatem linguæ in qua transfert.”*

Un buen traductor debe conservar el pensamiento del autor trasvasándolo al modo propio de la lengua que usa.

(SANTO TOMÁS DE AQUINO: Opúsculo
Contra errores Græcorum, Proemio, ad finem.)

Toda traducción no siempre es una traición, como dice el italiano (*traduttore, traditore*), porque existen algunas raras obras maestras de sacrificio y de habilidad, que han hecho una obra literaria nueva sobre una obra literaria anterior, como el *Fausto* de Llorente, *Los novios* de Gabino Tejado, la traducción de los *Siete Tratados* de Séneca por Navarrete, las traducciones de Fray Luis de León, las traducciones del toscano que alaba Cervantes, etcétera. Aun aquí cerca, en la Argentina,

* Tomás de Aquino (1944). *Suma Teológica*. T. III. Buenos Aires: Club de Lectores, pp. 7-10

tenemos un eximio traductor orfebre, el doctor Carlos Obligado, que siendo poeta y a la vez cumplidísimo *schólar*, ha puesto en verso castellano con gran primor, las mejores poesías de los románticos franceses y de otros modernos, así como una gran parte de Shelley y todo Poe, con gran ventaja para las letras patrias. Así también, *si lecit parvis*... lo han ensayado Jerónimo del Rey y Jorge Mejía con el poema dramático de Ghéon *La gloria de Tomás de Aquino*. Traducir no es devolver, sino imitar.

Pero esto, como digo, es una especie de milagro, y es hacer un nuevo poema propio sobre un poema ajeno, cosa que no se puede hacer con la *Suma* del Angélico, a no ser por obra de algún otro Angélico, el cual no es probable que surja, pues según la doctrina del mismo Santo Doctor, los ángeles, hay uno solo de cada especie. De modo que lo que quedaba abierto era esto: hacer una traducción que no fuese una traición; y fuese solamente *como un tapiz mirado del revés*, según la comparación de Cervantes. O sea, mejorar la última traducción española que data de 1880.

Reproducir tal cual esta vieja versión, obra de D. Hilario Abad de Aparicio, no es lícito. Podrá ser obra de comercio –y es sabido que la edición de libros en la Argentina está infelizmente regida ahora y en gran parte por la logrería mercantil–; pero no es obra de ciencia. Dicha traducción es mediana para abajo, y reproducirla tal cual es un error en el respecto científico y del honor del Maestro. Para traducir a un escritor de primer orden hay que ser por lo menos escritor de segundo orden; y para traducir a un filósofo hay que ser por lo menos profesor de filosofía. El buen abogado Abad de Aparicio no tiene idea de lo que es la pureza y la fuerza del estilo, no digamos nada de la elegancia; y no conoce suficientemente el conjunto sistemático del Angélico, lo cual se ve en que incurre en errores serios, haciéndole decir a veces lo que nunca pensó ni pudo pensar –y desde luego no escribió. El prólogo y casi todas las notas son documentos fehacientes de la decadencia de la escolástica española en aquel entonces; y explican bien la polémica vivaz hasta la injusticia de Menéndez y Pelayo joven (recogida en *La Ciencia Española*) con los seudorrepresentantes de la filosofía católica en España; esa escolástica rancia, anquilosada, ininteligente, atrasada y muerta, de un Jungmann o un Losada.

Los principales defectos de la traducción de Abad de Aparicio son:

1º, los errores formales. Por ejemplo, en I (pág. 63, col. 1º, al fin) dice así:

“La materia de que se componen puede existir sin la forma sustancial.”

Esto es un error garrafal en filosofía. La materia prima es imposible exista sin forma. Lo que dice el texto latino es:

“La materia de que se componen puede ser despojada de su (actual) forma sustancial” (sobreviniéndole otra, ¿se entiende!).

“Quia materia eorum potest esse cum privatione forma substantiale ipsorum” (I, q. IX, a. 2, in corpore). El traductor precipita al Santo en una herejía filosófica.

Y como éste podría citar muchos otros, más de seis sólo en el primer tomito nuestro, que dejo por no ser prolijo. En sólo la segunda columna de la página 426 (I, C. L, a. 3) incurre el buen Aparicio en dos incorrecciones que hacen decir a Santo Tomás lo que no está en su texto: 1ª, que el número de los ángeles excede al número sumado de todos los seres materiales, en tanto que la frase deliberadamente indeterminada del Santo *“excedit omnem multitudinem materialem”*, no autoriza a extender tanto; 2ª, más importante, le planta un *“es cierto que”* en un argumento de congruencia, que expresamente al final Santo Tomás deja calificado de *probable*. Mas en este tomo III de nuestra traducción (en la P. I, C. LXXII, artículo único, a la tercera) hace decir nuestro buen abogado a Santo Tomás una cosa graciosa: que las hormigas son cuadrúpedos y que además son reptiles; traduciendo por *hormigas* dos veces la palabra *tortuæ*, que significa, como ustedes bien suponen, tortugas.

El 2º defecto es que casi todas las citas de los Santos Padres están regularmente mal traducidas, no siempre erróneamente pero sí toscamente, de tal modo que la nitidez de Gregorio, la ingeniosidad de Agustín, la elegancia de Ambrosio, el alambicamiento de Hilario, la conceptuosa oscuridad del Seudionís, la barroca facundia de Boecio

están monocordemente vueltos en un llano castellano de sacristía con sabor a garbanzos. Por ejemplo, en donde dice Boecio:

En toda cosa, el ser buena es uno y otro el ser (“In rebus aliud est quod sunt bona et aliud quod sunt”) –traduce nuestro amigo (I, p. 35): “Veo en las cosas que el ser buenas no es lo mismo que el que simplemente sean” –; lugar que es un prodigio de incuria estilística, pues en sólo dos líneas nos prodiga 4 artículos, 3 relativos *que*, y un adverbio *simplemente* que no está en el texto y que en Santo Tomás es palabra técnica, opuesta a “*secundum quid*” y usada siempre en ese sentido estricto.

El 3º defecto es la abundancia de fórmulas ilativas pesadas y pedestres, como *He aquí por qué – De donde se deduce – De consiguiente – Como se dice en aquellas palabras – Con lo cual queda de manifiesto que – Para ponerlo en evidencia es preciso que...* – con que carga y empacha la exposición pretendiendo volver literalmente los ágiles *Unde, Ergo, Enim, Autem, Quidem*, del latín; y transformando las proposiciones sueltas y limpias del Santo en períodos hinchados y estreñidos.

El 4º defecto es la pobreza o masomenismo de los términos técnicos como el uso constante de la palabra *naturaleza* para verter los cuatro términos *natura, essentia, ratio y hujusmodi*; el vago *bajo este concepto*, por el enérgico *secundum*; el impreciso *según nuestro modo de entender*, por el preciso *secundum intellectum*; la equivocada versión de *idea* en lugar de las cuatro palabras técnicas *ratio, apprehensio, conceptio intellectus* y *simplex apprehensio*, siendo así que en Santo Tomás se encuentra siempre la palabra *idea* con el justo matiz platónico de ejemplar o dechado, que hay que conservar.

El 5º defecto, la tendencia a la inflación de la prosa y su relleno con palabras superfluas. De modo que, repetimos, no es empresa noble sino a lo más mercantil o bastarda reproducir tal cual la vieja traducción, para lo cual no se precisan muchos doctorados sino mandar el libro a la imprenta y tener incautos que lo paguen. Cualquiera fuese el engorro de corregir, el trabajo de traducir de nuevo a la escasez de la compensación material, no podíamos resignarnos a eso. Y así hemos hecho un trabajo piacular que, si bien estamos ciertos no es el otro que merecía Santo

Tomás —para el cual no está la Argentina de hoy— también estamos ciertos que mejora no poco la chabacana versión de Abad de Aparicio.

LEONARDO CASTELLANI, S.J.

25 de marzo de 1944
Día de la Anunciación del Ángel.

* * *

TOMO IV

NOTA A LA CUESTIÓN CXIX *

Al dividir por razones de comodidad en 20 tomos las tres grandes partes de la Suma, al modo de la conocida edición latina de Perojo, hemos procurado en lo posible seccionar la obra por las coyunturas, es decir, por donde se ofrecía una división natural del vasto organismo. Este tomo IV comprende más o menos la ANTROPOLOGÍA Y PSICOLOGÍA GENERAL del Santo, aunque no toda entera por supuesto, porque el Aquinense escribe un tratado de Teología, y no aporta la filosofía sino como y cuando le conviene a la estructuración de la Ciencia Reina. Pero como el interés general hoy día se ha desplazado a estas cuestiones antropológicas, hemos anotado más prolijamente este volumen. Porque el maestro que trata de servir a un público tan vasto y vario como el nuestro, tiene el deber de contemplar las necesidades del público antes que su propio gusto o preferencias, no menos que de su propia vanidad literaria o doctoral. Si es necesario hacer chistes se harán chistes ante la faz del Eterno y ante el escándalo simplón de algunos pedantes almidonados que siendo ingenieros civiles o cosa por el estilo, quisieran enseñarle el camino a un doctorado en Teología, con veinte años de familiaridad de la Suma —y de los discípulos argentinos.

Conforme a lo dicho en el Anteproyecto del tomo I, tenemos por expediente dilucidar aquí una cualquiera de las cuestiones llamadas por los críticos del enciclopedismo (entre los cuales por desgracia hay que incluir a Hipólito Taine, a Wilhem Dilthey y entre nosotros a Alejandro

* Tomás de Aquino (1944). *Suma Teológica*. T. IV. Buenos Aires: Club de Lectores, pp. 7-12.

Korn) “cuestiones vacías o ridículas”; a causa de que abordaron la Suma sin la conveniente preparación, y encima sin el condigno y razonable respeto. Tomaremos para ello la cuestión última de este tomo, dejando aparte la otra prometida cuestión “*De si en el estado de natura integra nacerían solamente varones*”, de la cual basta lo dicho en la nota a su pie. Para muestra basta cualquiera de ellas.

Cuando empezamos a traducir al Angélico teníamos el tópico común que todos recitan acerca de su ciencia, a saber: que su “*física*”, o sea la física aristotélica, *era trasnochada y disparatada, en tanto que su filosofía permanecía incólume*. Nos acusamos de no haber reflexionado que en el pensamiento de un filósofo verdadero las dos cosas no son piezas separables del todo. Pero nos engañaron aquí las apariencias y la autoridad de Maritain, de quien es la frase aludida.

En medio de nuestro trabajo alborea ahora en nosotros la convicción de que Tomás de Aquino es grande intelectualmente no sólo en su filosofía sino también en su “física”, en cuanto ella es corporada con su pensamiento general, dado que solamente para eso la usa y le interesa, no siendo un cientista, como su maestro próximo San Alberto, sino una mente arquitectónica, como su maestro remoto el Estagirita. Si exceptuamos los inevitables errores de hecho (de que no carece tampoco la ciencia moderna ni mucho menos) como la generación de las querezas de por la podre, las siete esferas de los cielos o la teoría de los cuatro humores, los cuales “errores” si no hubiesen existido tampoco existirían hoy las verdades correspondientes a partir de ellos adquiridas, a saber, la generación unívoca, el heliocentrismo, y la endocrinología —es decir, si sabemos distinguir, como debe saberlo todo filósofo, las “working – hypotheses” de aquella época—, entonces las grandes líneas de la cosmología y la fisiología tomista continúan solidísimamente expresando —en forma aproximada, o general o al menos simbólica— grandes verdades capitales y estructurales que muchos modernos cientistas no perciben o han olvidado, con grave perjuicio para las verdades menudas que manejan. Ejemplo de esto podía ser Alexis Carrell en su talentoso *La Incógnita del Hombre*, donde a vueltas de mucha sana biología experimental ignora la solución del problema filosófico fundamental de la unión sustancial del alma y el cuerpo; y por momentos (cuando filosofa) es platónico y los pone como dos sustancias

separadas; y por momentos (cuando hace ciencia) es aristotélico y tiene la impresión confusa de que forman una sola unidad bipolar.

Los datos manifiestamente falsos que Santo Tomás (como no podía menos) tomó de la ciencia de su tiempo, rara vez invalidan el razonamiento, del que suelen ser no más que apoyos materiales, a modo de ejemplos, índices o comparaciones. Sustitúyase por ejemplo “fuerzas cósmicas” en lugar de “*cuerpo celeste*” – “ether interplanetario” en lugar de “*cielo empíreo*” – “plasma germinativo en lugar de “*razón semental*” – y en vez de “*la luz es una cualidad*” dígase “la teoría emitiva-vibratoria de Luis de Broglie”; y el Angélico pasa de golpe a la compañía de los mayores hombres de ciencia de nuestros tiempos –la cual jamás ha abandonado en la realidad, sino solamente en la aprensión alborotada de algunos enanos modernos.

Y la razón es que la simple vista es anterior al microscopio; y si es verdad que los ojos sanos no ven tantas cositas como el microscopio de un gafudo, lo que los ojos pueden ver es más cierto y sin ellos el microscopio es nada. Los antiguos no son autoridades en materia de microbios, gérmenes, átomos, células, fórmulas químicas, tejidos nerviosos, paralajes y años – luz; pero nada impide que vean como nosotros, y aun mejor si se ofrece, cuando miran el hombre, el alma, la virtud, el gobierno, la sociedad, la religión, la santidad, el heroísmo, el sol, el ángel y más arriba. Aun cuando yerra el genio, genialmente yerra; y en cierto sentido enseña más un sabio cuando se equivoca que un necio cuando acierta –si acaso alguna vez acierta–. Y también más que los mediocres cuando criticamos.

Tomemos esta cuestión 119 como ejemplo de la biología del Ángel de las Escuelas. Voltaire hizo varios chistes muy agudos acerca del “semen que no es más que alimento superfluo” y la otra pregunta de si “algo del alimento pasa a ser verdadera sustancia humana” y ¿puede concebirse –dice Taine– cosa más inútil, incomprensible y vacua? “¡Diez siglos de escolástica no han añadido una sola idea al entendimiento humano!” –exclama el engrèido literato, como si él tuviera en el magín el censo de las ideas del entendimiento humano, acerca del cual escribió una obra decididamente mediocre. Pero se trata, oh amigos, de saber leer.

Encuéntrese la cuestión fundamental y eterna que late detrás de esas preguntas simples y concretas hasta el punto de semejar adivinanzas o alegorías, y póngase ella en la terminología moderna, más adulta y también más pedante y confusa que la antigua; y velay las dos “cuestiones vacuas” se vuelven dignas de ser debatidas incluso en el *Reader Digest*. Los antiguos hacían a la vez la ciencia y el *Reader Digest*, o sea la adaptación pedagógica necesaria al profano. En nuestros días suelen andar divorciadas una y otra cosa, es decir, no sólo la ciencia se muestra altivamente inaccesible al profano, sino que los vulgarizadores adulteran o traicionan a la ciencia.

La delicada solución hilemórfica del problema del compuesto humano tropieza continuamente, no sólo en tiempo del Santo sino en los nuestros, con el simplismo de la mentalidad mecanista en la ciencia positiva. El hecho experimental del torbellino biológico parece amenazar la verdad superior de la permanencia sustancial del Yo; y el misterio de la generación debe ser encuadrado en el conjunto de teoremas filosóficos sobre la sustancia, la vida, la materia y la forma. El espermatozoide, que tiene la virtud de producir otro animal viviente, ¿qué es en definitiva? No puede ser un fragmento de la sustancia misma del supósito vivo, la cual evidentemente “stat in indivisibilis”, consiste en algo infragmentable; ni puede ser tampoco una materia adyacente y preincorporada, pues entonces no “re-produciría” al padre. ¿Hay un medio entre esas dos cosas? Ciertamente: es la sangre en cuanto sometida a la “virtud generativa del alma”, como dice Santo Tomás, que hoy llaman “espermatopoyesis”. La tesis biológica defendida en este artículo es fundamental para la sistemática por un lado; y por otro animadora de la búsqueda científica seria, a la cual salvaguarda su objeto propio. Dan grima las críticas pueriles de los que tropiezan en las palabras y se meten por donde nunca los han llamado.

“De si algo del alimento se convierte en la verdad de la natura humana”. Al leer este enunciado mi señor don Tomás La Peña, canónigo afrancesado de Burgos en el año 1808, tira con desdén el viejo infolio y retomando la pluma escribe lo siguiente:

“La filosofía y la teología escolástica no eran más que un conjunto de *bagatelas*; y los *talentos finos*, disgustados de ellas, se empeñaron en destruirlas... *Se sigue* de lo que precede que este *método de enseñar* y

de estudiar infestó todas las ciencias y todos los países; produjo una infinidad de opiniones pueriles o perniciosas; degradó la filosofía; introdujo el escepticismo, por la facilidad que había de defender la mentira, oscurecer la verdad, y disputar sobre una misma cuestión *en pro y en contra*; arruinó la verdadera *elocuencia*; separó a los mejores entendimientos de los buenos estudios; hizo despreciables a los autores antiguos y modernos; retardó e impidió la verdadera inteligencia de Aristóteles; redujo todos los conocimientos a *un aspecto* ingrato y bárbaro; y últimamente se deduce que su lógica no era más que una sofística pueril; su física, un tejido de *impertinencias*; su metafísica, un embrollo imposible de *entenderse*; su teología natural o *revelada*, su moral, su jurisprudencia y su política, una miscelánea de ideas buenas y malas”³.

Hasta aquí el formidable La Peña, que más que peña parece aerolito, salvâ reverentiâ. Pero pregúntele usted a esa peña lo siguiente:

– El llamado por la ciencia “torbellino vital” ¿puede conciliarse con la unidad sustancial y permanente del YO, que usted tiene por la fe católica?

Y entonces la peña, con todos los innúmeros peñoncitos del “estúpido siglo XIX” se saca el sombrero al oír “Ciencia” y dice:

– Lo ignoro. Pero esa pregunta me suena a algo muy filosófico, profundo y trascendental, y no *bagatelas*; porque suena mucho a Descartes, a La Mettrie y a Diderot, que me los he leído todos, aunque son muy difíciles de *entenderse*.

Del mismo modo, si usted le pregunta:

³ De el *Ensayo sobre la historia de la filosofía ¡desde el principio del mundo! hasta nuestros días*, II, pág. 187 y 190; citado por Fco. Romero, *Sobre la Historia de la Filosofía* (pág. 70). Subrayado nuestro. El doctor Romero canoniza al ensayo burgalés de “buen sentido y una gran diligencia... del “piadoso canónigo” que “es más expeditivo [que Brucker] y se despacha con una franqueza castellana que ignora las medias tintas y las atenuaciones”... En realidad el piadoso canónigo ignora muchísimo más que las medias tintas y las atenuaciones. Ignora Santo Tomás y toda la gran escolástica, y a juzgar por lo que dice quizá también la pequeña, lo que no arguye una gran “diligencia”. En cuanto a su buen sentido basta considerar las palabras que he subrayado en su texto; o bien la condenación final con que aniquila expeditivamente toda la ciencia antigua –¡incluso la teología *revelada*! ¡incluso la jurisprudencia, es decir, allí en su misma patria a Bobadilla y *Las Partidas* de Alfonso el Sabio!– para que el lector pueda hacer juicio por sí mismo. (LC.)

– ¿Qué piensa, Monseñor, de ese apotegma de Aristóteles: “el semen es lo superfluo del alimento”?

– Que es chocante, perfectamente chocante. Pero enfin ¡qué pudo saber Aristóteles de biología!

En cambio si usted le dice sexquipedalmente:

– Dígame: la simiente genésica ¿proveniría del plasma somático ya diversificado histológicamente o del plasma aún no diversificado?

Entonces el piadoso y atropellado canónigo se levanta todo impresionado y poniéndose el bonete se va al coro a rogar a Dios que la “Ciencia” moderna no vaya a destruir en un momento la religión de nuestros padres.

Fuera de broma, las dos cuestiones en cuestión tocan dos problemas serios de biología, enlazados con la psicología y por ende con la teología, los cuales el Angélico solventa con sensatez eximia, con solidez inconcutible, y con un acierto que sorprende, dados los pobres medios de observación de que disponía –tal como el paciente lector lo verá en las últimas páginas de este tomo, a poco que las lea una pizca mejor que Voltaire, Brucker, Taine y Tomás La Peña.

L. CASTELLANI, S.J.

Día de San Leonardo de 1944.

* * *

TOMO V

LA FUNDAMENTACIÓN DE LA MORAL *

I. – SANTO TOMÁS, MAL EXPLICADO

En cierta región del globo terráqueo, famosa por los conocimientos en Filosofía que tienen los médicos, los ingenieros, los obispos y los generales, un profesor de Filosofía enseñaba como Filosofía lo siguiente:

* Tomás de Aquino (1945). *Suma Teológica*. T. V. Buenos Aires: Club de Lectores, pp. 7-17.

“Hay éticas *autónomas* y éticas *heterónomas*. Éticas heterónomas son las que toman de fuera el principio de la Moral: por ejemplo Dios, la sociedad, o la naturaleza. Ejemplo del primer caso es la moral cristiana. La moral cristiana dice que el bien es bien y el mal es mal, porque Dios lo quiere. La Moral se basa, pues, en la Ley de Dios: es la voz de Dios, que Dios revela a los hombres. Los encargados de administrar esta voz de Dios son los sacerdotes. La conciencia interna de la Moralidad es reemplazada por la voz del sacerdote”...

Etcétera.

Sí. Estas son literalmente las palabras de los alumnos en el examen. Claro que los alumnos siempre rebajan algo. Hallábase presente un quídam, que no se las da de filósofo sino de crítico, el cual, advirtiendo el error, quiso sacar de él al profesor de Filosofía diciéndole:

“Ese es un serio error. Jamás la religión cristiana ha enseñado eso. Ni tampoco los grandes filósofos cristianos; antes bien, Santo Tomás de Aquino reprueba gravemente esa opinión y la califica nada menos que de «blasfemia»⁴. El que de algún modo dice que el orden moral depende (en último término y no inmediatamente) de la voluntad de Dios, es Descartes. Pero la opinión de Descartes no es de la Iglesia y tampoco es tan burda como eso. Es un error filosófico, pero es filosofía; esotro es mero disparate.

La filosofía moral católica no sitúa el último fundamento de la distinción del Bien y del Mal y de la ética obligación en el Imperativo Categórico, es decir, en el mismo hombre solamente, en efecto; pero no por eso es “heterónoma”, como la de Bentham o Augusto Comte.

⁴ “Et ideo primum ex quo pendet ratio omnis justitiæ est sapientia divini intellectûs, quæ res constituit in debita proportionem et ad se invicem et ad suam causam: in qua quidem proportionem ratio justitiæ creatæ consistit. Dícere autem quod ex simplici voluntate dependeat justitia, est dícere quod divina voluntas non procedat secundum ordinem sapientiæ, quod est BLASPHEMUM.” (Quæst. Disput. XI. De Verit., q. XXIII, a. 6)

... “Decir pues que de la mera voluntad [de Dios] depende la justicia [objetiva de las cosas], es decir que la divina voluntad no procede según el orden de la Sapiencia, lo cual es BLASFEMIA.”

Según Santo Tomás la razón última de la Moral es la Ley Natural, cuya razón a su vez es la Ley Eterna. Ley natural es la percepción por la inteligencia humana del orden natural de las cosas, fundado en sus esencias; y la obligación que a esa percepción informa, basada en el apetito natural primitivo de todo ser (que se confunde con su propio ser) de realizarse plenamente. La percepción del orden natural de las cosas por el hombre se basa en la percepción que la inteligencia divina tiene de su propia divina Esencia, que es su propio Ser, y es el paradigma de la creación y es el ejemplar y fuente de todos los seres, incluso de los meramente posibles. En una palabra, la moral no es un orden venido de afuera, ni siquiera del cielo: es la voz de la razón humana *reconocida como una voz divina*. El Bien es bien y el Mal es mal, porque el Bien es ser y el Mal es privación de ser; y el intelecto es la facultad perceptiva del ser.

Santo Tomás no discutiría a los doctores de la “inmanencia” que el hombre debe tener en sí mismo aqueso que lo habilita para realizar su natura racional y obtener su último fin: en sí mismo, digo, pero no con exclusión de Dios, que en cierto modo está en aquel que es su imagen. *“Impreso está, Señor, en nuestras almas – el lumen de tu Rostro”*... El Angélico sabe perfectamente que “una sola acción de un hombre vale más que todo el universo” y por tanto, no va a ir a pedir *lo formal* del acto virtuoso a ninguna cosa del Universo. Pero Dios no es una cosa del Universo. Santo Tomás sabe bien, como Aristóteles, que el hombre anhela la felicidad irrefrenablemente. ¿Qué puede ser la felicidad sino el Soberano Bien del sujeto? ¿Y qué es el bien de cada ser sino lo que puede completarlo, y perhacerlo según su natura? ¿Y cuál puede ser el término del devenir natural del hombre sino la perfección de su facultad más alta apoderada del objeto más alto posible? ¿Y cómo puede darse esa perfección en un sujeto sentiente sin encontrar el gozo, que no es sino el descanso consciente de toda tendencia en su propio bien

logrado? Esta es la *autonomía* de la moral tomista; autonomía que es relativa por cierto y no absoluta, como en Kant; porque el hombre es un relativo y no un absoluto. Kant ignora a Dios, y sólo lo *postula*, y en esa falla de su gnoseología está el germen terrible (que Kant no desarrolló por cierto) de la deificación panteísta del hombre, la gran herejía de nuestro tiempo.

Pero la autonomía de nuestra moral va más lejos. No solamente pone a Dios —no inmanente sino trascendente— en el fondo de la acción del hombre, con la noción de *causa primera*; sino que lo pone en las proyecciones ultraindividuales de su acción con la noción de *mérito*, como explicaré luego; y después, dejando el filósofo paso al teólogo, se aleja más aún de la heteronomía con la noción de *gracia sobrenatural*, dando la solución más completa y exacta que existe de una Ética que sea a la vez formal y ontológica. En efecto, el “mérito” no es en nosotros solamente una cosa que se espera (como podrían hacerlo creer las Cuestiones de la I^a y II^a tomadas aparte), no es una mera *promesa* de Dios o un *postulado* de la razón práctica, “un cierto Haber que se reduce a un Debe” (como dijo el poeta), sino que es una realidad, una entidad sobrenatural a la cual no sólo se *debe* el Reino de los Fines, sino que ya es incoadadamente el Reino de los Cielos, fuente en el corazón humano que revienta hacia la vida eterna. Qué bien sé yo la fuente que mana y corre, aunque es de noche.

*Aquesta eterna fonte está escondida
Qué bien sé yo dó tiene su manida
Aunque es de noche.*

*En esta noche oscura de mi vida
Muy bien sé yo dó está la fonte Frida
Aunque es de noche...*

*Aquí se está llamando a las criaturas
Y desta agua se hartan, aunque a oscuras
Porque es de noche.*

*Aquesta fonte viva que deseo
En este pan de vida yo la veo
Aunque es de noche.*

Y para que vean que esto no es poesía solamente, le voy a poner en el pizarrón el esquema del eudemonismo aristotélico, que aun antes de su compleción por Santo Tomás, ya esquivaba perfectamente el reproche de heteronomía, cuantimás después de la integración en él del elemento agustiniano-platónico que hizo el genio del de Aquino:

EUDEMONISMO ARISTOTÉLICO

ONTOLOGÍA

- I. La conducta humana se rige por fines.
- II. Los fines particulares dependen de un último fin.
- III. Luego, el último fin es el fundamento de la [rección de la conducta humana] Moral.

PSICOLOGÍA

- I. El hombre tiene tendencia natural a la felicidad.
- II. La felicidad es absolutamente querida por sí y no por otro.
- III. Luego, felicidad coincide con Último Fin.

MORAL

- 1. Los actos voluntarios del hombre son los pasos.
- 2. La felicidad es el término de su [motus voluntario] conducta.
- 3. Entre el término y los pasos hay dependencia intrínseca.

CONSECUENCIA

- 1. Ética eudemónica no es fatalmente heterónoma. [Aunque]
- 2. No toda ética eudemónica es buena. [Pero]
- 3. Toda ética no eudemónica o es incompleta o incurre en un círculo vicioso.

II. – RÉPLICA INCONGRUA

A esta andanada la respuesta fue literalmente la siguiente:

Buenos Aires, 1943.

Señor Rector del Instituto Nacional del Profesorado Secundario,
Dr. O. Tracchia.

.....
..... En lo que se

refiere al tema especial, objeto del examen observado, cúpleme mencionar las fuentes que me sirven para estructurar las clases correspondientes. Se trata del problema de los fundamentos de la Moral y de una clasificación de los sistemas morales en Autónomos y Heterónomos. Utilizo como guía, en primer término, las obras del filósofo alemán Manuel Kant, intituladas *Crítica de la Razón Pura* y *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*. Me valgo igualmente de varias *Introducciones de la filosofía*, como la de Guillermo Wundt, Kulpe y E. Morselli. Con respecto al fundamento heterónimo de la moral cristiana, me inspiro especialmente en dos pensadores, altamente colocados en el movimiento de la Filosofía Católica contemporánea: Charles Secretán en Suiza y Edouard Le Roy en Francia. El primero ha expuesto sus doctrinas morales en las siguientes obras: *La Raison et le Cristianisme* (1863); *Discours laïques* (1877); *Le principe de la Morale* (1884); *La Philosophie de la Liberté*. Me permito transcribir la opinión de F. Pillon, pensador francés de orientación netamente católica, acerca de Secretán. “La metafísica de Secretán es una teoría filosófica de los grandes dogmas cristianos. Su moral es una teoría filosófica de la moral cristiana. Kant nos ha enseñado a distinguir la forma, es decir, el carácter imperativo, y la materia, es decir, el objeto, el contenido de la ley moral. La forma de la ley moral cristiana, es la voluntad divina, el mandato divino; su materia es la caridad, el amor de Dios y el amor del prójimo. Secretán no pone en duda esta forma y esta materia de la ley moral cristiana: se trata para él de justificarlas ante la razón.” “Él comprueba ante todo, en el hombre, el sentimiento de una obligación interior y este sentimiento, al cual estamos constreñidos a reconocer una autoridad perentoria, no puede explicarse a sus ojos sino por la voluntad divina.”

Dice Secretán: “Una obligación no se concibe sin un ser que obliga; una ley de la libertad supone legislador; una sentencia supone un juez. Si no tuviéramos ningún otro medio de conocer a Dios, lo que es bien posible, lo conoceríamos por el grito de nuestra conciencia... La ley del deber escrita en nuestro corazón nos testimonia nuestra dependencia; nos revela la existencia de un principio superior a la humanidad.” (*La Philosophie de la Liberté*, 2ª edic., t.I, 1ª sección, p. 11.)

“El libre albedrío no sabría prescribir la ley, no puede sino seguirla; es la razón la que dicta las leyes a la voluntad, y esta razón, es la ley de Dios en nosotros, esta razón es en último análisis, la voluntad de Dios que nos constituye...” “Así la conciencia moral manifiesta realmente lo que constituye el fondo de nuestro ser, precisamente porque es la voz de Dios la que habla en nosotros, la íntima revelación de Dios, que las revelaciones exteriores, históricas, de su voluntad no podrían tener otro objeto sino refirmar y fortalecerlas. Razón para nosotros, voluntad en Dios, la ley que la conciencia revela es el acto mismo de Dios que constituye la substancia y el fondo de nuestro ser... La conciencia es a la vez un mandato íntimo hecho a nosotros y superior a nosotros, porque somos criaturas y la criatura no subsiste sino por el Creador y en el

Creador. El hecho de la Creación se comprueba en nosotros por el hecho de la conciencia, ya que fuera de la Creación es imposible explicar el hecho de la conciencia sin desnaturalizarla de una u otra manera.” (*Discours laïques*, p. 307.)

El filósofo francés Edouard Le Roy, figura eminente y destacada del pensamiento católico contemporáneo, en su obra *Comment se pose le problème de Dieu* al examinar y discutir las diferentes pruebas de la existencia de Dios, formula en los siguientes términos la prueba moral propiamente dicha: “Dios es necesario para explicar el sentimiento de obligación, el carácter imperativo de la ley moral, el mandato absoluto del deber. Hay en efecto en el hombre, casi a pesar de él, en todo caso sin ser suya, la afirmación imperiosa e incondicional de una *deber ser*, que se postula como un derecho primando sobre todo hecho, que se impone como superior a todos los fracasos, a todos los desfallecimientos, a todos los rechazos. Esta exigencia misteriosa puede sin duda no admitirse, pero se la sobrelleva y uno se siente asimismo dominado por ella hasta en la resistencia por la cual se esfuerzan en rehuirla. Luego, dónde buscar el origen de tal compulsión sino en una Autoridad soberana, exterior al sujeto cuyos deseos violenta y cuya sumisión reclama. La voz de la conciencia moral sería así una revelación de Dios legislador” (pág. 156).

.....

*

Aquí terminó el contrapunto: porque el crítico de marras respondió brevemente:

“Esa argumentación con citas está enteramente fuera de la cuestión. No pretenderá el señor profesor enseñar a un doctor en Teología por la Gregoriana de Roma en qué consiste la “forma” y la “materia” de la moral católica con citas de Secretán (protestante-liberal suizo) y de Le Roy (puesto en el Index por la Iglesia); y, por lo demás, autores enteramente secundarios y sin ninguna autoridad en la materia.”

En efecto, después de querer hacer la Ética cristiana idiota, la querían hacer herética, es decir, kantiana.

III. – SOLUCIÓN TOMISTA DE LA APORÍA ARISTOTÉLICA

La noción de *mérito* es la clave con que Santo Tomás resuelve la laguna o *aporía* (A. BRÉMOND: *Le Dilemme Aristotélicien*) que aqueja a la Ética de Aristóteles, mejor que el altivo desafío de Kant. El mérito

conecta la virtud con la felicidad, atando en un punto que Aristóteles no enfocó, el camino y el término de la vida moral del hombre.

Aristóteles deduce analíticamente que el último fin del hombre no puede ser sino el desarrollo pleno de su natura específica, es decir, *el mejor acto de la mejor potencia acerca del mejor objeto*, o sea, la Contemplación.

El análisis psicológico le demuestra también que todo el motus de la vida consciente del hombre tiende de necesario hacia la Felicidad. Finalmente, el análisis ontológico le muestra que el acuerdo de la conducta con el orden inmutable de las esencias que la razón descubre al hombre, o sea la Virtud, debe ser necesariamente el camino que lleva al Bien Soberano y por ende a la Felicidad Suma, que resulta de su posesión. Porque si la *conducta* del hombre son los pasos y la felicidad es el término de su movimiento natural, necesariamente la virtud y la felicidad tienen ligazón intrínseca, dado que “la natura es el principio del motus al fin” y la voluntad no es sino un tender al ideal congénito.

Pero toda esta deducción parece excesivamente suspendida por sobre la realidad, por no decir en cruel conflicto con ella. El gran empirista que es Aristóteles lo siente vivamente y por eso su voz se hace velada y opaca al llegar a hablar de la conexión de la virtud con la felicidad⁵ (*Etic. Nicom.* 1, I, c. 8) y de la felicidad con la contemplación⁶ (I. X, c. 7). La conexión intrínseca de la virtud con la felicidad es invisible y a veces (quizás ¡ay! la mayor parte de las veces) parece cortada. La existencia del dolor, de los grandes dolores como los de Príamo, es un hecho. La rudeza y bestialidad en las masas parece una ley zoológica ineluctable. En las naturalezas superiores, en los *filaretos* (pero ¿cuántos son éstos?) el ejercicio de la virtud está acompañado de goces internos nobilísimos, superiores en calidad a la brutales embriagueces del vulgo;

5

Εἰς οὗτο, μακαρίους ἐροῦμεν τῶν ζώντων οἷς ἵπάρχει καὶ ὑπάρξει τα λεχθέντα, μακαρίους ὁ ἀνθρώπους (I, 1100, 16). Y siendo esto así, llamaremos felices a quienes las dichas cosas competen durablemente; felices como el hombre puede.

6
Οὐ γάρ ἡ ἄνθρωπος ἐστὶν οὕτω βιώσεται, ἀλλ' ἡ θεῖον τι ἐν αὐτῷ ὑπάρχει... ἄλλα (χρή) ἐφ' ὅσον ἐνδέχεται ἀθανατίθην... κατὰ τὸ κράτιστον... δόξειε δ' ἂν καὶ εἶναι ἕκαστος τοῦτο (1177, C. 27). Pero no viviendo en cuanto es hombre, sino en cuanto existe en él algo de divino... pero desmortalizándonos en cuanto quepa... en vida que sea según lo más excelso nuestro... ya que eso parece ser algo nuestro, eso divino.

pero existen casos en que naturas poco favorecidas o francamente taradas o simplemente víctimas de un ambiente adverso, luchan toda la vida contra siniestros internos o externos, sin alcanzar ni la íntima satisfacción ni el honor social que a la virtud se deben; antes, al contrario, las sanciones se invierten y la virtud se convierte en un castigo de sí misma; y la acrecida delicadeza de conciencia se torna un instrumento de tortura y de fracaso. La doctrina moral del Estagirita parecería una brillante especulación académica en cuyo esqueleto debe haber una grave fractura.

Pero el fiero entendimiento de Aristóteles está seguro de sí. Rehúsa acudir a los castigos y premios de ultratumba, como su maestro Platón, no por incredulidad sino por rigor metodológico, desdeñando esa especie de compensación externa que vendría *ex máchina* a arreglar un mundo esencialmente desordenado; porque el pensamiento helénico creía con seguridad (y en esto era simplemente teísta) que la natura no puede estar mal hecha; ni aun siquiera cortada en dos. Rehúsa retirar las austeras y sublimes conclusiones a que le llevan sin vacilar todos los grandes principios de su metafísica, conjugados para resolver el más difícil quizá y siempre el más importante de los problemas del hombre. Y cerrando los ojos a la dificultad invencible asienta con fuerza que el hombre es nacido (digan lo que quieran las objeciones y las apariencias) para escalar ese pico, alimentarse de esa nieve y vivir de ese azur; es decir, que:

la felicidad *tiene que ser* el último fin del hombre;

la contemplación *tiene que ser* la felicidad;

la virtud tiene que ser el camino de la contemplación. (*)

Pero el mamífero humano, “inmane animal ad cibos et ad venerea profligatissimum”, se ríe del azul, se arrastra por el polvo y toda esa nieve a su nivel se vuelve barro. ¡Qué contemplación ni qué ocho cuartos!

*¡Qué Argentina al Sur,
Ni Argentina al Norte!
A mí lo que me gusta
¡Bailar con corte!*

Kant rehúye la dificultad rompiendo severamente el vínculo entre el animal sensible y el animal racional. La virtud se funda en sí misma y es su propio premio; la ley moral es un *primum cognitum* dotado no solamente de evidencia sino también de un misterioso imperio absoluto; el fin del hombre es realizar con su esfuerzo el “reino de los fines”. La ley del ser racional es obsecundar (sin concesión ninguna al agrado o desagrado) el orden universal y permanente que su conciencia le descubre dentro de sí mismo, como un cielo estrellado. Todas las éticas que no ponen el fundamento de la virtud en sí misma y en su intrínseca belleza y dignidad, son “heterónomas”, anticientíficas, circulares, y por ende van a desembocar necesariamente en el *hedonismo*, que es la ética del animal. La piedra fundamental de la moral no es la felicidad sino el “Imperativo Categórico”... He aquí la solución kantiana a la aporía de Aristóteles.

El imperativo categórico de Kant es (creemos) un error filosófico; pero representa un orgulloso esfuerzo por consolidar en forma inquebrantable la moralidad humana, independientemente de toda revelación y aun de toda creencia en Dios, por un lado; y por otro, un intento de dar rigor científico a la moral filosófica decaída en el empirismo o el escepticismo de su tiempo, a causa de la ruptura de la gran tradición filosófica del tomismo. Este intento no era posible sino injertándose en una ética ya adulta, en el subconsciente substratum de ética cristiana del pietista de Koenigsberg; que viene a ser deudor así de una filosofía moral que desconoce en sus fundamentos, aunque respira en el ambiente y lleva en la sangre. Kant no hubiese podido existir sin aquel Santo Tomás que desgraciadamente ignora; porque la Escolástica le llegó por las desdichadas acequias de Wolf y de Cartesius.

Santo Tomás había superado antes que él la aporía aristotélica en forma más sólida y segura. La razón conoce la existencia de Dios y también la inmortalidad del alma. La razón puede probar la providencia de Dios, a que no alcanzó la teodicea del Estagirita. Estas tres nociones conglomeran la noción de *mérito*; y esta noción encola fuertemente las tres conclusiones de Aristóteles, rigurosamente deducidas del examen de la naturaleza racional del hombre⁷. El mérito es la proyección en Dios del efecto ordenador que obra la razón humana al practicar la virtud; es

⁷ Ver página anterior (*)

decir, es como la ampliación pantográfica de nuestros mezquinos actos incompletos o impedidos al plano de la vida futura del hombre. La vida de virtud deja de ser así un tejido autónomo para convertirse en un simple hilván de ricas estofas sobrehumanas, de las cuales no vemos sino los frunces. La virtud y su premio no son ya la misma cosa, como en Kant; ni tampoco dos cosas diversas y ensambladas *quizá* más allá del foco de nuestra vista mortal, como en Aristóteles. El premio de la virtud es Dios, que en gracia del hábitus sobrenatural de la *caridad* es al mismo tiempo su objeto y ha sido su principio íntimo. Aquí el filósofo ha cedido ya el paso al teólogo, el cual sabe dos cosas que ignoró Aristóteles, a saber, la elevación y la gracia. Santo Tomás sabe primero que la verdadera felicidad del hombre sobrepasa al hombre, o sea, que la contemplación de Dios que de hecho nos está prometida trasciende la inteligencia humana; aunque la trascienda por cierto en cuanto es *humana*, no en cuanto es *inteligencia*. Santo Tomás sabe después que la humilde noción de *mérito*, que él toma del hecho humano de la relación social, natural al hombre (Cf. I^a II^{ae}, C. 21, a. 3^o) es algo más en el fondo del alma humana que una mera relación a algo extrínseco (Dios prometiente): es una realidad sobrenatural, un accidente del alma infinitamente precioso, que el teólogo llama “la gracia santificante”. Hay una nueva vida en el hombre, vida divina enteramente invisible, como la vida de la savia en el sarmiento injertado, que hace prospectivamente sobrehumano cada pobre actito individual humano. O sea, que como dijo el Aquinense por boca del otro poeta:

*“Y mostraré cada acto suyo, meritorio o demeritorio,
A la luz concentrada del espejo ustorio
De la Fe, que conserva el depósito del Único Saber Necesario,
De las Virtudes y Donces que forman el nuevo organismo
depositario
De una nueva vida germinal y obsoleta
Que alborea en él de manera gratuita y secreta
Y fuente de comunión divina no cesa de manar en lo oscuro
y nunca se sacia.
Hasta la vida eterna. Y es la Gracia...”*⁸

La eternidad viene a insertarse de este modo en la vida mortal, con la alegría misteriosa y no arrebatable de la esperanza; no solamente la

⁸ GHEON: *La gloria de Tomás de Aquino*, traducción Jerónimo del Rey – Mejía, pág. 77, Club de Lectores, Buenos Aires, 1944.

πίστις de Sócrates, sino también la virtud teologal de la Esperanza (pas seulement l'espoir mais l'Espérance¹) que la informa y la sublima. Porque el *mérito* no es solamente una promesa, es una prenda. *Spe gaudentes*. Es la misma vida eterna poseída en forma germinal; porque el que está nouménicamente unido al Último Fin, no está nunca fuera del Reino de los Fines.

LEONARDO CASTELLANI, S.J.

Día de San Antonio de Padua de 1945.



¹ PÉGUY: Le porche de la deuxième vertu.

LA GLORIA DE TOMÁS DE AQUINO *

PREFACIO

(1944)

EMPEZADA esta versión con miras a una representación escolar, los traductores se persuadieron luego que su publicación era conveniente y que su lectura misma podía ser muy útil en el círculo, cada vez más vasto en la Argentina, de personas interesadas en la Filosofía. Pocas *Introducciones a la Filosofía* y vulgarizaciones tomistas tienen su valor de penetración y síntesis unida a su amenidad.

Con frecuencia encuentra el que la profesa personas cultas que le preguntan qué libro podrían leer para introducirse en la filosofía. Engañados por lo corriente de sus términos (y también por la cantidad de mistificadores y charlatanes que los manosean) y atraídos por la magnitud de sus problemas, no reparan en que su pregunta tiene la ingenuidad de un profano que preguntara a un especialista cómo podría introducirse en el cálculo infinitesimal¹. La respuesta impertinente y rápida, sería decirles: “*Nadie se puede introducir en ella que no esté ya dentro de ella*”: muy socrática por cierto. La respuesta cortés pero desesperante, sería remitirlos a un artículo de Francisco Romero, *Las vías de la iniciación*, una de las cosas más lindas y sólidas que ha escrito el cultísimo profesor argentino. Pero, en fin, inspiran simpatía, son abogados o médicos inteligentes a quienes el Liceo argentino ha hecho el cuento del tío de hacerles aprender de memoria, durante dos años, manuales horripilantes de imposible digestión para las circunstancias mentales de un alumno nuestro de quinto año; y en la Facultad, les han tomado examen de ingreso y después les han enseñado una especie de pequeño laberinto con el nombre de *Filosofía del Derecho*, para lanzarlos, finalmente, con la pretensión de que conocen la filosofía sin haber practicado ninguna técnica filosófica (ni la del silogismo) en toda su vida. Un día llegan a madurez intelectual, caen del burro, y se dan cuenta que filosofía no saben, cuando tendrían el derecho y hasta el

* Gheon, Henry (1944). *La gloria de Tomás de Aquino*. Buenos Aires: Penca, pp. 9-12.

¹ Después de escrito este prefacio apareció la obra *Introducción a la Filosofía*, del P. Dr. Juan B. Sepich, que el Estado honró, muy justamente, con un premio nacional y que simplifica de golpe, con su prestancia, la respuesta engorrosa a que aludíamos.

deber de saberla. La simpatía hacia ellos le inspira a uno vagos sentimientos ineficaces de escribir un libro (uno más) y propósitos eficaces de hacer algunas buenas traducciones, entre las cuales la presente, que esperamos no sea mala.

Los materiales de la obrita de Gheon son de primer orden, como que fueron *ad hoc* suministrados al artista por Jaime Maritain. Gheon es un escritor distinguidísimo, pensador sólido, poeta inspirado, y que se recomienda por la rara preza de haber puesto su talento al servicio de las causas más puras y de haber trabajado continuamente los temas más difíciles y nobles. Es uno de los más finos hagiógrafos contemporáneos. Malgrado sus apariencias inocentes y populares, que son una de las reglas del género, este estudio alegórico de la personalidad filosófica de Santo Tomás proyectada sobre la confusión del mundo moderno, está perfectamente logrado y constituye una cifra felicísima de ideas, a veces muy difíciles en su envoltura técnica. Su exposición bufa de los mitos filosóficos modernos, no representa, cierto, una befa irreverente de los complicados sistemas de donde ellos fueron recortados en mulettas o comodines, lo cual está indicado suficientemente por Gheon al personificarlos en monstruos y ponerlos bajo el control del diablo, el espíritu de las ideas muertas y de todo lugar vacío. Su burla de la pedantería, de la cultura a medias y del saber -que-no-salva, no toca más la verdadera filosofía que la enérgica prevención de San Pablo a los colosenses sobre los charlatanes de su época y de todas las épocas, “*decipientes per philosophiam et vanas falacias*”.

Para hacerlo más útil a nuestra patria, los traductores han tenido que tomarse con el texto la libertad absolutamente necesaria en el caso de todo texto poético,² conforme al ejemplo del primer traductor de la Hispanidad, Fray Luis de León, patrono de este oficio de *lengua* tan delicado y de tan alta responsabilidad y actualmente entre nosotros tan pisoteado. Para traducir bien un poema bueno, hay que hacer otro poema propio y bueno, con el contenido mismo del original, que se supone el traductor lo tiene en su alma, y con los recursos artísticos peculiares a la lengua natal, que son diferentes en cada lengua. Así, por ejemplo, los dos largos monólogos de la Segunda Jornada, en que Santo Tomás

² Es evidente que para la representación de esta obrita, hay que hacer en el texto muchos cortes y supresiones, que el escenador hallará fácilmente por sí mismo.

expone su resumen de la filosofía aristotélica y su plan de la *Summa Theologica*, resultaban, sin duda, en su traducción literal, bastante opacos y demasiado técnicos (natural en un autor que no profesa la filosofía ni la teología), por lo cual han sido sustituidos por otros dos análogos en versículos clodelianos, que expresan exactamente el mismo contenido en forma, creemos, más aireada. *“Y el que quisiere desto ser Fiscal, pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes de una lengua extraña a la suya sin añadir ni quitar sentencia, y con guardar cuanto es posible las figuras del original y su donaire y hacer que hablen en castellano y no como extranjeras y advenedizas sino como nacidas en él y naturales...”*

“No digo que lo he hecho yo; mas helo pretendido hacer, y así lo confieso.”

JERÓNIMO DEL REY.

JORGE MEJÍA.



LA REVOLUCIÓN QUE ANUNCIAMOS *

A MODO DE EPÍLOGO O EPÍLOGO INTRUSO

(1945)

1. –*Este libro*

Este libro es una meditación acerca del estado político de la Argentina, surgiendo de una apasionada, con acentos de manifiesto, crónica de los tres años antecedentes a la revolución o lo que fuere de junio de 1943.

El libro es un acierto. El lector ha visto que es completamente actual, apesar de ser revista de tiempo pasado, lo cual significa que es perdurable. Por ser historia y, aunque el autor se defienda, profecía, mezcla afortunada de pasado y futuro, resulta una famosa falsilla para leer el presente. Perdónese nuestra parcialidad hacia todo libro bien hecho. Si hemos de agradecer cordialmente, dado como anda el arte y la ciencia del libro entre nosotros, a todo autor que por lo menos muestre gramática, cuanto más a los que encima muestran más excelsas disciplinas; como nobleza filosófica, solidez de doctrina, elegancia estilística y belleza verbal sin contar las grandes cualidades humanas que constituyen la elocuencia del corazón y la solidez del trabajo de la inteligencia.

La inteligencia es poca cosa sin el trabajo, decía Santa Teresa. Por el concienzudo conato con que Marcelo Sánchez Sorondo –hijo de tigre– se aplicó a observar y a interpretar en impaciencia y esperanza la enfermedad de nuestro régimen político –simbolizada cruelmente en la enfermedad del presidente Ortiz– ha podido surgir de una serie de comentarios periodísticos una obra de consistencia y de interés permanente. La figura del Dr. Ramón S. Castillo, por ejemplo, juzgado *sine ira et cum studio*, con justicia escrupulosa y con severidad patricia, sale de estas páginas ya medio hilvanada para la historia. El centón de crónicas se vuelve un libro-testigo; y por tanto en los actuales momentos un libro-medicina. Al enfermar, lo primero es acudir al

* Sánchez Sorondo, Marcelo (1945). *La Revolución que anunciamos*. Buenos Aires: Nueva Política, pp. 260-286.

médico. Para el médico, lo primero es diagnosticar. Para diagnosticar, hay que observar e interpretar, lo cual pide ojos y principios. Leído hoy, por ejemplo, el libro demuestra realmente que el llamado “Régimen” ya no era soportable y que su caída tenía que producirse, aun con riesgo de atrapar otra cosa peor; y demuestra la continuidad política de la actual situación con la de entonces, nos cura de espantos si no de penas, haciendo ver que los actuales males estaban en el determinismo sociológico, y no son hijos *solamente* de tal o cual casualidad, ingerencia [sic] extraña, inmoralidad o perversidad, mala voluntad o voluntad a secas de Fulano o Zutano que hoy ocupa el “poder” o es ocupado por él. Las personas singulares en sociología son menos causas que “efectos”; y tanto más efectos cuanto menos personas.

Quando se haga la crítica literaria de este libro ya impreso, a quien Dios dé aplicados lectores, podremos destacar las excelencias técnicas que aquí no son asunto; la preparación próxima y remota del autor para este trabajo y su gran promesa de publicista; sus aciertos de definidor, de retratista analista y sintetizador; el sólido bagaje de historia y psicología; la base de lúcidos principios políticos de la vieja escuela española, desde Saavedra Fajardo a Balmes y Donoso, fundido todo en un estilo personalísimo, en que el corazón al hacerse inteligencia deja un agri dulce y cuasi mohíno sentido del humor, que templá el desaliento y la ira. El libro está sembrado de especie de grabados en cobre o en caoba, de esos menos fáciles y lindos que los dibujos a pluma por más poderosos; como aquella etología de los católicos borregones en general, que tiene la desgracia de endosar un fortuito señor Durelli; pero que posee la objetividad fría de un Durero:

“Hace ya tiempo que el falso senequismo protestante se coló, húmedo y pegajoso, por las paredes de las sacristías reclutando pacifistas. El católico medio y común se contaminó temperamentalmente de ese desprecio y horror por la grandeza, de ese sentido miope de la seguridad por el ahorro y el cerrojo, de ese afán de calumniar a la aventura, de ese modo laico, profano –ajeno al misterio, a lo sobrenatural– exclusivamente moralista y llorón –de considerar los deberes religiosos del hombre. Y se contaminó de tantos imponderables que forman como la imagen de lo que se razona en la Reforma protestante”.

2 –Crítica global

Si hubiera de corresponder en estas líneas a la parcialidad con que el autor me elogia en las suyas, no escribiría la crítica que sigue. Pero el autor me llama “maestro” –lo cual también pertenece a la historia, habiéndolo sido yo suyo hace cuatro lustros. Lo cierto es que actualmente Marcelo Sánchez Sorondo en su disciplina es tan maestro como cualquiera en la suya. “Nosotros servimos para indagar en política” (pág. 256). Es verdad. Y sirve también Marcelo Sánchez Sorondo para poner lo indagado en cláusulas inteligibles, para decir claramente su mente, en lo cual consiste propiamente el ser maestro. Eso era el “doctor” en otros tiempos. El capaz de enseñar.

Pero en su mente (y en la de muchísimos otros jóvenes) había en aquel tiempo una exageración al lado de una gran verdad.

La exageración era creer que la Argentina estaba madura para una “revolución restauradora”. Esto de revolución restauradora parecerá contradictorio a muchos, que entienden una restauración es lo contrario de una revolución; si se entiende por esa palabra “revolución de masas”, fenómeno político moderno que no construye ni sana nada, a no ser “per accidens”, antes es siempre como una enfermedad. Pero Marcelo Sánchez Sorondo fija lo que entiende por “revolución” (palabra tan vaga en la vaguedad intelectual presente) al decir en su excelente *Discurso a los militares* que la historia argentina toda viene a ser una revolución hasta ahora inconclusa y fallida. “Revolución restauradora” sería pues una reconstrucción enérgica y a corto plazo, como la metedura en caja, dolorosa y casi violenta, de un hueso “sacado”. Para “eso”, no estaba madura nuestra patria, como lo mostró el suceso. Esta exageración era de todos los nacionalistas¹.

¹ NOTA DEL AUTOR: Aquí me atrevo a trabar polémica con mi generoso crítico, este formidable pájaro solitario, como lo describe San Juan de la Cruz, que resulta ser el P. Castellani. No es que se creyera que la Argentina estuviese madura. Lo que se pensó es que por entonces estaba madura una oportunidad. La oportunidad de una política hacia lo nacional. Eso es lo que testimonia el libro, y de ahí, lo observo en el prólogo, el ansia que trasunta, redoblada a medida que transcurre el tiempo y se deja pasar, morir la oportunidad. No es madurez atribuida al país –mayúsculo asunto sociológico– sino referida a la contingencia política concreta que se ofrecía espontáneamente, *per se*, pues así venían las cosas. Evidentemente el desgaste o desate del 4 de junio se calcula en razón de la probabilidad u oportunidad adjunta que fue estropeada, desaprovechada: por lo que se dejó de ganar, el “*lucrus cesans*” de los juristas. Pero el mismo 4 de junio con su materialidad o materialismo revolucionario –un verdadero bombardeo de átomos desintegrador de las formas– prueba hasta qué

La gran verdad que sustentaba la exageración era que el país no podía (decentemente) seguir como estaba.

La cual verdad no creemos ha dejado mucho de serlo.

3 –El fin del “régimen”

Esta verdad se le representaba a Marcelo Sánchez Sorondo en forma dramática en lo que podríamos llamar el problema de la Neutralidad, el problema de la Sucesión Presidencial y el problema de la Corrupción Partidista, tres actos de un mismo drama, el drama de la Impotencia Nacional. La corrida de telón fue el llamado “Escándalo del Palomar”, el nudo la enfermedad del doctor Ortiz y las inminentes elecciones “muleras”, y el desenlace, un golpe de Estado precipitado por un grupo de altos jefes militares. La razón de que la política argentina de plácida y pastoril que estaba se volviera súbito dramática, es que afloraron de nuevo en ella (a través de pretextos politiqueros y a conjuros de la Guerra Mundial), la cuestión económica y la política exterior, es decir, los dos problemas polos de todo gobierno *real*. ¿Es que antes pues el gobierno argentino no era real? *Così è, se vi pare*. No era muy real. Las dos máximas tareas del gobernante nos eran dadas hechas desde afuera; y para que nos creyésemos nación, nos dejaban divertarnos, afanarnos y matarnos con los triquitraques sórdidos de la “política interna”. La política interna consiste, como es sabido, en el llamado “juego de los partidos”, instrumento artificial de una pseudo democracia, que tiene poquísimos de política real.

El llamado “juego de los partidos” (o “libre juego de las instituciones”) consiste simplemente, al final del proceso del régimen liberal, en que *no hay partidos*. No hay una cosa realmente partida –a no ser la concordia y el bien común de la Nación– hay una sola cosa real en el fondo con dos trajes rojo y verde, como lo mostró, en el punto concreto (y simbólico) el mencionado escándalo del Palomar. En lo que toca a la sustancia del procomún nacional, todos eran unos. Otro

punto la exigencia de una nueva acomodación de lo político era una realidad ya demasiado cruda. Es más, requeríamos en tren urgente, perentorio, el cambio político no porque creyéramos que el país vivía una plenitud saludable sino al contrario como remedio, precisamente porque lo conocíamos enfermo y en peligro de desfallecer en anarquía pasiva liquidándose como nación. (Conf., entre otras, págs., 47, 55, 156, 162, 227, 231, 241, 251). Esta alternativa en disyuntiva –o se logra la política o si no, no se logra la nación– es, al cabo, lo que justifica, lo que enaltece la intensa inquietud política que arrastró a nuestra generación; generación creyente en “*la politique d’abord*”.

ejemplo concreto que se puede dar es el gran aviso de la Cade (y otros *ejusdem fúrfuris*) que ostenta actualmente la 5° página de *La Vanguardia*. Y así mil otros ejemplos muy claros.

Los partidos liberales, en este proceso que entre nosotros ha sido rápido, tienden a convertirse en una clase de hombres homogéneos moral, intelectual y hasta caractericamente, que se adjudican como prebenda la función de gobernar, y luchan continuamente (con bastante fealdad) por el poder; en el cual, si las cosas marchan como deben, lo justo es que se vayan turnando, lo contrario sería totalitarismo. Esta observación, hecha por todos los grandes publicistas contemporáneos (en particular Bagehot, H. Belloc, Cécil Chesterton en *The Party System*, para no mencionar sino ingleses y “liberales”) en la Argentina se volvió de evidencia meridiana: no había diferencia esencial alguna en los “programas”, en las “plataformas”, ni en las doctrinas. Lo cual no quiere decir no hubieran brutales diferencias en las codicias (“quítate tú que me pongo yo”), obcecadas diferencias en los ánimos (“nosotros somos los buenos, nosotros ni más ni menos, los otros son unos potros, comparados con nosotros”) y vagas diferencias en las tendencias generales profundas, reliquias de la gran división histórica de “federales y unitarios”, que ésa sí fue contraposición de apetitos racionales además de sensuales. En suma, la división real estaba en lo profundo y era informe (creencias) en vez de estar en lo contingente y ser razonada (opiniones) como debería de ser según la teoría de los partidos. Es decir, que el país había caído en discordia civil latente, signo fiero de decadencia nacional, según Aristóteles (*Ethic. Nicom.*, libro IX, 6°). Eso puso de manifiesto la “revolución”. Ahora la discordia profunda, mortal, es un hecho de simple vista.

Tomad un conservador de 1943, empobrecedlo y agriadlo, y tenéis un radical; tomad un radical, hacedlo comecuras, tenéis un socialista. El fondo común de los tres es el *liberalismo* del siglo pasado, que al excluir a todo otro partido como “contrario a las instituciones” se convierte pues en un dogma, al mismo tiempo que rezuma por debajo su natural y actual destilación, el comunismo. Muestra pues lo que fue siempre, *dogma*, es decir, herejía católica. Lo que diferencia las tres ramas del Partido Único Trifásico es sólo la hipertrofia de uno de los elementos componentes: privilegio, oposición, resentimiento. Tenemos pues absurdamente una especie de Totalitarismo de la Libertad o Iglesia

de la Democracia; dado que el Radicalismo, brote de un retoño federal, perdió rápidamente en un proceso ya estudiado la característica que le imprimió su fundador, el hijo del mazorquero: el federalismo tradicional.

Todo esto es bien complicado por informe; y los esquemas necesariamente resultarán toscos. Así pues, el juego de los partidos se volvió tan *juego* entre nosotros, que se empezó a jugar sucio: advino el fraude, que está potencialmente en el fondo de todo pretendido “sufragio universal”. Un refugiado en Montevideo ha escrito recientemente: “Si la Revolución de Junio consistió en quitar del poder al presidente legal para poner en él a un hombre que el pueblo no ha pedido, pues ni lo conocía, entonces la Revolución de Junio es una elección fraudulenta”. Se debe conceder que así es, si se admite el antecedente; pero se debe añadir que entonces *todas* las modernas elecciones argentinas fueron fraudulentas en cierto modo, porque todas en nuestro sistema encaraman a hombres que la masa del pueblo no conoce ni puede conocer (como gobernantes) a no ser si acaso después que han gobernado mal; y ya no es tiempo. Hay un absurdo intrínseco, o por lo menos una idea utópica, en el sufragio universal directo, o democracia individualista, tal como rige entre nosotros, que constituye una falla del sistema mismo que no de los particulares, y que prescribe que tal sistema simplista de democracia, si es democracia, no puede ser la mejor democracia posible, –y entre nosotros, quizás ni siquiera pasable. La democracia será jerárquica y gremial el día que sea, como decía ayer no más S.S. el Papa. Si no es gremial es fraude.

Bien. Esa falla interna (todos los sistemas políticos las tienen, no nos engañemos) se desarrolló de tal modo que llegamos a fuerza de sufragios (o “muleros” o puros) a una especie de selección al revés, al encumbramiento casi infalible de los irresponsables y los inconscientes, a la exclusión de los mejores. “Para subir en la Argentina no basta ser estúpido, además hay que ser solemne” –decía allá por el Centenario mi irritable tío don Claudio del Rey. Pues bien, después se añadió a eso otra condición peor, si cabe, que fue el ser inmoral. Como las elecciones son caras, había que ser “coimero”. La coima es pecado capital argentino. En español se dice “cohecho, concusión, baratería”; pero esos crímenes, que son sumamente graves, tres pecados mortales en uno (dinero robado al pobre abusando de algo sacro, la autoridad

pública) tienen para el argentino la atracción carnal de una concubina, que eso significa “coima” en español. Lo mismo que “rico” significa entre nosotros todo lo apetecible, incluso lo bello, así como lo sabroso. Singulares perversiones lingüísticas que denotan cómo la sed de oro y la licencia sensual se han fundido y se han hecho carne en nosotros. La concusión o la prostitución impuesta a infelices maestras a cambio del “puesto”, vendría a ser su símbolo más detonante.

Este mal con ser tan grande no es más que un síntoma de la esencial prevaricación oculta que consistía en la entrega consuetudinaria del poder, o sea del país, a fuerzas tenebrosas. Los nacionalistas, con más celo que prudencia, querían arrancar el síntoma a toda prisa y costa. Se formó en el ejército, y también en el país, un clima. Una logia de oficiales creyó pillar la ocasión de hacer algo. Castillo estaba muy viejo. Se produjo la revolución, golpe de Estado o pronunciamiento del 4 de Junio. Finó el “régimen”. Comenzó el baile.

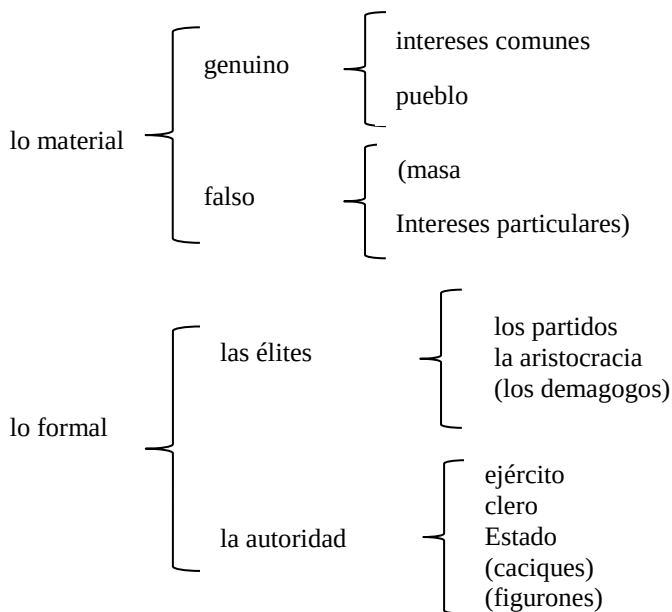
4 –Las causas

Las causas de estos síntomas las conoce o las columbra Marcelo Sánchez Sorondo, que son muchas y dispuestas en diversos planos, desde las particulares como el “sarmientismo” hasta las generales, como la actual circunstancia del mundo; desde las próximas, como esa “quiebra del sistema” arriba notada, hasta las remotísimas, como la herejía; que todas ellas se reúnen en una sola, esa especie de intuición informulable que surge del conjunto del libro, y que si se formulara parecería blasfemia o paradoja; como sería por ejemplo:

Esta – nación – nunca – ha – sido – y – hoy – debería – ser – nación; o bien:

Esta – nación – nació – enferma – y – ahora – se – resiente – cuerpo – y – alma.

La enfermedad de la Argentina no es local sino total. Por tanto abarca de la Nación tanto lo material como lo formal. Lo material de una nación son los hombres y lo formal es la autoridad, porque una nación es un ente moral y no geográfico. Así que la nación argentina consta de lo siguiente:



Este esquema no es muy brillante y el hacerlo parecerá pueril. Pero aclara todo lo que está enfermo entre nosotros desde hace mucho. La enfermedad parece radicar en una sequía de Verdad: de verdad ontológica, de verdad lógica y de verdad moral. La señal más visible es que la colectividad ha acabado por consentir en alimentarse de mentiras, de las cuales actualmente se propina grandes panzadas. Difícil es que haya un país del mundo que nos aventaje en el consumo de “grupos”, mulas, bolazos, chimentos, boletos, camelos, timos y macanas, tanto nacionales como importados.

No he de recorrer los efectos de la enfermedad en cada una de las partes susodichas. Alguna queda dicha arriba, como la mentira de los partidos. De la enfermedad de la aristocracia hemos tratado en un ensayo titulado, *Los emigrados*. De lo demás por orden diremos algunas palabras así al vuelo; y medio riendo un poco para no llorar.

5 –La materia

Para discurrir con esperanza de acierto sobre el estado político de la Argentina y sus causas, hay que partir de dos patentes verdades, una de

hecho y otra de principio, a saber: que la Argentina, después de una breve lucha “se ha uniformado con el resto de Sud América”, como dicen los diarios, es decir, está igual en estado que México, Nicaragua o Paraguay, con diferencias no de esencia sino de grado o modo; y segunda, que este acontecimiento transcendental no es una casualidad, ni un milagro, ni un efecto de la voluntad de tal o cual persona solamente, sino un parto de las entrañas de la nación, un fruto de la educación nacional. Los grandes fenómenos políticos tienen causalidad moral tan determinada como la causalidad física de un eclipse o un terremoto.

La materia de los fenómenos políticos es el *pueblo* o bien la *masa*, que no es lo mismo. Cuando locutores y tribunos se dirigen a las amadas “masas laboriosas” en trance de cumplimiento, creen hacer una lisonja, y en realidad quizá digan una verdad, pero no lisonjera; al contrario. Pues la multitud puede ser homogénea (horda) o heterogénea; si es heterogénea organizada (pueblo) o desorganizada; y en este último caso se llama *masa*, la cual agitada y lanzada al desorden lleva el nombre de *turba*. Desde la Revolución Francesa, el fenómeno de la “turba” es endémico en Occidente, lo cual prueba la vigencia habitual de la “masa” y la destrucción paulatina del “pueblo”. Las conexiones que ligaban entre sí a hombres y familias han sido destrozadas por el liberalismo, el industrialismo y el maquinismo moderno de un modo cruel. “Oh pueblo, yo te quiero inmensamente” –dice el demagogo. No hay pueblo.

La desorganización actual del pueblo argentino, rotos incluso los lazos rudos de los antiguos partidos (unitario y federal) que eran un artificial vínculo mancomunal, es fantástica. Políticamente somos un desierto de once millones de granos de arena, capaces a lo más de formar médanos, que no montañas. La “concordia política” de que habló el filósofo (en *Eth. Nic.* IX, c. 6) no existe en la Argentina porque ella tiene una base religiosa y no hay religión en la Argentina, religión formada: hay sí bastante religiosidad informe. “Y quitaré de entre ellos el Vidente y el Jefe –dice el Profeta– y se echarán el uno contra el otro” (Isaías, III, 2). Pero mejor es traducir toda la perícopa, actualmente bien argentina.

*“He aquí; el Caudillo, el Dios de los ejércitos,
 Quitará de la nación ésta
 El robusto y el fuerte
 Toda fuerza de pan, toda fuerza de agua:
 Tanto el fuerte y el peleador
 Como el juez, el profeta, el adivino, el cuerdo,
 El capitanejo, el de rostro atrayente, el consejero,
 El edificador y el perito en lengua mística
 Y pondré chiquillos al frente de ellos
 Y los mujeriegos los dominarán.
 Y caerán uno contra otro
 Cada una atropellará a su prójimo
 Tumultuará el mocoso contra el viejo
 Y el plebeyo contra el noble.
 Tomará un hombre a su hermano
 O al doméstico de su casa:
 –Aquí tienes el vestido, sé príncipe nuestro,
 Y responde de esta ruina.
 Y el otro responderá diciendo:
 –No soy doctor
 En mi casa no hay pan ni hay ropa.
 No me pongan de rey de este pueblo”.*

La razón última de la atomización o desmenuce político de nuestra sociedad no es otra que la indicada por el Profeta, a saber, la ausencia del Vidente, la falta de luz, la propaganda libre y triunfante del error; y primero del error religioso, o sea, de la herejía. Se ha callado “el perito en lengua mística”, –o lo han callado–. Desde Esquiú no ha habido entre nosotros ningún gran espíritu religioso capaz de ver y decir las verdades profundas de la patria: Estrada habló tarde y Esquiú mismo estuvo contaminado de compromiso.

6 –El pueblo

El pueblo argentino es masa.

En estos momentos estoy sintiendo, gracias a un vecino, el tango de Nestor Yamandú: “Calle mía, barrio mío, tu hijo pródigo soy yo”. Estética y culturalmente el Tango será una porquería, pero no lo

podemos despreciar: es la expresión poética genuina de nuestra “masa” actual.

La bastardización de nuestro pueblo en masa no reconoce como causa total, pese a los sociólogos improvisados, al injerto imprudente y macizo de inmigración indiscriminada. Está de moda ahora despotricar contra el “hijo de italiano” y “el judío”. La introducción del italiano y del judío no fuera nociva en un organismo fuerte, que hubiera asimilado mejor el primero y aislado al segundo; lo fue en un organismo anemiado y descoyuntado adrede. Justamente con ese propósito se procuró la inmigración y su característica cuantitativa, para “suplantar al criollo”, como decía Sarmiento, en una imitación torpe y apresurada de Norte América, la cual sabía bien lo que hacía, supuesto que ella no copiaba. El hijo de italiano no copió el tango, lo encontró aquí; de suyo él hubiera desarrollado la “canzone”, el producto artístico popular más fino del mundo. El judío argentino no inventó el comunismo, por mucho que sepa servirse de él. El populacho de las grandes ciudades no creó el diario CRÍTICA, con el cual actualmente ceba su espíritu; lo creó un aventurero uruguayo, con la tolerancia y la ayuda de lo que había de más alto en nuestra sociedad. En el gran Congreso Eucarístico de 1934 un Presidente de la República y General del Ejército Nacional, que era uno de los mayores accionistas de CRÍTICA, diario blasfemo, consagró el país confiado a su conciencia al Sacratísimo Corazón de Jesús, al lado del Legado de su Santidad, hoy Santidad él mismo, y del Cardenal Arzobispo. Y después se fue a cenar a lo de Botana. Mediten sobre este hecho.

La permisión del envenenamiento ideológico de la masa argentina, contemplado con indiferencia por los que tienen a su custodia la espada del Espíritu (que es la palabra de Dios) y la espada de la Ley, está en el principio del desconyuntaje político del país, que es de esencia moral; antes que las mismas injustas condiciones económicas de *nuestro pueblo*, que provocan tanta ira y resentimiento; y conste que no he dicho de nuestros obreros, sino de “nuestro pueblo”. La expoliación visible del país, está condicionada por otra expoliación invisible. La claudicación argentina es total (como aquel que renguea a causa de un trauma epiléptico) y a las vergüenzas de nuestra carne han precedido y acompañan enormes claudicaciones de nuestra alma. He aquí por qué nadie ni nada nos hará reaccionar jamás con desprecio, rencor o mofa a

los males morales de nuestro pueblo pobre. Nunca, ni aun en el caso de que la masa vuelta turba nos destroce como “nazis”, ninguna torpeza o error de los pequeños nos hará olvidar las palabras de Aquel que dijo: “Me dan lástima estas turbas, porque andan como ovejas que no tienen Pastor”. El compás que les venía de arriba no era de himno ni de marcha sino de tango.

7 – *La forma*

El diagnóstico general de nuestra patria –dado por personas con el hábitus de la religión y por ende probablemente con el de profecía– es que no podemos llegar a un rosado porvenir sino a través de un presente escarlata. La otra alternativa a esta salida dramática sería un paulatino hundimiento en el tembladeral de la tiranía extranjera, de inexorable y silencioso proceso, cuyo desenlace no verá ninguno de los que hoy caminamos. Yo no me pronuncio acerca de este vaticinio, porque no soy profeta ni hijo de profeta. Lo que sé con certeza es lo que dice Dios a Israel: “Tu perdición, Israel, viene de ti; tu salvación viene toda de mí, y no está en tus manos sino en las mías”. Tal como estamos no hay en nosotros fuerza visible alguna de la cual razonablemente se pueda esperar redención; menos que nada de los Cinco, de los Tres, o de los Siete grandes (no sé cuántos son a punto fijo) que parecen ignorar perfectamente que nadie es grande sino Dios: aunque conocen perfectamente qué naciones son chicas.

Las élites y los cuerpos constituidos en autoridad son los que dan forma a las masas: entre nosotros están dispersos o quebrados. El patriciado argentino parece enteramente deshecho, como clase social dirigente. La llamada “Inteligencia” está corrompida en parte, y en un todo (salvo excepciones heroicas) desgonzada de la vida y de los intereses reales del país. Los verdaderos emigrados no son los de Montevideo. Los emigrados del país son las clases llamadas altas, ausentistas, indolentes o necias (los argentinos en París) y los escritores y maestros extranjerizantes, que tienen en Sarmiento y Echeverría sus precursores.

Sobre el pueblo la pituquería cipaya no influye nada, a no ser negativamente, destruyéndoles la religión y el sentido, lo mismo que hace la propaganda protestante en el plano religioso. Los que influyen realmente sobre la masa son los demagogos, los del comité y los de la

prensa amarilla, que no trabajan casi nunca por cuenta propia. Tripas llevan corazón, que no corazón tripas.

Los antiguos partidos no representan de ninguna manera la vida real del país como unidad nacional, sino a lo más como tendencia ciega de sus elementos en vía desintegrante. (La química de un cadáver tiene sus leyes, pero son leyes de más en más in formulables; y cuya formulación, por lo demás, no interesa). La prueba es que en estos momentos los únicos partidos argentinos con realidad política efectiva son el “nazi” (prohibido) y el “antinazi”, o frente popular, en vías de formación. Reales con realidad nunca vista hasta ahora, desde el tiempo de federales y unitarios. Jamás hasta ahora, por ejemplo, un radical pretendía que los conservadores fuesen asesinados o fusilados, ni un conservador reclamaba que se quitase a los radicales el hablar o expresarse en público –y cómo se expresaban algunos, Dios del cielo!– que es como otra manera de matar; así como es otra la de quitarle los medios de subsistencia, de comerciar, de viajar... En los poblados de San Juan o de Corrientes existían divisiones sociales feroces entre las familias a causa de la política; pero jamás llegaban a tanto. “Vuelven los federales –vuelven mi vida– vuelve la cinta roja –pero teñida”. Vuelve la vieja contienda histórica, y por desgracia planteada quizá con la misma testarudez cerril que la primera vez, con esa falla de contemplación y esa obra de pasión que según Marcelo Sánchez Sorondo (en su *Prólogo*) hizo fracasar ya una vez la deseable solución integradora, síntesis necesaria de las dos entrañables tendencias parcialmente argentinas, síntesis fallida cuyo fracaso nos atrasó un siglo.

La palabra “nazi” representa hoy, por lo menos en la intención de sus mangoneadores, algo semejante a la palabra *papista* en la Inglaterra de 1700 o a la palabra *chrestianus* en el mundo de Nerón a Juliano (salvando diferencias); es decir, algo a la vez indeterminado y horrible, cuya aplicación o delación sirve de arma persecutoria fulminante. Un elemento religioso interviene pues en esta calificación (pues “nazi” en puridad equivale al “hereje” de otros tiempos, es decir, un criminal peor que ladrón, asesino y degenerado sexual) y no es extraño que la lucha que ella connota sea por ende de carácter atroz, pues no hay guerras peores que las guerras entre hermanos y las guerras religiosas. No es tan fácil desprenderse de la religión, como creyó el feliz siglo pasado.

Nuestro siglo está plagado de “ersatz” de la religión perdida, cargados de la fuerza disociadora y explosiva de la religiosidad natural en estado informe: es decir, nuestro siglo está plagado de “ídolos” y es idólatra. La guerra que acaba de pasar (pero ¿es que ha pasado de veras?) fue una guerra de idolatrías; lo dijimos cuando ella comenzó en ESTUDIOS, julio 1940, siguiendo por lo demás al gran historiador Belloc. Dios mismo está revolviendo esta cuba en fermentación, Dios o el diablo; no penséis que vais a escapar de sus manos con palabrerías, ni con declaraciones, ni con cartas, actas, congresos, reuniones y pelotuderías de las cuales Él permanece ausente.

Para volver a los demagogos de la prensa (causas y a la vez efectos los más serios del desorden argentino) su carácter distintivo en este momento es la impudencia de la mentira, como arriba dijimos. El demagogo es un adulator, y por tanto es siempre inveraz; pero los extremos de hoy día, aquí entre nosotros, difícil es que se hayan visto jamás en el mundo; lo cual prueba cómo nos desprecian los que mienten desde afuera y cómo se desprecian los que aquí mienten. Los grandes medios de difusión de la técnica moderna usados sin ética y frente al aborregamiento y confusión de las masas, han producido ese fenómeno de la “propaganda”, indigno del género humano. Porque ahora se aprisiona y se amordaza en nombre de la libertad, se oprime en nombre de la igualdad, y se mata en nombre de la fraternidad. Las masas han sido siempre medio malas en general; pero posiblemente nunca han sido tan imbéciles y tan hipócritas en conjunto. “¡Oh Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!”, dijo la pobre Madame Roland; pero le faltaba ver el crimen de la destrucción sistemática y organizada de la poca libertad que nos queda, hecha por los sayones y festejada por las víctimas al grito entusiástico de ¡Libertad!

La impudicia en el mentir es lo que más nos subleva en la situación actual, ella cubre de incienso y esconde a la conciencia moral colectiva los peores vicios, la crueldad, la impiedad, la rapiña. Hemos llegado a un extremo en que las palabras-banderas significan por lo general lo exacto contrario de lo que suenan; y basta examinar los nombres de algunos de los grandes mentideros nacionales, como un excelente ejemplo:

Un diario que es un tacho de bazofia intelectual y sensacionalista de bestias, se llama CRÍTICA, que es la operación intelectual por excelencia, el instrumento fino del trabajo científico y del gusto literario;

Una revista snob, protestantoide, pazguata, enteramente comercial, se llama EL HOGAR, o como dice el pueblo, EL LOGRAR.

Un diario que se distingue entre todos (lo cual es mucho decir) por su servilismo lacayuno se llama LA RAZÓN.

Un diario que publica listas de argentinos con incitaciones paladinas al asesinato o a la venganza demente, se llama EL PATRIOTA.

Lo único que nos falta es una revista pornográfica que se llame “La Virgen”, un diario chantajista que se llame “La Probidad”, un diario de historietas que se llame “La Filosofía”, un diario socialista que se llame “La Tradición”, y un diario oficialista que se llame “La Inteligencia”. Y sin embargo (para que vean que a pesar de tanto veneno, no somos envenenados del todo) esta misma corrupción de nuestra prensa ha producido al menos una gran vocación periodística, porque Dios no permitiera el mal si no pudiera sacar un mayor bien. Un amigo nuestro que era poeta, místico y millonario, usaba decir que cuando Dios deja corromperse diabólicamente una cosa humana, quiere sacar de ella algo divino. Y se hizo periodista. Y escribió una Balada del Periodista, de la cual serviré un fragmento: Decía que en el desorden extremo del periodismo argentino él discernía una tentación de heroísmo para el periodista criollo y para el criollo en general. Lo decía de este modo más o menos:

Balada del periodista sin diario

“Critique quinte, Razón, diario... oh!”

Se olvidará el soldado de su espada
Y el marinero de su mar
Se olvidará el labriego de su arada
Y la novia de su azahar
Se olvidará el masón del negro avío
Y el cura del Kirielsón

Antes de Sión se olvidará el judío
Que nosotros del diario... oh!

Todo el que vió la plancha y la platina
De este deporte colosal
Tragar tres leguas de papel bobina
Y hacerlo fango o ideal
Todo el que hizo a furor de cacoquimia
De tabaco y de discusión
Un artículo, entró en la negra alquimia
Que se llama el diarioooo... oh!

¿Podéis contar las mariposas blancas
Que vuelan sobre el alfalfar?
¿Podéis contar las mil cuartillas francas
Que os hemos hecho tragar?

¿Podéis frenar el palafrén bizarro
Cuando oyó el bélico atambor
Y al periodista que se unió al cotarro
Para hacer su diario... oh!

El Papa lanza sus excomuniones
Sus listas negras la Reunión
El Coronel apunta sus cañones
Derechos a mi corazón
No importa, hay que pinchar las pompas fúnebres
Con la nueva palabra de hoy
Parar al necio y desmentir al pérfido
Y sacar el diario, oh!

Envío

*Príncipe, que fumando estás sentado
En tu trono de emperador
Abdica, junta plata, y al contado
Compra una rotativa, oh!*

8 –La autoridad

Para acabar podríamos hablar, si fuésemos maldicientes, entre otras cosas discutidas, del fracaso del Colegio Militar en su efecto intelectual y del fracaso del servicio militar en cuanto a lo moral, temas amplios y rabiosamente discutidos hoy en día, aun por aquellos que tienen el tejado de vidrio: supuesto que el fracaso de Campo de Mayo no es sino una parte del fracaso de nuestra enseñanza, y el fracaso de la moral del conscripto, es parte del fracaso de nuestra moral a secas. Pero dice el viejo Aristóteles que cuando hay discordia la gente discordiosa ama confesar al prójimo y evita confesarse a sí mismo, que es lo provechoso: “quiere que sus semejantes cumplan toda justicia y ellos nada” –dice el Estagirita.

El error era creer que el ejército argentino como *clase* gestaba en sí los valores morales y los saberes políticos indispensables para nuestra gigantesca reconstrucción, al menos en función de instrumento inteligente; cosa que quizá no se pueda pedir hoy a ningún ejército del mundo, como no se podía pedir en 1945 al ejército español, testigo Balmes en *La preponderancia militar* (Obras, t. XXX, pág. 291). ¡Qué candidez! Los saberes políticos supremos son lo más alto que hay en el género del saber práctico, tanto que resurten a una verdadera Sabiduría; y el Filósofo, en el algún tanto ditirámico proemio a su *Moral Nicomáquea*, no duda en calificarlos de ciencia “arquitectónica” o sea filosófica: ciencia negada, por su misma profesión, al actual soldado. No es lícito aplicar hoy día la doctrina de Platón sobre su utópica “clase guerrera” a todo el estado militar indistintamente, según hizo en 1943 un conferencista del Círculo Militar; así como no se puede aplicar a todo el clero el sermón sobre el Sacerdocio de San Juan Crisóstomo. Militar es una cosa y guerrero es otra; sobre todo, guerrero de Platón, que viene a ser algo así como el “caballero andante” de Don Quijote. Este fue el momentáneo error de casi todos los argentinos, pueblo de anchas esperanzas.

Todo el error en este caso consistió en olvidar que el orden militar no es ni ha sido nunca a derechas sino una parte del orden civil; cosa extrañamente olvidada entre nosotros, primero por los civiles y luego por los mismos militares. Los nacionalistas que más ruidosamente clamaban a todo viento que “aquí todo está podrido y hay que

“cambiarlo todo” eran por incomprensible inconsecuencia quienes mantenían una fe extraña en que el Ejército era el Paladín de todas las virtudes y saberes. Y en consecuencia, los mismos militares, aunque no todos, al verse de golpe encumbrados por la “elección fraudulenta” del 4 de junio, cayeron en la ilusión tan humana de que no eran parte sino todo, que el orden militar adecuaba y comprendía al civil, y que no había dificultad ni problema alguno en la difícil ciencia y tarea del gobierno que un militar de buena voluntad debidamente asesorado no pudiese soltar, cortar, deshacer, destruir, sajar, descuajar y desmenuzar de un tajo victorioso de su espada gordiana. Eso se vio primero en la candidez con que llenaron todos los altos puestos con hombres del arma; después en la tranquilidad con que empezaron a molestar a la vez a todo el mundo; tercero, en la franqueza con que cambiaron, rodaron y manejaron a sus colaboradores civiles; y por último en la posterior actitud con que dieron marcha atrás dirigiéndose con velocidad a un estado parecido al que hubo antes pero no del todo igual, porque como dicen los italianos: “Igual que antes es peor que antes”, *come prima peggio di prima*.

Convenzámonos que esa creación moderna que es el ejército permanente (nacido de la “leva forzosa” de la Revolución Francesa) participa de las condiciones del mundo moderno, y también por ende de sus taras. Es una construcción no sacra, artificial, profesionalista y clasista, que tiene sobre sí esta condición temible: que no es útil ni necesario sino en función de una calamidad inmensa, que es la guerra moderna; y que no habiendo guerra está en continua ocasión próxima de ocio, padre de muchos vicios, sobre todo nuestro ejército, excesivamente mimado; entendiéndolo por ocio también el agitarse en el vacío. Ese es nuestro ejército en sus cuadros superiores, y no ese mito de santidad y patriotismo, al cual un cierto poeta de estas partes opuso aquella otra imagen también exagerada, pero interesante, que dice:

Al fin habrá que hallarle algo que hacer – Porque no sirve para gobernar – Y para ganar guerras sin pelear – Resulta caro, ya lo van a ver.

Andar luciendo atrás de su mujer – Uniformes y ganas de charlar – Es por ahora todo su efectuar – Y todo lo demás es prometer.

Son altos empleados – De instrumentos mortíferos dotados – A fin de hacer lo que el Estado mande.

Meros esclavos de linaje adusto – Del Dios Estado, sea vil o grande – Sea justo o injusto.

9 –La Iglesia

Si hablar del Ejército es peliagudo, más bravo es hablar de la Iglesia: tarea superior a este ensayo, y en cualquier caso superior a nuestras actuales fuerzas. Y sin embargo, será forzoso algún día hablar francamente de ella, porque no sé cómo quieren llegar a una solución nacional sin eso. Y segundo, porque ya se ha hablado; ya ha sido interpelada formalmente la clerecía, no sólo por el chacarero *Argentine Diary* de Ray Israel, sino por doctrinarios como André Siegfried o politicones como Aguirre Cámara, y aun por católicos no menospreciables.

El caso de la Iglesia Argentina puesto en dos palabras es el siguiente: está atada con rendaje de oro a un Estado que ha dejado de ser católico, o va por ese camino; y con la mayor buena voluntad de que no deje de ser católico, tiene que agarrarse de los colores de la bandera, del Preámbulo de la Constitución, del catolicismo de nuestros próceres, del clero de la independencia, del catecismo de Sarmiento y de los Tedéums y bendiciones de piedras fundamentales. Esto constituye una dificultad seria y un problema que no es para broma y que nos atormenta desde Estrada. Los socialistas dicen que la solución es la ruptura o separación violenta de la Iglesia y el Estado. Los Católicos dicen que el remedio es un Concordato. De nosotros no depende la decisión y quizá ni de hombre nacido, sino que lo zanjará uno de estos días la circunstancia o la Providencia. Nosotros deseáramos un Visitador Apostólico de agallas, y un Sínodo Nacional, y si a mano viene, un Concilio Euménico. Nada menos.

El vulgo resume la situación de este modo: para salvar las almas se necesitan muchos sacerdotes; para muchos sacerdotes se necesitan muchos seminarios; para muchos seminarios, se necesita mucha plata; para mucha plata se necesita la liberalidad del Gobierno; para eso hay que andar bien con el Gobierno, con todos los Gobiernos, hagan lo que hagan y vengan de donde vengan. Este resumen bien inexacto lo hace,

como dije, el vulgo; tanto el vulgo adverso como el vulgo converso a la Iglesia, sólo que éste lo califica de prudencia y el otro de acomodo o servilismo. Este resumen no representa sino una proyección informe o deformada del problema, el cual demandaría un libro. Que la Iglesia necesita bienes temporales es cierto; pero los bienes de la Iglesia no son el Bien de la Iglesia. Que la Iglesia debe respetar los gobiernos *legítimos* es indudable; pero mucho más debe respetar, naturalmente, la palabra de Dios y su misión propia, que no es sino repartirla. Que la Iglesia “no debe meterse en política” o como dijo recientemente un Prelado “que lo espiritual no debe entrometerse en lo temporal” podrá ser cierto; pero uno de los peores modos de meterse en política la Iglesia es no tener más política que la del gobierno y bendecir todo lo que los poderes de este mundo, para tenerlos contentos, nos meten por delante. “Fornicar con los reyes de la tierra”, llama a esto la Escritura. San Cipriano de Cartago escribía a sus Obispos: “No os preocupéis mucho de edificar templos, ya sabéis que en ellos un día se sentará el Anticristo. Preocupáos de edificar almas, donde no puede asentarse el diablo”. El resultado de todo esto (es decir, del aflojamiento de lo *formal*) es que el Estado Argentino se debilitó gradualmente: hoy día los muchachos le tosen, una mota lo asusta, con una palabra mito se lo conturba, un cable de afuera lo desconcierta. Se disoció de la Nación, y se hizo parásito, irritable y débil. Violento a ratos también, por supuesto: es la ley de los débiles.

10 –*Jam non est profeta*

Atrevámonos a ir más adentro en estos males de la Iglesia y la Nación. El filósofo como el matemático y el dentista está obligado a sacar raíces. De ahí la peligrosidad de la filosofía para sus cultivadores serios, pues el paciente a veces empieza a las patadas. Hablemos de lo que San Juan en el Apocalipsis llamó “sodomía espiritual”. “*Quae vocatur spirituáliter Sódoma*”.

Retire esa palabra, le dijeron una vez a Vázquez de Mella. ¡Qué la retire el Profeta! respondió el gran tribuno gallego. Efectivamente la palabra era del Eclesiastés: *Væ tibi terræ cujus rex puer est*. Desdichada la Nación gobernada por mujeres y niños (María Cristina y Alfonso XIII) había exclamado Vázquez. Así también yo digo que retire Santo Tomás la palabra de sodomía espiritual, conque califica a la aberración

que consiste en poner a gobernar a hombres *qui non eminentiâ intellectus præcellunt*, que no resplandecen por su inteligencia. Sodomía espiritual, es invertir el orden de las facultades, poniendo por encima del Vidente al “Dinámico”².

Por su lado la Iglesia habiendo olvidado el esoterismo y en algunas partes incluso la Teología, está actualmente llena de prelados que no presiden en virtud de ninguna excelencia espiritual (“charismata”) y por ende no son obedecidos anoser por disciplina o rutina; de donde se sigue que aquella estructuración del Cuerpo de Cristo que pintó San Pablo, compacta y conexas, en donde los dones de luz y calor espiritual descienden de arriba para distribuirse armoniosamente por los miembros según su función y capacitación, está obstruida por pegotes, escombros, várices, coágulos, tumores y apostemas, hijos crueles del desorden de los tiempos, –ha escrito un gran teólogo contemporáneo³.

La complejidad de los tiempos modernos ha obligado a la especialización; y el ideal paulino de que los Obispos sean a la vez “pastores y doctores” –*alios prophetas, alios quidem pastores et doctores*, (Ephes. IV, 11) – realizado paradigmáticamente en San Agustín no puede pedirse ahora siempre, pero también es una demasía que no salga nunca.

Según una leyenda oral, el Presidente Roca fue una vez cómplice de este crimen masónico. Se trataba de ordenar la terna para nombrar un obispo en el interior; y el Ministro del Interior le hacía al Zorro Roca el recuento de los candidatos: –Este –le dijo– es un buen orador sagrado que posee una verdadera elocuencia a falta de una profunda ciencia.

– ¡Pase! –dijo el Presidente.

² En su comentario al libro aristotélico *De anima* Lecc. XIX, el Angélico la llama aberración (construm) que es la palabra que usa para designar las perversiones sexuales.

³ “Cum Ecclesia esoterismum quidem et alicubi etiam meram Theologiam palam evacuaverit, hodie non raro a Prelatis gubernatur qui presunt *non virtute charismatum* vel excellentia spiritali quacumque, ac deinde non obtinent obedientiam nisi disciplinæ cuiusdam vel rutinae causa; unde sequitur quod tota ædificatio Cörperis, compacta atque connexa, ubi lucis ac róboris charitatis a Cápíte descendit ut concinne per membra diversificetur, ut Paulus describit, rudéribus, purgamentis, obstructionibus ulcéribusque impediatur...” (L. B. D. D. *Pro Concilio Vaticano ressumendo Simples Annotationes*, Romæ, Isola de Liri, Donato Címpoli, 7, 1931, Ad usum NN. Tantum).

– Este otro –prosiguió el Ministro– es un frailito muy culto, muy estudioso, muy trabajador, muy versado en esa macana que ellos llaman Teología...

– ¡Pase! –Repitió el Zorro.

–El tercero –dijo el informante– es un prelado buen mozo, de mucho mundo, de mucho trato, de mucha sociología, muy popular entre las señoras; pero de mollera vacía.

–Ese –dijo Roca– Pásemelo al primer término. Ese es nuestro Obispo. Ese no nos dará que hacer.

Los Obispos deberían ser escogidos realmente por el clero y el pueblo fiel de acuerdo con la Sede Apostólica.

El andar por ahí diciendo verdades fue la ocupación de Jesucristo y es la misión de la Iglesia; y sigue siendo la vocación particular de algunos pocos varones, bien infelices ellos si atendemos a las apariencias, que surgen todavía a la manera de bichos raros en esta época mentirosa y amedrentada.

Recordemos la lista de los que en los últimos tiempos, según el Apocalipsis (XXI, 7) cobrarán la ira de Dios: los primeros de todos son los “miedosos”; porque el miedo en efecto puede ser un pecado capital; y los últimos son los “mentirosos”.

“El que venza poseerá todo esto; y yo le seré Dios y él será mi hijo.

“Pero los miedosos y los incrédulos y los onanistas.

Y los asesinos, los fornicarios y los supersticiosos.

Y los idólatras y todos los embusteros.

Su parte será en el estanque ardiente de fuego y azufre.

Lo cual es la muerte eterna”.

11 – ¿Qué hacer?

Primeramente, persuadirse que no hay nada que hacer mientras nuestra nación esté presa de histerismo colectivo, y SIN GOBIERNO ASENTADO, con una dictadura militar precaria y provisoria.

¿Qué vendrá después? Lo que vendrá depende de lo que se viene en el mundo entero; y lo que se viene en el mundo entero es un enigma. Yo no puedo ver mucho en términos políticos, y sólo puedo mirar ahora

en términos religiosos. Lo que viene es una inmensa revolución enteramente decidida a liquidar los restos de la antigua “Cristiandad” europea, frente a la cual no se ve nada capaz de impedirsele. Es posible que esa Cristiandad europea (estructura política de un continente animada por la idea cristiana) sea el famoso “Katéjon” de San Pablo (*Ad Thessal.* II, 2) es decir, el obstáculo que ataja la manifestación del misterio de iniquidad y debe ser quitado de en medio antes que se manifieste el Anticristo.

En este caso, la Iglesia vuelve a las catacumbas, desaparecen las patrias, y los pocos capaces del coraje terrible de seguir fieles a Cristo se repliegan sobre sí mismos a defender su fe y pedir su segunda Venida. Es decir, esta estructura externa de la Iglesia Católica creada por la Contrarreforma y hoy casi impotente del todo y minada de internos morbos, se deshace; las patrias dejan de ser cosas sacras (la ridícula adoración al Gral. San Martín de estos días en que escribo) convirtiéndose las naciones, como en tiempo de San Agustín, en “organizaciones enormes de bandidaje en gran escala”, es decir, en las fieras que vio Daniel en su Visión y predijo que volverán; los que creen en la divinidad de Cristo son sujetos a la persecución doble, “la peor que ha habido desde que empezó el mundo”; persecución de una falsa religión universal y poderosísima, que llegará quizá a apoderarse de la misma sede romana y atacará sus almas; al mismo tiempo que atacan sus bienes y sus cuerpos los poderes políticos unificados por la Bestia, hasta la pena de muerte. “Porque llegará un día en que os matarán creyendo que con eso hacer obsequio a Dios” –profetizó el Cristo (Jo. XVI, 2).

Esta es una alternativa. La otra es una profunda purificación de la Iglesia por el dolor, la manifestación del Espíritu en grandes santos varones (actualmente la Iglesia no canoniza más que mujeres) la conversión de Europa y por ella del mundo por un período probablemente breve. Esto ahora parece imposible; pero otras veces ha parecido imposible, y la Iglesia ha resurgido como de un sepulcro, porque nada hay imposible a Dios.

Tenemos pues que defender los bienes de la cultura, la nacionalidad y la tradición cristiana; pero como quien ve que son perecederos, y no ve si Dios los ha condenado acaso desde ya a perecer: sin apoyar

demasiado en ellos, sabiendo que Dios nos pide que luchemos, pero no nos pide que venzamos sino que no seamos vencidos. El que tiene mujer como si no tuviera mujer, el que tiene bienes como si no tuviera bienes, el que tiene patria como si no tuviera patria⁴.

Y el bien nacional primero por defender es la libertad de expresión, sin la cual somos presa de la mentira y la oscuridad. La supresión de toda la prensa nacionalista unida a la máxima libertad para el resto de la prensa embanderada y comprada, aun la más guaranga, es un augurio siniestro para el país. Siniestro incluso para la religión, porque los que empiezan por amordazar a los patriotas, amordazarán mañana con la técnica ya hecha a los creyentes— si se pueden separar esos dos epítetos; y entonces la Iglesia deberá prepararse para el martirio, anoser que descienda definitivamente, lo que sería horrible, al acomodo total del perro mudo.

El que se deja maniatar puede no pasar de cobarde: pero el que se deja sacar los ojos y la lengua, ese es idiota.

En suma, que esa palabra de San Pablo: *Noli vinci a malo sed vince in bono malum*, “no te ahogue el mal, pero en bien ahoga el mal”, no significa propiamente que hay que hacer bienes a quienes nos hacen mal, lo cual no siempre es posible; sino más bien que hay que desarrollar y radiar la propia actividad beneficosa de tal modo que el mal que nos infieren en vez de sofocarnos quede como sofocado o al menos amortiguado en la correntada segura y pacífica de nuestro propio raudal de vida.

Cabo

Con perdón de Núñez de Arce, y de todos los patrioterros, de todos los engrupidos y de todos los coribantes delirantes de la Nueva Religión del Paraíso en la Tierra y el Hombre Redimido por sí mismo,

⁴ Los hebreos tienen hoy en la Argentina mucho más patria que muchos de nosotros. Un escritor judío mediocre tiene en la Argentina donde escribir; yo no tengo donde escribir —aunque tengo, eso sí, libertad de prensa. No me importa por mí; al contrario, para mí es más cómodo. Me importa por la patria.

Los judíos son dueños actualmente entre nosotros de los más poderosos vehículos de expresión; y los yanquis tienen el control de todos ellos. Si la Argentina no consigue rehacer la posibilidad de su expresión independiente, está lista como nación independiente.

dedicaremos un soneto a la Argentina tal como la vimos el 14 –VIII –
45 desde un balcón de la Avenida al 2.100.

*Rotas las riendas y la cincha rota
Y de la inteligencia roto el freno
Pulgada por pulgada dentro el cieno
Te hundes en la laguna que te agota.
Ni causa externa ni razón remota
Busques el cáncer que te come el seno
La estupidez, como fatal veneno
La vida de tus vísceras embota.
No esperes en continua sacudida
Alcanzar el remedio por tu mano
República plebeya y desvaída.
Perseguirás la libertad en vano
Que quien de la mentira hace comida
Es presa del tirano. Y del pantano.*

L. CASTELLANI S. J.

(Asunción de N. Sra., 1945).



LA CRÍTICA DE KANT *

KANT EN LA OBRA DE JOSÉ MARÉCHAL, S.J.¹

(1946)

I. MARÉCHAL

El Padre José Maréchal, belga, nacido en 1889 y residente en la noble y docta Lovaina², al lado de una Universidad Católica fundada por Carlos V de Alemania y España, fue discípulo del Padre Shoewers, un hombre nacido con metafísica en la sangre, y por cierto, con metafísica germánica. El Padre Shoewers es el profesor ridiculizado en el libro *The Jesuitic aenigma* del apóstata Boyd-Barret, el cual, sin embargo, rinde testimonio a la extraordinaria potencia mental de aquel flamenco taciturno, para quien los clásicos modernos de la filosofía alemana no tenían secretos, que no dejó nada escrito, y que sólo sabía dar clases meticulosas y pesadas en las que de repente se elevaba a alturas vertiginosas, diciendo a sus discípulos primero: “Si no entienden, ¡no importa!” Shoewers vio en su discípulo una extraordinaria vocación filosófica, y volcó en él todo cuanto sabía, que no era otra cosa sino todo

* Maréchal, Joseph, S.J. (1946). *La crítica de Kant*. Buenos Aires: Penca, pp. 13-49.

¹ La gente seria, estudiosa, o bien extranjera a la República Argentina, no tiene obligación de leer este prólogo.

² Lovaina,
la hoja en la vaina, la boina
con borla estudiante
walona de encaje colete de ante.
Lovaina,
la misma de antes
flamenca flamante, pintóla
Van Dyck —o Rubens
con sangre española
y un tic— en la sien
y con castañuelas y cruz monacal,
germana y gitana y un gesto walón,
bullicio de pájaros, saber medieval
y al brazo dos ejes para la ocasión
de matar herejes o cavar carbón.
Plantada en la ruta real,
baluarte en la cúspide y abajo mesón
y un enorme escudo: caldera y león
y un águila con un fanal.

(De *Postales*, 1933.)

Kant, Fichte, Schelling y Hegel, interpretados en sus grandes líneas y en sus últimos pormenores sobre el propio texto. Maréchal se preparó después con la obtención de un doctorado en ciencias biológicas en la Universidad de Bonn, con una tesis sobre el metabolismo celular, método que me recomendó a mí mismo (y recomendó al General de los jesuitas, Ledóchowski) para formación de filósofos: mejor que un bienio de Filosofía en la Gregoriana, un doctorado de “otra cosa” en una gran Universidad secular, *para adquirir la experiencia del método científico* y fecundar el espíritu en el choque de la contradicción ideológica. Porque nada nace en este mundo sino del encuentro de dos principios en cierto modo opuestos, decía el viejo Heráclito: dos varones no tienen hijos. Método bien lovaniense por cierto, y no para mentes mediocres. Lovaina puesta en la misma frontera del mundo latino y germánico, en el encuentro del catolicismo y la protesta, representa el espíritu mozárabe de marca, es un bastión, y al mismo tiempo, un broche –como dice el poema de Jerónimo del Rey que puse en nota.

No sé si Maréchal vive; no tengo nuevas hace cinco años³. Dios quiera que no muera antes de haber publicado su *Cuaderno IV* y su *Cuaderno VI*, joyas filosóficas inestimables, en que considera, a través de su maravillosa interpretación de Kant, los grandes panteísmos postkantianos en el primero y las epistemologías contemporáneas en el segundo. De todos modos, lo capital de su obra ya es nuestro, desde la aparición de su *Cuaderno V*, *Ensayos de una Crítica tomista* como lo intituló modestamente, que contiene el intento poderoso de una superación de Kant sobre Kant mismo. Su idea está expresada en el presente volumen con estas palabras:

“Supongamos que se pudiera mostrar que los postulados de la razón práctica –al menos el Absoluto divino– son justamente «condiciones de

³ En prensa este libro recibo noticias del Padre Maréchal, malas por desgracia: murió en Lovaina el 11 de diciembre de 1944, a los 66 años; no publicó todavía ni el 4º ni el 6º tomo de su obra principal. Las noticias las tuve por un diario de Bombay, el Examiner. El filete dice así:

FR. JOSEPH MARÉCHAL, S.J., died at Louvain on Dec. 11th of thrombosis, aged 66. He is known to all Catholic scholars for his studies in Scholastic Philosophie and in Mysticism. After studying Biology, Cytology, Physiology, Nervous Pathology and Psychiatry at Louvain and at various German Universities, he taught for many years at the Jesuit Philosophical and Theological College of Louvain and wrote highly specialized studies in Thomistic Psychology and Epistemology as well as in Mysticism. His best known work, besides his *Studies in the Psychology of the Mystics*, is his masterly *Le point de départ de la Métaphysique* in 5 volumes (the 4th of which has not yet appeared). His death is a great loss to Thomism. R.I.P. (*The Examiner*, marzo 17 de 1945).

posiblez» del ejercicio más fundamental de la razón teórica, queremos decir «de la función misma con que la razón pura se da un objeto en la experiencia»; se habría fundamentado entonces la realidad objetiva de estos postulados sobre una «necesidad» perteneciente al dominio especulativo. Devendrían, si es lícito hablar así, «postulados de la razón especulativa» y podrían denominarse «constitutivos del objeto teórico». Pero, por otra parte, por falta de contenido intuitivo suprasensible, no nos entregarían el concepto propio y directo de los objetos trascendentes, de quienes, sin embargo, nos develarían por un esguince la existencia necesaria.

“Se presienten en esta vía intermedia (entre la intuición intelectual del nóumenon y el objeto puramente fenoménico) problemas infinitamente complicados, pudiera ser hasta contradicciones. Sin embargo, es allí donde hay que lanzarse si se quiere escapar al dilema kantiano, y allí también es donde se halla el albur de alcanzar por las vías mismas de la *Crítica* el sentido profundo que el tomismo antiguo daba al «conocimiento analógico»...”

Ese albur quiso correr Maréchal, y volvió de su ataque cargado de botín de noble guerra. La empresa estaba ya diseñada por San Agustín en una refinada demostración de la “*existencia de Dios a partir de la Verdad*” contra los Académicos en el 2º libro de su *De Libero arbitrio*. Santo Tomás había recogido aquella semilla antigua de demostración “crítica” de Dios en una frase sencilla y abismática de su tratado *De Veritate* (XXII, a. 2, ad 1), donde dice sencillamente:

“Se puede decir que conocemos a Dios en cada acto nuestro de conocimiento porque sin la Verdad Primera no existe en acto ninguna verdad particular”⁴.

Es el enunciado de la respuesta al desafío kantiano. Toda la inmensa, sabia y laberíntica obra de Kant gira en torno de un solo gonce, aquel “rincón de sombra” que, escribía él a Lambert en 1772, le había aparecido en el momento de dar fin a su famosa *Dissertatio* de 1770, después de la “gran luz” de 1769 (la idealidad del espacio y el tiempo),

⁴ “Omnia cognoscentia cognoscunt Deum implicite in quolibet cognito, quia nihil est cognoscibile nisi per similitudinem primæ veritatis.”

con la cual luz un momento creyó haber clausurado todo su apasionada inquisición metafísica. Y sin embargo, entonces comenzaba de veras.

El gonce es éste:

“¿Cómo es posible conectar las ideas puras con la realidad?” Para lo cual, dada la natura de nuestro pensar, hay que resolver esta cuestión previa:

¿Cómo los “objetos” son posibles en el pensamiento?, o sea:

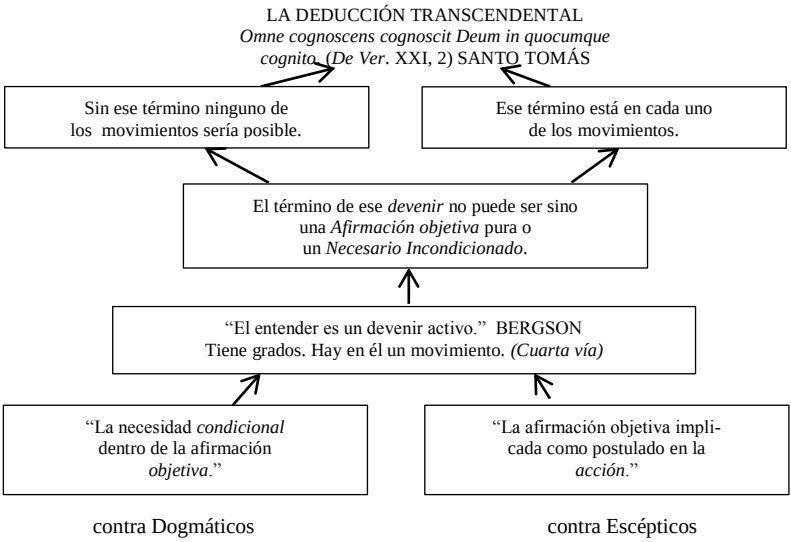
¿Cuáles son las condiciones de posibilidad del pensar objetivo?

Mas, para contestar a esta pregunta, Kant necesita instituir un examen que nadie ha hecho hasta él, el examen de la “razón pura”, es decir, de la facultad de conocer despojada de todo contenido, por una operación de prescisión; que él estima lícita de acuerdo con el principio: “Prescindendum non est mendacium...” “Prescindir no es excluir”. No voy a examinar mi razón por medio de mi razón, lo cual es absurdo, por cierto. Voy a averiguar las condiciones de posibilidad del acto cognitivo cierto a partir del acto supremamente cierto, que es el YO PIENSO, al cual yo llamaré “fenómenon”.

En este *Cuaderno*, Maréchal expone con fidelidad escrupulosa toda esa respuesta de Kant a su pregunta crítica; reservándose su propia respuesta ulterior, correctiva y completiva, para su *Cuaderno V*. Como exposición fiel de Kant, la más rica y perspicua que conocemos, esta obra es superior, incluso, a la conocida de Morente (*Kant*, Madrid, 1924), tan estimable, empero. Pero el trabajo de Maréchal es más que eso, está situado en una perspectiva superior. Sin tocar en lo más mínimo a la genuinidad del sistema kantiano, Maréchal lo ha sujeto a la operación que el dibujante llama “estilizar”, para poder insertarlo en armonía con todos los otros sistemas fundamentales en el vasto conjunto orquestal de la historia del problema liminar de la metafísica, problema puesto por Kant con la máxima acuidad y en su forma más escueta y desnuda. El sistema de Kant deja de ser “la filosofía moderna” (como creen algunos), para ingresar más útilmente como un episodio (quizás el más capital, para nosotros por lo menos) del drama filosófico del conocimiento. Este ángulo universal y este sometimiento a una estructura superior, dan al *Cuaderno* de Maréchal que así separado,

como lo publicamos, es sólo una *Introducción a Kant* (la mejor que existe en el mundo), la perspicuidad de planos y absoluta robustez de líneas que no tendría si mirase a Kant solo; y no lo viese comparado con todos sus magnos espíritus cojerárquicos. Al introducirlo en el Panteón de la Filosofía y confrontarlo con Santo Tomás, en vez de amenguar a Kant, Maréchal lo ha agigantado. Y, dicho sea de paso, lo ha aclarado no poco en su fino intelecto latino y su pericia de buen escritor.

El *Cuaderno V* de Maréchal no es posible resumirlo aquí. *Ensayo de una Crítica tomista* le llama él modestamente. En realidad, es una Gnoseología Fundamental a tono con los tiempos modernos. Su núcleo lo constituye una demostración de la existencia de Dios que resume las Cinco Vías de Santo Tomás haciendo uso de los mismos instrumentos complicados y sutiles de Kant, mortíferos en otras manos: una transposición, al tomismo, de todo el aporte positivo del estricto y recio pensar kantiano. Hemos intentado hacer un somero esquema de su tercera parte en nuestro *San Agustín y Descartes*, publicado en *Conversación y Crítica filosófica* (Espasa-Calpe Argentina, 1940). Aquí haremos otra cosa más audaz todavía, casi temeraria, que es indicar en un cuadro sinóptico los pasos de esa demostración metafísica de Dios “dentro de los límites de la razón pura”:



Este cuadro está explicado en nuestro libro *Conversación y Crítica Filosófica*, artículo: *Descartes y San Agustín*.

Es una demostración ascendente. Las dos proposiciones de la base permanecen más acá de las conclusiones kantianas sobre la “noumenalidad” de los *Postulados de la Razón Práctica*, y se limitan a dar razón a Kant contra Hume y contra Salomón Maimón. Consideran simplemente “la afirmación objetiva como postulado práctico”. Por tanto, la palabra “implicada” de la proposición contra los escépticos, no significa “especulativamente” o “analíticamente”, lo cual daría la tesis por casi probada.

Las otras dos proposiciones superpuestas representan el “análisis de la afirmación objetiva”. Ellas nos llevan a la comprobación del dinamismo de la inteligencia, y de la implicación ontológica de la voluntad (o de la “acción”, como dice Blondel) en ella. Los libros de este filósofo, sobre todo la segunda versión de *L'Action*, constituyen una monumental demostración de estos dos peldaños.

Las proposiciones cimeras sacan la consecuencia del contenido noumenal de la afirmación como necesidad especulativa en su objeto más alto, o sea, la existencia de Dios, el mismo que eligió Kant para su demostración de la “exclusiva fenomenalidad del objeto de toda afirmación especulativa”.

II. KANT AQUÍ

Kant es un gran filósofo. Es también una gran porquería. Desde otro punto de vista, por supuesto. Kant es el Aristóteles del Protestantismo.

Nos ponemos a traducirlo, y nos “exponemos” a publicarlo, no por ser protestante, sino por ser aristóteles. Quiero decir, a publicar una “introducción a Kant”, la mejor que existe en el mundo, según la revista especializada *Kantstudien*. ¿Para qué? –preguntará quizás alguno.

Se puede preguntar, en efecto: ¿qué objeto tiene introducir un libro tan especializado y refinado (fragmento parcial de una obra en 6 tomos de la más alta técnica) en un medio de cultura débil y embarullada como es el nuestro? ¿No hay otras cosas que publicar primero?

Una respuesta cínica sería que la publicación de libros no está regida hoy entre nosotros por el Consejo del Sapiente, sino más bien por el negocio del Editor. Pero esa respuesta es manca, porque ¿quién le manda, entonces, colaborar al Sapiente?

He aquí la respuesta: para el mal de nuestra cultura mistificada no existe por ahora más que un *doble y precario remedio*:⁵ 1º, reconocerlo y acusarlo; 2º, introducir al azar productos genuinos de gran calibre, a manera de exutorios, en medio de la balumba de los productos adulterados. Por lo menos, la gente que conserva la sensatez, al leer a

⁵ Ver nota pág. 49. (Para esta edición es la nota n. 28, correspondiente a la p. 174. N. del E).

Maréchal, se dará cuenta que eso es Kant, que eso es filosofía y que la filosofía (supongamos) no es para ellos.

En cambio, hay infinidad de desdichados que han absorbido, a manera de latas de conserva averiadas, los libritos a \$0, 30 cada uno de la (atención) *Nueva Biblioteca Filosófica Tor* y tienen la cabeza arreglada para un rato. No solamente la selección de los libros de ese indigno mercachiflismo está hecha a mil leguas de todo criterio, no digo sabio pero ni racional siquiera, sino que se han cometido en la publicación mismas deshonestidades intelectuales de grueso calibre. Por ejemplo, se ha publicado con el título de *Las Ilusiones* el capítulo I, del libro II de *L'Intelligence* de Hipólito Taine, en una versión de un tal A. Conca. La versión es tan extremadamente inepta, que hay infinidad de párrafos trabucados, y corrompidos a tal punto, que no dicen lo que Taine quiso decir, porque a veces no dicen nada ¡y a veces dicen lo contrario! Así, por ejemplo, en la página 28 el malaventurado traductor escribe:

“Ni la percepción externa ni las otras fuentes de conocimientos dejan de ser simples acciones que se aplican y refieren a objetos distintos de ellas mismas...”

¿Ha entendido algo el lector?

El texto francés dice exactamente lo contrario:

“... Ne sont des actions simples qui s'appliquent et se terminent à des objets.”

Pero donde el desdichado asesino de texto perpetra su crimen perfecto es en el § III, pág. 21. Es sabido que Taine expresó su tesis ultracartesiana sobre la natura del conocimiento sensorial todavía discutida en las escuelas (ver PAULUS: *L'Hallucination*) aunque sea como ejercicio académico, con la siguiente paradoja:

“*La perception ce n'est qu'une hallucination vraie.*”

Es decir, la sensación no difiere de la alucinación sino que en la primera coincide con un objeto exterior y la segunda no coincide. Intrínsecamente no diferirían en natura.

Nuestro asesinatextos ni ha pisado lo que Taine quiere decir, y cambiando de puesto el adjetivo “vraie”, traduce en esta forma:

“La percepción exterior es una verdadera alucinación.”

Proposición que adscribiría a Taine entre los negadores del mundo externo, y que no se atrevería a firmar el más rabioso solipsista⁶.

Bien. La primera razón para publicar una buena *Introducción a Kant* es, pues, que estamos plagados de malas introducciones que no introducen a nada fuera del manicomio.

La segunda razón es que, siendo Kant un gran filósofo, su obra interesa soberanamente a la filosofía, mi casta y divina Reina. Porque un gran filósofo aprovecha más a la filosofía cuando yerra, que un repetidor cuando acierta.

La seducción que ejerce Kant sobre muchas mentes científicas modernas, y su apariencia de rigor técnico sobrehumano, se debe, en definitiva, al uso severo que hace el filósofo balta de las nociones de “materia y forma” y de “precisión objetiva”, comunes instrumentos de la mente antigua, que él no recogió, por desgracia, directamente de Santo Tomás, sino (a través de una cadena de intermediarios) de Escoto. La filosofía moderna, en lo que tiene de interesante, vive de fragmentos de la filosofía perenne, a los cuales su misma disgregación hipertrófica ha dado un relieve dramático, bien como los portes de un demente pueden iluminar mejor los trasfondos de la psicología normal. De mí sé decir que no comprendí la profundidad de la doctrina aristotélica acerca de la “materia y forma” hasta haber leído todo Bergson, que en su antítesis “espíritu y materia” las ha iluminado exagerándolas; y que no alcancé del todo la teoría tomista de la “contemplación” y la “felicidad imperfecta” hasta haber estudiado la abstrusa “caracterología” de Ludwig Klages.

Kant también puede, pues, aunque haya errado, frutar grandes provechos al lector preparado; por ejemplo: el inexorable rigor lógico, la probidad en el pensar, la clave para comprender la mentalidad del mundo moderno –que está todo penetrado de Kant, querámoslo o no lo

⁶ Cf. ALFREDO FRANCESCHI: *La teoría del conocimiento*. Buenos Aires, 1929.

queramos—. El que quiera conocer la filosofía moderna y no empieza por leer y comprender a Kant, no dará un solo paso en firme; y eso, dicho no sólo de los filósofos que le dependen directamente, como Lange o Nicolai Hartmann, pero aun de los que parecen independientes, como Blondel, Max Scheller, Carlini, Przywara, Klages, Adler, etc. “Occupatio cum Kantio pro cognitione status hodiernae culturae *absolute* est necessarius”, decía en latín macarrónico un profesor mío de la Gregoriana, Schaaf, S.J.

Además de eso, Kant, como todo pensador poderoso, vuelve insistentemente sobre una pequeña cantidad de principios muy sencillos, pero a los que comunica una fecundidad asombrosa, como hace todo metafísico; los cuales quedan, por lo mismo, maravillosamente confirmados e iluminados. Y son principios que pertenecen a la filosofía perenne. Por ejemplo:

No hay nada en el intelecto que no haya sido sentido.

El conocer humano no es meramente pasivo ni del todo activo.

No existen ideas innatas.

No existe intuición intelectual.

La necesidad de una afirmación depende únicamente del principio de contradicción.

Los diversos “ingredientes” integrales que se pueden distinguir en el conocer humano forman una totalidad simple.

Etcétera.

Con estas puras esencias Kant fabricó un mensaje falso: “la filosofía del protestantismo”, como la llamó Lange... ¡Paciencia! El filósofo es falible, pero la filosofía es eterna. Y ella no miente. A todos sus enamorados les conviene más leer una obra maestra que 40 manuales y las *Sugerencias* de Gar-Mar encima.

¿Y cuál es el mensaje de Kant?

Augusto Valensin, S.J., ha intentado resumirlo en 10 proposiciones en su obra *À travers la Métaphysique*⁷.

Probemos de reducirlo todavía más. Toda la ponderosa catedral kantiana va a acabar al fin en tres agujas, que en vez de mostrar el cielo apuntan solamente a los planetas, si es que pasan del orbe de la luna:

⁷ El kantismo ha muerto como sistema, pero su espíritu vive. He aquí lo que queda de él y ha sido vulgarizado:

1° Lo que se llama *Naturaleza* no es dato bruto. No es que haya naturaleza externa y espíritus que la conocen, sino un material informe (sensorial) y mentes que lo estructuran. El espíritu construye la natura y la natura refleja el espíritu (tesis retomada y marginada por Hegel).

2° Lo que se llama *Verdad* no es una ecuación del conocer y de su objeto. Ontológicamente, la verdad consiste en la *regularidad de la operación* por la cual inconscientemente el intelecto elabora su objeto; y lógicamente consiste en la conformidad del uso empírico de las categorías del intelecto con su uso transcendental. De consiguiente, la objetividad no viene del hecho de que la cosa exista en sí, sino de que aparezca idénticamente a todo intelecto, es decir: la *objetividad* es el efecto de una elaboración regular. Esta tesis pasó a la teoría de la ciencia con Henri Poincaré, y a la filosofía de la religión con Schleiermacher y Augusto Sabatier.

3° La *Razón* tiene un “uso immanente”, limitado a los puros “fenómenos”. Puede *concebir* pero no puede *conocer* lo que traspasa el campo de la experiencia. Fuera de la *intuición* nuestros conceptos no tienen sentido. La filosofía debe cesar de ocuparse de *objetos*, es la ciencia del *sujeto*. Tesis fundamental del *cientismo* contemporáneo.

4° La *Moral* se funda sobre la necesidad y no sobre la certeza. La necesidad funda legítimamente la persuasión. El agnosticismo metafísico debe ser completado por el dogmatismo ético. Tesis base de la “moral autónoma” de Guyau, Payor, H. Bayet.

5° La *Fe* es la adhesión por motivos subjetivos a las realidades de orden práctico que la moral necesita. Creer en Dios, por ejemplo, es conducirse prácticamente en nuestra conducta moral como si Dios existiera; no es pronunciarse intelectualmente sobre su existencia. No hay ni puede haber *deber* alguno respecto a las afirmaciones especulativas, sino solamente respecto a los actos de voluntad. El deber no atañe al conocimiento de ningún modo, sino sólo a la práctica. Tesis que niega las virtudes intelectuales y fundamenta el *liberalismo* moderno: libertad de pensar, libertad de opinar, de prensa, etc.

6° La *Ciencia* y la *Fe* son heterogéneas: mutuamente ni pueden ayudarse ni desayudarse. Tesis que destruye la teología tradicional al mismo tiempo que decapita las ciencias del espíritu.

7° La *Voluntad* del hombre es autónoma, es decir, no está sujeta intrínsecamente a dueño alguno; parejamente es autónoma la razón, que es su propio juez en todo. Racionalismo contemporáneo.

8° El *Premio* o el castigo son cosas amorales. Obrar en vista de la felicidad temporal o eterna, por evitar el castigo o por amor a la humanidad, no es conducta moral, sino solamente lo que se cumple por el único respecto del deber. Tesis estoica desarrollada por Krause, Guyau, Renouvier, Le Roy, Sabatier.

9° La *Religión* es una función de la moral: su contenido dogmático tiene un valor puramente económico y evolutivo. Tesis que pasa a los fundamentos del *modernismo*; ver TYRREL, Samuel Butler, Unamuno, etc.

10° El *Hombre* es un fin en sí, en el sentido de que no depende de nadie *absolutamente*. Remate monstruoso al ateísmo y a la antropolatría.

Esta última tesis no sería justo adscribírsela literalmente ni formalmente a Kant; pero está formalmente y en forma de *límite* contenida en el conjunto de todas las otras, si se prolongan sus líneas de fuerza. Y es lo que ha deducido de Kant el vulgo, “el vigilante de la esquina”, como dicen. (L.C.)

La certidumbre del hombre no puede franquear los lindes del conocer sensorial. Dios, el alma inmortal y la libertad moral son “tendencias” invencibles de nuestra natura. Dios, el alma y la libertad son una especie de “mitos” necesarios para la vida.

III. KANT EN CIFRA

1. *La ciencia humana no se extiende más allá de los lindes impuestos por la sensoriedad.*

Esta proposición es sumamente vieja: es la eterna afirmación del empirismo o sensismo. Protágoras y Gorgias la decoraban con elegancia en tiempo de Pericles. David Hume la formuló así: “*Es ilegítimo todo uso de la razón más allá del campo de la experiencia sensible.*” ¿Qué añade Kant?

Kant añade dos cosas: una delicada limitación y una elaborada demostración. Una limitación que salve las ciencias físicas y matemáticas del escepticismo, porque, ciertamente, lo que en ellas es “científico” (formal) no lo alcanzan formalmente los sentidos. “¿Tus ojos ven la *unidad*? –decía San Agustín–. ¿Tus ojos ven que siete y cinco hacen doce?”

Y después, una demostración laboriosa en que revuelve esas mismas ciencias exactas contra la metafísica; como quien dice: *amotina* contra el grado sumo del saber a los grados medios. Quiero decir que, parándose en equilibrio sensibilísimo sobre la Dimensión y el Tiempo, o sea, sobre la sutura que une lo universal de la ciencia con lo sensible del Universo, taponar en su fuente misma toda aspiración a un conocimiento inmaterial puramente intelectual; y en nombre de las Matemáticas sacrifica la Metafísica.

Es de advertir que esta proposición, entendida en un sentido, es verdadera, y se reduce al famoso “*Nihil est in intellectu...*” de Aristóteles. Es verdadera si se reconoce que: el conocer sensible está penetrado en el hombre de conocer intelectual, con el cual forma en cierto modo una sola cosa, como el alma con el cuerpo: verdad en que insisten tanto hoy los psicólogos llamados “estructuristas”. Los sentidos mismos del hombre son (por orden, no por natura) intelectuales, y por eso dice Aristóteles que difieren radicalmente del sensorio animal. Son

mis ojos mismos los que, al ver tal volumen, o silueta, o color, ven al Hombre por carambola (*per accidens*), y después, por doble carambola en banda (*“per conversionem ad phantasma”*), ven también a Sócrates; quiero decir, a Sócrates Recamán, que fue un compañero mío de colegio, porque al otro Sócrates de los ejemplos no lo han visto mis ojos carnales, francamente; aunque esperan verlo junto con Kant en los Campos Elíseos, al lado del

Santo Maestro di color che sanno.

2. Dios, el Alma Inmortal y la Libertad de Albedrío son tendencias invencibles de nuestra natura.

Otra proposición que bien entendida es verdadera, pero no al uso agnóstico de Kant. El objeto formal del intelecto es el ser, de ahí que nuestro intelecto esté cimbreado como un resorte hacia el Ser primero y último —y no sólo la voluntad, la cual no puede desgarrarse del intelecto—. Nuestra mente tiende naturalmente a tocar detrás de los fenómenos internos el propio YO, detrás de las apariencias externas al Creador, detrás de todas sus decisiones voluntarias la Ley Moral, que es lo que une a modo de camino las otras dos sustancias o “nómenos”.

Pero Kant lo entiende de otro modo. Dios y el Alma son absolutamente incognoscibles, aunque necesarios. No pueden ser objetos reales de un acto de conocer cierto. Y no obstante, la mente humana, por una razón desconocida, tiende ineludiblemente a “ponerlos”; por un lado, como supremas reglas normativas de toda especulación (*Ideas de la Razón Pura*), y por otro, como misteriosas necesidades de la acción (*Postulados de la Razón Práctica*).

Creemos que hay una idea típicamente luterana en este resurtir y botar inútil de la razón hacia el Super-Incognoscible, que en kantiano tiene el nombre de “Dios” y que Kant llama “un abismo más incommensurable que los espacios de Haller”.

Lutero, en su *De Servo Arbitrio*, proclamó la natural viciación de la natura humana, su perversión y tuertura insanable por el Pecado de Origen. Es un dogma duro e impío; en el fondo, es una posición atea o maniquea. Si lo más alto que hay en el hombre, lo que define al hombre,

se engaña siempre y lo engaña invenciblemente, la culpa no puede menos de rebotar a la Natura misma, y de allí a su Autor.

“Desiderium naturale non potest esse inane”. Esta tranquila asunción de los antiguos, que ni siquiera está expresa en Aristóteles sino implícita en toda la *Ethica Nicomachea*, es un acto de fe natural; pero si se mira bien, es también una proposición *patente en sí* (“nota quoad se”) aunque pueda no ser *patente a nos* (“nota quoad nos”). En efecto; si se medita bastante sobre lo que significa este término *natura*, se ve que la posición kantiana y luterana de un deseo natural invencible eternamente frustrado es cosa contradictoria, y que el apotegma tomista es una proposición de las que él llamaría *sintéticas a priori*.

3. *Dios, el Alma y la Libertad vienen a ser a modo de “mitos” necesarios para la vida.*

En su *Segunda Crítica*, Kant hizo un esfuerzo por reponer como necesarias en el orden de la acción esas tres *Ideas de la Razón* excluidas de las certidumbres de la razón especulativa. Los neokantianos de Marburgo y no pocos pensadores estiman que es posición contradictoria y que no se pueden conciliar las dos Críticas. Maréchal estima que no se contradicen; pero se oponen lo suficiente para pedir una superación.

Es que Kant quiere aniquilar la metafísica antigua; pero salvando, al mismo tiempo, al mundo moderno. Después de haber salvado la moderna ciencia fisicomatemática, quiere salvar también la piedad, la moral y la religión tal como él las entendía; y no las entendía de otro modo que como el Protestante las había conformado y configurado en torno suyo en hechos culturales incuestionables. Todo filósofo es un escuchador de la eternidad; pero, a la vez, una voz del tiempo. Kant llevó el Protestantismo a sus últimas consecuencias, y por eso es el padre del “Modernismo”.

Así, pues, Dios, el Alma y la Ley Moral son “postulados de la Razón Práctica”, es decir, condiciones de posibilidades de la acción humana; la cual es ineludible. Es decir, son *necesidades*.

Pero, ¿son también *realidades*? Eso es lo que pregunta el vigilante de la esquina. La respuesta de Kant es tortuosa: *en cuanto la acción humana es una realidad, esos tres participan necesariamente de esa*

realidad que condicionan. ¿Qué quiere decir? Quiere decir que los términos se han invertido: desde hoy todo lo transcendental es antropocéntrico, al modo que desde Copérnico todo lo terrestre es heliocéntrico. Antes, el hombre era bueno porque Dios existía y lo mandaba. Ahora, Dios existe porque el Hombre debe ser bueno; y de hecho es “naturalmente bueno”, diría Rousseau, maestro de moral de Kant. No es que nuestro intelecto vea que Dios existe; eso es imposible. Es nuestra voluntad quien, con necesidad ineludible, lo “postula”. Por tanto, es una especie de Mito inevitable o Ficción directriz (Vertarskende Fiktion), como dijo más tarde Rudolf Adler.

Pero ¿quién amará de amor y quién obedecerá con gusto a un Mito Inevitable? —dice el vigilante de la esquina. Delante del Dios de Kant, el Mundo Moderno, hijo de Kant, se comporta exactamente como aquel gitano a quien le dijo el cura:

—¡Desdichado! ¿Qué harás cuando Dios te llame a juicio?

Respondió el gitano:

—Pues ¡no ir!

IV. GAR - MAR

Esto es lo que tenía que decir como excusa leal de argentino por haber leído a Kant y traducido a Maréchal —en estos momentos de la patria. Entra un porteño y me dice:

—Estás perdiendo tiempo. En este país, eso es trabajo inútil. La deducción transcendental de las categorías del entendimiento puro, ¿qué le puede importar a Culacciatti?

—A Culacciatti no sé; pero al vigilante de la esquina, si usted se la propone en forma que la entienda, verá si no le interesa la filosofía crítica: “Se trata ch’amigo de la fabricación de un instrumento delicadísimo y de una especie de maquinaria ultrasensible para discutir con toda seguridad si hay Dios, si hay Alma, y si existe la Natura del Orbe Universo.

— Pero, ¿eso se discute? ¿Todo eso no es seguro?

– Es seguro. Pero salieron unos herejes allá en el Viejo Mundo y dijeron que no era seguro.

– Y dejémoslos que se embromen.

– No se puede; porque las ideas de ellos han llegado hasta aquí y por todas partes, y se ha armado una especie de gran payada de contrapunto.

– Y ¿quién ganó?

– Al principio ganaron los otros, porque nos agarraron sin perros; pero a la postre ganamos nosotros.

– ¿Quién *son* nosotros?

– Usté, yo, y todos los que creemos que realmente la inteligencia del hombre puede llegar a saber con certeza (aunque con trabajo) que hay Dios, que hay Alma y que existe la Natura del Orbe Universo... Al principio, los otros (¡qué herejes!) hicieron una maravillosa técnica que agarraba únicamente los objetos de la geometría y la física, cosa de profesores ensimismados y bol... aceros. Eso sí, con fuerza incontestable. Todo el resto quedaba afuera. Pero ahora nosotros hemos llegado a fabricar la planta de conexión de ese mismo aparato con las otras máquinas viejas, hoy remozadas, con que la Humanidad ha agarrado siempre la totalidad del Ser...

El vigilante, que es correntino, no ignorante de las leyes de la payada en contrapunto, consciente de que estas cosas se han de tratar con métrica por dos peritos, exclamó como el sargento Cabral:

– “¡*Huá tigre viejo grandote potí!*”

Y digo esto porque ahora empezó la payada con un compañero que se llama Gar-Mar. Este es un profesor de física que escribió en el año 1932 en Santander un libro realmente bien escrito que se llama *Sugerencias*. El segundo tomo del libro pretende ser filosofía. Es mala filosofía.

El último gran provecho de la lectura de Kant, que me dejé en el tintero, es que Kant vacuna infaliblemente contra el dogmatismo. Llámase dogmatismo a un vicio mental del filósofo, que consiste en

argumentar sin crítica. Santo Tomás luchó bastante contra este vicio, que es, en efecto, cosa perniciosa; y las dos únicas veces que se enojó en su vida (*De Unitate Intellectu*, opusc. *De aeternitate Mundi*, opusc.) fue a causa de eso mismo. Y sin embargo, él mismo resbaló a veces al dogmatismo; véase, por ejemplo, en la *Suma* (1ª pars) el artículo *Utrum daemones sint in aere caliginoso*. No es fácil no pecar, y todos somos mortales. Pero, a fuerza de medir rigurosamente nuestros conceptos y de poner en cuestión su alcance, Kant ha escarmentado felizmente a todo pensador moderno de aquellas fáciles escapadas a los cerros de Úbeda y aquellas excursiones a la luna de Valencia, que eran posibles a la mente antigua, juvenil y audaz más que la nuestra. Kant ha impuesto a la filosofía una “*tenue*” severa.

Y bien, Gar-Mar ignora esto y se pone a hacer filosofía con el *hábitus* de las ciencias matemáticas y con una florida imaginación literaria.

Se lo dijimos en 1935 en un largo artículo de la revista *Estudios*, donde le probamos, amable y minuciosamente, que estaba equivocado. No se quiso enterar. Publicó en Buenos Aires otra edición de su libro, donde dice que el Padre Castellani publicó un artículo contra él en un momento de mal humor. El mal humor es asunto mío; los argumentos del artículo son los que interesan en filosofía. Continúan tan válidos hoy como entonces y desafían a toda clase de humores. Reproduzco el artículo casi inédito, tal cual, podándole solamente algunos ornamentos y chistes, a manera de prueba que la lectura de Kant es necesaria; incluso a los Profesores de Física de la Compañía de Jesús de Santander que tienen buen estilo literario, si quieren escribir de filosofía hoy en día; si quieren hacer *investigaciones filosóficas*; si quieren mostrar al público iberoamericano lo que es *la filosofía cristiana*.

SUGERENCIAS

“Este trabajito de investigación filosófica está especialmente dedicado a los... familiarizados con la filosofía: sólo ellos pueden someter a crítica personal y razonable lo que aquí se les ofrezca de nuevo.”

(*Sugerencias*, tomo II, pág. 156.)

Sugerencias de Gar-Mar es un libro sugeridor. Su papá es un pensador. Es, ante todo, un poeta. Y es lo que salta a la primera vista: encuentra para encarnar las ideas abstractas, afortunadas gemas de expresión.

Pero de ese aspecto del libro no deseo ocuparme, pues la crítica literaria está hecha y muy bien. Por ejemplo, en el diario madrileño *A B C* (22 de marzo de 1933). En esta misma revista se han publicado de él una serie de juicios definitivos. (*Estudios*, núm. 266, pág. 105, agosto de 1933.)



En el exergo, Gar-Mar invita a “criticar” su obra: es lo que quisiera aceptar aquí, salvado antes el ingenio del autor y el valor indudable del libro. Esa crítica fue apuntada entre nosotros por Ventura Chumillas (*Criterio*, 1933), por José María Blanco, S.J., en *Estudios* (julio de 1933).

Me ocupo del 2º tomo, que es su parte filosófica. Dejo a un lado dos meditaciones poéticoteológicas: una sobre el *Problema pavoroso* de la predestinación, otra sobre la *Voluntad creadora* de Dios, que abren y cierran el libro y están bien. Dejo también una meditación filosófica sobre “*la pequeñez del universo material vista en su expresión intelecto-material en los libros de los hombres*”, que el autor intitula bellamente *La máquina de pensar*, y es una joya, como vulgarización filosóficomatemática.

El resto del libro lo constituye, dividida en *Sugerencias*, una larga meditación sobre nada menos que el *problema del movimiento*, el hondón inicial de la metafísica aristotélica y quizá de toda la metafísica. El autor profesa la metafísica suareziana. Posee conocimientos no vulgares de física y ciencias naturales, y el don de *explicar*, que debe haberlo un profesor notable. Poniendo un postulado real dado por apodíctico, el autor nos lleva paso a paso a conclusiones descomunales y paradójicas que lo dejan a uno boleado. La demostración, empero, aparece tan rigurosa como la del conocido teorema sofístico:

¹ Supón	$x = a$
luego	$x^2 = ax$
luego	$x^2 + a^2 = ax + a^2$
luego	$(x - a) (x + a) = a (x + a)$
luego	$x + a = a$
pero ¹	$x = a$
luego	$a + a = a$
luego	$2a = a$
luego	$2 = 1$

Paréceme que el caso del teorema de la llamada por Gar-Mar *Realidad alfa* es exactamente este de arriba: una demostración matemática sobre un error metafísico o criteriológico, que desemboca, es claro, en una brava paradoja. Por lo menos.



Más bien que un error, un mal paso; un vicio de andadura que produce numerosas proposiciones distinguibles, y por tanto, falsas (“Quod potest distingui potest negari”). Es el viejo como el mundo (o al menos como Pitágoras) error racionalista de saltarse indebido de un grado de abstracción al otro, del matemático al metafísico. De este resbalón radical me parece brotar en Gar-Mar la proclividad a *modalizar*, a sustantivar inconscientemente las realidades ontológicas, a pensar *per modum substantiae*, las realidades, pongamos, de la categoría Relación o Acción.

“Todo hombre nace cartesiano –como decía con humor mi maestro Gilson– y sólo estudiando se vuelve aristotélico.”⁸

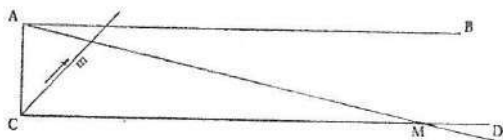


⁸ “Tout français nait cartésien; et seulement avec de la peine on devient thomiste.” (Curso inédito 1933, Collège de France.)

Esto no tendría ninguna consecuencia; ultra el distraer agradablemente al vulgar; y a los entendidos, hacerlos reflectir en torno de esos eternos problemas: Materia, Forma, Espacio, Tiempo, Infinitud, Creación, Eternidad, Movimiento, y a la postre, Ser Supremo; y muy mucho en este otro de Kant: ¿de dónde sé yo que esto que razono tiene *un valor absoluto*? si no fuera que Gar-Mar, en vez de dárnoslos por *entretenimientos de filosofía aplicada*, o “sugerencias” como había intitulado muy bien, pareciera en el cuerpo del libro querer darlo como “metafísica” (pág. 183), “filosofía católica” (pág. 128), “teología” (pág. 127), “filosofía escolástica y moderna” (175). Eso no. No sea que los profanos y prejuiciados puedan creer que una cosa así es Santo Tomás, el Angélico. Yo no sé si Francisco Suárez permitiría a *Sugerencias* el rótulo de “filosofía suareziana”. Pero cierto que, aun en ese caso, todavía no sería toda la escolástica, y mucho menos toda la “filosofía católica” (pág. 128).



A la prueba. Para no recorrer tediosamente todo el libro distinguiendo las proposiciones distingüendas, vamos a escoger tres ejemplos típicos y discutirlos: la “Realidad alfa”, base de todo el raciocinio; el “Aniquilamiento”, modo común de sus “experiencias metafísicas”; y finalmente, “el movimiento local indefinido”.



En la figura adjunta, supón AB y CD paralelas; M , un móvil sobre CD con movimiento continuo indefinido; m , un móvil con velocidad tal, que se mantenga siempre enfilado a A y M (en línea recta con ellos). Es matemáticamente cierto que m se aproximará *in aeternum* (indefinidamente) a su límite AB sin jamás allegarlo: porque si el ángulo BAM igual cero, las rectas AB y CD se cortarían, siendo por hipótesis paralelas. Es un simple ejemplo de una fracción periódica en álgebra, o de una variable hacia un límite asintotal de los geómetras. “Caminar siempre hacia un punto sin allegarlo” no es brujería para el matemático, el cual sabe que él opera en el espacio imaginario, que ha postulado de

la metafísica como *indefinidamente divisible*. Pero el físico advierte: “Ojo, que no es ése un movimiento *real*”⁹.

El cosmólogo dice: “El movimiento local infinito es absurdo”¹⁰.

Y el metafísico explica: “La extensión es percibida por nosotros como esencialmente múltiple: ésa es mi traducción, y nada más, de la figura de arriba. Y eso lo veo yo por introlección directa de los dos términos, o en lenguaje moderno: explorando la ley a priori de la construcción imaginativa”¹¹.

Pero Gar-Mar no traduce, mas *transpone* en el plano metafísico las conclusiones matemáticas sin introleerlas; y con arte de poeta les da cuerpo e imagen antes de piedratocárlas a ver si no son acaso allí un simple sofisma de los llamados por Aristóteles: μετάβασις εἰς ἄλλος γένος.

En efecto, de este teorema, hace él: “*un tren lleno de viajeros a una velocidad decreciente la mitad por hora, con el milagro de que todo él, contenido y dentornos, disminuyen también la mitad correlativamente*”. Claro, ese tren viajará siglos y siglos por un trecho de un milímetro sin allegar fin; y se hará tan chico, que cabrá en el hueco de un átomo de oro; y como ese tren puede ser el Universo, velay todo el Universo jaulado en un átomo, y yo, Gar-Mar, de tamaño natural, desde fuera contemplándolo y haciendo deducciones ascéticas y místicas¹².

A esto le llamamos nosotros filosofía a lo Julio Verne.

⁹ BERGSON: *L'évolution créatrice*, pág. 337. Alcan, París, 1932.

¹⁰ “*Non potest esse continuus motus aeternus super recta.*” (ARISTÓTELES: *Phys.*, cap. VIII, 360, 12. Didot.)

¹¹ MARÉCHAL: *Le point de départ de la Métaphysique*, cap. V, I. II, cap. 4, § 4. Lessianum, Louvain, 1926. “A vrai dire, la loi de continuité spatiale qui régit toute représentation sensible (loi inductive ou constructive, objective ou subjective, peu importe ici; *n'affirme ni ne nie la divisibilité infinie de l'objet réel*: elle n'assigne aucune limite nécessaire de la division, *qui dépend d'autres conditions encore* que de la simple continuité; c'est tout. Il en irait d'ailleurs autrement si l'étendue des géomètres constituait *l'essence intelligible des choses matérielles*, comme l'ont cru les Cartésiens orthodoxes.”

(Para más, ver sobre este asunto, si se quiere, el luminoso análisis de la lect. II, chap. 2, § 3, *Le problème de l'apriori dans la connaissance sensible*.)

¹² Olvida Gar-Mar flagrantemente el severo sosegáte de Santo Tomás a Averroes: “*De dimensionibus ergo interminatis nihil ad naturalem spectat*”.

Es lindo. Es exactamente el viejo sofisma eleático de Aquiles y la Tortuga, ya resuelto por Aristóteles (*Phys. Akroas.*, I. V, cap. IX, XIV) y psicológicamente por Bergson (*L'évolution créatrice*, pág. 338...), reeditado en forma moderna y atrayente y puesto como pedestal de consideraciones religiosas: que es lo que menos nos gusta en este libro.



ANIKUILAR. Gar-Mar usa de esta operación divinal de *aniquile* para sus llamados *experimentos metafísicos*. Es su reactivo ordinario:

“Supón que Dios aniquila todo el Universo, menos los cuerpos A y Z” (pág. 47).

“Supón que Dios aniquila el cuerpo Z independientemente de A. Después aniquila el A” (pág. 48).

“Dios aniquila un hombre y después al mismo lo recria, de modo que pueda decir: “Yo he estado en la nada” (pág. 18).

“Dios aniquila todo el Universo y lo recria idéntico” (ib.).

“Dios aniquila todo el Universo menos yo”.

“Dios me aniquila a mí sin tocar el Universo”. Etcétera.

A cada uno de estos suponeres, hay que oponer esta formal recusa: “¿Es eso posible? ¿Y cómo lo sabés?” No vayamos a antropomorfizar la creación y el “aniquile”, y dar de barato que es lo mismo que la destrucción y refección que el hombre puede hacer, por ejemplo, de un objeto de su bufete sin tocar los otros. Parece evidente que Gar-Mar maneja estos dos peligrosos conceptos Creación-Aniquile con ingenuo abuso racionalista. Los ha convertido en “términos espaciales”, como diría Bergson.

¿Qué sabemos nosotros del *aniquile*? Sólo que es lo contrario de la Creación.

¿Qué sabemos nosotros de la Creación?

De la Creación sólo sabemos: 1º, que ha sido –y eso solamente, en opinión de Santo Tomás, por revelación–; 2º, que puede, por ende, ser; 3º, que *no es* como la acción, la facción, y la producción humana; 4º, que *no es* en el tiempo. (Decirlo de este modo: “que es instantánea”, es peligroso, aunque es verdad para los que pueden entender lo “instantáneo”, no en términos de Tiempo y Espacio).

Si, pues, no tenemos de la Creación ningún concepto directo, mas sólo un concepto negativo, ¿qué noción podemos tener del *aniquile*, del cual no sabemos ni siquiera si ha sido, ni siquiera si será; o mejor dicho, sabemos que nunca será?¹³

Hemos de conceder por necesidad racional que existe ese poder de *descrear* en Dios si existe el de crear; pero si funciona y cómo y con qué condiciones y efectos actúanse la *Schafkraft* y la *Vernichtenbarcheit* –el *de-crear-poder* y la *de-ser-aniquilado-capacidad* que dice el alemán–, es para nosotros tan inaccesible como el propio divino Poder, que es igual al propio divino Ser. Ahora bien, Gar-Mar se ha apoderado del *creader* y de la *aniquilidad* y los maneja a destajo, con resultados naturalmente sorprendentes¹⁴.

“Supongamos que Dios describa un hombre y lo recría el mismo hombre”...

– ¿Es eso posible, ch’amigo?

– Debe ser posible, pues yo no veo ninguna contradicción.

– ¿Basta no ver contradicción en algo para que sea *ipso facto* posible? Bastará cuando “comprehendamos” la esencia de ese algo. ¿Conoces la esencia del aniquilar?

¹³ “Nulla creatura, annihilatur, sed quaelibet secundum aliquid permanet in aeternum” (S. Th., Iª, c. 65, 1.).

¹⁴ Véase, por el contrario, un ejemplo de prudencia en el Angélico. “Et tandem *non est demonstratum* quod Deus non possit facere infinita actu”. (S. Th., “Deo aetern. mundi”, cond.) No afirma, por cierto, que Dios *pueda* hacer infinitos; afirma que no se ha demostrado que *no pueda*. Es decir, insinúa que no se puede demostrar, se gana a un prudente agnosticismo. Imitemos al Angélico. Parecería que se puede demostrar fácil: “Si Dios pudiese hacer infinitos algos actuales, podría también contarlos, y entonces el Infinito sería traspasado, lo que es contradictorio”. Y no. Santo Tomás rehúsa la demostración, al parecer clara. Es que se da cuenta que del Infinito, como de la Creación no tenemos sino idea indirecta y negativa.

– Pero... si algunos filósofos del siglo XVII (ARRIAGA: *Cursus philosophicus*) han hecho un gran uso de esas hipótesis...

– Sí pero... entre ellos y nosotros ha existido Kant. La historia de la filosofía no es uno de esos móviles de tu fábrica *que pueden marchar adelante y atrás al mismo tiempo*. Ella marcha solo adelante.



Pero a los dos últimos *aniquiles* de Gar-Mar citados, se puede oponer, no sólo el interrogante “¿es posible?”, mas el categórico “no es posible”.

“Dios... es capaz de aniquilarnos sin perdernos por eso de vista, y *crearnos de nuevo...* de modo que no sólo fuésemos *iguales* a los aniquilados... pero *los mismos...*” (*Un rayo de Metafísica*, t. II, pág. 18).

Disparate cierto. Con toda evidencia, eso no es posible. Gar-Mar salta a pies juntos, en vuelo de fantasía, nada menos que el problema de la *individuación*. Vamos a ver. Hombre Sócrates no es Sócrates por lo mismo que es hombre, sino por algo distinto; que los antiguos llamaban pintorescamente la “socratez”, sea lo que fuere. Ese algo, en la solución aristotélico-tomista, es una relación transcendental del Yo a la materia prima, obscurísima, por cierto, y no a cualquiera materia, sino a la materia “sellada por la cantidad” tal como dice el Angélico.

En esta solución, la hipótesis susodicha es, a mi ver, imposible. El Universo marcha, es como una inmensa sinfonía ontológica. Es imposible concebir un Universo material sin movimiento (metafísico), como es inconcebible un ser sin operar y una materia sin forma¹⁵.

¹⁵ “Nulla res propria destituitur operatione” (S. Th., “De Ente et Ess”, cap. I in med.). “Omnis naturalis corporis est proprius motus” (ARISTÓTELES: *De Caelo*, III, cap. V). ¿Es posible existir algo que no opere –esse sine operatione–, es concebible el mito de la Substancia Inerte?; otramante, ¿es posible la creación de Una Sola Creatura Indiferenciada? Los metafísicos son aficionados a estos problemitas regiamente ociosos. No; Dios no puede crear la “Mónada Inmóvil”. Un Adán ontológico sin Eva y sin Paraíso es imposible.

Es inconcebible cosa existente sin un algo allí que esté en Acto. Pura Potencia sería la Materia pura, que no puede existir por sí. Pero esa parte en Acto debe ser o Moviente o Moviéndose, y en ambos casos está en Moción; opera. Ahora bien; son solamente tres modos del ser posibles respecto a la Moción: o Movable o Moviéndose o Moviente. Y si fuese puro Movable, volvíamos al primer

“*Operatio sequitur esse, esse propter operationem*”. Ese movimiento óptico llega a nuestro conocer (a través de los sentidos) sólo por intermedio de las categorías Espacio y Tiempo –se expresa para nosotros en términos de Cantidad y Sucesión; de Dónde y Cuándo–. Mi “castellanidad”, pues, “mi selladura de cantidad”, lo que hace que mi Yo sea tal hombre distinto de todo otro (¡y qué distinto, según opinan mis amigos!), sería “*la función o posición dinámica de una parte de la Materia (informada por mi vida) en la intersección inmensa de acciones y reacciones que resultan de la movilidad esencial del Universo corpóreo*”. Por lo tanto, así como una misma palabra al fin de un poema no es la misma que al principio (paradojalmente) por cargar en ella todo el efecto que ya las otras y ella misma han labrado –así como la misma romanza del caballero Walter von Stolzing es trivial en el primero, es linda en el segundo y es sublime en el último acto del capolavoro de Wagner–, así no puede el mismo hombre existir ahora, aniquilarse luego y reexistir después, habiendo en tanto el Universo marchado. Esta marcha está ópticamente dijéramos “registrada” (“*quod fuit non potest non fuisse*”), y ese registro no es otro que el ser mismo material de los individuos en cuanto individuos “interconsistentes”.

Negar esta intersolidaridad activa del Universo sería caer en la incoherencia. El mismo Gar-Mar la reconoce, recuerda y glosa muy poéticamente en la sugerencia *Movilidad universal* (pág. 69). Véase BALMES: *Filosofía fundamental*, II, 1, 7, cap. VII y VIII; KANT: *Kritik der Reinen Vernunft*; C. DRITTE: *Analogie*, I, abt., II buch, pág. 98 de la Volkauskabe¹⁶.



Pero el *aniquile* segundo de Gar-Mar es aún peor. Este era imposible, el otro es absurdo.

“Dios... aunque aniquilase el Universo... podría luego criarlo otra vez, sin confundirlo con ninguno de sus iguales” (pág. 18).

supuesto. (Véase la demostración indicada por Aristóteles contra Empédocles en *Phys.*, VIII, C. 1, 342, 155. Didot.).

¹⁶ “Also kann das Zugleichsein der Substanzen in Raume nicht anders in der Erfahrung erkannt werden, als unter Voraussetzung einer Bechsel wirkung derselben untereinander,... diese ist also auch die Bedingung der Moglichkeit der Dinge selbst als Gegenstande der Erfahrung...”.

Aquí no chocamos contra un teorema tomista; nos estrellamos al principio de contradicción.

Tenemos: 1) este nuestro Universo *A* (fuera del cual nada creado existe); 2) su *aniquile* y vuelta a la nada; 3) su recriación *B* (ese *luego* que usa Gar-Mar es inexactitud hablando de *aniquile* o Creación que están extra-tiempo). *A* es no sólo igual, mas idéntico con *B*; *A* y *B* son uno, pura y llanamente, en la hipótesis “garmariana”.

Es absurdo. Tenemos una relación entre dos términos *A* y *B*, y una relación transcendental de identidad, como la que hay entre mi Yo de hoy y mi Yo de ayer.

Pero *A* no existe, ha sido aniquilado. Tenemos una relación entre dos términos, uno de quienes no existe, un lazo substancial y todo, entre el *Ser* y *No Ser*. “Sed nihil quidem non potest esse differentia” (SANTO TOMÁS: *Opúsc.* 4, q. 3, art. 5).

“Dios aniquila este Universo y lo recria”: pura fantasía. Son dos; no es un Uni-verso, sino dos Diversos. No *son* (uno de ellos no es). *Es* un Universo actual y otro posible separados metafísicamente por el mismo abismo insondable entre el *Ser* y el *No Ser*.



– Pero Santo Tomás concede que puede Dios aniquilar y después recriar un mismo hombre.

– Nunca.

– En el *Quodl.* IV, 9, 3, art. IV, V (1276).

En este trabajito de *clase* (Santo Tomás acababa de salir bachiller, tenía 45 años –qué atrasado– y enseñaba a los jóvenes dominicos de París), que es como un borrador para la *Summa*, el Angélico Tomás simplemente negó como cosa contradictoria que Dios pueda recriar algo sucesivo y afirmó que Dios puede “reparar” (ojo a la palabra) algo permanente, aunque aniquilando fuera. ¿Qué quiso decir?

Alude a la “resurrección de la carne”. Habían negado Pedro de Taranto y otros que Dios pudiese resucitar nuestro mismo cuerpo,

alegando que “lo que ha sido ni Dios puede hacerlo no sido”. Y el Angélico contempla entonces la recriación de un cuerpo *perexistiendo el alma* (no la recriación de un hombre total aniquilado) y la admite precisivamente.

El sentido de la cuestión y el porqué de moverla se ve claro en el opúsculo 5 años anterior: *Responsio de articulis 108 ex opere Petri de Tarantasia* (Opúsc. IX, edic. romana VIII).

Allí prudentemente rechaza Tomás a Pedro de Taranto negándole la consecuencia, pero rehuendo la cuestión.

“Ex magna autem ignorantia calumniantis procedit quod contra hoc objicit, quod Deus potest hoc in nihilum cedit idem numero facere, *et quod eadem caro numero resurgat, quamvis aliquid ejus in nihilum cesserit*, quia ut hoc ei sine quæstione concedatur, *non propter hoc sequitur quod id quod est præteritum non sit præteritum*”.

Mas en el lindo ensayo *Quæstio de anima*, escrito el mismo año que la *Quodlibeto IV*, Tomás terminantemente afirma dos veces como principio inconcuso, hablando aquí del alma, que lo que se anonadase, no podría ser recriado numeralmente el mismo. “*Quod cedit in nihilum non resumitur idem numero*” (qu. 19, obj. 5 y 13).



Instan: pero el Quodl. IV, donde trata la cuestión adrede, ¿no dice que lo permanente, contradistinto del tiempo y la moción, puede ser recriado? ¿Y el alma no es algo permanente?

Ojo aquí. Algunos comentadores y los índices edic. Fiaccadori y Vivés resumen mal este artículo. “*Deus potest annihilatum permanens, non autem succesivum reparare idem numero*”. Así súbito parecería que *permanens*, lo permanente = a la substancia, y lo sucesivo = moción o tiempo.

Pero, mirándolo bien, lo que prueba en ese artículo el Angélico es que repugna la creación identical de algo que *en su unidad contenga relación transcendente al Tiempo*; mas no repugnaría que recriara algo sin tal relación, si por hipótesis aniquilado fuera. ¿A qué alude? ¿Qué es

nominatim eso que en su natura no dice orden a la marcha óptica, que el tiempo mide?

No la substancia creada en total. Toda substancia creada tiene moción propia (“operatio”) y, por tanto, está enredada en la interacción universal, y por ende, en el tiempo. A lo que alude el Angélico (si no me engaño) es a la Materia Prima “*precisive*” considerada. “Los seres mudables, que incluyen por necesidad un tránsito del no ser al ser... *todos envuelven sucesión*” (BALMES: Fil. Fund., II, 7, 7, 49).



Kant ha existido¹⁷.

Lástima de tiempo gastado en Historia de la Filosofía si después escribimos como si *Kritik der Reinen Vernunft* no hubiese tronado en el mundo. Una tromba puede ser todo lo maléfica y pestilencial que se quiera; pero no las permitiera Dios si no es por algún bien. Hay cosas que deben morir. El ultrarrealismo de algunos escolásticos de la decadencia, su (más que platónico) pitagórico racionalismo, no debe ser reconstruido. Allí donde están, y de lejos, son venerables las ruinas, y de noche con luna son hasta hermosas; pero vete a cobijarte allí de día... Para vivir hay que tener casa.

“Oh les voix, mourez donc, mourantes que vous êtes”.



LA ENTIDAD ALFA. – Este es el tercer ejemplo del modo de filosofar del autor que prometí examinar. Ruego paciencia al lector porque creo que este pequeño análisis que hacemos encierra una enseñanza útil.

“La entidad *Alfa* satisface a *todas* las exigencias de la Metafísica del ente corpóreo. Con ella, a nuestro juicio, se resuelven *todos* los

¹⁷ “Denjenige, welcher die Begebenheiten in Gebite des Geistes, und das sind die Philosophien, fur Zufalligkeiten halt, ist es nich Ernst mit dem Glauden an eine gottliche Weltregierung, und was er davon spricht, ein leeres Gerede.” (HEGEL: *Begriff der Geschichte der Philosophie*, Werke, ed. Dmocker – Humblot, vol. XIII, pág. 49). “Aquel que tuviere por eventualidades vanas los movimientos del Reino del Espíritu (y esto son las filosofías), ese tal no tiene fe profunda en la divina Mundiducción, y lo que diga de la Providencia es vana palabrería...”

“Cognitio philosophiæ Kantianæ pro justa æstimatione moderni status culturæ absolute est necessaria”. (Chr. PESCH, S.J.: *Halt*, pág. 126).

problemas del Espacio y sin ella se hace *inconcebible* la realidad de los fenómenos naturales.

“Por otra parte, la entidad *Alfa* no es un ente teórico, ficticio, hipotético; sino una realidad cuya existencia se funda en la experiencia de los sentidos... y sin la cual es *metafísicamente imposible* concebir los movimientos absolutos de la Naturaleza” (GAR-MAR: *Crítica Espacial*, tomo II, pág. 64. Subrayamos nosotros).

Dos cuerpos A y Z en moción alejándose; y Dios aniquila todo el Universo menos ellos. Que continúan alejándose. Después, Dios aniquila el Z, y A continúa, si no alejándose (¿de quién?), al menos en movimiento, dice Gar-Mar. De este “hecho de experiencia” (?) se puede deducir rigurosamente la Realidad Alfa, que es nada menos que el “movimiento absoluto”. Y la Realidad Alfa, una vez en campo, hay que ver cómo ella “resuelve todos los problemas”: no sólo los “del Espacio”, sino aun los del misterio de la Eucaristía, que quedan tan simples y vulgares que un niño los puede dibujar.

La Multiubicación,

la Traslación instantánea,

la Disextensión,

la Conextensión

del Cuerpo de Cristo en el Pan sacro, cosas reveladas, se comprenden fácil con unas adiciones y subtracciones oportunas de Realidad Alfa. Como quien carga y descarga un acumulador. “Sublime Apologética”, exclama el crítico de *Razón y Fe* (junio de 1933). “Obra genial”.

Mas, si la Realidad Alfa fuese absurda, también sería fácil explicar todas sus sorprendentes explicaciones. “*Ex absurdo séquitur quódlibet*”.

La Realidad Alfa escogitada por Gar-Mar, por simpática que sea a los que aceptan toda Apologética de dondequiera que venga, envuelve

absurdo, porque un *Moverse local absoluto* es contradictorio. “*Motus localis essentialiter est relativus*” (F. SUÁREZ)¹⁸.

Es impensable un Movimiento Local sin dos términos Delque y Alque (*a quo, ad quem*) como sería un movimiento local sin extensión.

Dejando aparte los dos *aniquiles* ya discutidos, es imposible que dos cuerpos solos en el Universo se desaparten. Así como para casarse, según el dicho inglés, no bastan dos, así para moverse hay que ser por lo menos tres. Por extraño que parezca a primera vista. ¿Para qué rehacer la demostración ya hecha por Aristóteles (*Phys.*, cap. IX, 330, 1 s.s.), Santo Tomás (*In Phys.*, loc. cit.), Leibnitz (*Nouveaux essais sur l'Entendement*, II; c. 13, a. 23), Balmes (*Filosofía Fundamental*, t. II, 1, 3°)...? El que no la ve con éstas, es inútil: es un preso de su fantasía. Si sólo dos cosas existen, no hay extensión entre ellas, no habiendo Nada entre ellas. Si A y Z son solos en ser, una de dos: o se interaccionan, y entonces son contiguas (*nulla actio in distans*), o no influyen entre sí, y entonces son dos mundos diversos, entre quienes *lejos y cerca* no tienen sentido. No coexisten¹⁹.



Pero el siguiente suponer de Gar-Mar es peor, si cabe. A sólo existe y *continúa moviéndose* con moción local. “El entendimiento divino ve el movimiento de A aunque B no exista”.



Para quien no vea de golpe la absurdidad del arriba enunciado, se puede declarar de estos dos modos siguientes.

¿Qué es *motus localis*, moción local? Es el *fieri* de un *ubi*²⁰.

Es el acto imperfecto de una posición respectiva.

¹⁸ “Est probabile etiam includere transcendentalem habitudinem, ad tale spatium” (*Metaphys.*, D. 51, sec. 1ª, nº 13.).

¹⁹ Leibnitz siente que el problema del Vaso dentro del cual Todo se aniquila (¿se tocan o no las paredes?) está mal puesto; y así elude prudentemente la solución llamándose a iglesia. “Ich glaube aber das dieser Falle kraft der gottlichen Vollkommenheit *ausgeschlossen* ist” (*Nouveaux essais*, pág. 136).

²⁰ *Fieri*, hacerse; *ubi*, donde.

Veamos el absurdo, primero por el lado del *fieri*, y después, del *ubi*.

Hacerse una cosa no puede si no es determinada. (*Nullum ens indeterminatum*.) Pero el nuevo *ubi* del móvil *A* no puede ser determinado. ¿Por qué lo sería, si el viejo *ubi* pasa a no ser, el nuevo aun no es y nada existe? No tiene lugar posible, pues fuera de *A* nada es; y no teniendo lugar, un movimiento *local*, no es. Lo que pretenden hacernos devorar con el Cuerpo-que-está-Solo-y-se-Mueve, es esto: un movimiento interminado, una moción *sin dirección*. Dirección es la determinación del movimiento²¹.

Pregúntese a un pibe graduado 3 en la escala Binet-Simon si puede darse un movimiento sin dirección... Pregúntese a un labriego inglés y responderá el fino proverbio: “There is no way, to no-where”²².



Ubicación es posición respectiva. Respecto no hay sin algo con quien respetar. No hay relación sin dos términos. Todo *ubi* se mide en geometría por dos distancias (coordenadas cartesianas). Distancia es el producto de una moción local. Toda distancia es representable por una línea. No hay dar distancia ilineable o inmediable, pues no hay dar *línea con una sola punta*. Pregúntese a un labriego francés si puede haber camino sin comienzo y proferirá el refrán rutero:

“*C’est mi-chemin que de sortir...*”²³

²¹ MARÉCHAL: *Point de départ de la Métaphysique*, tom. V, sec. II, ch. 3. Lessianum, Louvain, 1926.

²²

¿Cuál es el único tren
que nadie puede tomar?
El tren para Niunlugar
que pasa por Niunaparte
que de Ningún punto parte
y a Niunlao va a parar...

²³ La mitad del camino salir de casa. No quiero cargar este artículo con los lugares en que Aristóteles rechaza el “moverse indefinido”. El “*ἀνευ τοῦ πού κι ἔστιν, ἄδυνάτον εἶναι* (Phys., 273, 191) y el *μὲν τίς νοῦς εἰς τί... πάσα κίγεις* vuelven a cada instante en su pluma en la Phys. (Véase, por ejemplo, en edic. Didot, t. II, 343, 300, 332, 376, etc).
SANTO TOMÁS: *De natura loci* (Opusc. 48, rom. 52): “Licet emim de ratione corporis non sit locus, est tamen de ratione corporis moti localiter” (pág. 168).

¿Cómo ha hecho Gar-Mar para concebir tales engendros? Sencillo. Ha confundido primero el Moverse Local o *Motus* (“hecho de experiencia”) (pág. 47), “realidad fundada en la experiencia de los sentidos” (pág. 64), con su causa o *Nisus* (“el movimiento absoluto es totalmente imperceptible por los ojos”, pág. 51). Después ha confundido el invisible pero necesario *Nisus* de los antiguos con su causa, la *Potencia*. Y después ha hecho de la *Potencia* una Substancia (“Movimiento Absoluto”). Claro, la potencia activa o pasiva que causa el mover y poder-ser-movido es algo (sea lo que sea) intrínseco a los cuerpos (aunque tampoco absoluto, según nuestro parecer),²⁴ es algo invisible, algo ligado a la substancia, algo que “Dios puede contemplar” (pág. 48) independientemente del moverse actual, pues Dios puede ver todos los efectos en sus causas.

Pero no distinguir efecto de causa, o efecto potencial de efecto actual, es el paralogismo que en griego se llama $\kappa\eta\lambda\beta\alpha\sigma\iota\gamma\ \epsilon\tau\iota\ \kappa\lambda\omicron$; y en criollo, enchufe. Y de ese modo, Gar-Mar orna la humilde Moción Local con los atributos substanciales y cae sin novedad en el resbalón de Boscovith (dinamismo cartesiano) del hacer del *Motus* una substancia; que es, al fin, el viejo resbalón de la Segunda Stoa (Chrysippo y Cleantes) con su famosa $\kappa\rho\epsilon\sigma\iota\gamma\ \delta\epsilon$, $\hat{\omicron}\lambda\omicron\upsilon$ que hacía a la $\alpha\epsilon\tau\epsilon\rho\alpha$ a la vez $\sigma\upsilon\lambda\lambda\omicron\gamma\eta$ y $\pi\upsilon\epsilon\upsilon\mu\alpha$: el movimiento, hecho tomo y persona, espíritu y cuerpo²⁵.

Esa es la *Realidad Alfa*.



²⁴ Véase SUÁREZ: De Angelis, I, 4º, c. 8, n. 7. El matemático Euler no puede ser traído como asertor del movimiento absoluto; por aquello de “Omne corpus etiam sine respecto ad alia corpora vel quiescit vel movetur; hoc est, vel absolute quiescit vel absolute movetur” (Theoria Motus corp. sol., cap. 2, pág. 30).

Léase el contexto y se verá que el gran autor del *Álgebra* (matemático y no filósofo) no intenta defender la absolutéz del Mover Local sino sólo la del “*Nisus*”, tomando las dos cosas “per modum unius”, como Gar-Mar.

²⁵ Es curioso recordar que Kant, en su segundo estadio de su itinerario mental (1760-1770) admitió, con Proclo Neoplatónico, el Espacio = Realidad Substancial al mismo tiempo que giraba en la órbita del Escepticismo Humiano (*De ultima ratione discriminis regionum in Spatio*, año 1768). Lo mismo Gar-Mar, y por el mismo proceso mental, rechaza esa evidencia del “Espacio Imaginario” y admite en el fondo, sin saberlo, ese absurdo del Espacio-Substancia.

No es lo mismo hablar mal del Gobierno que gobernar. Gar-Mar, en el inicio de este trabajo, en nombre de la Razón Pura, malhabla muy feo de la fantasía y del “Espacio Imaginario” y trata a estos señores:

“Newton, Clarke, Fénelon, Jouffret, Spinoza, Descartes, Tschitserin, Kant, Renouvier, Dunan, Baumann, Leibnitz, Berkeley, Hume, Hegel, Blassmann, Planks, Drossbanc, Bergson, Spencer, Vacherot, Seeland, Palaggi...” (pág. 45) nada menos que de “desvariados”. Mas si lo que está dicho arriba es cierto, es él quien resulta un engrupido de la fantasía.

De modo que la “Realidad Alfa” podría servir para ayuda de la imaginación para contemplar la Eucaristía *con tal que* no se nos dé como ciencia, como filosofía, o como “magnífica apologética”. Porque si se la da como ciencia, entonces es peligrosa: suprime el Misterio. A costa del Absurdo. Los simples se encandilan (véase el coro de loas pomposas de parte de la prensa hispánica, incluso revistas serias), y luego vienen los semisabios capaces de hacer estallar la contradicción y dan pie a la calumnia de Carlyle contra nuestros dogmas:

“El intelecto católico es enfermo; le falta el signo fundamental de salud mental, el vómito de lo Absurdo” (*Booklets*, Macmillan, New York, 1899).

Por esto se enojó mucho, la única vez en su vida, Santo Tomás de Aquino un día de 1270. “*Et inde est quod multorum inexperti ad pauca respicientes enuntiant facile*” (Op. *De aeternitate mundi*). Se enojó como nunca en su vida porque algunos filósofos devotos querían probar un dogma de fe, la Creación, con malos argumentos filosóficos.



No ha sido mi intención brulotear este libro, como dicen. Es un libro sincero. No es un libro brulotable, es un libro vivo. Y en este libro hay filosofía, sólo que no está donde Gar-Mar y los más de sus críticos creen. En el primer tomo, dedicado “A ellas”, donde Gar-Mar cree hay

poesía, hay filosofía. En el segundo, dedicado “A ellos”, donde quiso hacer filosofía, hay amables fantasías²⁶.

Para desagaviar al libro de este artículo, he de hacer otro sobre el primer tomo de *Sugerencias*. En él mostraré que Gar-Mar es un notable escritor, psicólogo y moralista de fibra. Es lástima que no haya él percibido quizá hasta hoy que su camino de escritor estaba

desde Selgas por Gracián a Séneca.

Gar-Mar es un Gracián gallego, mucho más poeta que el acerado aragonés, aunque sin su premura mental y su dominio del idioma: más psicólogo, más ameno y humano. Más simpático. Su vocación no era la de metafísico sino la de psicoapotegeta, como Montaigne, La Rochefoucauld o Joubert. Podía haber sido un ensayista como Chesterton. ¡Qué lástima!

Por quién sabe qué sino fatal, ha seguido Gar-Mar uno de esos caminos que su segundo tomo intenta hacernos creer posibles.

Su segundo tomo sí que es una *Realidad Alfa*, una de esas Rectas sin Punta, una de esas Rutas que llevan a Ninguna Parte:

—¿Cuál es el único tren
que nadie puede tomar?
—El tren para Niun Lugar
que sale de Niuna Parte
que de Ningún punto parte
y a Niunlao va a parar.

V. CÉSAR PICO

El más querido de los *dogmatistas* modernos es el doctor César Pico. Pico opina que la paciente demostración de Dios “a partir de la

²⁶ Como lo notó certeramente desde el principio el Director de *Estudios*, Dr. José María Blanco, S.J., en la nota bibliográfica del n° de julio de 1933, t. II, pág. 78. “Tienen más enjundia tres sentencias del primer tomo que todas esas ocho páginas del sueño de la inmovilidad...”

existencia innegable de la verdad” hecha por Maréchal en su *Cuaderno V*, no marcha; y que todo aquel que admite el planteo del problema epistemológico hecho por Kant, “rompe el puente” y queda irremisiblemente preso en la isla del idealismo, rodeada por el bátrato del escepticismo.

Nosotros lo desafiamos a una discusión pública en los Cursos Católicos acerca de la *Última Deducción Transcendental*. Pico no aceptó la discusión oral, pero sí por escrito. Como después de eso publicó en *Sol y Luna* (Nº 9) un notable estudio sobre el problema cognitivo, a modo de digresión desproporcionada de un trabajo sobre el *Vitalismo*, tenemos derecho a considerarlo como el primer descarte. Por eso hemos publicado aquí (difunta ya la revista *Sol y Luna*) el cuadro esquemático de la demostración mareschálica, que toda persona iniciada en filosofía puede entender fácilmente. Tanto cada una de las posiciones encuadradas en forma ascendente por el esquema, como su conexión mutua, se pueden probar con todo rigor científico.

En ese trabajo notable, nos parece, sin embargo, que César combate con un adversario informe y no distingue bastante tres posiciones: la de Descartes (duda universal metódica), la de Pita-Cienfuentes (duda sistemática) y la de Maréchal (duda crítica).

Se hace fuerte en tres ponencias que me suenan a ambiguas.

1ª. *El tomismo rehúsa que se dude de la veracidad de las facultades.*

Asegún. Es un hecho que nuestras facultades se equivocan. ¿Será lícito dudar de su veracidad *en cuanto equivocables*? Pues intentar delinear sus límites, no es más que eso. *Quien de nada duda, de nada está cierto*, dice Tomás de Aquino.

2ª. *De un hecho particular no se puede concluir universalmente.*

Asegún. Existe un hecho privilegiado que tiene valor transcendental, y goza de universalidad intencional. Este es el *fenómeno* en el sentido de Kant, el *Cógito* de San Agustín. Por eso, “el alma en acto pensante es, en cierto modo, todas las cosas”, según el noto apotegma tomista. Por eso, ciertamente, “la noción universal lograda (noción de Ser) no calza, por universal, con ninguno de los seres concretos de donde fue

abstraída”, como dice muy bien César. Pero eso no obsta que, después de lograda de ese modo (“per abstractionem formalem”), no pueda tal noción mostrarse (por vía de demostración “adversus académicos”) realizada eminentemente en un SER CONCRETO que por su natura intelectual es espejo transcendente de lo universal, a saber: el Yo cognoscente en acto; tanto más si está munido del “habitus” de las ciencias, como lo suponen San Agustín y Kant.

3ª. *La metafísica debe ser anterior a la crítica.*

Asegún. Hay una metafísica precrítica, que es justamente la metafísica nocrítica (y pongamos de ejemplo extremo la de Wolf), metafísica inmadura o por lo menos anacrónica con respecto al estado de la mente moderna; y aun esa, si algo vale, lleva en sí una crítica implícita. Kant, lo que hizo fue esforzarse por explicitar (con resultados discutibles, desde luego) esa crítica latente en toda filosofía seria y no garmárica; que, por serlo, se debe a sí misma el estar continuamente vigilando sus instrumentos. Y de ahí la convicción no infundada de Kant de haber hecho una “ganz neue Wissenschaft von welcher niemand auch nur den Gedanken vorher gefasst hatte”... *una ciencia nueva impensada hasta ahora, y que ninguno que tratase de metafísica iba desde hoy a poder sortear*”... – “denn abweisen kann er sie nicht”²⁷.

¿Qué tal, César Pico, si ponemos que la metafísica y la crítica son simultáneas y se enlazan entre ellas con causalidad recíproca? Así aparecen en Aristóteles, aunque todavía sin conciencia clara de su distinción. Y así aparecen en el *Cuaderno V* de Maréchal, que hace preceder su brevísima refutación de Kant de largos capítulos sobre la “*ontología del conocimiento*”. Ninguna puede romper con la otra y ponerse delante, porque son las dos ruedas de la biga, la cual perdiendo una, deriva fatalmente a una de las dos cunetas: o Dogmatismo o Escepticismo. Justamente, el defecto de Kant fue pretender poner su Crítica como “*Prolegómeno de toda Metafísica futura*” sin soñar quizá

²⁷ Das aber derjenige, der Metaphysik zu beurteilen, ja selbst eine abzufassen unternimmt, den Forderungen die hier gemacht werden, durchaus ein Gnüge tun musse, es mag nun auf die Art geschehen das ser meine Auflosung annimt, oder sie auch grundlich widerlegt und eine andere and eren Stelle setzs –denn abweisen kann er sie nicht... (KANT: *Prolegomena*, Vorwort, Insel IV, pág. 38).

Allein diese Prolegomena werden ihn dahin bringen, einzusehen, das es eine ganz neue Wissenschaft sei, von welcher niemand auch nur den Gedanken vorher gefasst hatte, wovon selbst die Blosee Idee unbekannt war... (*Ibid.*, 379).

que de ella surgirían las tres metafísicas panteístas más desmesuradamente *dogmáticas* que se conocen en la historia de la Filosofía.

Y con esto termino casi toda la cuarta parte de la primera mitad de lo que quisiera decir acerca de Kant en la Argentina, habiendo tiempo y lectores. Pero que *no voy a poder decir*²⁸ si siguen gobernando Culacciatti y los Coroneles.

LEONARDO CASTELLANI, S.J.

(Otoño de 1945, de la Entrada en Guerra de la Argentina, año I)

* * *

EPÍLOGO

KANT ESCRIBE *

Oh Tú, de quien oscura nuestra Existencia brota,
Tú, incognoscible Causa, Tú, inaccesible Tema,
Que el hombre adora en vano y que en vano blasfema
Y a quien no encierra número ni palabra ni nota.

²⁸ *Doble y precario remedio... No voy a poder decir...* El problema del libro está pensado de un modo para mí intolerable. Este problema consiste en que el clima argentino se hace, al parecer, cada día más contrario al libro bueno y favorable al libro-bazofia. En suma, se hace cada día menos “culto”; o lo que es peor, más culturalmente “falsificado”.

Mi tío el canónigo solía decir: “Quien quiera escribir hoy en la Argentina un libro eximio, debe saber que tendrá que pasar por la siguiente carrera de baquetas: 1º, pagarlo; 2º, luchar por venderlo; 3º, pasar la humillación de verlo pospuesto al libro-bazofia; 4º, silenciado por la prensa llamada “grande”; 5º, para postre, el autor recibirá una andanada’ denuestos. El escribir libros para los argentinos no es ya por ende un oficio (*il ne paie pas son homme*, como dice Francia) sino una obra de caridad al alcance solamente de un santo que fuese millonario, y como yo no soy nada de eso...” – decía mi tío.

Exageraba algo. La dificultad de ser buen autor, que siempre existió, está hoy exacerbada por el desorden de la época, es verdad. Esta dificultad aumenta a medida que el buen autor está más al servicio del Reino de Dios, también es verdad. Pero eso es sabido y ya profetizado por Cristo: “*Si me persecuti sunt...*”. Eso no debe acobardar a nadie.

Eso sí, la Iglesia y las Órdenes Religiosas es menester que tomen conciencia de este problema, del cual ahora parecen bastante ayunas y dando golpes de ciego; –si es que esta cultura occidental y occidua a que pertenecemos debe seguir adelante todavía. Así lo mandó en su testamento Fray Esquiú. Ahora, si ya se viene el Anticristo, entonces la cosa cambia. En las catacumbas no se necesitan buenos libros.

* Epílogo, p. 325-326.

Sumido en su impotencia y encarnizado aforo
Mi pensamiento frente de tu faz formidable,
Mis viejos libros sobre mi vieja mesa abre
Donde la oleosa lámpara pone un círculo de oro.

Leo... Con sólo el juego de cambios infinitos
De veintisiete letras sobre amarillas hojas,
Agavillando el verbo sus míticas panojas
El genio humano oficia sus seculares ritos.

Escribo... Y de mi mano deshila como un cable
De luz la nueva ciencia con la sapiencia antigua,
Mientras la noche extiende, sofocante y ambigua,
La tachonada bóveda de su templo implacable.

Arriba, tú despliegas tu gran tienda secreta
Desafiadora esfinge que al débil hombre aplasta,
Y abajo, mi insondable conciencia como un asta
Con veintisiete signos te fija y te interpreta.

Y mientras tú me arrojas miriastral desafío
Con tu ojo milfacético que sin párpados guiña,
Yo me interno en mi interna fenoménica piña
Y te busco en los hondos del firmamento mío.

Y al otro firmamento le digo: "Noche inmensa,
Sombra tan sólo eres de Aquel que no se nombra,

Como yo, tú eres sueño de un sueño, sombra en sombra,
Que morirá primero que mi mente que piensa.

“Y cuando la otra sombra con sus mortajas tetras
¡Oh abismo azul con clavos de fuego! te haga nada,
Bajarán más potentes la báscula sagrada
Que tus millares de astros, mis veintisiete letras.”

Pero es mi noche entanto más oscura que el orco,
Perdido norte, roto bajel, triza la vela,
Como la infausta araña que se enredó en su tela
Con el sutil devane de mi entraña me ahorco.

Y yo que el intelecto notomicé pujante,
Yo el Grande, como triste lechuza al mediodía,
Lo que la vejezuela reza, lo que el infante
Invoca, lo que el místico toca, lo que el pedante
Describe, y todos saben...

¡Oh Dios!

... yo no sabía.

JERÓNIMO DEL REY
Día de la Virgen de Guadalupe, 1945.



Como yo, tú eres sueño de un sueño, sombra en sombra,
Que morirá primero que mi mente que piensa.

“Y cuando la otra sombra con sus mortajas tetras
¡Oh abismo azul con clavos de fuego! te haga nada,
Bajarán más potentes la báscula sagrada
Que tus millares de astros, mis veintisiete letras.”

Pero es mi noche entanto más oscura que el orco,
Perdido norte, roto bajel, triza la vela,
Como la infausta araña que se enredó en su tela
Con el sutil devane de mi entraña me ahorco.

Y yo que el intelecto notomicé pujante,
Yo el Grande, como triste lechuza al mediodía,
Lo que la vejezuela reza, lo que el infante
Invoca, lo que el místico toca, lo que el pedante
Describe, y todos saben...

¡Oh Dios!

... yo no sabía.

JERÓNIMO DEL REY
Día de la Virgen de Guadalupe, 1945.



LA REINA DE LAS SIETE ESPADAS *

TRADUCCIONES

(1951)

TODO aquel que traduce, desluzce; pero traducir en verso a un poeta, es una especie de absurdo.

Cervantes dijo que las traducciones son tapices vueltos del revés; serán las traducciones en prosa; porque las en verso son simplemente otros tapices: siempre menores o peores que el primero: en arpillera.

Solamente hay excepción, y el segundo tapiz es tan bueno como el primero, cuando se trata de un poema extranjero que hemos leído hace varios años, y una mañana nos levantamos, y sin encomendarnos al diablo, lo traducimos de un tirón y sin saberlo de memoria; y ésto sólo en el caso de que el traductor sea mejor poeta que el traducido; y entonces es difícil que se dedique a hacer traducciones.

Porque si es menor o igual poeta, la traducción debe salir inferior por la razón obvia de que el traducido tuvo para hacer su hecho las patas libres, mientras el traductor, como en carrera de embolsados, tiene las suyas en la bolsa del pensamiento y el sentimiento ajeno; y estas cosas viven tan pegadas a la palabra en el hombre poeta, que trasplantadas a otras palabras se marchitan; ya que no hay correspondencia exacta entre dos lenguas, y sólo es posible la “trasposición”.

De modo que se ha dicho y se puede decir con verdad que el robo es lícito en literatura, solamente cuando es seguido de asesinato.

Este caso se ha dado en la historia de la poesía unas 3 ó 4 veces; si digo 7 creo que me paso. Odas de Horacio traspuestas por Luis de León, las Églogas de Garcilaso de la Vega...

* Chesterton, Gilbert K. (1951). *La Reina de las Siete Espadas*. Buenos Aires: Plantín, pp. 7-11.

El tercer ejemplo no recuerdo cuál es, pero estoy seguro que no era Shakespeare traducido por De Vedia y Mitre, como me sugiere aquí un amigo. Será quizá Marlowe traducido por Goethe.

El otro ejemplo que recuerdo es aquel breve poema y precioso epigrama o epitafio que Leopardi tradujo de un desconocido poeta español con brevedad y sobriedad dignas de Anacreonte: *La hoja seca*.

Lungi dal proprio ramo
Povera foglia frale
Dove vai tu? Dal faggio
Là dov'io nacqui, mi divise el vento.
Esso, tornando a volo
Dal bosco alla campagna
Dalla valle mi porta alla montagna...
Seco instancabilmente
Vo pellegrina e tutto l'altro ignoro.
Vo dove va ogni cosa
Dove naturalmente
Va la foglia di rosa
E la foglia d'alloro...

El soneto de donde procedió esta divina endecha, donde no sobra una palabra (es decir, sobran tres, pero no importa), dice así en español:

Pobre hoja seca, ¿dónde vas en vuelo
De mariposa enferma y desvaída,
Entre la niebla y luz descolorida
Del sol de otoño y desteñido cielo?
¿Dónde vas, hoja seca, no nacida
Ni para el alto azul ni el bajo suelo,
Ni para demasiada dicha y duelo,
Hoja que va como se va mi vida?
—Yo no sé. De la flor vuelo a la fosa,
Del suelo al astro, al lodo o al vergel,
Presa de un aspirar que no reposa,
Donde va toda cosa
En confuso tropel...
Voy donde va la hoja de la rosa,

Voy donde va la hoja del laurel...

Puédese quizá notar aquí, en estas dos piezas de idéntico contenido, la diferencia del gusto italiano y español; éste más amigo del énfasis, el color, el adorno; el italiano, puro.

Es superior a nuestro ver al español a quien copió... a no ser que hayan plagiado ambos a algún anónimo francés, como era de uso en el siglo XIX...

Así pues, no había de hacerse al gran Don Gilberto el denuesto de traducirlo en verso, sobre todo habiéndose de publicar la traducción con el texto inglés enfrente.

Tengo aquí los dos tomos de traducciones de la “Biblioteca Clásica”, CCXXXVII y CCXXXVIII: *“Antología de líricos ingleses y angloamericanos”*... Todos se parecen... A pesar de que en inglés son tan diversos entre sí como una aldea de ángeles, en castellano los poemas suenan todos un poco a lo mismo, a la escuela académica española de antes de Rubén Darío, con sus selgadas, zorrilladas y quintanadas; y cuenta que hay entre los traductores poetas tan hábiles como Querol, de Vedia, José María Heredia (no el francés), Caro, Unamuno, Isaacs, Samaniego, Díez Canedo, Pombo y Llorente: este último traductor casi triunfal del *Fausto* y el *Búcaro roto* de Sully-Prudhomme.

El feroz Corsario de Byron queda convertido en un “trovatore” en Llorente: el vikingo se vuelve valenciano. Las ideas se alargan, dulcifican y “estompan”.

Hay sin embargo aquí un poeta que iguala a su original. Es D. Félix M. de Samaniego en sus fábulas “El pastor y el Filósofo; El Lobo, El Tigre y el Caminante; El Águila y el Congreso de Animales; El Jabalí y el Carnero; El Filósofo y el Faisán; El Chivo Afeitado; La Mariposa y el Caracol; El Enfermo y la Visión; El Raposo Enfermo; El Hombre y la Fantasma; La Pava y la Hormiga; Los dos Titiriteros; El Poeta y la Rosa; La Muerte; El Filósofo y la Pulga; más El Raposo y el Perro”.

Todas estas fábulas las dio como propias el fabulista español: son del poeta inglés John Gay (1688–1732). El marqués de Melgar en su

“*Poetas del siglo XVIII*” descubrió el inocente hurto; que se puede llamar inocente, pues la perfección castellana lo hace beneficiable del indulto arriba enunciado.

El gran traductor en verso que fue D. Carlos Obligado nos decía una vez que era posible traducir del inglés en el mismo metro y número de versos: pues la sinalefa del castellano se traga muchas sílabas y permite embutir muchas palabras en un endecasílabo. Lo contradijimos. Con perdón del dilecto y llorado amigo, no es posible. El inglés es el idioma más breve, bárbaro y hermoso del universo. El español, al menos como lo hablamos nosotros y los catalanes, es una lengua obesa.

Por eso pues, después de haberse roto la testa para traducir en verso:

But I have learned what wiser knights
Follow the Grail and not the Gleam

y otros lugares semejantes, la traductora¹ optó cuerdamente por hacer una versión que sea por lo menos útil, y no incurra en la nota de irreverente; y menos en un librito dedicado a María Santísima, “*The Queen of the Seven Swords*”, “Nuestra Señora de las Siete Espadas”.

De estas últimas ya hay bastantes en la Argentina.

LEONARDO CASTELLANI.

P.S. –Estimada hermana y señora: Ahí va el prólogo que le prometí para el público; permita ahora una posdata para Ud.

He revisado su versión y corregido las pocas palabras que Ud. verá. Francamente opino que no debían haberse traducido algunos poemas, que son simplemente INTRADUCIBLES; como por ejemplo: PEQUEÑA LETANÍA, IMÁGENES Y LOS DIJES.

Ud. sabe que los poetas juegan a veces con los sones y las imágenes y hacen especie de ninananas para niños; al verterlas a otra lengua, cambian los sones y las imágenes aparecen estrafalarias: desapareció la poesía.

Corremos el peligro de que al autor y a Ud. los tengan por “irreverentes”; y aun conozco un magnate que sin duda lo hará. Eso a Chesterton no le importa; pero a Ud...

Hay en estos versos una cantidad de sutiles alusiones, poco rastreables para el lector no inglés. ¿Quién gustará, por ejemplo, en el potente y patético poema “*La Torres del Tiempo*” (que yo hubiese traducido “Los Poderes de este Mundo”) el resumen del derrumbe de Carlos I

¹ Clara Petty de Saravia, quien figura como traductora del libro, es uno de los pseudónimos del P. Castellani [N. del E.]

en la 2ª estrofa? ¿Y quién intuirá en la 3ª del poema “*Santiago de España*” la alusión conjunta a la España roja, la España de Franco y la España sarracena todo en uno?

En fin, allá Ud. y el editor. Yo he penosamente cumplido. También Ud., pues no se puede traducir mejor en este caso.

Suyo en Cristo Jesús.

L. C.



SEÑOR DEL MUNDO *

(1958)

He traducido este libro para una persona, y si ella lo lee, lo demás no importa, pero puede ser útil, si no me engaño, a muchos otros.

“Qui scribit, bis legit”, decían los romanos; bien pudieran decir: *“qui vertit, ter legit”*, el que traduce, lee tres veces... Quiero decir que traducirlo me ha sido extraordinariamente provechoso también a mí. Entre otras cosas, para traducir bien una obra maestra, hay que ir hasta el tuétano del pensamiento y de la técnica del artista; y se le revela a uno la delicada fábrica de ambos, oculta allá detrás.

*
* *

En julio de 1956, estando en Londres, busqué con afán las obras de R.H. Benson que aún no poseo, y un ejemplar bueno de “LORD OF THE WORLD”, su obra maestra, que poseo en una edición barata (Hutchinson C°) hecha para los “Dominios”, sin fecha, mala impresión, mal papel, deplorable presentación... La búsqueda fue infructuosa; aparentemente, las obras del admirable novelista no se reimprimen más; y en Foyles, la librería mayor del mundo, que tiene un stock de 1.400.000 libros de segunda mano, me dijeron que no los encontraría. Supongo que los estragos de la guerra y el ambiente protestante de Inglaterra explican esto.

Este libro religioso, que para nosotros puede ponerse al lado del *“Pilgrim Progress”* de Bunyan y el *“Paradise Lost”* de Milton, tiene mala suerte. Juan Mateos Pbro., lo tradujo pobremente, por no decir mal, para Gili, de Barcelona, tomándose la libertad de hacerle *añadiduras*, y ésas, chabacanas, estropeando por ejemplo el § 3 del Cap. IV. Además, parece que antepuso al comienzo del “Prólogo” este pegote insolente: *“Los que son enemigos de prólogos fastidiosos, pueden omitir la lectura de éste, que no ingresa en la acción de la*

* Benson, Robert (1958). *Señor del Mundo*. Buenos Aires: Itinerarium, pp. 283-292.

novela” (cito de memoria), lo cual es falso, y es una broma pesada del autor; pues siendo éste un soberano artista, si el Prólogo fuese superfluo, lo hubiese omitido él mismo. Un artista no pone nada innecesario en su obra.

Una “editorial” de Buenos Aires tomó esta traducción y la reprodujo con los siguientes empeores: 1º) cambió el título del libro; 2º) omitió dos páginas de “la muerte de Mabel”, arruinando el Cap. IV del Libro Tercero; y 3º) suprimió tranquilamente el prólogo calumniado.

Yo no quería que esta obra se perdiera. La leí a los 15 ó 16 años en la traducción de Mateos, y me hizo una impresión indeleble. Releída más tarde en el texto inglés, la juzgué una de las más interesantes de la riquísima novelística inglesa, superior a las de Wells como “novela anticipatoria”, comparable a las de Meredith en estudio psicológico y pulcritud de forma, cargada de un mensaje religioso de alta actualidad e importancia; en suma, un poema teológico en prosa que se puede poner al lado del “*Paradise Lost*”, y superior a él en algunos aspectos; desde luego, el de la amenidad...y la ortodoxia.

Pasando por Barcelona este año, vi que Gili Hijos había reeditado su traducción de hace cuarenta años, sin retoques. Como dijimos, esa traducción es deficiente, es “aguada”, ha puesto demasiadas palabras de más, además de verba y retórica española; ha “rebajado” el texto, en el sentido en que se “rebaja” el vino; y este rebajar, tratándose de una gran obra literaria, puede equivaler a “anular”. Nosotros hemos añadido a veces; pero para reforzar, no para diluir. Hemos añadido graduación, no agua. Reparar algún olvido del autor, es lícito; y también sacar en limpio, por medio de una palabra más, una conclusión que el autor sabe que sus lectores ingleses sacarán por sí mismos; pero yo sé que mis lectores no.

En suma, he hecho mi oficio a conciencia, tomándome todas las libertades que eran necesarias, pero ni una sola más que las necesarias; cotejando de paso con asombro las cualidades de ambas lenguas; y notando que aunque la inglesa es “la más breve, bella y bárbara del Universo”, con todo es posible emular hasta cierto punto (como notó ese gran “scholar” que fue don Carlos Obligado) su heroica concisión con la española; no con la enormidad de monosílabos, las preposiciones separables y las palabras compuestas, que son su privilegio regio, sino

por medio de la elipsis, la metáfora, las frases hechas y modismos, y la rica flexión de los verbos castellanos.

*
* *

“*Lord of the World*” a su aparición suscitó una gran resistencia en muchos católicos, que lo acusaron de “sombrió” y aun de “desesperado”, estimando que la “Iglesia no podía ser derrotada (es decir, *perseguida*) en tal forma, pues poseía las promesas divinas, etc.” Eso oí declamar con mucho énfasis cuando era mozuelo al P. Irribaren, un sacerdote vasco. El escándalo ante el Apocalipsis y la Segunda Venida de Cristo (que son dogmas de Fe) es común en el catolicismo actual; y creo que se ha acentuado desde Benson acá. Viene quizá de que se adhiere a la Iglesia como a un partido político; y además, los que están muy enfermos no aman oír hablar de la muerte; y así el mundo actual. Como se ve por la correspondencia de Benson (publicada por Martindale s.j) la resistencia en Inglaterra fue enorme. Benson podía haber contestado tranquilamente: “Más sombrío, si acaso, es el Apocalipsis y el capítulo XXIV de San Mateo”. Mas él escribió otra novela, llamada “*Aurora Total*” (*The Dawn of All*) –traducida al español con el título de “*Alba Triunfante*” – para darse a entender mejor.

Estotra novela contempla la “Otra posibilidad” abierta en tiempo de Benson, y que en realidad no está cerrada nunca al Poder imprevisible que gobierna la historia: la posibilidad de un gran triunfo de la Iglesia: esa “conversión de Europa” que invoca Hillaire Belloc como único albur de salvar el mundo actual. Pero... “nunca segundas partes fueron buenas”; y esta segunda parte (en realidad, contraparte) no tiene la fuerza, la grandeza ni la convicción de su gemela-antípoda. Se ve que las presunciones de su autor (llámense “pesimistas” si se quiere) no corrían por ese cauce, y se inclinaban al otro polo, al de las grandes derrotas inminentes de la cristiandad; y los acontecimientos de este último medio siglo ciertamente no lo han desmentido.

Muchas de las cosas previstas por Benson en su fantasía poética (en la cual no hizo sino prolongar algunas líneas de fuerza de su tiempo, proyectándolas al futuro) se han verificado. Apoyándose en el libro del Apocalipsis (que siendo él todavía niño, su padre, el Arzobispo de Cantorbery, había comentado), Benson sin embargo no lo asume por

entero, a fin de lograr, con certero tacto artístico, la *unidad* de la obra; y esquivar los temas que, por su vastitud desmesurada, eran inabarcables a la representación artística; escollo que quizás no supo salvar del todo nuestro Hugo Wast en su “666”, novela del tema análogo. Benson se ciñó al motivo del Anticristo y la Última Tribulación, siguiendo en esto quizá la gran tradición medieval, resumida por Newman en sus cuatro sermones de 1835 sobre “el Anticristo según la doctrina de los Padres”.

En lo que no acertó Benson, como les pasa generalmente a los profetas, fue en el cálculo del tiempo, en el cual se quedó generalmente corto; lo mismo que le ocurrió, por ejemplo, a Nietzsche en sus predicciones. También rehuyó el tema de la Guerra de los Continentes, que está predicha en la Revelación de San Juan; haciéndola evitar por obra del Anticristo Félsenburgh, que procura la paz, y por medio de este gran triunfo se convierte en “Señor del Mundo”. Benson esquivó, además, las profecía de San Pablo acerca de la Conversión de los Judíos y la Restauración del Reino de Israel; las Siete Fialas de la Ira de Dios; y el misterioso pasaje de los Dos Testigos Taumaturgos, así como el de la “Segunda Bestia”.

*
* *

Roberto Hugo Benson nació en 1871, hijo del Primado Protestante de Inglaterra, Arzobispo de Cantorbery, Edgard White Benson, también notable escritor, como toda esta familia (Edgard, Arturo, Edward, Estela...) y autor de varios libros religiosos, uno de ellos sobre el Apocalipsis, como dijimos. Su hijo menor, Robert Hugh, se convirtió al catolicismo después de ordenado clérigo anglicano y desempeñados algunos curatos de la “Iglesia Establecida”. Hizo un viaje a Roma, donde se ordenó sacerdote católico, cuyo recuerdo emocionado pasó a este libro. Soportó mucho tiempo la aversión y la persecución de su hermano mayor Eduardo Federico, arqueólogo y también autor de novelas, como “*Dodo*”, novela costumbrista decididamente fútil y floja, y “*Spook Stories*”, cuentos de duendes; las cuales sí existen actualmente en librerías y se reeditan y propalan, a pesar de ser inferiores a las del hermano menor, según nuestra opinión; que no todos comparten. Eduardo escribió en su larga vida más de 50 novelas, además de algunas piezas de teatro y libros de viaje; Roberto Hugo escribió en su corta vida dos o tres obras maestras. La madre sostuvo,

apoyó y consoló constantemente al hijo sacerdote, como puede verse en la tierna correspondencia citada en la biografía de Martindale s.J.: “*Robert Hugh Benson, his Life and Work*”. Murió en 1914, de 44 años.

Sin disculpar al hermano, era natural que R.H.B. fuera perseguido en Inglaterra, aunque honrado en Roma con el título de “Monsignore”; en aquellos tiempos, los “Monsignori” del Vaticano honraban todavía a los profetas. Con lo que dice R.H.B. de la Iglesia establecida y del Imperio Británico tenía que lastimar al anglicanismo y al jingoísmo (o patrioterismo inglés), las dos religiones más vigentes en Gran Bretaña, y suscitar, ende, el “odium theologicum”. Dijo verdades tremendas, tanto más cuando proferidas por el hijo mismo de la cabeza suprema de ambas religiones, el Arzobispo-Príncipe de la Iglesia Nacional Protestante. Pero, en fin, es el lote de todos los profetas.

Publicó 19 novelas, además de varios libros teológicos, como “*Las Paradojas del Cristianismo*”, tan amado por Chesterton; “*El amor a Jesús*”, “*Santo Tomás de Canterbury*”, “*La Religión del Hombre Medio*”, “*Denominaciones No-Católicas*” y “*La Amistad de Cristo*”. Los títulos de sus novelas, además de las dos nombradas, son:

The King’s Achievement (Lo que hizo del Rey)

By what Authority? (¿Con qué autoridad?)

The Queen Tragedy (La tragedia de la Reina) trilogía histórica acerca del nacimiento del cisma inglés.

Come, Rack! Come, Rope! (¡Ven, potro, ven, cuerda!) novela histórica acerca de los mártires ingleses del reino isabelino.

El espejo de Shalot (cuentos de duendes)

Ricardo Raynal, solitario

La luz invisible (cuentos de misterio)

Los nigromantes (acerca del espiritismo)

Los sentimentales

Los convencionales

Bicho Raro (“Oddfish”)

El cobarde

Soledad (“Loneliness”)

Iniciación

Un hombre medio

Un cribado (“A winnowing”) y

¡*Un solo Dios!*, otra obra maestra genuina, traducida al francés y al italiano con el título de “*La conversión de Frank Guilesley*”... (“None other Gods”).

La corta vida del sacerdote artista resplandeció de todas las virtudes, y de un estudio y un trabajo incansables. Todas sus novelas, aun las más flojas o inmaduras (como “*Loneliness*” o “*Iniciation*”) muestran maestría y saber y contienen valores apreciables. Su hermano las calificaba públicamente de “panfletos de propaganda papista sensacionalista y folletinescos” –indicando así, sin querer, las dos cualidades máximas de Roberto que a él le faltaron, a saber: el don de la invención novelesca y la trascendencia del mensaje. El “*Dictionary of English Literature*”, publicado por John W. Cousin en la colección “*Everyman's*”, omite tranquilamente a Robert Hugh como si no existiera, en tanto que incluye los datos biográficos y bibliográficos de su hermano (edic. 7ª, 1929), lo mismo que otras obras de referencia que hemos visto. Puede que me equivoque, pero me parece una injusticia manifiesta.

*
* *

Vertere, ter quaterque legere... Traduciendo un libro, mucho más que leyéndolo, uno entra en el arte y la inteligencia del autor; y también en sus limitaciones.

Algunos críticos han descalificado el desenlace de este libro (recordemos a Mateos, su primer traductor, y a León Bloy en su “Diario”) considerándolo inferior al resto de la obra, un descenso, colapso.

No nos parece. Pero en último caso hay que tomar lo que a uno le dan, cuando se lo dan gratis; y si el autor no nos dio más, es que no pudo darnos más. Incommensurable como era el tema, preferible es que nos haya dado el fin del mundo en una especie de poema lírico-abstracto-místico en prosa, que no una barroca pintura a lo Wells llena de truculencias, de un suceso que de suyo es inefable.

Pero en realidad el final nos parece, bien mirado, egregio. Desarrolla una idea sencilla y profunda, que todo cristiano tiene, pero es misteriosa; a saber, que lo sobrenatural es de suyo más poderoso que todo lo natural, como el viento es más poderoso que la tierra (y el espíritu que la materia) y en una batalla formal lo derrotaría.

No lo derrotaría arrollándolo por violencia, como un huracán se lleva por delante los árboles, sino penetrándolo como un ácido y disolviéndolos; porque el espíritu penetra la materia, si es que no constituye su raíz misma. Por lo menos hay continuidad entre ellos

car le surnaturel est lui-même charnel;

y aunque no lo parezca en la actual condición y economía de la creación, el espíritu es el más fuerte.

Por eso Benson discurre armar a los inermes cristianos enfrentados al enorme poder material del Príncipe de este Mundo con la misa, el santísimo sacramento y los inofensivos cantos litúrgicos; y a estas armas las hace triunfar de modo inesperado pero lógico sobre la tremenda flota aérea del Anticristo; la cual no es precipitada en llamas, como pensó durante siglos la imaginación vulgar sobre los textos del Profeta, sino simplemente, en virtud del fuego esencial, desvanecida en la nada.

Para concebir la muerte del mundo, Benson se apoya con excelsa intuición poética en la muerte del hombre ¿y qué cosa más lógica?, en el desvanecimiento gradual de los sentidos y los vínculos vitales entre cuerpo y alma (tema iniciado en la muerte de Mabel, que hace “pendant” y preludio a la muerte del universo mundo), no porque el alma se debilite, sino al contrario. Basta que lo sobrenatural devuelva al espíritu su fuerza congénita, para que éste domine a la materia –como ocurre en los milagros.

Sin negar los fuegos pirotécnicos de los diversos Apocalipsis (terremotos, granizos, calor excesivo, luna sangrienta, estrellas que caen, bramidos del mar) al contrario, afirmándolos al sublimarlos, Benson hace ver la última catástrofe desde adentro y no desde afuera: desde la visión mística (visión de la realidad más honda que la sensible) del Sacerdote Sirio, puesto en un trance de agonía o parecido a la

agonía. Y esto es un soberano acierto artístico, propio de un gran poeta.

*
* *

“Libro sombrío”...El mencionado reproche de que Benson pintaría los últimos tiempos con colores demasiado negros, me parece carente de sentido; yo diría que más bien se queda corto.

Desde luego, y aunque “*cela va sans dire, mais nous le disons*”, esto no es una Suma Teológica ni un Apocalipsis ni un Libro de los Reyes; es una *imaginación*, es decir, una novela, con la verdad propia de este género. Inventa una manera como la cosa puede pasar, sabiendo que puede haber otras maneras. Lo importante es que la Cosa va a pasar, de esta manera u otra.

Por lo pronto, ya hoy, a los cincuenta años, algunas líneas de 1906 que Benson proyectó al futuro (como la de Gustavo Hervé, por ejemplo) se han cortado, otras han desviado camino. Algunas nuevas han surgido imprevistamente, como el fenomenal Imperio Soviético Ateo, o la creación del Nuevo Reino Israelí, suceso eminentemente profetal.

Fácilmente se podría objetar ahora (en parte) la concepción de Benson y proponer otra; pero eso sería pecar contra los derechos de autor: los derechos de la imaginación poética.

Los cristianos de Benson, por ejemplo, son admirables. En realidad, retrata de cerca a uno solo, Percy Franklin; y de lejos, una gran masa de cristianos sin rostro, los miembros de la Orden de Cristo. Todos son admirables.

Frente a estos cristianos admirables...renegados como el P. Francis, seres dolorosamente equivocados como Mabel y perversos como Félsenburgh, o simplemente malos (egoístas) como Oliver Brand. Los dos extremos: seres demoníacos y seres admirables.

Pero hoy día nos encontramos en medio de inmensa cantidad de cristianos NO ADMIRABLES. El término medio –“los imbéciles”, como dice Bernanos– escapó a Benson, o no lo quiso considerar...a no ser fugazmente, en Mister Phillips, quizá.

El Vaticano de Benson es un modelo, tal como lo pudo ver la mente idealista de un joven sacerdote convertido que fue dos años a estudiar a Roma; como lo vimos (con la imaginación) nosotros mismos durante nuestros estudios.

El Vaticano convertido en un nidal de intrigas políticas, en una burocracia impersonal e insensible, en una sucursal del Quay d'Orsay...o en una Beocia (como la historia nos enseña puede darse) Benson no podía verlo. Sin embargo, muchos Santos Padres antiguos creyeron que sería en la Roma de los últimos tiempos (atención, amigos Adventistas, ¡de los *últimos tiempos* solamente!) donde se asentaría el Anticristo. Benson prefiere hacer volar a Roma...Es preferible. No es seguro.

Puede que Benson haya visto algo de esto, mas no haya querido “desnudar las vergüenzas de su madre”, como prohíbe el Levítico. Tampoco yo lo haré.

Anoto esto al vuelo, solamente para esclarecer la novela. Benson no se sintió con inspiración o con voluntad para retratar el fariseísmo. Sin embargo, sabemos que cuando Cristo retorne encontrará la religión más o menos –más y no menos– como cuando vino. Cuando vino la encontró plagada por el fariseísmo; el cual desconoció al Mesías y dio muerte deicida al Hijo de Dios.

“Si no hubiese fariseísmo en la Iglesia, no habría comunismo en el mundo”, nos dijo antaño en Roma un judío converso, don Benjamín Benavides.

*
* *

Así, pues, el autor de “*Señor del Mundo*” concibe la Gran Tribulación como una persecución externa, que hace mártires de los valerosos y apostatas de los tímidos, reduciendo el número de los cristianos a un puñado de héroes del espíritu, a través de grandes matanzas y defecciones innumeras; pero ha velado la tribulación de adentro, la corrupción introducida en el seno de la Iglesia, mucho más temerosa. Ha prescindido de lo que llama el Apocalipsis “la Segunda Bestia”. La Iglesia, apretada más y más, se conserva más y más pura, como un grano de oro en el crisol. Benson no ha tenido la idea (o la ha

perdonado al lector) de la corrupción interna específica de la religión; de la confusión dentro del redil, y no solamente fuera.

Con ligereza indigna de un católico, algunos católicos que no eran católicos llegaron a insinuar al aparecer este libro la sospecha de que el novelista “hubiera perdido la fe”...Lo que sí se puede conceder es que quizás esta novela represente una tentación contra la fe ya rechazada, lo cual es justamente lo contrario: una tentación de desaliento vencida.

Mas, como ya hemos dicho, cuando Cristo venga por segunda vez “en gloria y majestad”, encontrará la religión en el mismo estado (y un poco peor) que en su primera venida: Él mismo lo dijo. Y ese fenómeno es mucho más espantable que el de la violencia externa y corporal; la cual no faltará tampoco. Por lo menos, así leemos nosotros las profecías; sujetándonos, si erramos, al juicio de la Santa Madre Iglesia. *“Cuando veáis la abominación de la desolación en el lugar donde no debe estar...entonces es”*.

“La última corrupción ya ha comenzado, porque la Iglesia ya está tocada: en el Atrio, no en el Santuario”, nos dijo también don Benjamín Benavídes.

*
* *

Las palabras que Cristo habló acerca del misterio de la agonía del mundo que habitamos y su definitiva transformación, son extremosas, tanto en la amenaza como en el consuelo; y van en su desmesura sublime más allá de donde el arte humano puede seguirlas. El Predicador y el Profeta humano (que de esto oficia Benson en este libro) ante un suceso que es mayor que el Diluvio y comparable a la creación misma, debe contentarse con balbuceos. Pero esos balbuceos son también necesarios a la propagación de la Palabra.

Día de San Juan Evangelista de 1956.

Leonardo Castellani Conte-Pomi Th.D.



AVIVANDO BRASAS *

A LA MANERA DE PECO IBARGUREN

(Después de leer su manuscrito)

(1957)

Las moscas tienen frío...

Llueve, llueve, llueve como un río.

Ese árbol frente mío

Se llama rododendro

Que no tiene consonante en castellano

Excepto “engendro”

Que no me sirve, como es llano,

Porque es redondo echado adelante y bien hecho

Como una choza sin pared y con techo

Anoser un pilar color ruano

Que es el tronco fino y derecho

Casi humano.

Y entonces escribí a Federico

Ibarguren

Cuidando los consonantes no me apuren

Cortando en consonante rico;

* Ibarguren, Federico (1957). *Avivando Brasas*. Buenos Aires: Theoria, pp. 13-15.

Recordando no sé por qué
A San Benito y Santa Escolástica
Que provocó rezando una lluvia fantástica
Y el santo hermano no se fue
Y así no puedo salir deste nido de monjas
Hasta Mañana
Mirando la lluvia las acacias y toronjas
Y escribir al trueno de la ventana
Solamente lo que uno ve
Y todo lo que pensé
Por la mañana
Leyendo “Universitarias” de “La Nación”
Con toda la nueva promoción
De profesores
E “Interventores”
De la sabiduría y la erudición
De esta nación...

El libro es bueno
(Yo lo publicaría)
Unido en hilito de autobiografía
Sencillo y sereno

Y hay poemitas logrados sin rebuscarlos
Como el que recuerda a Don Carlos
(¡Otra vez el trueno!)
Cada uno con su pepita de oro
Invisible al literario loro...
La literatura argentina
No existe
A lo menos como materia dina
De estudiarse en esa triste
“Universidad”
Masónica de verdad.
La “Historia Argentina” dividida
En “épocas” y “subépocas”
Es apenas una arruga obstrépera
En el mar de Clío divina
Ni aún la décima parte de la mitad
De una “época” de verdad.
Y tiene aquí cátedra, catedral y santones
Y después dicen no existen los masones...
Mas para nosotros es cosa preciada
Una vez que no esté falsificada.

Así que Don Peco a publicar

(Lo difícil luego es vender)

Pero cierto se puede leer

Gustar y aprovechar.

L. Castellani

San Miguel, 20 de diciembre de 1956



NOCIONES DE COMUNISMO PARA CATÓLICOS *

PRÓLOGO

(1961)

El comunismo es la cuestión candente hoy día, el problema específico y fundamental de nuestra época. Nadie escapa a él, se ha introducido por todo; su espectro por lo menos. Y cómo será de actuante, que con su mero espectro especulan los politiqueros: que agitando el “fantasma del comunismo” se mantienen en el mando y aumentan el Comunismo.

El doctor Enrique Elizalde ha escrito sobre este *tema de todos* un libro innegablemente útil; y para mí, original y sólido. Conoce al comunismo por contacto directo, y conoce lo que de él se dice en el medio católico común; de donde se persuadió que podía decir algo provechoso al último, quizás a ambos.

Creo que el resultado honra a las letras argentinas. No es una repetición o trasfusión de otros libros, es un esfuerzo discreto y sincero de pensamiento propio, que no presume de descubrimientos, pero tampoco retrocede ante las preguntas más osadas y difíciles, que son justamente las que hace “el hombre de la calle”. Posee un pensamiento bien informado, maduro, y sobre todo *crítico* –cosa no muy frecuente entre nosotros–; cualidades que se revelan incluso en el estilo, sencillo, equilibrado y muy claro; es decir, simplemente *puro*. Poseer la facultad mimética de *repetir en otra forma*, aunque sea mejor forma, no es pensamiento. El pensamiento existe cuando hay vivencias propias: cuando existe una reflexión sobre propias experiencias. Sobre los dos temas que él maneja en contrapunto, catolicismo, comunismo, E. Elizalde posee mucho más que citas y lugares comunes; y con una sinceridad impávida profiere verdades u opiniones que el católico vulgar o “mistongo” rehúsa discutir, rehúsa oír y rehúsa ver.

* Elizalde, Enrique C. (1961). *Nociones de Comunismo para Católicos*. Buenos Aires: Poblet, pp. 7-26.

Voy a bordar algunas reflexiones sobre el texto mismo del libro, sin incurrir en la grosería de intentar hacer “otro” sobre el mismo tema ni querer exponer *mis* opiniones a costa de las del autor a la manera de los parásitos; sin dejar de notar empero al final dos o tres puntos secundarios que me parecen discutibles o menos exactos. La verdad es que en un trabajo de teología hecho por un médico, el teólogo puede tener algo que decir, aunque sea por presunción profesional.

La herejía

El comunismo es una herejía. Esta es una de las afirmaciones básicas de este sólido ensayo, de la cual se derivan fundamentales conclusiones, y sin cuya consideración discutir el comunismo, es golpear alrededor del clavo.

En alguno de mis escritos (“*Cristo ¿vuelve?*”, pág. 205) lo comparé con la herejía albiana o albigense. Como ella, el comunismo es a la vez un movimiento social, un movimiento político y un movimiento religioso. O sea, es una revulsión demagógica contra la Tradición que asume forma religiosa y es aprovechada por la política. Un escolástico diría que el descontento y resentimiento social es su causa material; una visión herética del hombre su causa formal; y la política su causa eficiente; aunque las tres causalidades se entremezclen poco limpiamente.

Hay enormes diferencias entre estos dos albigenismos, que veremos luego. Pero primero las semejanzas.

El albianismo medieval fue una herejía antisocial, que rechazaba y destruía todo el cimiento de la civilización romana y cristiana; o la civilización a secas: la propiedad, el matrimonio, la familia, la autoridad, el ejército y la jerarquía eclesiástica; para ver su virulencia baste decir que al matrimonio legal preferían la ramería e incluso la sodomía. Su dogmática era maniquea: la materia había sido creada por el diablo, el espíritu por Dios (dicho brevemente pero veramente). Su organización era sencilla y fuerte, una especie de Antglesia calcada sobre la Iglesia: los “espirituales”, o “perfectos”, o “puros” (cátharos) que se habían libertado del yugo de la materia eran los jefes y tenían obispos e incluso en un momento un Antipapa residente en Bulgaria, de donde también los llamaron “búlgaros”. Los demás debían tender a ese estado “electo”

o “perfecto” (que combinaba a veces tremendos ayunos con el vicio de la sodomía) y si no llegaban a él, podían al menos recibir a la hora de la muerte el “consolamentum” de un Perfecto (especie de extremaunción o absolución) con el cual se salvaban raspando. Pero la raíz de estos y otros más complicados dogmas y el fin a donde tendían era la destrucción de la sociedad existente para dar lugar a otra mejor, igual que el comunismo. Si hubiesen triunfado las huestes de Raimundo VI de Tolosa y Pedro de Aragón el joven (como debían triunfar), toda Europa hubiese cambiado, y no para mejor. Belloc y otros historiadores estiman que el peligro que pasó entonces la Cristiandad fue mayor que el de los musulmanes –el cual subsistía en ese tiempo; y por cierto se hubiera combinado muy bien con el catharismo.

La sangrienta batalla de Murel (o Muret) es uno de los acontecimientos decisivos de la humanidad, como Marathon, Cañas (Cannae), las Navas de Tolosa, Tolbiac o Lepanto; en ella Simón de Monfort con mil hombres venció un ejército de 100.000 hombres; en la desventaja nunca vista en el mundo de uno contra cien. Mandaba el ejército Pedro II de Aragón, a quien Belloc llama el Borrachín y Menéndez Pelayo el católico: quedó muerto en el encuentro. Ni era albigense ni era su mira “fastidiar a los franceses” como dice Belloc: probablemente se unió a las huestes de su cuñado Raimundo por solidaridad feudal y familiar; y si a alguno quiso fastidiar fue acaso al Papa Inocencio III.

La lucha contra el catharismo duró como dos siglos, desde el famoso año Mil hasta las vísperas mismas del siglo de San Luis Rey y Santo Tomás. Al subir al Pontificado Inocencio el Grande se opuso a la “cruzada” contra los albianos, diciendo: “La religión no se puede persuadir con la fuerza” y enviando a las regiones infestadas (que más bien que *Albi* de donde tomaron su nombre, eran el Languedoc y el Norte de Italia) misioneros santos, como desea E. E. Los albigenes los mataban, si venía a mano. Después del asesinato del principal, Pedro de Castelnau, que todo el mundo atribuyó al Conde Raymond, Inocencio viró con la fuerza y la majestad de un buque de guerra: canonizó al Legado papal y proclamó la Cruzada, que ya había declarado el Concilio de Tours en 1163. Los cristianos tardaron casi dos siglos en tomar las armas contra la secta organizada subversiva y agresiva.

Eran los populachos los que se levantaban primero contra este movimiento disolvente, hasta el punto de linchar a sus predicadores – Pedro de Bruys, quemado vivo 20 años antes del Concilio de Tours–; eran los hombres de gobierno de la naciente monarquía francesa los que propiciaban la formación de un ejército regular contra ellos; y eran los hombres de Iglesia como San Bernardo y Santo Domingo de Guzmán los que se oponían a la violencia; hasta que tuvieron que alzar la mano. La contienda religiosa se había vuelto netamente política, como ahora Rusia y Estados Unidos: los barones del Sur de Francia, celosos del Norte semigermano; y sobre todo del reyezuelo de la Isla de Francia Felipe Augusto, se habían ligado al Conde de Tolosa y a su compinche el Rey de Aragón. Sin embargo, el llamado del Papa tuvo mezquino efecto; ya está dicho que el ejército blanco (así le llamó el cronista poeta Guillén de Tudela) tenía mil hombres; eso sí, hombres de a caballo; mandados por el discutido Simón de Monfort:

*Lo comte de Monfort venir ab so senhal
Et molt d'autres francés que tuit son a caval.*

Nunca se vio más grande esperanza en una situación más desesperada: encerrados en un castillo, oyeron misa a la madrugada (dicha por Santo Domingo) montados a caballo, incluso dentro de la Iglesia; y de allí no más salieron a la desesperada hacia el flanco izquierdo, y antes de contactar viraron a la derecha y se metieron como una cuña en el centro. Las tropas de Pedro II, indisciplinadas, se retiraron en la confusión más espantosa y fueron alanceadas con el furor de la desesperación... y del miedo. El cronista Pedro Sarnensis dice que el ejército enemigo parecía un océano. Toda esta “cruzada” se distinguió por su ferocidad, de ambas partes: en vano Santo Domingo y Pedro de Osma clamaban. El que ha visto ha franceses furiosos se hace una idea.

Aunque la matanza fue comparable a las de moros en las Navas de Tolosa, es dudoso (como casi todos los “bons mots” de la Historia) el dicho del De Monfort: “Matadlos a todos; Dios conocerá a los suyos”. Como la matanza continuara a manos del populacho y de los jueces reales, se fundó la “Inquisición” (se llama la Primera Inquisición) no para matar herejes sino (créase o no) para librar de la muerte por lo menos a los no-herejes; pues como suele pasar en estos casos, pulularon las falsas denuncias y los vencedores tendían a alzarse con las

propiedades de los vencidos. Bastaba que se probara que un hombre era casado; o que delante del tribunal de teólogos abjurase su doctrina anárquica y subversiva, para que los “hombres de la encuesta” (que eso significa “inquisición”) liberaran al acusado; pues había un decreto del Rey de Francia de pena capital para todo recalitrante; y los jueces reales no se daban mucho trabajo con la teología.

Veinte años más tarde (1233), las “*Constituciones de Tarragona*” de Don Jaime el Conquistador ponen el cimiento de la Inquisición Española; que quien las lea verá eran un inmenso progreso jurídico sobre la legislación durísima de aquellos tiempos. El Artículo 5º dice que “para que no pagasen inocentes por pecadores (como pasaba a causa del tremendo edicto del padre de Pedro II contra los “valdenses”) nadie podría decidir en causas de herejías sino el Obispo, *u otra persona eclesiástica a eso deputada*” —o sea un inquisidor. La Inquisición era un tribunal *doble*; y en ella los eclesiásticos no hacían al comienzo sino “inquirir”.

Así terminó la herejía albigense primera, para bien de la humanidad, aunque la lucha contra ella continuó casi un siglo más en Cataluña y León de España; y la Inquisición... evolucionó; la cual nada tuvo en su comienzo que no fuese loable, y en su medio no fue tan negra como hoy día hacen creer al vulgo. Y si lo digo yo, que he sido víctima de la “Inquisición sin Encuesta”...

Y así probablemente tendrá que terminar el Comunismo, si es que el mundo debe seguir viviendo, cosa que yo no sé. No creo que se pueda convertir a los comunistas rusos tocándoles el violín del Progreso Indefinido, los Derechos del Hombre, y la Democracia Liberal, como San Vicente [sic] Solano a los indios. También puede ser que el Comunismo *no se deba convertir*, sino que deba fusionarse con las otras dos Ranas del Apocalipsis, el Liberalismo y el Modernismo para formar la trenza del Anticristo.

Y aquí viene la diferencia de los albigenismos Primero y Segundo:

1º- La Herejía de Albi fue un conflicto regional, de los “lugares oscuros y sucios” de Europa, mal evangelizados; el comunismo es un conflicto *Mundial*.

2º- El albanismo era una barbarie desorganizada; el comunismo es una barbarie organizada, teorizada, calculada y (perdón por la palabreja) *tecnologizada*.

3º- El albanismo insurgía contra una sociedad cristiana; el comunismo contra una sociedad que no puede llamarse cristiana “simplíciter”, como bien nota E. E. Y esta es la diferencia capital. Los yanquis defienden hoy la Civilización Cristiana... Capitalista.

De aquí que tiene razón el autor en rehusar una “guerra preventiva” contra Rusia. De punta a cabo en su libro insiste en que “la violencia no puede persuadir una religión” (como dijo Inocencio III) que la lucha contra el comunismo debe ser moral y espiritual, que lo primero y principal es *nuestra conversión*. Tiene razón en eso, pero permítame:

– Si los rusos atacan a Europa o América, ¿les está permitido defenderse a los cristianos?

– ¿No han atacado ya los rusos a Europa, como en el caso de Hungría, Polonia y las otras cinco “naciones cautivas”?

– ¿Es obligatorio esperar para armarse que se produzca de hecho el ataque “atómico”?

Formular las preguntas es contestarlas.

Las exhortaciones “irenistas” del autor se dirigen a los católicos comunísimos que dicen que los comunistas son todos bestias y ladrones y que hay que aniquilarlos cuanto antes.

Algún choque o guerra parece muy probable sino inevitable –porque sencillamente “la agresión armada al mundo capitalista está dentro de la doctrina comunista” – en tanto que la *defensa armada* está indudablemente dentro de la doctrina racional – no diré católica. Dentro del sentido común, sea pagano o cristiano.

Conflictos críticos

Abramos las páginas de la historia: en nuestro pobre mundo ha cuajado muchas veces la siguiente situación: dos núcleos enfrentados irreconciliablemente, uno de los cuales puede llamarse Civilización y el

otro Barbarie. Se produce una guerra desesperada, de exterminio a veces. Triunfa el núcleo civilizado, y sigue para él un “Siglo de Oro”, un Imperio. De esta suerte fueron las Guerras Médicas (Grecia y Persia), las Púnicas (Roma y Cartago) y las Musulmanas (Europa encabezada por España contra el Islam). Hay otras más pequeñas o menos claras; como la breve “Cruzada Albigena” que hemos descrito; no tan breve pues duró 20 años.

Chesterton ha reseñado magistralmente uno de estos choques en su libro *“The Everlasting Man”*, capítulo *La Guerra de los Dioses y los Hombres*^{*}. Entre nosotros un escritor español Penella de Silva, escribió un dilatado y curioso libro: *“Buenos días, Mister Truman”* en que expone muy bien esta premisa del “permanente asedio de la Civilización por la Barbarie”, aunque por desgracia no saca conclusiones del todo justas. Su error a mi parecer es propiciar una “guerra preventiva”, o sea, un ataque activo de EE.UU. a Rusia (proceder no cristiano) y sobre todo, el olvidarse que es preciso que preceda a toda vera “cruzada” la conversión de Europa, por lo menos incoada. De otro modo serán dos fuerzas igualmente inicuas o poco menos las que choquen; y los que sonaremos seremos nosotros los cristianos. Esta posibilidad ha sido también considerada por los videntes; como el ruso Solovief en sus *“Diálogos”* (1900) y el inglés R. H. Benson en su novela *“Señor del Mundo”* (1910), cuya traducción española publicamos poco ha. Uno y otro consideran dos enormes potencias enfrentadas, las dos igualmente acristianas, Europa y Asia (Imperio chinojaponés) y como consecuencia de esta situación la epifanía del Anticristo. Solovief considera la Guerra verificada y ganada por los amarillos; Benson considera la Guerra evitada a último momento por el Anticristo, Juliano Felsenburg.

Quise decir esto para que no se entienda a E. E. en el sentido del “irenismo” condenado por S. S. Pío XII en su encíclica *“Humani Géneris”* contra la Nueva Teología. “Irenismo” (de *“irénee”* gr. paz) significa *Paz con los herejes a toda costa*.

Sospecho que no se puede amansar a las fieras de hoy día tocándoles la flauta de Orfeo. Si no han leído las *“Memorias”* de Trotsky, léanlas. Es una fiera humana; más aún, es un demoníaco.

^{*} En realidad el capítulo se llama *“La guerra de los dioses y los demonios”* [N. del E].

El asalto actual a la Iglesia se diferencia de todos los anteriores en que no es solamente malo (con maldad humana), sino satánico. Tiende a liquidar no solamente lo sobrenatural, sino aun lo natural, como bien nota nuestro autor la razón, la tradición, la convivencia política, los derechos humanos —empezando por el derecho de propiedad privada, palafreñ del comunismo.

Entre paréntesis, notaré una proposición, que me parece menos exacta: “discuten los teólogos si el derecho de propiedad es inherente a la natura”... (pág. 68).

Eso no lo discuten los filósofos católicos; discuten solamente su grado de “naturalidad”.

Niegan dos extremos: que sea un derecho natural de “primer grado”, como el derecho a comer o a casarse, uno; y dos, niegan que sea una mera convención humana, una ley positiva que otra ley positiva pueda lícitamente abolir.

Es un derecho natural de “segundo grado”, o sea “derivado con intermedio de la razón”, como es, por ejemplo, el matrimonio indisoluble y monógamo.

E. E. defiende que es derecho natural con el argumento que de él depende el derecho a la libertad. Está bien, pero hay que añadir por debajo el derecho a comer y a engendrar hijos *con tranquilidad*. Eso de la “dignidad de la persona humana” solamente, parece cosa de democristianos.

En suma, es verdad lo de E. E. en pág. 84:

“Aplastar a las naciones comunistas en una guerra... no tiene sentido”.

También es verdad complementaria:

No defenderse de los Bárbaros o los Piratas si acometen... no tiene sentido. E. E. no sueña en negarlo. Pero no insiste en ello, pues no lo pedía el fin de su libro.

La culpa.

E. E. le carga la romana a los católicos. “Los católicos tenemos la culpa” –dice–, lo cual es verdad; es decir, los Sedicentescatólicos no los Santos, que son los Verocatólicos. Pero: “los católicos tenemos *toda* la culpa”, no sería verdad.

Esto también lo indica al llamar a boca llena “*herejes*” a los bolchévicos; pues, la herejía es pecado, y muy grave: es una rama de la “infidelidad”, que es el más grave de todos.

No se es hereje de nacimiento, o por casualidad; salvando empero la tesis del filósofo Zubiri acerca del “pecado colectivo de ateísmo”.

Otra cosa es el “error en la fe”, el cual puede ser inculpable; mas el “hereje” es lo que el criollo entiende cuando dice “hereje”; y algo peor.

El comunismo es, según E. E. una especie de catolicismo ateo, valga la paradoja; como el albianismo fue un catolicismo *maniqueo*: Elizalde hace ver que existen en él profundas aspiraciones cristianas (o hebreas), asumidas por el ateísmo. Esa es la definición misma de toda herejía; de las cuales Elizalde opina, el comunismo “es la más inteligente” (?).

Todas las miserias, injusticias, explotaciones y atropellos del mundo no pueden hacer que un hombre diga: “No hay Dios” si él no quiere. Podrán hacerlo enojarse contra Dios y aún blasfemar; pero la insensata afirmación “No hay Dios” procede de la necedad, según la Escritura: “*Dijo en su corazón el necio: No hay Dios*” (Psalmo XIII, 1; Salmo LII, 1). Y la necedad, entendida como la Escritura, es pecado grave: el hombre es responsable directa o indirectamente de ella. La simple ignorancia, que suele ser humilde; la equivocación acerca del número del colectivo o la hora del tren, que suele ser propia del filósofo, no es la “*stultitia*” de la Biblia: *Stultitia opponitur sapientiae*; es decir, es la necedad acerca de las cuestiones vitales; o como dicen hoy, “trascendentes”. Esta necedad es hija de la lujuria o bien de la soberbia, enseña Santo Tomás (“*Summa Th.*”, II, IIae, XLVI).

El ateísmo, tan numeroso hoy, no es disculpable, aunque sea en muchos “atenuable”.

Crisis en la Iglesia

¿A qué católicos le carga la romana Elizalde? A los burgueses; es decir, a los ricos. No han cumplido las encíclicas papales acerca de la cuestión social.

Algunos las han cumplido. ¿Era posible o fácil que *todos* las cumplieran? Para eso era necesario que abajo de ellos la gente llamada “humilde” las hubiese cumplido también; y arriba de ellos, el clero: hostigando a los “católicos” malos ricos, como en tiempo de San Juan Crisóstomo, San Agustín y... Jesucristo. El clero es copartícipe de esta responsabilidad, como en tiempo de los Albigenes.

Hemos dicho alguna vez que la Iglesia atraviesa hoy una crisis por lo menos tan grave como antes del estallido del Protestantismo. Pedidos cuenta de esto, no podemos darla; por lo menos sin escribir un gran libraco. Es un “pálpito”, digamos; y se han escrito a veces libros enteros (como el de Congar O.P.), para justificar un “pálpito”, que no son convincentes; y sin embargo, el “pálpito” era certero.

Yo diría así brevemente que (parece) la actual estructura temporal de la Iglesia está fallando en su eficacia (lo dijo el insigne Rosmini y el insigne Newman hace un siglo); ya endurecida y engarabitada, como pasa a todos los institutos humanos; y a favor de esa falla, enormes abusos e injusticias son posibles dentro de la Iglesia, que la ensucian y desacreditan. Una de ellas y muy seria es la preconización de Jerarcas poco inteligentes, contra lo que enseñó Sto. Tomás y mandó San Pablo (*“Y el pazguato no será ya más llamado Príncipe”* – dice el Profeta; hablando del Siglo de Oro); lo cual proviene en parte de la actual lamentable distanciaci3n y aun dispartici3n entre el pueblo fiel y la Jerarquía; en la cual tanto insistió Rosmini antes del Primer Concilio Vaticano.

La “estructura temporal de la Iglesia” no es la Iglesia ella ha tenido varias y diversas en el curso de la Historia. El Vaticano no es el Espíritu Santo... como me dijo ayer un “nacionalista” argentino. ¡Ojo, sin embargo!; los comunistas dicen algo parecido: ellos “combaten solamente al catolicismo político” (?).

Quédese esto así; pues con este asunto no es muy apacible meterse mucho. Elizalde indica esta causa muy de paso; y hace muy bien.

“Sed contra est...”

Esto se está haciendo una disertación. Acabemos.

Hay en este libro algunas proposiciones “filosóficas” (su Catecismo, Elizalde lo sabe muy bien) que no me gustan, aunque pueden ser entendidas bien; por ejemplo, acerca de la teoría del conocimiento, acerca de la teoría de la creencia y acerca del uso de los bienes temporales.

I – “Los juicios son elecciones antes que comprobaciones. Juzgar es optar”. Distingamos.

1º – Los juicios de “creencia” (de lo cual trata el contexto) son opciones *a la vez que afirmaciones*.

2 – Los juicios en general están conectados con la voluntad, siendo nuestras facultades un *todo* y no compartimentos estancos. “El intelecto está penetrado de voluntad”, dice el autor con razón; que es lo que decían los antiguos: “*voluntas in ratione est*”. El hombre que sabe, primero *quiere* saber, dice Elizalde. En un sentido: en el sentido de que el apetito o tendencia general a saber, es propia del intelecto; como toda potencia apetece su acto. Habría que distinguir aquí, para ser exactos, entre “voluntad tendencia” y “voluntad potencia”, o sea, entre propensión y albedrío. No necesitamos “querer saber” cuando se nos enfrenta una evidencia. Yo quisiera no saber que en estos momentos mi vecino me está dando Radio gratis a todo volumen; pero no puedo.

3º – *El intelecto prima la voluntad*; es decir, es primero ontológicamente, es principal. Lo contrario procede del difundido “voluntarismo” que impregna la filosofía moderna; que comenzó históricamente con Occam y fue cuasi impuesto por Suárez. Es un error en metafísica.

Los únicos filósofos modernos No-voluntaristas que conozco son Schopenhauer, Husserl y Nikolai Hartmann entre los mayores.

II – La fe es una de las especies de la *creencia*. Es, antes de todo, una afirmación, no un sentimiento. Según la fórmula teológica, ella es “intelectual, libre y oscura”.

“Creer en los milagros es también un milagro... Creer en lo que se deseaba demostrar es un acto de fe...” – dice nuestro autor. Quiere indicar que *al que no quiere, no se le puede demostrar la existencia de Dios*, lo cual es verdad; pero la existencia de Dios no es un acto de fe sino una verdad natural al alcance de la razón. Como tampoco el milagro (entendido como hecho histórico) no es un acto de fe.

El autor exagera o no determina bien el papel de la Gracia y la Voluntad humana, en la Fe; por mor de su empeño en recalcar que la fe es libre.

“La fe no es cosa nuestra sino de Dios; es muy poco lo que nosotros aportamos, *casi todo* lo hace la Gracia...” (pág. 94).

Créase o no, la Gracia lo hace *todo* y el Albedrío humano lo hace también *todo*.

Parece imposible; pero un pintor pintando hace *todo* el cuadro y el pincel hace *todo* el cuadro en diversos planos: causa principal e instrumental. “*Totum sed non totaliter*”, decían exactamente los antiguos.

La comparación flaquea en el caso de la Fe, pues allí el instrumento no es inanimado, sino vivo. Entonces recurren los filósofos a la noción de “causas recíprocas”.

Hay causas que se causan mutuamente: están unidas y su acción produce un solo efecto o un solo “supósito”, como son eminentemente el cuerpo y el alma en el hombre. “Mi enfermedad me produce tristeza y la tristeza produce mi enfermedad” (Kierkegaard, enfermo de “mal de melancolía”) “*Causae quae ad invicem sunt causae*” – causas entre sí causativas.

La doctrina de las causas recíprocas es una clave en psicología y en filosofía. Ellas se dan solamente en el dominio de lo viviente y sobre

todo de lo espiritual; y resuelven problemas, de otra manera, desesperantes.

Algunos modernos les llaman ineptamente “causas en cadena” y “causas en circuito”. Así la teoría de Freud acerca del “placer premio” y “placer estímulo”.

La Gracia causa la determinación de mi albedrío y la determinación de mi albedrío causa la Gracia.

¿Es imposible? Más imposible es que la Gracia cause, pongamos nueve décimos del acto de fe y un décimo sólo lo cause yo. Un acto vital (“inmanente”, como dicen) no puede ser causado parcialmente por dos causas vivas a medias; como dos caballos que tiran de un carro. No es así.

(*Paréntesis.* – Es una lástima que en la Argentina no se enseñe *buena* filosofía, rudimentaria al menos, a todos. Pero para eso sería necesario la supieran primero Mac Kay el profesor Salonia.

El Bárbaro “Monopolio Estatal de la Enseñanza” ha atrasado al intelecto argentino, y con él a *toda* Argentina de un modo inmensurable. El Estado no puede enseñar filosofía porque no sabe filosofía; entre nosotros no sabe ni siquiera Política, que es su oficio).

III – Acerca del uso de sus bienes, Elizalde da a los ricos consejos buenos, pero incompletos.

“Si hemos de emplear nuestra fortuna en la política, lograríamos mayor beneficio dándola de limosna a los pobres” – dice.

Eso es verdad, excepto en el caso de verdadera vocación política; es verdad de los que tienen vocación religiosa.

Si Marcelo Sánchez Sorondo gastara su fortuna (si la tuviera, digo, como sería de desear) en traer un buen gobierno a la Argentina, haría mayor beneficio que fundando una Casa Cuna. Fundaría muchas Casas Cunas.

Existen (o existieron) en la Cristiandad Europea las virtudes de ricos, llamadas “liberalidad”, “magnificencia” y “munificencia” que se puede

decir son variedades superiores de la limosna o “beneficencia”. Ellas consisten: 1º, en ser desprendido y generoso con su dinero, o sea “liberal” en el antiguo buen sentido; 2º, en hacer obras magnas de pública utilidad; y 3º, en hacer donaciones a los que sirven al procomún –como los periodistas “nacionalistas de derecha” – o el curandero uruguayo Federico Díaz.

Enrique Elizalde hace un retrato del nacionalismo del cual sólo diré que los nacionalistas argentinos *que yo conozco*, no se parecen ni sombra. Será el nacionalismo de Alemania – o de Inglaterra. O esto que llaman ahora “nacionalismo de izquierda”.

Mi finado director y amigo don Lautaro Durañona y Vedia no tenía ni sombra de los tres caracteres de este mal nacionalismo, a saber: odio a los judíos, rencor a las demás naciones y prepotencia dictatorial bestial con sus compatriotas. Más bien pecaba por los tres contrarios a ésto.

Cabo

Este prólogo es así como es a causa de que la primera vez que leí este manuscrito, fue en orden a hacerle una “censura”. Pido disculpa a los lectores que hubiesen preferido quizás otra cosa. Para más pormenores positivos ver el ensayo *Comunismo* en mi citado libro “*Cristo ¿vuelve o no vuelve?*”, pág. 205.

Summa summarum: el autor, a mi parecer, logra su intento, el cual es oportuno aquí y ahora.

Describe con mansedumbre y exactitud la Segunda Rana.*

Pronostica bien sus causas próximas y consecuencias posibles.

De su lectura, concluyo yo:

O bien el Comunismo Mundial será reducido por el medio y manera que aquí se indican; como el antiguo Albigeísmo, o el Islam, o el Arrianismo; y en ese caso vendrá en el mundo una gran prosperidad o al menos pacificación, que no durará empero más de tres generaciones, o quizás dos: un “Siglo de Oro”.

* Referencia a las tres ranas del apocalipsis de San Juan (16, 13-15).

O bien el Comunismo *no* será reducido y seguirá propagándose lentamente y embromando a medio mundo; y entonces, yo no veré el resultado ni mis sobrinos nietos tampoco.

O bien el comunismo se funde, pacíficamente o no, con la tercera Rana, que es la Última Herejía, y “la más inteligente (satánicamente) de todas”, y ahora ya existe. Esto visionaron Solovief y Benson.

Y entonces, agarráte Catalina que vamos a galopar.

LEONARDO CASTELLANI

*Día de San Policarpo Milenista,
Obispo y Mártir – 1961.*



POEMAS EN NOSTALGIA MAYOR *

PROLOGO

(1961)

Me toca comentar un libro de poesía religiosa, que lo es toda (o por el tema o por el tono, o por el espíritu) la contenida en el libro *“Poemas en nostalgia mayor”* del P. Clemente Ruppel, S.V.D – Edit. Guadalupe, Buenos Aires, 1961.

Hace unos treinta años Manuel Gálvez decía, en un artículo de la ya extinguida revista “Ichthys”, que en la Argentina no había poesía religiosa; lo cual era un hecho, y muy revelador por cierto. Hoy no puede decirse lo mismo: la poesía religiosa ha aparecido, tímidamente es verdad, pero con nota de indudable autenticidad; no solamente la poesía devota, sino también la mística, y la religioso-existencial, que es la poesía humorosa. El humor, *cierto género de humor*, es el trecho entre lo ético y lo religioso, trecho que de suyo se salva de un salto. De este género de humor es eximio ejemplo el poema *“Letanías al Buen Ladrón”* (p. 127), uno de los más notables del libro. Y las poesías en este tono, a mi juicio, son las más religiosas del libro, aunque no a primera vista quizás.

He aquí un libro tremendamente argentino, porque es europeo y “atrasado”: es arte del siglo XVII; es decir, arte religioso barroco. La palabra “barroco” tiene dos sentidos: uno peyorativo, que significa exuberante o recargado: rococó en Francia, churrigueresco en España, manuelino en Portugal, “grottesco” en Italia. Otro sentido técnico, que indica simplemente el arte tan peculiar del Seiscientos y Setecientos mitad. En este sentido nos parece se puede calificar este original libro, salvo mejor parecer.

En la periferia de la provincia de Buenos Aires surgió un día una catedral seudogótica de ladrillo y cal, destinada a no ser terminada nunca; contra la cual se desató con furia teatral y pedantesca, aunque justificada en el fondo, el entonces joven (1910) Leopoldo Lugones, en su conferencia *“La Cacolithia”*. ¿Qué diría Don Leopoldo viejo si

* Ruppel, Clemente (1961). *Poemas en nostalgia mayor*. Buenos Aires: Guadalupe, pp. 5-7.

hubiera contemplado este alcázar de palabras fabricado pacientemente en la pampa, con las pompas refinadas del siglo XVIII – con la paleta del Tiépolo, la plomada de Andrea Pozzo y el mármol florecido del Bernini? Su furia se hubiese inclinado ante la poesía auténtica; y su patriotismo se hubiese sorprendido y regocijado de este inesperado trasplante.

“Entiendo que la idea de alzar sobre nuestras pampas un templo gótico es empresa tan quimérica como la reproducción de un animal antidiluviano” –dijo en aquella ocasión. En esta, me figuro, diría: –“Es ley de nuestra tierra que un descendiente de la Germania Católica pueda escribir en medio de la pampa como si estuviese en el Augusteo de Munich o San Esteban de Viena”... “el fondo contradictorio y romántico de nuestro carácter”.

Después de un siglo de desprecio, en el cual se forjó el sentido despectivo del vocablo, los peritos en artes plásticas se pusieron a reivindicar el arte de la Contrarreforma; y han convenido en que el barroco, si no el más religioso, es el más *católico* de los estilos. Así como los teólogos, los artistas también salieron en defensa de la antigua religión europea contra el movimiento duro, cerrado e iconoclasta que, en nombre de la “vuelta a la Iglesia primitiva”, la amenazaba; y crearon un estilo fastuoso, regocijado y tierno como antídoto al rebrote de barbarie y rigorismo. Para contestar al jansenista que escribía como un eco del sombrío Calvino:

*“De notre religion les mystères terribles
D’ornements égayés ne sont pas susceptibles...”*

los artistas católicos no hicieron sino amontonar en torno a los altares todas las fiestas, e incluso todos los firuletes y farandulerías del universo mundo. Paradojalmente, ante la rebelión contra el dogma y la norma que enarbolaba la “libertad interior” para llegar a las más duras cadenas del alma que han existido, los países católicos representados por sus grandes artistas se pusieron a jugar, por así decirlo, a danzar: trajeron todas las cosas risueñas y caprichosas del mundo para colgarlas en torno al atacado tabernáculo; como en las misiones guaraníes, la procesión del Corpus con cacatúas y tigres amarrados en el camino atorado de flores tropicales. El dogma y la norma lo que hacen al fin no es aprisionar sino liberar el espíritu. Y aunque a mí no me gusta tanto el barroco como a

Benedetto Croce, Eugenio D'Ors, Chesterton o Paul Claudel, todavía creo que la idea de ellos es justa: para que un niño pueda jugar al borde de un abismo (como “el pequeño Saltimbanqui” de nuestro poeta) es necesario que haya un antepecho a lo largo del abismo; y así el siglo de la “Reforma” y de las guerras religiosas, vio aparecer el arte más libre, juguetón y antojadizo que existe: Bernini, Zerpotta, Lunghena... empezaron a hacer moverse, ondular y florecer al mármol con drapeados de piedra que parecen seda, templos que parecen árboles y alcázares que parecen fogatas –y (por desgracia inevitable) a veces, también, mazapanes.

Para volver a nuestro poeta, su libro tiene como tres partes: una, la de los sonetos alejandrinos de tema religioso, factura refinada y contenido tierno y regocijado, no pocas veces netamente evangélico, como en esa pieza magistral

LA SAMARITANA

*Desciende el mediodía por la boca del pozo.
En su fondo navegan relámpagos de fragua.
En eso Dios irrumpe jadeante y sudoroso,
el cielo como premio por una copa de agua... (p. 39)*

Segunda, los poemas en versículos libres o pareados, que constituyen una especie de parábolas líricas, un poco soñadoras, muy patéticas y altamente originales, como la ya recordada “El pequeño Saltimbanqui”.

Tercera, las piezas humorísticas o satíricas, también en metro libre por lo general, de una singular energía, que no vacila ante el toque feroz o agrio, aunque esta no sea la vena habitual del autor; como “Pérez y Pérez”, p. 171.

Entre estas partes sustanciales, aparecen exquisitas viñetas, ya en forma aforística, ya en forma folklórica popular a modo de villancicos; a veces como refinados madrigales:

*Corazón, que tu latido
sea suave como el sueño,
callado como el olvido.*

*Como el olvido... De suerte
que no le quede, al final,
mucho que hacer a la muerte. (p. 153).*

El P. Clemente Ruppel soporta la comparación con los mejores poetas argentinos actuales; y se levanta tranquilamente sobre la turba de los mistificadores, falsificadores, oropelistas y criptomacanereros. Es un maestro de la lengua y el metro, un príncipe de la metáfora y un millonario de la fastuosa ornamentación. Su oscilación entre el amor místico expresado en términos eróticos y una contricción lírica que lo lleva a posar un poco de pecadorazo, nos parece un poco forzada; pero ella cesa en la tercera y mejor etapa del libro, en las secciones llamadas “La hermana infalible”, “Sonetos pintores”, “Poemas en nostalgia mayor” y “Balas perdidas”; donde su ascética aparece madura y completa.

Uno vuelve de un mundo musical, pinturero, armonioso, ensoñado, y sin embargo real, al acabar el libro, que ha de leerse entero de una vez; y sin dificultad alguna resplandecen como florones de luz suave las piezas perfectas, como este ejemplo:

DESPONSORIO BLANCO

*Cuando venga la muerte con suavidad de raso,
a bañar con su lumbre mi lóbrego retiro,
prevendrán mis latidos el ritmo de su paso
como esas lentas músicas que acaban en suspiro.*

*Con precisión de novia que nunca llega tarde
me brindará su diestra sostén de lazarillo.
– ¿Te vienes? ... Sin recelo que entonces me acobarde
mi “sí” tendrá rituales resonancias de anillo.*

*Iremos por la noche que pule sus diamantes.
Hará mi blanca niña que broten del arcano,
si quietudes de tálamo, secretes amantes.*

Y yo callado, porque todo sumiso en gozo,

*pasaré como en éxtasis, ostentando en la mano,
–ramillete de flores– mis nervios en reposo. (p. 51).*

LEONARDO CASTELLANI, E.U.

Junio de 1961



PRÓLOGO A NOSOTROS LOS INMORTALES

por Don LEONARDO CASTELLANI *

(1961)

He tenido el privilegio de corregir las galeradas de este libro. Se me pide diga algo de él.

Yo diría que Helvio Botana es un poeta que saca las primeras consecuencias de la Fe; que por ser las primeras están olvidadas por los fatigosamente embarcados en discutir las últimas –o simplemente olvidados de todas–. La “fe no pensada” es una de las variedades de la “fe sin obras” del Apóstol Yago. La obra del entendimiento es en el hombre la primera obra.

Esta obra de pensar la fe ha faltado hasta ahora en la Argentina. En un cientocincuentañario de “religión”, la Argentina no ha producido libros religiosos buenos; ni malos, si vamos a eso; y los devotos hacen un milagro cuando leen una traducción del Cardenal Spellman o Raoul Plus. Por eso son importantes los libros de Botana, todos ellos de tema religioso.

Son en nuestro medio una especie de milagrito. Muestran que el país no está tan degradado como parece.

En un viaje reciente a Rosario fui a visitar a un sacerdote muy enfermo conocido mío, el cual me preguntó con voz aterrada y moribunda: “¿La Iglesia no le ha prohibido todavía esos libros que Ud. anda propalando subrepticamente?”

Pobre Don Helvio: prologado por mí, es posible que su perfectamente ortodoxo meditatorio se convierta en herético y “subrepticio”.

El que los primeros libros religiosos que se publican en el país deban producir tal grotesca reacción, incluso en personas de la más alta Jerarquía, es cosa que ya no es de tolerar, pues son desdoro incluso de la inteligencia y adultez del país, no digamos al decoro de la Iglesia.

* Botana, Helvio (1961). *Nosotros, los Inmortales*. Buenos Aires: Fariña Editores, pp. 11-19.

Y el hecho de que algunos miembros de esa Jerarquía no sólo yerren teológicamente acerca de esos libros, sino que anden difundiendo su error en forma oculta y tortuosa, “por los rincones”, como dijo Santo Tomás, es grave; pues es derechamente lo contrario de su oficio.

El Papa Benedicto XIV en su bula “*Sollicita et próvida*” del 9-VII-1753, mandó que quien pillase una herejía en el libro de un católico, le avisase primero a él en caridad (cosa que por lo demás el Evangelio manda en Matt. XVIII, 15) y si el errante recalcitare o se obstinare, solamente entonces lo denunciara con las debidas pruebas a la paterna autoridad competente, mandado que ha entrado en el Reglamento de la Congregación del Índice. Más ni la bula “*Sollicita*” ni otra alguna manda o permite a los Pastores de la Iglesia que anden susurrando por los rincones delitos ajenos graves que no existen, difamando gravemente a sus súbditos, prohibiendo libros ya rectamente censurados y aprobados por medio de circulares secretas a curas o libreros, intentando (sin éxito por suerte) quitar a un escritor creyente su único medio de vida, etc. Eso es mugre. Eso sería simplemente, si fuera adelante, “la abominación de la desolación en el lugar donde no debe estar”.

Para mí la cosa sería cómica si no fuese tan dañina y desdolorosa a la Iglesia. Un alto Prelado dijo en una reunión de A. C. a las indefensas muchachas (respondiendo a una de ellas) que “Castellani es hereje pero tiene un talento tan sutil que no se sabe si es o no hereje”. Demasiada sutileza parece eso. *Relata réfero*. Relato de dos testigos. Ojalá fuese falso. Pero solamente que la anécdota corra con datos concretos, nombres y fechas, ya sería bastante malo.

Bien, el libro de Helvio Botana no es herético ni “subrepticio”. Soy Doctor en Teología y por lo menos las obras de los otros tengo autoridad para juzgar... en primera instancia.

* * *

Cualquiera cosa quiera decirse de los tres ensayos religiosos de H. B. (*La Viña y el Grano. Esta difícil libertad y Nosotros los inmortales*) lo que no cabe negar es que son católicos.

Lo segundo que no puede negarse es que son vividos. De repente una frase nos toca en forma que la creemos nuestra, que ESO lo hubiéramos

querido decir. De modo que el comentario no es: “Qué hermosa frase”, sino “¡Qué cosa real!”.

Véase por ejemplo el capítulo sobre el “existencialismo” artístico o literario argentino: es patente el contacto o experiencia directa y no de oídas del autor con los medios sofisticados, snobs, o derechamente macaneadores que en la Gran Capital del Sur monopolizan en ciertos modo la dirección de lo que se llama “Cultura”. En la Facultad de Ingeniería se enseña una “materia” con “trabajos prácticos” llamada “Historia de la Cultura”. ¿De cuál de ellas?

“Hoy día corromper y ser corrompido llaman cultura”, dijo Tácito. *Corrumpere et corrompi saeculum vocatur*. Más los “artistas”, los “profesores” y los “filolettros” actuales (en general) peores que los de Roma pagana, no corrompen solamente las costumbres, estos corrompen la cabeza. Son “álogos”.

* * *

La certera frase de H. B. (otro ejemplo de lo dicho) acerca de los “galimatías intelectuales” del tan cacareado en esos medios tilingos filósofo Heidegger (que si hay cuatro que lo han leído todo y tres que han entendido algo, es mucho) revela actualidad y muy buen sentido. En efecto, dejando aparte su talento para la abstracción (que es la condición del metafísico pero no es ni de lejos TODO el metafísico) existen en Heidegger páginas enteras de malabarismo técnico, con palabras metafísicas forjadas por él con residuos de Aristóteles en el cual prolonga el profesor de Friburgo, un juego poco noble que inventó Hegel. Ejemplo de la perspicacia de HB., el cual posee claramente lo que llamó San Ignacio el “sentir con la Iglesia”.

Es esta pues una apología del cristianismo enteramente vivida; o sea “subjetiva”, como las quería Kierkegaard. Responde a la pregunta: “¿Qué vio Ud. en el catolicismo para hacerse católico?”. Exalta por encima de todo la Caridad y la Libertad del espíritu, que son los dos principales “frutos del Espíritu Santo”, que decían los antiguos catecismos españoles; no cualquiera libertad, sino “Esta difícil Libertad”.

La faz tan importante de la penitencia, la cruz y la “tristeza cristiana” (Balmes) no está negada ni mucho menos, pero está puesta de fondo y como en sordina. También lo está en Chesterton. Quizás el singular estado de nuestra época desesperanzada lo pide. Los Padres de los primeros siglos no hacían más que predicar el cielo y el triunfo; es decir, la Parusía: la “inmortalidad”, lo mismo que HB. HB. sabe que el catolicismo es difícil, pero no se ocupa de ese aspecto de él, que aquí y ahora no es el principal.

La “historicidad” es un factor absolutamente necesario al entendimiento de las doctrinas. El comunismo es como un albigenismo; pero es de este tiempo, y por tanto diferente de medio a medio. Estos días he estado considerando el singular viraje de los escritores eclesiásticos de alrededor del siglo Vº: cómo difiere el enfoque (no la dogmática) de un Ireneo (siglo II) del de un Agustín (siglo V), uno con la intensa preocupación de la Parusía, el otro con la no menos intensa de la construcción inmediata de la Cristiandad. Yerran los que afirman: “San Ireneo fue milenista, San Agustín fue antimilenista”. Las dos cosas a la vez fueron los dos; con el acento desplazado. Pero de esto, otra vez.

* * *

HB. dice cosas obvias que nadie dice, y por ende, pocos saben; pues la mayoría dice lo contrario. “¡Qué lindo el vestido del Rey!”

Así HB. dice por ejemplo que no estamos en la Era Cristiana, sino en la Era Descristianada.

El abrió los ojos y lo vio. No llegó a ello por una larga ringla de silogismos o estadísticas.

Basta querer ponerse a vivir la fe para experimentar una correntada en contra que lo hace reír a uno del conocido axioma de Mons. Franceschi: “Nunca la Iglesia ha estado tan bien como ahora...”.

En un cierto sentido espiritual es verdad; más o menos en el sentido en que San Lorenzo puesto sobre las parrillas ruscientes decía que estaba fresco.

HB. es aquel niño que exclamó: “El Rey está desnudo”, mientras los cortesanos graznaban exclamaciones a su hermoso vestido; porque un brujo los había hecho encreyentes que no verían el vestido (inexistente) los que fueran hijos de bastardía. De esos brujos y cortesanos está lleno el mundo. Ahora se llaman “la opinión pública”.

El mundo de hoy está compuesto de dos especies: una minoría que sabe realmente la verdad de las cosas, en un sector del saber al menos; y una mayoría que sabe lo que dicen los diarios; y esto son los que creen saber más que todos (como que son mayoría) y desprecian al pobre solitario en su cueva.

Repiten consignas y chibaletes sin saber que son consignas, y menos de dónde vienen ¿y nosotros vamos a repetir o respetar tales consignas? Si uno dice otra cosa es “loco” o por lo menos es “agresivo” – “Oh, no, quién sabe lo que irá a decir Castellani!!!” – Imbéciles mamaos. Pierdan cuidado: no les voy a decir la verdad a los que no la desean ardientemente.

* * *

Un mamao decía hoy en el tranvía: “Yo no estoy con los Estados Unidos; más bien estoy en contra de los Estados Unidos”.

Me gustaría saber cómo se hace eso: yo no puedo estar ni a favor ni en contra de los EE. UU.

¿Qué significa ese vocablo “Estados Unidos” para el buen señor? No es el signo de nada real, “no supone realmente”, como dicen los lógicos. El vocablo supone por unos cuantos fantasmas desvaídos y no concertados que él posee en su mente o en lo que está en lugar de ella; los cuales él imagina fantásticamente que chocan con otros fantasmas desconcertados que responden al vocablo Yo.

A Estados Unidos nunca fue; y aunque hubiese ido...

Así que no hay en la realidad de las cosas nada que responda a esa enunciación, que es un mero “flatus vocis”. Es menos que humo, es una *palabra ociosa* de las que prohíbe el Evangelio.

Y hay miles y miles y miles de hombres que hablan así: son “la opinión pública”. De entre ellos elegiré el Domingo próximo el que me ha de representar a mí en el Gobierno de esta nación. Mediante él, yo participaré una veintemillonésima parte en el gobierno del país; pero los otros diez y nueve y pico de millones, que son más, me gobernarán a mí.

No hay ninguna necesidad de chocar a la opinión pública. HB. no tiene el menor prurito de hacerlo. Pero si él dice lo que es, lo que simplemente él ve, siente o vive, es el innumerable rebaño de los imbéciles el que lo mirará torcido. No repite lo que dicen ellos. O si lo repite, lo dice con un cierto tono diferente...

La caridad para con el innumerable rebaño de los imbéciles consiste en tratar de diferenciarse de ellos, en el fondo por lo menos; aunque también puede uno asimilarse a ellos un poco por cortesía, si puede aguantar eso; si no, irse a la soledad.

La palabra es que no hay hombre que, por ser hombre, no lo sea un poco. La palabra “imbécil” la inventó la Biblia. En latín significa “débil”, no apto para la guerra, “bellum”. Un poco más fuerte que “Imbellis”.

He puesto el ejemplo más sonso que me vino a las mientes de los miles que pueden mostrar la cerrazón mental, la neblina intelectual y en suma la mengua de la racionalidad (imbecillistas, insipiencia) que aqueja a este siglo “científico”, orgulloso y botarate: el ejemplo del hombre “que está en contra de Estados Unidos”. –“Siempre ha sido así” – No. Siempre ha habido algo de eso; pero en mi tiempo, a calderadas.

En medio de él HB. se pone a alabar a Dios Padre, a Dios Hijo, y a Dios Espíritu con odas, ensayos, viacrucis, dramas, cintas de cine y pinturas “figurativas”; no menos que con paradojas y “salidas”.

“Ex ore infantium et lactencium perfecisti laudem propter inimicos tuos”.

Para enfrentar a tus enemigos, oh Dios, de la boca de los niños sacaste loas perfectas.

Digo esto porque alguien me dijo de otro libro de Botana Helvio: que “un neófito no debe irse de golpe a los frutos del Espíritu Santo, los cuales son propios de los perfectos...”.

Puede que sí, puede que no. El Espíritu sopla donde quiere.

* * *

HB. proclama que la Iglesia es hermosa con el acento de un convencido.

De las cosas que uno no puede remediar, es mejor no hablar; o hablar si acaso a los que deberían o podrían remediarlas, y después quedarse quietos.

La Iglesia está actualmente en una crisis peor que la que precedió al estallido del Protestantismo.

La defección de las multitudes dijo San Pío X era la gran catástrofe del siglo. ¿Y por qué defeccionan las multitudes?

Antiguamente la Iglesia atrajo a grandes multitudes, conforme a lo predicho por los Profetas, las cuales formaron la Cristiandad europea; ahora vemos el fenómeno contrario: innumerables personas, incluso honestas, se separan en silencio de la Iglesia – incluso pobres.

¿Por qué antes atraías y ahora repele? Algo ha cambiado.

Lo que es hermoso atrae, lo que es feo repele.

Si ahora no atrae, es que no se la ve hermosa.

No está vieja, está sucia. No es posible admitir una corrupción sustancial. Pero la mugre repele.

Un amigo escribió a la revista USTED (tu abuela) que entre retratos artísticos de mujercitas se ocupa de los más altos problemas, que la Iglesia debería ‘usar de instrumentos más modernos’ ñoñez que muchos repiten hoy día con inocencia. Algunas descubren de golpe que la Iglesia debería comprar “Canales”, el Papa hablar por video como Fulton Sheen, y los católicos hacer cinematógrafo católico; incluso algunos

planean convertir al catolicismo a Carlitos Chaplín y a la otra no sé cómo se llama. Otros ponen su esperanza en suprimir el celibato de los clérigos, o la lengua latina de los oficios, o las desaforadas cofias de las monjas; que si a ellas les gustan ¿a vos qué te importa?

Contesté a mi amigo que lo que debía hacer la Iglesia era limpiarse.

¿De qué? De la mugre. ¿Cuál es la mugre? La que sea. Yo actualmente no tengo más obligación que atender a mi propia limpieza, que nunca es tarde mientras queda vida. En la Sagrada Escritura, sobre todo en el Nuevo Testamento está de sobra indicado cuál es la mugre del redil...

La televisión está destinada a servir algún día al Anticristo. De suyo es uno de estos juguetes mecánicos del engreído y aplebeyado hombre moderno, que lo mismo podría servir para el bien que para el mal, y ahora no sirve sino a la vanidad; quiero decir, a la vaciedad.

Lo mismo que el cine, es una cosa maravillosa... en teoría. Pero dénles chiches a los ineducados y maleducados chiquilicuatro de hoy, y verán qué lindas cosas van a hacer con ellos.

Dios lo puede remediar. Si Dios lo va a remediar o no, yo no lo sé. Es una cosa tan sutil como el caso de la herejía de Castellani.

Mejor dicho, sé que lo va a remediar, pero no sé por qué medio, si llanamente por la lluvia o fieramente por el fuego.

* * *

Así como todo sermón termina por la vida eterna “que para mí y todos vosotros deseo”, así todo ensayo hoy día termina por (digamos) la bomba atómica. HB. asegura que la bomba atómica no le da muchos cuidado a “los Inmortales”. A la manera de los Padres de los primeros siglos, Hermas, el pseudo Bernabé, Ignacio Mártir, Clemente, Ireneo, maestros de martirio, HB. no predica la muerte y el infierno sino el Paraíso Terrenal; el cual se pone a prometer con una cierta prodigalidad de milenista. Hace bien, según me parece.

Él se gloria de la Libertad de la Verdad y exhorta a una ilimitada Caridad. De estas dos cosas tiene experimentado que surge la Paz. Ha

encontrado en la fe la transformación del mundo, “nuevos cielos y nueva tierra”. Ha comenzado a ver innúmeras cosas todas encuadradas en Una; y esa Una Cosa, tema permanente de sus escritos, ES LO QUE ES.

Como dijo uno:

“Nuestro Dios es el Dios de Las-Cosas-Como-Son,

Nuestro Dios es el Dios que Es”.

L.C.



LA IGLESIA PATRÍSTICA Y LA PARUSÍA *

PREFACIO

(1961)

La Gran Misión de Buenos Aires tuvo un buen resultado (por lo menos) que fue hacerme conocer personalmente al P. Florentino Alcañiz S.J. Espontáneamente y sin que yo le pidiera nada me regaló su librito para que hiciera con él “lo que pudiera”. El librito es una preciosidad a mi juicio, una cosa sin precio. El autor es un castellano nacido en Cuenca hace unos cincuenta años. Estudió doctorado en Sagrada Escritura en la Gregoriana de Roma, y durante su “biennium” tomó la Patrología Latina de Migne e investigó qué cosa tuvieron los Santos Padres Apostólicos del “*milenismo*”, al cual pueden llamar ustedes “milenarismo”, como lo llama San Agustín.

Compuso en un latín elegante una “disquisitio histórica” enteramente técnica e imparcial, que después de compuesta en Roma y aprobada en Cerdeña fue impresa pobremente en Granada –y nunca reeditada desde 1933.

El autor enseñó Escritura en Cerdeña, Cosmología en Granada y así diversas materias en diversos Seminarios hasta dar con sus huesos alegres y duros (capaces de soportar la persecución) hace seis años en las misiones rurales para indígenas, en el Perú.

El origen del librito es el siguiente: el insigne José Rovira S.J., que fue uno de los buenos redactores de la Enciclopedia Espasa, le enseñó a Alcañiz joven lo que era el “milenismo”; a saber, la doctrina de los teólogos que interpretan literalmente (y no alegóricamente) el capítulo XX del Apokalipsis de San Juan Apóstol, simplemente. Al estudiar en Roma se encontró con que la mayoría de los manuales, sinopsis, introducciones, notas a la Biblia, etc., e incluso grandes tratados, daban del milenismo una noticia diferente, que se puede resumir así:

* Alcañiz, Florentino; Castellani, Leonardo (1961). *La Iglesia patristica y la parusía*. Buenos Aires: Paulinas, pp. 7-13.

“Es una doctrina herética basada en fábulas judaicas y aún obscenas que mantuvieron algunos Santos Padres antiguos, los más tontos, pero que deshicieron para siempre San Agustín y San Jerónimo; de modo que desde entonces todos los teólogos de nota estuvieron en contra; y hoy día, unánimemente...La Iglesia la condenó, por lo demás”. Esto dicen en resumen.

Esa noticia es un mero y simple embuste. Y uno se va de espaldas al ver que un tratado eruditísimo como el del P. Allo O.P., que es tenido por “monumental” (y en parte es verdad) y seguido por innumerables incautos (como Bonsirven S.J. y el poeta Paul Claudel), propaga tranquilamente ese embuste en materia tan grave. También mi maestro Luis Billot S.J. acogió el embuste en su juventud, en el libro hoy inencontrable “*La Parousie*”. Por lo menos no distinguió entre el milenismo espiritual (cuyo vero nombre es “la exégesis tradicional”) que la Iglesia no condenó ni condenará jamás; y el milenismo carnal o kiliasmo (cuyo vero nombre debía ser “la herejía del judío Kerinthos”) que está condenado con mucha razón. Estas dos doctrinas no son, como indicaría su nombre, dos especies del mismo género, el “milenarismo”. Son dos géneros tan diferentes entre sí como la ortodoxia y la herejía; así como un cadáver y un viviente no son dos especies del género “hombre”, sino que solamente el vivo es hombre.

El joven castellano recorrió los escritos de los Santos Padres y Doctores de los cinco primeros siglos y encontró... lo que encontrarán ustedes: TODOS LOS SANTOS PADRES PRIMITIVOS SON MILENISTAS; con las pequeñas especificaciones de exactitud que hallarán ustedes en la tabla sinóptica del fin del librito.

El texto latino del librito es demasiado seco y técnico para el público; es más bien para estudiantes de teología. Se me abría esta encrucijada: O bien hacer una glosa del P. Alcañiz, lo cual es poco respeto al autor; o bien traducir literalmente y añadir al pie enormes notas, lo cual es poco respeto al lector. El único medio es la *vía media*: insertar el texto literal del autor en un marco nuestro, que no toque el texto, mas lo encuadre en convenientes o necesarias elucidaciones. Ningún daño se le hace a una pintura si se la enmarca; y a esta pintura quisiera yo ponerle marco de oro; pero un cualquiera marco es indispensable si el librito se ha de editar en la Argentina.

¿Cree usted que tiene importancia esta cuestión? –oigo decir–. Responde el hecho de que yo me ponga a traducir y anotar el libro con los años que tengo. ¿Y qué importancia tiene? –La verá el lector a medida que lee; y si no lee, no la verá.

Hace poco un librero protestante me mandó regalado un librito traducido del inglés y publicado en Méjico que se distribuye por la librería AURORA titulado “LA SEGUNDA VENIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO: una búsqueda de la verdad”. Su autor es el “Pastor de la Primera Iglesia Presbiteriana Unida de Bóston” Jorge L. Murray. El libro no es nada despreciable: consiste en una refutación (eficaz por cierto) de una secta estadounidense al parecer muy difundida y fuerte, que él llama “Dispensación”, “Nueva Dispensación” o “Promilenio” (término confuso este último) propaganda principalmente según informa por una Biblia Comentada de un Dr. Scofield; del cual informa que, al salir su libro (1953) se habían editado ya cinco millones de copias.

Deste libro de teología y exégesis anoté al leerlo:

“*Esta nueva Dispensación* que refuta es simplemente una especie de *milenismo craso*, el cual fue refutado en el siglo V por San Jerónimo y San Agustín. Extraña reviviscencia.

“No me interesa mucho la *fácil* refutación desa grosera doctrina; mas el autor para refutarla se va al otro extremo, el “*amilenarismo*” como él dice; o sea, el alegorismo. Ignora que puede existir, existe y existirá otra posición posible, que es la exégesis de los Santos Padres, llamada poco científicamente “milenismo espiritual”. Al fin del libro, en una salvedad insignificante, reconoce el autor que el “milenismo” de los Padres no es lo mismo que esta “Nueva Dispensación” judaizante que le da tanto cuidado: distinción capital que debió haber hecho desde el principio; pues ella es una clave.

“Pero a semejanza de todos los “alegoristas” espera él derribar todo el Milenismo atacando al milenismo kerinhiano o carnal; el cual lo único que tiene que ver con el otro es ser su falsificación.

“Error capital deste Jorge Murray es interpretar las profecías ignorando que ellas pueden (y deben) tener *dos sentidos* subordinados:

llamadas el typo y el antitypo: esto no fue ignorado por los grandes exégetas y fue establecido definitivamente por Luis Billot a principios de siglo en su libro *“La Parousie”*.

“Por ejemplo, Murray rehace con respeto a San Mateo XXIV el trabajo de Bossuet de constatación del typo. Pero Bossuet advierte en su *L’Apocalypse avec une explication* (1689) que su explicación no excluye de ningún modo “el otro sentido arcano” (“un autre sens plus caché”) y este Murray no sabe nada deso. Con lo cual incluso el Sermón Esjatológico de Cristo deja de designar el fin del mundo, lo que es absurdo. Y ese suceso capital se va a la lejanía, se pierde en las brumas, y se envuelve en la incertidumbre. Con lo cual se pueden escamotear de él incluso sus rasgos o elementos más capitales, como la *Gran Tribulación*... “la cual ya se habría verificado en la ruina de Jerusalén”.

Sí, por cierto; pero solamente como bosquejo o anticipación de otra cosa “más arcana”.

L. CASTELLANI

P. S. – Escrito este prefacio recibí una carta de un “sacerdote amigo y disertor” que me dice: “Ud. no debe hacer traducciones. Ud. está para otra cosa. Está perdiendo su tiempo y sus facultades. ¡Ud. debería escribir un libro de Ejercicios Espirituales para sacerdotes!”

Me apabulló un poco. Pero es mejor que traduzca un libro *bueno* de un jesuita que no publique un libro *malo* mío; suponiendo que yo ahora pudiese publicar libros míos.

En último caso, publico una pequeña antología patrística, con textos de los Primeros Padres enhilando en el hilo de oro de la cuestión más capital que hay en Exégesis. La mayoría de los católicos argentinos ignoran la Iglesia Primitiva, la de los Mártires y los Testigos. Y hay que conocerla.

En suma, este librito me gusta y me ha gustado siempre, pues siendo un trabajito estrictamente científico, es de fácil y aun amena lectura; y siendo un buen resumen de la “Patrología” de los primeros siglos, es

también una especie de Catecismo de Perseverancia, pues a vueltas de la Parusía, toda la religión en puridad enseñan los Padres; y es finalmente un aporte serio al problema más difícil de la exégesis. ¿No le parece a Ud.?

Valeas, care Theóphile.

(Buenos Aires, diciembre 1961)



NOS LOS REPRESENTANTES DEL PUEBLO *

(1963)

Puerto Yeruá, 11 de abril de 1961.

Sr. Dr. José María Rosa

Buenos Aires

Querido amigo:

He leído por segunda vez y con renovado placer y provecho su *NOS LOS REPRESENTANTES*. No le diré que es monumental (aunque podría) por aversión a la facilidad ditirámica porteña. Poner “un libro clásico” es mejor: es la simple enunciación de un hecho.

Funde la solidez con la amenidad, conforme al consejo de Horacio, merced a una suma impresionante de conocimientos, de estudio, trabajo y talento, con una facultad que llamaré *genial* de penetrar los caracteres y evocar los tiempos pasados. No es extraño que esta concurrencia de cualidades produzca un estilo lleno de limpidez y sutileza, siempre discreto y digno.

Estas condiciones formales encontrándose con un tema central de nuestra historia (lo mismo que su posterior hermano mayor *LA CAÍDA DE ROSAS*) han dado algo como una llave maestra, de perdurable importancia y de infalible influencia. La luz del sol desinfecta y la inteligencia limpia. Los que murmuran “demasiado polémico” no saben lo que se pescan. Es el vínculo de una soberana intuición y no de una vulgar discusión.

“La rebelión de la ignorancia” se podría llamar a la actividad de los ideólogos tanto de antes como después de Rosas. Un crítico que estudiara sus escritos (si es que eso vale la pena) podría hacer riza en ellos y risa de ellos. La falta de profundidad (o sea, filosofía) y la infección de lugares comunes, utopías y pamplinas de sus pensamientos los denuncia como irremediabilmente mediocres; muy inferiores a

* Rosa, José María (1963). *Nos los representantes del Pueblo. Historia del Congreso de Santa Fe y de la Constitución de 1853*. 2° edición corregida. Buenos Aires: Huemul, pp. 9-10.

Rosas en inteligencia real. Nada extraño que pretendiendo organizar y constituir el país lo hayan lesionado y retardado considerablemente.

Sólo la verdad desnuda y drástica puede luchar contra esas lesiones y perdurables llagas; la verdad histórica antes de todo, pues no hay nada más contundente que los hechos.

No he leído mucha historia argentina, aunque he leído lo mejor que encabezan los libros de usted. En estos días el cura de Yerúa me ha hecho leer un folleto sobre el 25 de mayo confeccionado por una Junta de Paraná, no mal hecho a pesar de ser católico, donde Mayo de 1810 aparece como católico, suareciano y hasta santo. Se me hace que la Revolución de Mayo fue una cosa compleja con dos tendencias latentes, entre sí contrarias, medio unificadas al principio por un común resentimiento contra España originado de motivos también contrarios; que esas tendencias salieron a flor y se organizaron más tarde en *federales* y *unitarios*, y que siguen hasta nuestros días con nombres o disfraces diversos. Que en el fondo de ellas hay simplemente una posición religiosa, en el sentido amplio del término.

Puede que me equivoque y no sea tan sencilla la cosa como todo eso: la verdad es que sé demasiado poco para poder sintetizar. Pero el intelecto humano tiende siempre a ver lo simple general en lo confuso particular.

Que se conserve bien de salud y salude a los amigos.

L. CASTELLANI

Casa Parroquial
Puerto Yerúa (Entre Ríos)



LA UNIVERSIDAD Y LA NACIÓN *

PRESENTACIÓN

(1965)

Me toca presentar al Dr. Carlos A. Disandro, que a Uds. no necesita ser presentado. No haré la habitual retahíla de alabanzas, mas diré simplemente lo que él es. El Dr. Disandro es un “humanista”.

HUMANISTA en el sentido genuino de la palabra; no solamente en este sentido vulgar que ahora dan algunos a esta palabra, como sinónimo de “muy humano” o “humanitario”; aunque eso también es.

¿Qué es un “humanista”? Una persona que posee las letras humanas. ¿Qué son letras humanas? Son la posesión reflexiva y perfecta del idioma propio y los idiomas clásicos, con todo lo que ello implica, contiene y trae consigo; a saber, la lingüística, la crítica textual, las críticas literaria y filosófica, la retórica y poética, la estética, la psicología, y finalmente la filosofía. Estas son las “ciencias humanas” que antiguamente (y hoy también) constituían la base de la educación académica hasta el título de “Maestro en Artes”; pues ellas son las “Artes Liberales”, o sea las Artes de los hombres libres, en contraposición a las “Artes Serviles”, que tienden a la utilidad inmediata.

Las lenguas clásicas contienen en sí un mundo completo, el cual una vez que el joven ha poseído, está maduro para el estudio sólido de la filosofía y todas las ciencias del espíritu, cuyo objeto es el hombre y Dios, y las demás ciencias por añadidura. Constituyen, pues, la mejor introducción, quizás la única posible, para el estudio realmente universitario. Las obras maestras de la antigüedad están repletas de inteligencia en forma concreta, no solamente de emoción, como las románticas, o de sensación, como en los “modernos”. Su estudio imparte al alumno una lógica viva, una ética viva y una estética viva, acostumbrando a la mente a la comprensión profunda y a la exactitud. En las naciones europeas no se estudia la filosofía en el Bachillerato

* Disandro, Carlos A. (1965). *La Universidad y la Nación. Tres disertaciones*. Buenos Aires: edición del autor, pp. 7 -9.

(Alemania, Inglaterra) o bien se estudia (en el 7º del Bachillerato) un esquema de sus bases y rudimentos (Francia, Austria), pues otra cosa es embarullar la mente juvenil y hacerle malconocer y odiar la filosofía para toda la vida –como sucede por desgracia entre nosotros–. Y no sólo la filosofía sino todas las ciencias, aprendidas a lo loro y sin fundamento real. Nuestros actuales “programas” parecerían diseñados por un enemigo del país con el designio de atrofiar la mente juvenil; y convertirnos, por ende, en una nación sin pensamiento; o sea, no independiente.

No es aquí el lugar de extenderse sobre esta verdad (que por lo demás es patente a todos los cuerdos) ni de dar pruebas della. El ataque general que hoy día existe contra las Humanidades Clásicas como base educativa, es simplemente parte del ataque general contra la tradición europea, proveniente de la Revolución Mundial; o sea del “izquierdismo”, cuya extrema punta es el Comunismo. He leído por ahí que Rusia, después de haber suprimido el Latín y el Griego de la educación común, los ha restaurado para su “aristocracia”; o sea los jefes comunistas; sea por propia perspicacia, sea por imitación de los países anglosajones.

Ya que dicen que los argentinos somos grandes imitadores, podríamos imitar en lo bueno a las naciones que modernamente han llevado la batuta en el mundo. En una conferencia dada en Oxford no hace muchos años el gran poeta norteamericano (inglés de adopción) T. S. Eliot, anunció solemnemente que la literatura inglesa, tan rica hoy día, iba a peligrar y perecer si se suprimían o retaceaban en las escuelas las “Artes” liberales. A la vista está aquí: el estado triste de nuestras letras y ciencias provienen directamente de esa supresión; y es sólo una parte de nuestro general atraso, la parte más importante y más visible.

Leonardo Castellani



ASI FUE MAYO *

LOS DOS MAYOS

(1966)

Hay más cosas en la “penumbra de la historia argentina” de las que enseña la escuela laica.

Y esas cosas que no se enseñan son muy interesantes.

Por ellas nuestra pequeña historia se vuelve grande, pues se conecta de golpe con la ecumenicidad de la Historia con mayúscula; y se empuberece para la reflexión filosófica; y aun teológica.

Federico Ibaguren en su reciente libro *Así fue Mayo* explica con claridad, vigor y amenidad una de esas cosas incontables o incontadas, en una coyuntura que hasta ahora no había sido tratada monográficamente; pues son tres las coyunturas de nuestra breve historia ocultas con el velo poco espeso de un misterio fabricado, a saber: la Colonia, la “Revolución” de Mayo y Rosas; y esta última es la que hasta ahora ha sido más trabajada por los que empezaron a ver a través del velo.

Con el libro de Ibaguren sabemos por fin a punto fijo lo que fue el *cisnerismo*, el *morenismo* y el *saavedrismo*; y que la “revolución” de Mayo no fue una cosa monódica, como nos contaban, sino dual. Estas tres facciones o movimientos eran enteramente e históricamente lógicos: por un lado los que querían mantener a toda costa la colonia española, por otro, los que no; estos a su vez se dividieron (encarnizadamente) entre los que querían mantener *el modo tradicional de la vida*, cortándose de España si acaso, y otros que querían aquí un cambio de vida, a saber, el advenimiento de la revolución mundial, inaugurada en Europa en el siglo XVI, o sea, lo que podemos denominar el “progresismo”. Por esta segunda división, el fenómeno histórico supera lo meramente político y penetra en lo teológico.

Ya el viejo Aristóteles notó que todas las guerras tienen dos raíces: una económica (causa material) y otra religiosa (ideológica, decimos

* Ibaguren, Federico (1966). *Así fue Mayo*. 2° ed. Buenos Aires: Theoría, pp. 9-14.

hoy) que es su causa formal. El antiguo piensa en la guerra de Troya, de la cual el rapto de Elena sabe bien que no fue sino la ocasión. Ese puerto mercantil de Troya hacía desde hace mucho atrás opresión económica a las nacientes comunidades helénicas, y su religión asiática opuesta a la griega; por lo cual Homero en su poema *divide a los dioses* entre los dos contendientes poniendo a Venus, Mercurio y Neptuno de parte del emporio comerciante y navegante; y de parte de los griegos a Athenea (diosa del saber), a Febo (de la poesía) y a Ares (del valor militar).

No escapa a esta ley la revolución de Mayo: el mito infantil de la “fiera opresión” de España, y la prócer, pura y profiláctica rebelión de los criollos contra la “tiranía”, es un cuento chino que ya no pasaría ni en la China. Los dos factores constantes de todas las guerras están presentes ya en la Colonia, con la presencia de la política inglesa, ganosa de ganancias comerciales; y del galicanismo y liberalismo “afrancesado” de los Borbones y sus ministros volterrianos, autor de medidas antirreligiosas en nombre de la Corona, que culminaron en el despojo, expulsión y supresión de los Jesuitas. Los dos factores se pusieron bruscamente en claro con la invasión napoleónica en la Madre Patria; y amalgamados causaron la emancipación de las Colonias Hispanas.

José María Rosa (h.) en su monografía *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica* ha dilucidado definitivamente el factor material que juega sin cesar en la historia argentina. Ibarguren en este escueto y nutrido librito dilucida además el factor ideológico o teológico. Hubo “realistas” leales al rey Fernando, que fueron dominados en la lucha armada, y hubo americanistas que se dividieron al instante en (digamos) jacobinos y girondinos. Me atrevo a decir que ya al pisar los españoles el Nuevo Mundo bajaron de las carabelas los dos tipos de hombre; simbolizados en el misionero y en el encomendero. Ibarguren ha tenido la coquetería y se ha dado el lujo de avalar sus asertos con referencias numerosas de los historiadores argentinos “no revisionistas”.

Los “historiadores” liberales adaptaron las tres coyunturas de la historia argentina a sus esquemas ideológicos “progresistas”; es decir, al único esquema sumamente simple de que el género humano progresa de continuo (saltando gallardamente los obstáculos que son las tiranías, las

dictaduras, los totalitarismos, el oscurantismo y la superstición) en la línea recta que lleva a la realización suprema de la Libertad y la Democracia; que son lo que ustedes saben. De manera que: la Colonia fue una “fiera opresión” de España a estas tierras, ruin, violenta y cruenta para cuya descripción fantástica los historiadores protestantes les suministraron los materiales de su “Leyenda Negra”. La Independencia fue el heroico avance a la Libertad conforme a los módulos e ideales de la Revolución Francesa. Rosas fue otro tirano horroroso, peor que Cisneros y Hernandarias, que resultó, en cuanto a tiranía, más español que todos los españoles juntos. Es natural pues que por esta coyuntura la más próxima y dolorosa comenzara la reconsideración histórica. Por otra parte, la Colonia ha sido ya vindicada por Vicente D. Sierra, entre otros. Mayo debe ser objeto del mismo estudio completo; y entonces la historia argentina se convertirá en un tema digno de ser enseñado en las escuelas; y los pobres chicos no sufrirán una especie de embotamiento mental, que los expone al morbo del “macaneo”, desde los siete años.

La gente se admira de la cantidad extraordinaria de poetas (malos) y de historiadores (malos y buenos) que pululan en estos reinos; y la escasez de teólogos, moralistas, filósofos, humanistas, publicistas, críticos, etcétera. La abundancia de poetastros explicaremos otro día; pero la de “historiadores” es obvia: es que entre nosotros la historia es teología; queremos decir, que por medio de ella se debaten aquí los problemas superiores (incluso antes de resolver los inferiores, que son los estrictamente históricos), comenzando por los políticos y acabando por los teológicos, conforme a la idiosincrasia hispana, que es teológica. La teología se hace aquí en forma implícita; los artículos de la *Revista de Teología* acerca de la Transubstanciación, el Paráclito y el Sursum Corda no son teología propiamente, sino remasco; la teología más real se halla implícita en otras partes, incluso en algunos novelistas; lo cual es propio de una cultura por una parte muy adelantada (problemas teológicos), que por otra parte ha sufrido una interrupción y regreso al embrión total, a la manera de la famosa *Ascidia Clavellina* de Hans Driesch Ph. D.¹

¹ Cf. *Philosophie des Organischen*, Engelmann, Leipzig, 2a ed., p. 120.

Así que hay dos Mayos, hay dos tendencias implícitas inconciliables ya el 25 de Mayo de 1810, hélas. “*Aquí el fiero opresor de la patria / su cerviz orgullosa dobló...*”. No existía entonces sino en aspiración la Patria. Se ha dicho con bastante razón que la Independencia no fue sino “una guerra civil entre españoles”; pero detrás de esa guerra local existía un fermento internacional. “El fiero opresor de la patria”... más bien que los modestos funcionarios locales de Carlos III y Fernando VII (si bien bastante abusadores en ese entonces) eran en realidad los españoles y criollos afrancesados y anglicados del “iluminismo” (que Menéndez y Pelayo llama con ferocidad “viles ministros de la impiedad francesa”), mucho más distantes del genuino ser nacional que los otros; lo cual explica la actitud defensiva instintiva del clero católico de ese tiempo... y del actual.

San Martín alcanzó la victoria para la naciente patria en la “guerra civil”; y Rosas fue el victorioso de la guerra extranjera que la siguió, de la cual habla una copla salteña contemporánea: “*Nuestra vida y nuestros bienes / No los contamos seguros / Porque en trabajos y apuros / A cada instante nos tienen / Las comisiones que vienen / Todas con crueldad nos tratan / Vacas, caballos y plata / Todo nos quieren quitar / No nos dejan trabajar / Y vienen gritando: ¡Patria!*”... (1811).

De hecho, Rosas fue vencedor en una pequeña guerra *internacional*, y fue vencido en otra: intervenciones externas injertas en la guerra ideológica que desde Mayo hasta nuestros días no ha cesado.

Por eso el libro de Ibarguren, que muestra con gran nitidez las causales de la “revolución de Mayo”, y con ellas las líneas de fuerza de toda la historia argentina, es de gran actualidad; causales que los actuales momentos han hecho aflorar con gran fuerza y claridad, como vemos, deploramos y... celebramos. La Argentina no está aislada en el mundo, no lo estuvo nunca ni puede estarlo; y el proceso secular de la Revolución Antitradición que comenzó en Europa con el estallido de la Reforma Protestante, así se manifestó entre nosotros, en forma de “progresismo” versus españolismo (y criollismo); y así continuó hasta hoy trabajando nuestra historia, paralelamente a la de Europa.

Nos culpan de que “introducimos división entre los argentinos” por el hecho de que PERCIBIMOS que hay división entre los argentinos (cosa que quien HOY no perciba es más legañoso que el viejo Cintes) a

la manera de un enfermo que culpase al microscopio de que “introduce” en sus esputos el bacilo de Koch. Nosotros introducimos lo único que es capaz de vencer la secular división de los argentinos; que no es sino el odio a la mentira y a la mistificación, modestamente hablando, el amor a la verdad.

YO NO SOY de Caseros, aunque viva en esa calle; pero confieso que SOY de Mayo. Ahora bien, ¿de qué Mayo?

LEONARDO CASTELLANI



LAS APARICIONES NO SON UN MITO *

PREFACIO

(1966)

En una conferencia mía dada a comienzos de año y publicada luego por “Cruz y Fierro Editores” con el título de *“Las Profecías actuales”*, di brevemente mi impresión acerca de los sucesos de Garabandal, conocidos por el libro de Sánchez-Ventura y Pascual, *“Estigmatizados y apariciones”* (Zaragoza 1965), y otro anterior, *“Las apariciones no son un mito”* (1964), que hoy loablemente se reproduce en nuestro país. El libro de Sánchez-Ventura me produjo admiración y devoción; me contentó la conformidad de todo cuanto hacen y dicen las tiernas videntes con la doctrina de la Iglesia; y su coincidencia con las visiones anteriores de Lourdes y Fátima, hoy tranquilamente aceptadas por la Jerarquía Eclesiástica y el mundo creyente. Aparecen como muy probable cosa de Dios; y otra hipótesis no entra por ningún lado. Mas en una comunicación de la agencia “Cifra” a la prensa española se concluye lo siguiente sin dar nombres: “La actitud del Arzobispado, según nos manifiesta el citado [anónimo] portavoz, sigue siendo exactamente la misma. Se cree que *científicamente* [?] es posible que la niña de 14 años [17 en realidad] que afirma *contemplar* las apariciones, sufra un *complejo condicionado* [¿qué es eso? – término desconocido en psicología] con posibilidad de éxtasis [?], pero todo ello de *tipo natural* [sic] y sin que quepa la posibilidad de intervención sobrenatural alguna. (Subrayados y corchetes míos).

Este señor periodista, que parece pretender ser el eco de la “Comisión Especial” nombrada por el Arzobispo de Santander, va demasiado lejos (“*sin que quepa la posibilidad*”) y le convendría detenerse un poco a aprender “científicamente” la gramática y la lengua española. Para que no cupiera *ni siquiera la posibilidad*, habría que probar los no ordinarios sucesos fuesen el efecto o bien de enfermedad o bien de aña-gaza diabólica, ya que la hipótesis de impostura de parte de las niñas, queda absolutamente excluida por el mero relato. Una cosa así

* Sánchez Ventura y Pascual, Francisco (1966). *Las Apariciones no son un mito*. Buenos Aires: Cruz y Fierro, pp. 9-19.

no la puede definir, así de sopetón y sin razón alguna, ni el mismo Papa, a no ser que el Papa fuera periodista anónimo.

Los que hemos visto enfermos de histeria, y los “estigmas de accidentes” de esa dolencia terrible (que más que una dolencia es una calamidad) sabemos cuán desoladora y aun horrorizante es esa vista, la vista de un “pequeño ataque”, por ejemplo. Todo lo contrario es lo que se ve en San Sebastián de Garabandal, suavidad, paz, devoción, edificación, de acuerdo al testimonio de miles de testigos, y aun de las mismas fotografías: los rostros de las extáticas trasuntan un gozo y serenidad digamos celeste, concentrados los ojos tranquilamente en algo que ven arriba. Teólogos, médicos insignes y profesores de psicología, afirman tajantemente que no se pueden atribuir esos éxtasis públicos (que ellos han examinado y todos pueden presenciar) a causa natural; y mucho menos a causa patológica. A simple vista de ojos tienen algo de milagroso; y son acompañados de verdaderos milagros, en cuanto podemos desde aquí juzgar.

Una cosa extraordinaria que no trae este libro es el anuncio del Gran Milagro, el Aviso, y el posible Castigo que anuncia repetidamente como venido de María Santísima la mayor de las Videntes, María Concepción¹. Este anuncio está reportado en una narración muy sencilla y elegante por don Jaime García Llorente, que trae el periódico “*La Tradición*”, del Padre Hervé Le Lay (Tala, Salta) en su n° 77, julio-agosto 1966; y en otras publicaciones de España y el extranjero...

—Conchita, ¿tú sabes cuándo vendrá el Aviso de parte de Dios a la Humanidad?

—Pronto.

—¿Antes del Milagro?

—Sí, señor.

—Y el Milagro, ¿cuándo será?

—No lo puedo decir.

—¿Tú lo sabes?

—Sí, señor.

—Y ¿por qué no lo puedes decir?

—La Virgen me ha dicho no lo diga hasta 8 días antes...

¹ En la última edición (1966) ha sido añadido el testimonio de la Vidente acerca desto; el cual va aquí en Apéndice.

.....
–Y después del Milagro ¿se convertirá Rusia?

–Sí, señor.

–Luego, si Rusia se convierte, Dios no mandará el castigo ¿no es cierto?

–Que Rusia se convierta no quiere decir que la Humanidad se convierta; si la Humanidad no se convierte, y no cambia, vendrá el castigo.

–La Virgen te ha dicho, Conchita, que detrás del Papa actual vendrán dos Papas que serán los últimos...

–Sí, señor.

–Si estos dos Papas son los últimos, quiere decir que detrás dellos vendrá el fin del Mundo ¿no es verdad?

–No, señor.

–¿Cómo? ¿No ha dicho el Señor que la Iglesia vivirá hasta el fin de los tiempos?

–Que a estos dos Papas suceda el fin “de los tiempos”, no quiere decir que venga el fin del mundo.

–¿Y no es lo mismo? ¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que, después del final de los tiempos, los que queden darán gloria a Dios...

Hasta aquí Jaime García Llorente.

Este Gran Milagro que Conchita da como preanunciado por la Virgen –aunque al margen de los dos “Mensajes” que ella transmitió escritos– tendría estas características: sería una señal en el cielo, mayor que la del sol girante en Fátima; de la cual Dios dejaría una seña; sería vista por el Papa y el Padre Pío de Pietralcina donde quiera estén; y por todos los presentes en Garabandal; de los cuales se curarán los enfermos y se convertirán muchos pecadores e incrédulos. Y esta señal deberá suceder “pronto”: el día de la fiesta de un joven mártir de la Eucaristía, a las 8.30 de la tarde... Así los relatos de los que conversaron con la jovencita.

Esto es extraordinario; y diferente de lo de Lourdes y Fátima. Como bien dice Sánchez-Ventura, los “sucesos de Garabandal” quedan con esto “encajonados”; pues si ese signo, no eludible de conocer, no sucede “pronto”, ellos “pierden su sentido”; y si sucede... Creo jamás se ha

dado una profecía más extraordinaria que ésta, fuera de la ruina de Jerusalén.

Si no se diera el tal prodigio, señal o aviso, los sucesos de Garabandal quedarían en la duda.

¿No quedarían convictos de falsedad? ¿De impostura? ¿De enfermedad? ¿De aña-gaza diabólica?

No; pues es posible que un profeta *agregue de lo suyo* a una real comunicación de Dios.

Oigamos a San Ignacio de Loyola, conocedor en la materia:

“*REGLAS PARA EL CONOCIMIENTO DE ESPÍRITUS*: La octava, cuando la consolación² es sin causa, dado que en ella no haya engaño, por ser de solo Dios Nuestro Señor, como está dicho; pero la persona espiritual a quien Dios da la tal consolación, debe con mucha vigilancia y atención mirar y discernir el propio tiempo de la tal actual consolación del siguiente, en que la ánima queda caliente y favorecida con el favor y reliquias de la consolación pasada; porque muchas veces en este segundo tiempo, por su propio discurso de hábitos y consecuencias de los conceptos y juicios, o por el buen espíritu, o por el malo, forma diversos propósitos y pareceres, que no son dados inmediatamente de Dios Nuestro Señor; y por tanto han menester ser mucho bien examinados antes que se les dé entero crédito, ni que se pongan en efecto”. (*Ejercicios Espirituales*, hacia el final).

La misma advertencia puede verse, científicamente basamentada, en el sabio filólogo y psicólogo Louis Massignon, docto en lenguas semíticas y europeas, erudito en todas las literaturas místicas, delicadísimo escritor, y autor de la estupenda biografía del mártir árabe All Halladj, cuyo “descubrimiento” a distancia de 10 siglos lo convirtió al catolicismo (*L’expérience mystique et les modes de stylisation litteraire*, conferencia en la Universidad de Lovaina, publicada en “*Le Roseau d’Or, Croniques*”, nº 20).

² “Consolación”; visiones, profecías, hablas interiores...

Su tesis está en página 152: “las confidencias de los místicos... recogidas y transmitidas tal cual, serían tan ininteligibles como ilegibles”: ellas son redactadas más tarde por el vidente, y después, muchas veces, redondeadas por “secretarios”; como en el caso conocido de las visiones de Ana Catalina Emmerich, redactadas de acuerdo a sus “notas” de 5 años por el poeta Clemente Brentano, después de muerta la Venerable.

Massignon comienza por ilustrar su tesis con la transcripción a dos columnas de una “visión” de la “santa de Coutances”, María des Vallées (Quebec), redactada en forma bien diversa (no en cuanto al fondo) por M. Le Pileur y San Juan Eudes; continuada después con el análisis de otros ejemplos igualmente pertinentes, y concluyendo con una lúcida exposición teórica; y después con estas palabras finales:

“Y aquí, un cristiano recordará: que después de tantos discursos del Cristo, es el milagro físico de su Resurrección lo que fundó la convicción y perhizo la conversión de los Apóstoles; que la Iglesia reclama de sus Santos, no precisamente frases emocionantes, sino para canonizarlos, milagros materiales. Ella permanece fundada, en su unidad orgánica, sobre sacramentos, cuya forma física es el vehículo consagrado de gracias espirituales precisas. Las reliquias de sus santos le sirven no solamente para elevar el alma, mas para sanar el cuerpo. En fin, el Sacramento de su unidad, la prenda suprema de amistad, que ella brinda a la adoración de los hombres –frágil limosna, tímida maravilla, que nos deja talmente libres– es un memorial de la Pasión; donde se entrega, muda de un silencio más sustancial que todas las palabras de los místicos, la Palabra Divina”.

La Virgen dijo a Lucía de Fátima (o ella dijo que le dijo) que Dios iba a hacer de Rusia un azote para castigar a Europa, y al Mundo. La Virgen dijo a Concepción de Garabandal (o Concepción dijo que le dijo) que Rusia se convertirá.

Esta contradicción almenos aparente me disparó en una dirección imprevista. Estaba leyendo al mismo tiempo dos biografías de Wladimir Solovief y también sus obras principales (excepto “*La Justificación del Bien*”, que no pude hasta hoy conseguir); y me ocurrió un pensamiento que es quizás la solución; y que no por ser mío, dejaré de relatar.

Wladimir Solovief (1853-1900) se sabe quién fue: pensador genial aunque excéntrico, teólogo inquieto, erudito estupendo, asceta terrible, pasó la mitad de su corta vida trabajando por la hoy decantada “unión de las iglesias”. Estaba excepcionalmente dotado para ser el apóstol de los suyos —a que sin duda lo llamó la Providencia— el más sabio y el más ruso de los rusos: el tipo del eslavo puro hasta en sus defectos. Aunque el famoso Mons. Strossmayer (famoso por el tumulto que armó en el Concilio Vaticano I) dijo de él, escribiendo a Roma: “*Anima pia et vere sancta*”, Solovief es un diablo de hombre, el más desbaratado de los rusos: por un lado, un sabio y un santo, por otro un cuasi demente; pero lo primero es verdad a medias, lo segundo sólo apariencia. Un súper-ruso.

Su inteligencia es genial; pero no bien equilibrada, a causa quizás de su carácter accidentado y su falta de asiento, incluso local; falto de mujer, de hogar, de techo, incluso de comida y de reposo; perseguido pertinazmente por la Jerarquía Cismática; lanzado al estudio con “fúror rússicum” casi suicida; consumado en poco tiempo.

Se parece a Kirkegord (con diferencia sustancial de varios rasgos), principalmente en que su vida es también un “*itinerarium mentis*” que termina en el catolicismo; y no sólo en el vestíbulo dél, como en el danés. Pero Kirkegord renegó de su religión herética nativa (¡y en qué forma!) y Solovief por el contrario quería ayuntar la Iglesia Ortodoxa al Papismo, al cual él declaró “la Verdad”, cosa a que no llegó el dinamarqués. Decía que Rusia no se había segregado de la Iglesia Católica sino Bizancio; y que el pueblo ruso no era cismático, mas era mantenido en la separación y el odio a Roma por la camarilla clerical oficial, “la Pseudo-Jerarquía no Sacerdotal”, como la llamó.

Sus esfuerzos heroicos fueron anatemados por los ortodoxos y no apreciados por los católicos; hasta hacerlo caer al fin en desesperanza. El soñaba unir al Czar de Rusia con el Pontífice de Roma, actuando él de Profeta, de acuerdo al “Estado Ideal” que se había forjado sobre el modelo de Israel, compuesto trinitariamente del Pontífice, el Profeta y el Prepósito (ver “*La Russie et l'Église Universelle*”) pues un tiempo él pregonó que la Europa estaba en gran peligro, por haberse dividido y decaído la Cristiandad, guardando Roma al Pontífice, Rusia al Monarca, y el Protestantismo al Profeta.

Consecuentemente no quería pasarse a la profesión católica (y se amargó cuando la Princesa Volskonky, su discípula y maestra a la vez, contra sus consejos abjuró el cisma; lo mismo que otro discípulo, el Padre Nikolás Tolstoi) ni siquiera al señuelo de ser recibido en la Iglesia por León XIII y nombrado Cardenal, lo mismo que Newman; proyecto utópico de Mons. Strossmayer.

Pero profesó la fe católica ante testigos 4 años antes de morir en la Capilla de Lourdes del citado Padre Tolstoi el 18 de febrero de 1896, cuando ya durante 5 años los *popes* negaban (secretamente prevenidos) la Comunión a ese “sospechoso”. Al morir santamente (pero “servir al Señor es trabajo rudo”, dijo al morir) recibió la comunión de un “pope” ortodoxo, Bieliaief, a falta de un católico. El médico se extrañó hubiese vivido 47 años, con la vida que tuvo.

Como queda dicho, unos 20 años luchó por la reconciliación de su patria con Roma (“con el Papado, no con el papismo”) y fue desanimado y agotado por una resistencia enorme y una persecución implacable; y pocos años antes de morir dio un viraje de 180 grados; y rechazando la esperanza eufórica de una época de prosperidad para Europa traída por la mentada reconciliación, se volvió “parusiaco”; o sea, se persuadió el fin de los tiempos no estaba lejos, y la época corría hacia él a grandes pasos.

Su último libro “*Drei Gespräche*” (Tres diálogos) que a pesar de ser juzgado “flojo” por sus traductores y biógrafos (Herman, Tavernier) tengo por el mejor de los suyos, y así lo tuvo el autor: al nivel del monumental “*Russie et l'Église Universelle*”. Lo llaman “*decevant, decourageant, pessimiste*” por ser “*apocalyptique*”. Es en realidad un diálogo sobre el problema del Mal; en tres partes deliciosamente artísticas entre 4 personajes que son “tipos” y al mismo tiempo delicadamente caracterizados: un general que representa la ideología tradicional; un político que defiende la ideología liberal “progresista”; un príncipe, cuyas ideas son las del novelista León Tolstoi; y un 4º personaje, M. Z. que impersona al mismo Solovief. En el 3er. diálogo, el modesto M. Z. lee un manuscrito trunco, “proveniente de un su amigo el eremita Pansophius” con una descripción del imaginado fin de los tiempos. Es una preciosa novelita o parábola en que Solovief, ciñéndose al texto del Apokalypsis más que ningún otro de los que han tentado el

tema (Benson, Boucher, Hugo Wast...) pone la Revelación de San Juan en tésitura actual; prediciendo entre otras cosas el “peligro amarillo”, la derrota próxima de Rusia por los asiáticos; y para más allá, otra catastrófal de toda Europa por japoneses y chinos aliados; ubicando su ansiada “unión de las iglesias” en el fin del siglo, ante la faz del Anticristo; y describiendo al Gran Emperador Plebeyo, la Gran Apostasía, la Parusia y el Milenio con salvaje energía... Este libro desearíamos fuese traducido al español. Si nosotros lo tradujéramos del alemán sería retraducción; pues fue escrito en ruso.

Su teología y antropología religiosa es extravagante a ratos, aunque nunca incoherente. Solovief incurrió en errores y extravagancias en sus ideas y su conducta; por ejemplo, asceta asperísimo, estuvo, empero, expuesto a la pasión del amor en forma casi frenética. Se enamoró con vehemencia de tres mujeres (sucesivamente) y para mejor, dos dellas casadas; las cuales se burlaban dél y de su idea extravagante de un amor platónico o “matrimonio espiritual”. Todos sus errores retractó en el “Credo de sus últimos doce años”, como dice Mons. D’Herbigny, su biógrafo. Y por cierto del asunto de sus enamoramientos febricantes no estamos muy seguros; pues en eso, él se callaba como un pez.

Había proclamado rotundamente la primacía de Roma en la Iglesia de Cristo (“o Cristo no fundó ninguna Iglesia o la fundó sobre Pedro y sus sucesores”) en su obra “extraordinaria” (Mons. D’Herbigny) “*La Russie et l’Église universelle*”, escrita en francés parisién en 1888 –pues la Censura Eclesiástica que empezó por cortarle páginas y páginas de sus libros, después los prohibió y finalmente no los dejaba entrar en Rusia– si eran publicados en el extranjero.

Pero mucho antes ya había anunciado su evolución hacia Roma, en sus “*Tres Discursos*” a la muerte de Dostoiewski, con gran ruidera y rabia de la “Pseudo-Jerarquía No-Sacerdotal” de San Petersburgo, como la llamaba.

Pues bien, este casi santo, casi apóstol de la reconciliación de Europa (pues de la unión de Rusia con Roma él predecía una gran restauración cristiana de Europa) había previsto –entre otras tantas cosas, pues era también un casi profeta– una gran catástrofe si Rusia no hacía caso de las voces que Dios por su medio le daba. Y aquí, después de un circuito necesario, llegamos a nuestro punto.

Había sido precedido en ese aviso por un su maestro y precursor, el conde Chadaief; personaje original y heroico, “el único filósofo ruso” antes de Solovief (y después) el cual antes de su muerte en 1856 había proclamado trinitariamente que si Rusia no se “convertía” —o sea, reconciliaba con Roma— sería teatro de una inmensa catástrofe, —“y eso antes de 50 años”.

La predicción se cumplió algo después de los 50 años con la Revolución Bolche de 1917; que también habían previsto de algún modo Solovief; y Dostoiewski en su novela *“Los Demonios”*.

Esa predicción se encuentra en una tremenda diatriba de Chadaief contra los rusos, nacida no de odio sino al contrario, de amor a su país. Esa diatriba manuscrita cayó por causa de un alcahuete en manos del Czar Nicolás I, el cual escribió al margen: “¿Está loco éste?”. Chadaief fue privado de todos sus grados y empleos inmediatamente; y recluido en su casa. Además un médico de palacio fue encargado de visitarlo cada día “para observar el estado mental del ilustre demente”. El demente era el Czar, que con esto quizás firmó la sentencia de la muerte trágica de su nieto Nicolás II. (Ver Chadaief, *Oeuvres Choisies*, editadas en 1862 por su discípulo el Príncipe Gagarin, jesuita, fundador de la revista parisina “Études”).

El conde tomó con soda su desgracia y comenzó a escribir una humorosa *“Apología de un loco”*, donde se hallan las más hermosas páginas sobre Jesucristo escritas en Rusia; y murió antes de terminarla.

Ahora bien, ¿no podemos creer que el triste Bolchevismo, preanunciado por tantos, fue el castigo de Dios, por no haber sido escuchados esos santos?

La predicción de Fátima en 1917.

¿No podemos creer luego que después de 50 años de régimen tiránico y ateo, el pueblo ruso puede convertirse, por el peso dese azote?

La predicción de Garabandal en 1966.

Eso conciliaría las dos predicciones. La primera se cumplió. Dios quiera que se cumpla la segunda; que sí hará, si es de Él.

Por descontado, esto es una mera conjetura mía, de que harán Ustedes lo que quieran.

LEONARDO CASTELLANI

Día de San Leonardo de 1966.



POLÍTICA NACIONALISMO ESTADO *

PRÓLOGO

(1966)

He leído este libro en pruebas, y me ha servido: aprendí algunas cosas y repasé muchas otras.

El autor ha estudiado su tema; o lo tenía estudiado, si quieren; de modo que lo trata con claridad, asiento y exactitud. Respira sinceridad y sereno patriotismo, el cual trazuma sin necesidad de declamación alguna. Buena prosa didáctica, está bien escrito y bien diseñado, arquitectónicamente. Es tan serio y sólido como el “Peñasco de Martín de Güemes” que me mostraron en Salta. Es orgánico, tiene principio, medio y fin.

Si esto vale, diré que no hay una sola frase del libro que yo no estuviera dispuesto a firmar.

Para mí es una obra de caridad para con el país, obra de inteligencia amorosa, obra digamos de un diputado verdadero, representante del pueblo.

Me figuro con gozo la utilidad inapreciable que puede prestar a tantos; principalmente a las jóvenes generaciones, a los estudiantes de Derecho o toda Facultad, a los sindicalistas, a los militares y a los que leen diarios sin creerles del todo, llevarlos a comprender los acontecimientos argentinos y aún mundiales con la honrada y directa elucidación de las “categorías” República, Sociedad, Política, Democracia, Liberalismo, Totalismo, Comunismo, Capitalismo, Iglesia, Fuerzas Armadas, Factores de Poder, Finanza, Sionismo, Nacionalismo, Peronismo, Radicalismo, Dictadura, Tiranía, Justicia Social y otras tantas, que tiran al aire y abarajan los diarios diariamente, diáristicamente.

* Cornejo Linares, Juan Carlos (1966). *Política Nacionalismo Estado*. Buenos Aires: Cruz y Fierro, pp. 9-10.

¿Y los que leen los diarios y creen todo? Esos están perdidos sin remedio. Pero ¿cuántos son?

Por ejemplo, esa clara definición y descripción del Comunismo. Está en muchas partes, de acuerdo. En pocas tan breve y criollamente como aquí. La gente del pueblo tiene un horror digamos “empírico” del comunismo (o repulsión o aversión o antipatía) simplemente por la noticia de *hechos* sueltos que les llegan acaso; por ejemplo, hechos de crueldad o despotismo o mendacidad; por ejemplo, el muro de Berlín, y que allí matan a los que quieren salirse del “paraíso marxista”; probablemente por sacrílegos, porque desprecian el Paraíso, que es casi como despreciar a Dios, dirá Ulbricht –digo yo. Pero ese horror empírico no va muy lejos, porque al fin les pinta un imperialismo, un despotismo o una tiranía como ha habido tantos: “Al fin esos rusos siempre han sido medio bárbaros”, me decía Esteban, un mecánico.

Pero si a los hechos sueltos viene a sumarse –para iluminar– el esqueleto del “sistema” adumbrado en textos de los mismos fundadores, todo se vuelve otra cosa, se lo ve de golpe como uno de los peligros mayores para la civilización y para la persona humana que haya existido en el mundo; cien veces peor que la rebelión albigense que amenazó con destruir Europa en el siglo XII – a la cual se parece mucho, siendo como ella una herejía a la vez religiosa, política y social. Pero si aquello fue un tigre, esto es un mastodonte.

Esto, como todo lo demás, está labrado con una muy honesta exactitud, rectitud y franqueza; y no sin sentimiento; que no por sofrenado y viril deja de ser impresionante. Una fría disquisición académica, como las de Ousset o D’Arcy S.J., no sirve para nuestro pueblo.

Como dije, no es sólo un buen libro, sino una buena acción: las tres principales obras de misericordia, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, dar buen consejo al que lo ha menester, están aquí cumplidas con modesta sabiduría; quiero decir, con modestia y sabiduría. O sea, que Cornejo Linares sabe, modestamente, mucho; y lo que según Martín Fierro es mejor, “sabe cosas buenas”.

Dicen que para elogiar hay que ser largo y para criticar breve. Yo seré breve en el elogiar y meteré violín en bolsa (cuando todavía me

sobraría partitura) porque el libro, leídas unas páginas, comienza el elogio solo.

En suma, es un muy buen libro.

LEONARDO CASTELLANI



IMPERIALISMOS Y MASONERÍA *

[INTRODUCCIÓN] **

(1967)

Extractamos de la carta del R.P. Leonardo Castellani lo que sigue:

Buenos Aires, 7 de septiembre de 1967

R.P. Virgilio Filippo

Amado en Cristo

“Cuando leí en original su libro sobre los *Imperialismos y la Masonería*, me alegré de haberlo recibido...”.

“... lo considero un libro de gran utilidad (por decir poco), porque renueva vivamente y pone al día las enseñanzas de la Iglesia, ilumina un lapso de nuestra historia que está lleno de torbideces y problemas, y proporciona ingente cantidad de datos útiles acerca de personas y cosas ocultas.

Cuando venían a mis manos libros sobre la Masonería, no me interesaban mucho, ni los acababa de leer, pues teniendo en la memoria las condenas de Gregorio XVI, Pío IX y León XIII, nada me añadían; a no ser datos concretos que en puridad están implícitos en dichas condenas; datos que no añadían nada a las Encíclicas, como de hecho no se puede añadir.

El suyo es *diferente*, pues injerta en la realidad Argentina todos esos conocimientos, en forma *vívida y documentada*; y despeja así no pocas incógnitas, para mí al menos.

Una de ellas es su actuación parlamentaria («*Mi Lucha*», podría Ud. llamarla) tan enturbiada, contradicha y calumniada. Otra es el *neto*

* Filippo, Virgilio (1967). *Imperialismos y Masonería*. Buenos Aires: Editorial Organización San José, pp. 11-12.

** Este extracto de la carta dirigida al autor es una introducción al libro. El prólogo corresponde al R.P. Julio Meinvielle [N del E].

esclarecimiento que hace Ud. de la fórmula ambigua que le arrojaban de que «los curas no han de meterse en política»;...”.

“... Lo mismo se me achaca vacuamente a mí; y algunos «*bec jaunes*» dicen: «El P. Castellani fue candidato a diputado...».

“Tenemos sabido que la Argentina ha versado siempre en «*Estado colonial*» desde su independencia; contando por «*independencia*» desde que cayó el Ilustre Restaurador Don Juan Manuel de Rosas, como cumple a los que pertenecemos a la línea Mayo-Caseros: yo nací en Mayo y vivo en la calle Caseros. Este es un hecho. El otro hecho es que la Argentina ha sido *gobernada por masones*, a partir de ese mismo momento esparrancoso y libertario. ¿Se puede negar uno de estos dos hechos?...”.

“... *Ud. ha vinculado en forma férrea los dos hechos.*”

Ore por mí – En Cristo
LEONARDO CASTELLANI
Pbro.



REFLEXIONES SOBRE Y DESDE LA PAMPA *

PRÓLOGO

(1968)

Resulta extraño tener que prologar un libro escrito por un profesor de filosofía que simultáneamente a su profesorado se desempeña como alto funcionario policial. Pero a mí me resulta no tan extraño porque siempre he pensado que la filosofía no puede ser meramente libresca, que tiene que estar encarnada en la vida misma. Y el hecho, que la filosofía tome contacto así con la función policial no deja de ser interesante en este momento que vivimos.

La Policía está en contacto con la realidad, con toda realidad. Desde la alta política hasta los dramas de la miseria —como se dice hoy— todos los acontecimientos de una nación están conectados con la Policía. La Policía guarda la seguridad dentro de la sociedad, por ello debe tener también su propia seguridad. El buen policía no es un hombre ordinario sino que se distingue ante la sociedad precisamente por su porte, su pose, su talante que manifiesta esta seguridad. La Policía en estos difíciles momentos que vivimos ocupa un lugar importante en la sociedad, porque la Policía garantiza el orden interno de la comunidad; son los soldados que no matan, sino que por el contrario, evitan que se maten, aunque ahora la iniquidad de los tiempos obliga al policía a matar en defensa propia. La Policía trata de algún modo con algo que tiene un aspecto sagrado que es el *orden*. Porque el orden está vinculado con Dios, con la Providencia, con la moral, con la conducta; y por eso el hombre policial tiene que ser muy hombre y tiene que ser muy hombre forzosamente porque tiene que tomar decisiones muchas veces graves y a veces de golpe, y por lo tanto tiene que estar en posesión de los principios que fundamentan ese orden para decidir sobre su propia conducta y la de los demás.

* Schoo, Francisco Vicente (1968). *Reflexiones sobre y desde La Pampa*. Buenos Aires: Cruz y Fierro, pp. 11-16.

Por eso no es del todo discordante e incongruente que un jefe policial sepa filosofía. Tendría que darse con más frecuencia si viviéramos en épocas buenas, en épocas normales.

Yo no sé qué va a pasar con el resto de la aristocracia que nos queda. Es decir, yo no sé qué va a ocurrir con el predominio de las facultades superiores sobre las inferiores que es lo que configura al aristócrata, dónde irá a refugiarse lo que queda de esa aristocracia; porque la aristocracia es como un don de Dios, que siempre habrá de surgir; lo que no sé dónde irá a refugiarse.

Los grupos de aristócratas están hostigados por lo que llaman la rebelión de las masas, es decir, por esa especie de epidemia de plebeyismo, esta contaminación y propagación que lo va invadiendo todo sin que se la pueda parar y que tiene a su orden los instrumentos de decisión y destrucción más grandes que haya tenido la historia del mundo, proporcionados por la técnica moderna, entregada al servicio del plebeyismo, de lo bastardo, de lo común, de lo ordinario, y de lo feo. Es como la vulgar caída en manos de una civilización comercial y logrera. El comerciante o mercader no es noble, sino por casualidad, pero de suyo no es noble. Siempre se han distinguido, los nobles de los mercaderes. El fin del mercader es ganar dinero y este fin –el “lucro intangible”– es poco noble, porque el lucro no tiene límites. Todas las cosas naturales tienen límites y son perfectas o tienden a la perfección cuando se conforman a su propia naturaleza; y el lucro por sí solo no se limita, y si no lo limitan desde afuera o desde arriba tiende a crecer enormemente, como un abrojal. Por eso siempre el mercader ha estado sometido a una clase superior que, porque los tenía, le imponía sus propios límites. El guerrero, por ejemplo, tenía una moral condicionada a su estado y se podía en consecuencia imponer estos límites. Pero ahora ocurre que el mercader es el que está blandiendo la espada del guerrero; está por encima de todo. El dinero lo dirime todo y el mercader por oficio está destinado al dinero. El mercader lo único que hace es cambiar las cosas, no crea nada. No se trata de que sea o no útil o inútil; humanamente es necesario. Los aristócratas de nacimiento, o los que se han hecho aristócratas por sus virtudes o por sus sabidurías en este mar de plebeyismo que se ha desencadenado en el mundo actual, suponen una vida de sacrificio, una vida heroica, una vida de triunfo sobre las

propias pasiones; por eso en la Edad Media era tan considerado un sabio como un guerrero.

Me pregunto yo dónde se refugiará la aristocracia del mundo moderno. Se me ocurre que serán grupos aislados que se refugiarán en los conventos o en la Policía, es decir, en las profesiones que exigen una rectitud ética y exigen esa moral activa, esa facultad de tomar decisiones graves en el instante, que sólo pueden nacer de una moral ínsita, que nace dentro de sí. Pensemos, por ejemplo, en ese fenómeno trivial de la novela policial actual: el caballero se acabó, la caballería, como institución desapareció, pero el ideal del caballero —que ahora se nos presenta de a ratos sublime, de a ratos ridículo como lo señala el inspector mayor Schoo— siempre subsistirá; y entonces los que tienen que luchar contra el mal se convertirán como en una especie de caballeros antiguos; y así se ve, cómo en muchas de las novelas policiales actuales, el héroe es un detective que no siempre pertenece a la policía, sino un policía privado, que es parecido a un personaje de la caballería anglosajona enrolado en la lucha contra el mal, pero que de cualquier manera proclama la excelencia de la Institución Policial.

Yo siempre he sentido un profundo afecto por esa Institución civil y armada por la propia comunidad, para su propia defensa, y que por eso a veces es la que carga con todas las culpas de la sociedad a la que se debe.

En un guión cinemático que escribimos tiempo ha y publicamos recientemente titulado EL CABO LEIVA trazamos la figura de un policía modelo de neta estampa criolla. Alguien nos reprochó que en esa obrita dejábamos demasiado bien a la Policía y al Ejército “*que no son así*”. Replicamos que “así deberían ser” si es que ahora no lo son lo cual tampoco puede decirse en forma universal; y la seña es el autor deste libro.

Por eso con todo gusto he prologado estos apuntes del inspector mayor Schoo referidos al escenario de nuestra pampa. Constituyen un libro vital; es decir, nacido de experiencias o vivencias, fecundadas por la posesión serena de los principios. Los dos ensayos de apertura “La Tierra” y “La Cruz y la Espada” respiran tradición, tal como fue y debe ser a la luz de la razón, y tal como la da ahora, deteriorada pero no

muerta, la experiencia. Lo mismo se diga de la sólida definición de la *Nobleza* que constituye el capítulo segundo.

Estas dos experiencias vitales, la Tradición y su Deterioro (o Caída) constituyen el hilo conductor de los variados ensayos y dan al libro su firme “unidad en la variedad”, concepto platónico de la belleza – no “definición” della, como se dice a veces inexactamente.

Incluso en los trabajos más abstractos (“Las contradicciones del Cristianismo”) y los más particulares (“Rancé en la pampa”) está presente la “intuición” del autor, esa percepción de lo sensible, unida agudamente a la penetración intelectual. Véase lo que dice acerca della en el capítulo IV: “Civilización y Barbarie”:

“La forma primera y elemental del conocer humano es la intuición. El tropismo del vegetal elevado al instinto animal y éste levantado a la naturaleza del hombre. Esta capacidad primaria del conocer la ha ido perdiendo el hombre en la medida que se ha ido alejando de la naturaleza. El indio afinó esta facultad hasta límites insospechados. Este conocimiento iba dirigido al medio –la tierra, los animales– y hacia el propio hombre...”.

En “*Las contradicciones del Cristianismo*”, el ensayo más filosófico de la serie, el mayor Schoo ahonda en la naturaleza de la Verdad y renueva la solución del problema del conocimiento; verdadera “cruz” de la filosofía, que en realidad es un misterio natural –y también sobrenatural–, si vamos a eso. Todas las filosofías se han preocupado dél, las modernas sobre todo; y han producido notables hallazgos –que más que hallazgos puros son re-descubrimientos– al lado de extrañas aberraciones, producidas en desenvolvimientos laterales.

En el vasto ensayo epilodal del libro “*Hacia una nueva conquista*”, el mayor Schoo traza las bases de un programa “fundacional” suprapolítico. Con razón para hacerlo comienza por volverse hacia los españoles. Recuerdo que habiendo estampado una vez el trillado lema “La Cruz y la Espada” (precisamente aquí el título de un ensayo) el linotipista me lo mandó en pruebas transformado en “La Cruz y la España”. Las erratas de imprenta a veces son creadoras; yo dejé allí el error con categoría de corrección. En efecto, en la Conquista Española, la Espada fue lo de menos, o almenos fue secundaria. Un poeta mi

condiscípulo, en un poema de juventud (“España Antigua”, por Horacio Caillet Bois) escribió pintorescamente acerca de uno de los “Prototipos”, *“El Soldado”*:

“No tenía más ansia que el ansia de la gloria
Y a veces cambió el oro por un poco de escoria
Y en su vida errabunda llevó la asidua norma
De colgar luteranos e ir contra la Reforma...”.

Y lo curioso es que los soldados españoles, que colgaron muy pocos luteranos, fueron contra la Reforma sembrando “asiduamente” en toda América imágenes de María Santísima, que quedaron y aun crecieron mientras ellos desaparecían. “Nuestra Señora de los Buenos Aires, Nuestra Señora del Rosario”... exclama Schoo y pudiera proseguir la lista innumerablemente desde California a la pampa. Por eso creo yo que la Iglesia tributa a Nuestra Señora (en su Misa Común) este extraño elogio:

“Santa Madre de Dios, has matado todas las herejías en el universo mundo”.

LEONARDO CASTELLANI



LAS NEGACIONES DE GARABANDAL *

(1968)

No se han producido hechos nuevos en la aldea castellana hecha famosa en todo el mundo por las “visiones” de cuatro niñas —excepto la especie de explosión producida por las “negaciones” o retractación de las videntes. Sobre estas “negaciones” versa la nueva publicación de Ventura y Pascual, el denodado divulgador y defensor de las “apariciones”.

Sobre ellas escribimos en el n° 7 de “Jauja”.

El Obispo de Santander hizo público un “auto” en que desautoriza las “llamadas apariciones de Garabandal”; según él, allí “no ha habido ninguna aparición, ningún mensaje... todo tiene una explicación natural” (17/III/67). (Hay en el auto episcopal un error teológico, de paso: que solamente la Escritura Sacra y la enseñanza oficial de la Iglesia son fuentes de conocimiento religioso). Concluye el documento aseverando que todo no ha sido sino “un inocente juego de niños”.

Si fue un “juego” no fue “inocente”: habría sido una grave superchería; y los “niños” (niñas) se habrían revelado en este caso como las mayores actrices y prestidigitadoras del mundo.

Hoy (10/V/67) traen los diarios la noticia de la muerte repentina de Mons. Vicente Puchol Monti en un accidente de su auto que él conducía. Su acompañante salió ileso. Fue el día de la aparición de San Miguel Arcángel —8 de mayo.

Casualidad.

Otra casualidad es que la revista “Criterio” publica al pie del auto de Puchol una carta del Card. Ottaviani, como si fuera un pronunciamiento pontificio. La carta es de fecha anterior al “auto” y además ni aprueba ni deja de aprobar nada: simplemente se inhibe de pronunciarse.

Para Dios no hay *casu*-alidades sino sólo *causa*-lidades.

* Sánchez-Ventura y Pascual, Francisco (1968). *Las negaciones de Garabandal*. Buenos Aires: Cruz y Fierro, pp. 9-11.

Los sucesos de Garabandal quedan en “veremos” hasta que Dios se digne aclararlos– “si quiere”.

Hasta aquí la revista. Después llegó la noticia de las “negaciones”. Ventura y Pascual argumenta extremadamente en defensa de las “apariciones” pese a lo que pese.

Las “negaciones” fueron obtenidas bajo presión: en la Curia, ante el Obispo y un grupo de sacerdotes: intimidación incluso, según corre la voz.

Actualmente las “videntes” guardan silencio sobre el “examen” y lo que sus palabras implican, sostiene la veracidad de sus primeras manifestaciones –según viajeros argentinos que de allá vienen.

El autor presente argumenta que algunos místicos retractaron por un momento o un tiempo sus revelaciones por alguna razón; reafirmandolas después. El caso clásico es el de Santa Juana de Arco, que repudió sus “voces” aterrorizada por la amenaza del fuego; y después se arrepintió de su flaqueza y las aseveró hasta la muerte; en esa misma hoguera con que la amenazaron con falsía el Obispo Cauchon y los Inquisidores; pues la Inquisición no imponía la pena capital sino a los “relapsos”; o sea, a los que habiendo retractado la herejía, volvían después a ella. Lo mismo hicieron con Galileo, falsificando (como parece) un documento.

No quiere decir que estos bárbaros al servicio de los ingleses no hubieran quemado igual a Santa Juana sin su “*relábere*”.

Todas las señales que dan los teólogos de la causalidad en los fenómenos místicos, las negativas y las positivas, parecen darse en el caso Garabandal. De modo que los que permanecen adictos (como yo) no pueden ser tratados de supersticiosos o fanáticos.

Las “visiones imaginarias” son las más expuestas a engaño, según Santa Teresa. Visión “imaginaria” no significa “imaginada” o falsa sino producida (por acción angélica) en la imaginación del vidente; no fuera de él, como es el caso de la “visión corporal”; en la cual todos los presentes tendrían que percibir el simulacro. Como fue el caso de los tres ángeles de Abraham, los dos ángeles de Loth y sobre todo las apariciones de Cristo resucitado a sus apóstoles.

La historia de la Iglesia está jalonada de fenómenos místicos de esta laya, visiones de Santa Gertrudis, de Santa Brígida, Santa Ildegarda, beata Catalina Emmerich, etc. “Estas supersticiones tan poéticas –me dijo un distinguido pastor protestante, descendiente de uno de los obispos heréticos que ajustició María Tudor– son necesarias para la fe del vulgo; y siempre han abundado en la Iglesia Romana...”.

Si son necesarias, no son supersticiones.

LEONARDO CASTELLANI



EL FUSILADO *

PRÓLOGO

(1968)

Jorge Vicente Schoo, profesor de Filosofía y Ciencias de la Educación, nos ha dado una obra singular. No conozco ninguna que se le parezca. “*Una meditación ante la muerte*”, la califica. Exacto: no es una meditación SOBRE la muerte.

La meditación tiene forma de relato: excepto unas reflexiones abstractas halladas en la libreta del “fusilado”, intercaladas en medio del escueto relato, que le dan su orientación. El relato es seco, simple, incisivo, sin sombra de retórica; y sin embargo, o por eso mismo, impregnado de emoción.

Se trata de un Capitán que entra en una conjura contra el gobierno por amor a la Patria y lealtad hacia un Jefe amigo en quien tiene ciega confianza. La conjura es traicionada, el levantamiento reprimido y el conjurado junto con algunos otros condenado a muerte. La relación de la conjura hecha por el héroe es enteramente simple y nítida: es *técnica*, podría decirse; y en el mismo modo se narra todo lo que sigue, hasta la muerte y un poco más allá; incluso las concitadas emociones y reacciones del agónico y su última “tentación”. Relato supremamente simple y supremamente duro y dramático, respirando realidad pero en tal forma que uno se siente llevado a identificar al Fusilado. Pero uno ve que no es Fulano o Zutano; es un hombre, un guerrero, un prócer, un ingenuo, un alma, todos los hombres y todas las almas; o por lo menos, todos los hombres de alma.

Delante deste cuadro hecho a buril no se puede hablar de literatura, aunque él tenga la máxima prez literaria que es la fuerza. No se puede hablar de filosofía, aunque si alguna existe en la Argentina, ella está aquí. No se puede hablar de religión, porque el ánimo “naturalmente cristiano” del varón no hace ostentación ni es

* Schoo, Jorge Vicente (1968). *El Fusilado*. Buenos Aires: Cruz y Fierro, pp. 7-9.

apenas consciente della, y ella surge tan naturalmente como su respiración. No se puede hablar de poesía, aunque el autor haya dado sin proponérselo justo en el centro y lo más esencial della.

El Fusilado es un hombre recto y sin repliegues que tiene de la Patria, de la familia, la amistad, la sociedad y Dios el concepto antiguo y común; y se encuentra con todas esas categorías vitales bruscamente descuajadas por un evento inesperado aunque no del todo imprevisto: la presencia de la muerte inmediata y brutal, que él tiene por injusta.

La tentación suprema ante las bocas de fuego. ¿Qué es la Patria? ¿Existe la Patria? Ahora dicen no existen las patrias y todas deben reunirse en un solo gobierno mundial. ¿No hice una insensatez al sacrificar mujer, hija y la vida por esa palabra? Si tengo conciencia de haber obrado con un sincero anhelo del bien común, ¿cómo es que la Patria no lo reconoce? ¿Por qué la patria no me salva ahora? ¿Tiene sentido todo esto en que he apoyado mi vida misma? ¿Todo es engaño?

El autor ha visto justo, y todo esto es enteramente lógico: en este soldado la patria estaba intrínsecamente unida con Dios; de manera que al fallarle la patria, es Dios mismo quien queda cuestionado.

La tentación es vencida: comprensible o incompresiblemente, Dios le pide para su servicio una muerte serena y valerosa, como a soldado. Él es el dueño. De alguna manera hay que morir. Él proveerá. Él es su verdadero Coronel.

Lo que sigue a los ocho fogonazos, los ocho lanzazos y el estruendo en la cabeza es un final enteramente apto y altamente original: el alma separada del cuerpo sigue un rato junto a él; o quizá, como dicen los médicos, de algún modo unida a él; y asiste a la eliminación de su compañero junto con la de su percepción de lo sensible. Cae lentamente en un sueño. Los primitivos cristianos con muchos Santos Padres creían no existía lo que ahora llamamos Juicio Particular y el alma separada quedaba dormida hasta el Juicio Final.

Esta obra literaria (o como quieran llamarla) es digna de ser leída, de ser publicada y de ser meditada. Es escritura argentina en todos los sentidos: de plata.

LEONARDO CASTELLANI



SEMBLANZAS HEROICAS *

PRÓLOGO

(1970)

La Organización SAN JOSÉ ha querido publicar en volumen popular y con ilustraciones hermosas y exclusivas, esta colección de composiciones: un intento de hacer la épica de los héroes resucitados o digamos “revisados”; desenterrados no sin gloria por el “reversionismo”; pues lo que es la ODA a MITRE de Rubén Darío es una gansada portentosa.

De Don Juan Manuel poseemos cantidad de poemas sueltos y muy heterogéneos, desde la violenta y cursi diatriba de Mármol a las acicaladas poesías de Lizardo Zía y Blomberg; las cuales ha tratado de reseñar y calibrar el crítico Luis Soler Cañas en un minucioso estudio: “Imágenes de Juan Manuel de Rosas en la poesía del siglo XX”, publicado por partes en la revista JAUJA, 1967 y 1968. De los otros, como el Chacho y Quiroga, no hay nada. El Gaucho Rivero no sabemos quién fue, hablando en plata.

Es una cosa que hay que hacer y se hará; y este libro es un comienzo. Digamos que es como una piedra fundamental tosca. De su mérito artístico no me toca hablar; hablo de su mérito de precursor y pregonero, de estimulador.

Así como este libro es hasta ahora único, la Organización SAN JOSÉ es una empresa única entre nosotros: publica libros acerca de “lo nuestro” que ninguna otra publicaría ni con una pistola al pecho; porque “lo nuestro” entre nosotros no da usura.

Esa gran “Libertad, libertad, libertad” que debemos al liberalismo, en la “actividad” editorial (o sea en el *negocio* editorial) ha producido un resultado que es para alquilar balcones: una cantidad enorme de bazofia impresa de todas layas (desde la revista pornográfica hasta el tratado anticristiano) contra el cual aluvión barroso el pueblo no tiene defensa.

* Malvicini, Blas A (1970). *Semblanzas heroicas*. Buenos Aires: Organización San José, pp. 5-6.

Hace un siglo uno de esos “católicos liberales” del tiempo (o sea liberal aguachento y católico aguachento) escribió muy ufano la siguiente presentación de “su mejor poema” (según Menéndez y Pelayo):

“Hijo soy de mi siglo
Y no puedo olvidar que por el *trunfo*
De la conciencia humana
Desde mis años juveniles lucho.
Por Bárbaro, rechazo
De la brutal intolerancia el yugo;
Y quiero en campo abierto
Libremente lidiar con el absurdo.”

La conciencia humana tuvo su anhelado “trunfo” (como hay que pronunciar si se quiere que el 2º verso conste) y el resultado es que no podemos más “libremente luchar contra el Absurdo”, porque el Absurdo en todas sus fases se ha vuelto potente, arrollante y dueño de todas las imprentas, como si dijéramos.

El Absurdo de la libertad a troche y moche y “el libro para el logro” ha dado nacimiento a la literatura plebeya, la literatura sofista y la literatura liviana; pasando por alto la literatura (que no lo es) idiota. La buena literatura en este gran país está puesta en condiciones desventajosas, y no sólo no puede vencer pero a veces ni subsistir tan siquiera; anoser por las empresas tan esforzadas como y literalmente heroicas como “La Organización SAN JOSÉ”; que quiere bendecir el Santo Patriarca.

Compárese las facilidades y dificultades que tiene para publicar sus “productos” un argentino y un judío por ejemplo; y no quiero particularizar. Compárese (con perdón del modo de señalar) la revista JAUJA con la revista judía COMENTARIO o la semijudía ESTUDIOS.

Bueno, en estas condiciones quiere Dios luchemos hoy día contra el Absurdo; y nos presentaremos a la presencia de Dios dentro de poco, quizás no muy limpios pero sonrientes.

“MÍAS SON TODAS LAS IMPRENTAS”, dice el Señor por Jeremías; “YA NO HAY PATRIA”, dice el Señor por Isaías.

Febrero 25 de 1970

LEONARDO CASTELLANI



DESCENSO A LOS INFIERNOS DE LA BUROCRACIA EN LA ENSEÑANZA SECUNDARIA *

PRÓLOGO

(1970)

I

Pocos son hoy en día los que se inquietan por el bien del país común, o sea, aquellos a quienes “duele el país”, según la enérgica expresión de la autora de este libro; y los que sirven a su costa al pro del país con trabajo tan enérgico, honrado y bien informado como éste, menos todavía; casi ninguno.

Que la enseñanza en la Argentina anda mal (o “la educación” como llaman engreídamente) muchísimos lo dicen, con mayor o menor responsabilidad, con información bastante o sin ella; pero en fin, se puede decir que sobre eso hay consenso común.

Vamos a escuchar sobre eso una voz máximamente autorizada con la enorme fuerza de evidencia que prestan los hechos limpiamente testimoniados.

II

La autora, como consta en el título del libro, no cubre en su testimonio toda la vasta y compleja tabla de la instrucción en el país, ni siquiera la escuela oficial; pero ha tomado un punto central, que si no es la causa de la decadencia de la escuela, es posiblemente el primero de los efectos y la principal de las causas secundarias. Porque cualquiera sea la opinión acerca de la causa última (o primera) que para nosotros es la “leyenda del Estado Enseñante”, es indudable que la burocracia por el dicho Estado Enseñante edificada hoy es un fracaso indudable; y se asemeja a una especie de colmena con polilla; una colmena llena de hendidias que no puede ser defendida, y deja paso a los peores parásitos.

* Ivanishevich de D'Angelo Rodríguez, Magda (1970). *Descenso a los infiernos de la burocracia en la Enseñanza Secundaria*. Buenos Aires: Edición del Autor, pp. 7-15.

III

Se podría prever (y se previó) que la ley 1.898 llamada grotescamente “de libertad de enseñanza” iba a traer la actual decadencia de la escuela al sujetarla tiránicamente al monopolio del Estado. Actualmente el tal monopolio ha sido modificado aunque no quitado: y algunos intentos de quitarlo (ministerio Fernández 1903, Celestino Marcó 1938) han fracasado.

IV

La autora de este “informe”, se ha limitado a considerar la aberración de la burocracia con su secuela de despilfarro, desperdicio, errores graves, retardos dañosos y obstáculos a los buenos docentes, con impunidad para los deficientes.

Sólo indirectamente toca el aspecto moral. Pero los buracos de la colmena dejan entrada a inmoralidades increíbles sobre todo en torno a los ascensos, nombramientos y concursos; intrigas, mentiras, calumnias, simulaciones, favoritismos pagados o no pagados, arbitrariedades, adulteración de documentos escritos, y también rencores, odios, venganzas, sabotajes, dejando aparte otra clase de inmoralidades.

Esto no puede ser objeto de estadísticas, pero los que hemos actuado en la enseñanza Media tenemos experiencia horripilante de la clase de gente (mezclada por suerte con maestros íntegros) a que el Estado confía sus vástagos; o mejor dicho los ajenos. Esto es obvio y lo contrario sería un milagro; la burocracia no puede criar moral ni controlarla; no puede percibir la justicia ni menos impartirla.

V

En el breve tiempo en que asistí en el “Consejo Nacional de Educación” (en el tiempo de José Ignacio Olmedo) pude constatar “sin dubitar ni poder dubitar” que esa enorme maquinaria sin alma y aun sin ojos no puede gobernar centenares de escuelas y millares de maestros desparramados por todo el país: no puede hacer más que un gobierno aparente que en algunos casos, o en muchos, es mero desgobierno.

VI

Yo he defendido la libertad de enseñanza toda la vida desde los 17 años; aunque en aquel entonces mi defensa consistía en aburrir a mis familiares con declamaciones imitadas de mi maestro de 5° año en el Colegio, el gaucho uruguayo Juan F. Sallaberry. Sigo defendiéndola aunque en forma menos absoluta, porque la experiencia algo me ha enseñado. A saber, que si el derecho de los padres de familia a disponer la educación de sus hijos sigue siendo una verdad absoluta, lo mismo que la inconveniencia incluso económica de que el Estado se vuelva pedagogo, sin embargo el cambio del actual régimen a otro que respetara y fomentara la iniciativa privada en esta materia no carece de dificultades y peligros. En suma, que en la Argentina se debe mantener un cierto estatismo provisorio al menos; y el tránsito de la responsabilidad del Estado a los particulares debe hacerse con pies de plomo y control estricto.

No se puede transfigurar la enseñanza con un decreto. La experiencia de la libertad parcial concedida por Frondizi a las Universidades enseña mucho: no ha dado resultados esplendorosos.

VII

“La difusión de la escuela pública nacionalizadora y el control en ese aspecto de la enseñanza privada... son ahora necesarios... Al Estado le incumbe la vigilancia de la virtud ciudadana... Corresponde también al Estado una función supletoria de difusión de la enseñanza primaria y especial en todas las regiones del país donde no exista... Y le corresponde por último la facultad eminente de exigir cierto mínimo de capacidad... para el ejercicio de las profesiones”, dice un autor.

VIII

Entretanto se ponga remedio soportamos un estado de decadencia inveterado y ya intolerable. En todas partes hay abusos y errores y en otras partes serán más malos que nosotros; pero en ninguna parte son tan tilingos.

IX

Este trabajo da cuenta de los resultados del Estatuto del Docente en el régimen. Los resultados en el intelecto los resume así Ernesto Palacio

en 1940 —advirtiendo de paso que no llevan traza de mejorar sino al contrario: “Hay una contradicción visible entre los esfuerzos y dineros gastados en la enseñanza pública argentina y la miseria de sus productos. Sobre la calidad de estos nadie puede llamarse a engaño: son deplorables. Es un hecho de fácil comprobación que el nivel medio de los bachilleres argentinos es mediocrísimo; y que disminuye año tras año; que su caudal intelectual se limita a una carga de nociones incompletas e inconexas; que con trabajo se encuentra entre ellos alguno que sepa redactar una carta sin errores de ortografía; que carecen de preparación para la vida social y política, y para seguir sin tropiezos una vocación universitaria. Las fallas de esa formación se comunican luego a todas las actividades en que intervienen esos productos y las padecemos en el periodismo, en el parlamento y en la cátedra...”

X

En estos momentos se hace enorme alharaca por el asesinato de Aramburu y Alonso, que ciertamente son odiosos crímenes; pero hay otros crímenes peores sobre los cuales no se dice una palabra. Y el peor de todos es nuestra enseñanza “gratuita, laica y obligatoria”, esa gran conquista del liberalismo.

Los diarios y los políticos tienden sobre ese crimen de lesa patria un pudibundo velo. Los padres de familia ya no se sublevan, el Padre Castañeda murió y la Iglesia vive tan campante, codeándose con los responsables; y eso también debe ser resultado de un siglo de educación laica.

Esos crímenes de “Gangsters” que han alarmado a la gente (¡oh, no mucho!) y soltado la canilla de los charlatanes macaneros puede que sean justamente un castigo de Dios por el estado de crimen en que vivimos hace mucho.

Que de la falta de educación y la mala educación nazcan toda clase de males morales, hasta llegar al crimen, no es ningún milagro.

XI

Por complejo que aparezca el problema de hecho, es evidente que el remedio único es volver a la buena tradición en materia de enseñanza,

que consiste en dar libertad para ejercerla a los llamados a ella por vocación y competencia, reduciéndose el poder político a fomentar sus esfuerzos, a fiscalizar los fines más que los medios y en última instancia a suplir las deficiencias y carencias. Este es su fin y cómpito específico.

XII

La tradición del Occidente es ésta que exponemos; e incluso la tradición de la antigüedad greco-romana, excepto Esparta. Los que han roto esa tradición entregando al poder político la impartición del conocimiento –que por el mismo caso se tiñe de política– han sido:

1° Juliano el Apóstata.

2° Dos emperadores alemanes por breve tiempo.

3° Lutero.

4° La revolución francesa.

5° El Gobierno francés masónico (poco francés pardiez) de mitad del siglo XIX.

Y esta decadencia indefendible padeceremos mientras no se enderece la espuria enseñanza nuestra hacia su fin natural y tradicional cristiano.

XIII

¿Y cuándo será eso? Les diré: cuando la Argentina haya solucionado su problema político; el cual condiciona todos los otros problemas nacionales y es previo a ellos en el tiempo.

El problema político argentino consiste en la carencia ya inveterada de legitimidad y estabilidad. Desde hace un siglo estamos gobernados o por el fraude o por la violencia militar; aliadas a la mentira en los dos casos.

Un país gobernado por usurpadores del poder (que son los que Cristo llamó “ladrones que entran por la ventana”) que nunca podrá pelear. Es una nación o pseudo nación contra natura.

El problema político es el primero no en categoría quizá, pero sí cronológicamente: condiciona a todos los otros, los cuales no pueden solucionarse antes que él.

En efecto, una nación que no tiene solucionado su problema político no es nación: mal podrá solucionar sus problemas *nacionales*.

XIV

En un discurso pronunciado el 2 de Setiembre de 1970 delante del Presidente de la Nación, el Sr. General Oscar M. Chescota, dijo lo siguiente:

“Muchas de las dificultades de nuestro país provienen de errores de conducción, acumulados en décadas, que... han consistido en que el Estado dejó de hacer lo que debía para ponerse a hacer mal lo que no debía”.

La primera cosa que no debe hacer y hace mal es enseñar. Pero es una de las características permanentes del Régimen Liberal Latino. Por eso hablamos arriba del “problema político”.

León Daudet ha dicho con gracia que eso de ponerse a hacer cualquier cosa menos el propio oficio, es la idiosincrasia de los gaudules.

XV

No hay que dejar de decir hablando de la Enseñanza Pública Argentina que existen dentro de ella una cantidad de docentes íntegros y honrados que hacen por ella todo lo que pueden dentro de lo que les *dejan hacer*. Ellos son especie de mártires, pues aguantan sobre sobre sus espaldas el pesado y descompuesto armatoste; y debemos creer que gracias a sus sacrificios, aceptos a Dios, el pesado y descompuesto armatoste no ha hecho todavía triquitraque y no está tan mal la enseñanza como por lógica debía estar.

Algún atisbo de esos silenciosos sacrificios puede hallarse en este libro.

XVI

Tampoco se puede decir el SACRILEGIO de desterrar de la escuela y de la mente del niño el nombre de Dios, por la falsamente laica-neutra ley.

El recordado Dr. José Sola decía: “La Constitución Argentina manda al Congreso convertir a los indios y... pervertir a los niños”.

Falso. La Laica-Neutra no está en la Constitución; está más bien lo contrario, la “libertad de enseñar y aprender” que es violada por el Monopolio y por la irreligión directamente.

Los chicos no tienen defensa, los padres no se afligen ya mucho. Todavía tengo presente una escena de hace treinta años: una niñita (que es hoy señora profesora) que dice a su padre, un diputado, presente yo: “Sí, papá, verdad, el maestro nos dijo que no había Dios”. “No puede ser, Leonor, vos has entendido mal, no quiero que repitas eso”.

La Santa Madre Iglesia duerme feliz su siesta.

Los colegios “religiosos” muchas veces marran limpio su blanco: envían no pocos ateos y muchos cristianos mistongos a debatirse en el desorden ambiente; a veces a desacreditar al Cristianismo.

Hay una maldición de Cristo para los que escandalizan a los pequeños. No quisiera estar en el pellejo de los Ministros de “Cultura y Educación”; a no ser de los que renunciaron a los tres meses de nombrados por haber querido desobedecer a la Masonería.

“¡Ay de la Argentina por causa de los escándalos! Imposible es que no haya escándalos; pero ¡ay de aquéllos por quienes el escándalo viene!

Cristo promete el fuego eterno a los asesinos de almas”.

Leonardo Castellani
Buenos Aires, Octubre de 1970



LA CIUDAD DE MI INFANCIA *

LA IMAGEN DE UNA NIÑEZ FELIZ

(1971)

He tenido el honor de leer en originales este libro de la señora D'Ángelo Rodríguez. Es un buen libro. Le estoy agradecido; “agradado” dice el brasileño. ¿Y qué más? Si fuera yo “crítico literario” (profesión de que hace muy pronto me liberó el destino) tendría que hacer una conscripción de los libros de retratos o relatos de la niñez en Inglaterra (la más copiosa), Francia, España, Italia y Alemania. Comparándolos con el presente y definiendo parecidos y discrepancias; buscar después la “idea” de cada uno de los cuadritos y seleccionar los dos que (“a nuestro humilde parecer”) son los “más logrados”; averiguar la filosofía del conjunto y sus escalonadas implicancias metafísicas hasta la realidad del Ser Supremo; buscar el lugar de esta “creación en el cuadro de la floreciente literatura nacional” y finalmente para demostrarme imparcial y perspicaz, hallar dos defectos del libro, que en realidad de verdad “no son dos defectos sino dos lunares que más bien hermosean el fulgor sheherezadesco del rostro”.

Mejor es decir sencillamente que es un buen libro, discreto y delicado y logrado con felicidad. Esta palabra aparece al principio y al fin de él. Feliz quien ha podido escribirlo. Yo no hubiera podido.

Mi niñez fue tajeada por desgracias serias y dolores serios; en un pueblo sórdido y poco virtuoso. Todavía conservo mataduras.

Leo en una revista llamada CU-MA (espantoso nombre, *Cuaderno Marista*) en el curso de una entrevista del Hno. Pablo Agustín a un actor Antonio Medina:

“– ¿Cuál es el recuerdo más agradable de tu vida?

– *En general, toda la etapa de mi niñez...*”

* Ivanissevich de D'Ángelo Rodríguez, Magda (1971). *La ciudad de mi infancia*. Buenos Aires: Librería Huemul, pp. 11-14.

Todos dicen así: no sé si por ser verdad, o por ser un lugar común que se consideran obligados a repetir. “¡Qué lindo cuando era chango!”.

Me puse a pensar cómo respondería este cura, y recorrí “los días felices del bachillerato” (La Nación, diario) y todos los demás días consecuentes de los 8 períodos de mi vida; y la conclusión fue que todos habían sido igualmente felices.

En efecto, según enseña Schopenhauer, la felicidad consiste en el cese del dolor; y este cese es suministrado por la suspensión temporánea del correr de la vida (o sea, de la Voluntad) a cargo del ejercicio del intelecto. Y esto lo he tenido desde los 4 años, en que comencé a leer los cuentos de Calleja (según me dijeron, créanlo si quieren) hasta ahora que leo la *Breve historia de México* de Vasconcelos; el intervalo de 63 años llenado por libros, más de cuatro de lo más abigarrado; como Aristóteles y Antonio de Taboada, el *Nuevo Testamento* y *Bertoldo*, *Bertoldino* y *Cacaseno*; y quién sabe cuántos más. Todos ellos me hicieron el efecto de este parvo de mi Sra. Magdalena que leí estando enfermo y me olvidé de la enfermedad.

Alguien dijo que los libros son el opio de Occidente; me parece más verdad que son (entre otras cosas) las aspirinas del mundo. La aspirina no puede quitar los grandes dolores pero los alivia todos y elimina los pequeños. De donde otro poeta francés se atrevió a compararlas ¡con la Eucaristía! Creo que debe ser un pecado haber leído tantos libros, algunos muy malos, pero Dios me perdonará por mi gran necesidad de aspirinas.

Otro dicho que no creo verdad es el de que “no hay libro tan malo que no tenga algo bueno”. Hay libros del todo malos. No digo los enteramente canallas como *La pucelle* de Voltaire, *Lourdes* de Zola, *The fair Haven* de Samuel Butler, y otros que ni nombrar se debe. Hablo de libros honrados, pero malos. Hay una apología del cristianismo, *The Analogy of Religion* de otro Samuel Butler (un obispo) que si los ingleses lo leyeran perderían la poca religión que tienen: ¡y lo han puesto entre sus clásicos! “*Sacres ils sont, car*

personne n'y touche". Los libros de Apologética de P. Nicolás Buil (que fue mi profesor de lo mismo) son malos, pero tienen algo de bueno, y es que hacen reír de puro malos. Tratando de lo mismo, ahora que el padre Ives Congar nos ha honrado con su no pedida visita: este "apologista" escribió un mamotreto de 650 páginas. *Vraie et fausse reforme de l'Église* que es malo de solemnidad, en su conjunto, en cada capítulo y en cada línea. Si pusieran a un lector maniático en un calabozo de 3 x 3 x 3 con este libro como único compañero, no lo acabaría de leer aunque estuviese toda la vida en la cárcel. Solamente por la intención que no cumplió este charlatán de completar el mamotreto con otros 8 por el estilo, cuyos títulos da allí ("*Advertissement*") merecía ser azotado con escorpiones.

Como ven no he mencionado más que a cofrades. Saliendo de ellos he intentado hoy leer un librito de cuentos de una profesora de castellano, escrito aposta con la traidora intención de imponerlo a sus alumnos, los de su marido y los de dos o tres profesoras amigas; y hacer unos pesos. Opinamos se debería prohibir que las profesoras se autocanonizaran "clásica" sin permiso del Director.

Llegado aquí, veo no necesitaba recurrir por ejemplos a las literaturas extranjeras, existiendo aquí la maldita legión de "Libros de lectura" escritos por maestras. Teniendo a Kapelusz y a un Inspector propicio, es negocio. A los chicos no les hace daño, porque están inmunizados; a lo más contribuirán a la "deserción escolar", pero eso tampoco es un mal. El chico que nunca "se ha hecho la rabona", es sospechoso.

Pero este librito *La ciudad de mi infancia* sí se podría imponer sin pecado a los rapaces.

Tiene verdadera poesía y da una imagen sincera de la niñez. (Aquí vendrán las comparaciones: *Stalky* y sus compañeros de Kipling son enteramente exagerados; el pequeño *Trott* de Lichtenberger es demasiado ingenioso; los muchachitos de *Fermina Márquez* de Valery Larbaud son románticos e inventados, no menos que la muchachita de Ana María Matute, "Primera memoria", etc.). Estos cuadritos aquí son enteramente transparentes, no enturbiados

por la mentalidad adulta ni por ninguna “literatura”; lo cual no quiere decir no sea ducha la autora en acuñar hermosas frases; el paisaje mismo (la ciudad) se ve a través de ellos como a través de un cristal con rocío.

Feliz el que ha tenido una niñez feliz; y el que puede gozar con el retrato de una niñez feliz.

LEONARDO CASTELLANI



LAS CIEN MEJORES POESÍAS (LÍRICAS) ARGENTINAS *

PREFACIO

(1971)

Las Cien Mejores Poesías del inglés, y más tarde de las otras grandes literaturas europeas, fueron una iniciativa del librero londinense Gowans. Menéndez y Pelayo seleccionó las españolas, que más tarde se ampliaron en las MIL. Méjico, Chile, Cuba y Colombia hicieron sus respectivas centenas, *non sine honore*. La selección inglesa se dobló de *A second hundred*, y después se multiplicó en *Poesía para niños*, *Poesías religiosas* y *Poesía para el pueblo*. Los ingleses tienen con qué. La poesía griega y latina fue sometida a la misma selección; y los alemanes escogieron además cien poesías épicas.

Nuestro breve siglo y medio de poesía puede proporcionar un librito útil, por lo menos de entre casa.

Está dicho ya que el título de este libro no puede tomarse en sentido absoluto; mucho menos en nuestro caso, en que debemos incluir autores aún vivientes, entre quienes hay que practicar una diezmada dolorosa; y aun odiosa.

El libro está condenado a perpetrar una serie de *In-Equidades*, que serán fatalmente juzgadas *iniquidades*.

Una cierta perfección formal en los poemas elegidos y un cierto respeto a la historia y al gusto consagrados, son exigidos por esta clase de obras, y engrillan al selector.

Hay poesías con grandes *valores* parciales, que incluirlas en la colección sería como incluir un poema en francés. Hay poemas que se salen de ella porque son exquisitos sólo para los exquisitos. Es sabido desde Porfirio que las selecciones no son para los selectos, sino para todos. Los selectos tienen cada cual su propia selección.

* AA.VV. (1971). *Las cien mejores poesías (líricas) argentinas*, Segunda edición ampliada. Buenos Aires: Librería Huemul, pp. 7-10.

Usurpando la frase de Leopoldo Alas, se puede decir que en la Argentina ha habido solamente dos poetas y medio: Hernández y Lugones son los dos; y el medio es cualquiera de todos los otros; preciosos a veces para nuestro gusto y orgullo nacional, pero sin proyección posible extraterritorial: Grandes de entrecasa.

La historia de nuestra literatura se ha escrito hasta ahora (y era natural) con una especie de enfoque corto que magnifica patrióticamente nuestras pequeñas glorias; como si dijéramos “en familia”. Este enfoque se puede convertir y se está convirtiendo en vicio. Hay docentes y aun doctos que afectan considerar a nuestras letras como un orbe completo y cerrado, dentro del cual han de encontrarse y unirse necesariamente los valores supremos: megalomanía de campanario, fatal para la inteligencia y más aún para la formación de la juventud. En muchos órdenes no hemos dado todavía ningún valor sumo: nadie nace grande.

Véase, por ejemplo, la antología de Juan de la Cruz Puig y sus ditirámicas introducciones; donde reprocha a Menéndez y Pelayo exceso de acrimonia, cuando lo que hay en el gran crítico castellano hacia nosotros es justamente propensión a lo contrario.

Malo sería renegar de lo nuestro y aun carecer hacia ello de la humana ternura fraterna; pero mucho peor es cortarnos de la ecumenidad del pensamiento con una especie de anteojeras de barbarie egocéntrica; que nos llevaría a falsedades manifiestas y grotescas.

Nuestra poesía que podríamos llamar “primitiva” (en realidad superadulta), historiada benévolamente por Menéndez y Pelayo, es pobre. La Colonia, la Independencia y la Organización Nacional no dieron o no sufrieron grandes poetas: la retórica, la hinchazón y la imitación reinan en esas tres Épocas nuestras; —que para la historia del mundo ciertamente no lo son, así con mayúscula.

Sin embargo, los poetas y rimadores de entonces contienen valores apreciables, por lo menos pedagógicamente: como por ejemplo, una cultura más equilibrada y un sentido más firme de la lengua que en la mayoría de los “modernos”.

Por eso le hemos dado entrada con medida, sin correr violentamente la selección hacia los últimos 80 años; lo cual habría de hacerse en el

caso de querer aproximarse absolutamente al título de “las cien mejores”.

Como verá el avisado lector, hemos cerrado la selección el año 1912; es decir, con los autores nacidos hace 40 años. Los poetas jóvenes pueden esperar, puesto que para eso son jóvenes. Dirá alguien que algunos de ellos tienen ya madurez, una madurez que sobrepasa su edad. De acuerdo. Pero para los fines de la crestomatía hemos debido atenernos a la madurez de la edad también –como una regla imparcial. Los límites materiales de ella nos lo imponían. Otro trabajo posible atrojará si Dios quiere una mies más amplia, así como hará un estudio ya iniciado de los poetas incluidos en ésta: –esa erudición útil en segunda instancia, que se sirve en primera instancia y de *memoria* en la enseñanza de las Letras en nuestro despistado país. La erudición es colonial. Los países soberanos leen a Homero; los países incipientes aprenden de memoria la vida de Homero; y los “argumentos” de sus rapsodias.

Estas explicaciones no son sino una obvia postulación de grande indulgencia de parte de los lectores.

* * *

¿Poesía en este tiempo? –dice el librero. Cosa de otros tiempos. ¿Para qué? ¿Quién piensa hoy en la poesía?

La poesía piensa por nosotros. No hay cosa como ella para educar a los niños y para educar a los pueblos; con tal de salirse de ella a tiempo y por *arriba*, como de la niñez. Claro es que hay muchos que nunca salen y se amohosan en ella, una podre sutil en el alma como el agua que no corre de la charca: el remanso estético.

La poesía despierta en el hombre la ilusión transcendental de donde salen la vida y la muerte; porque su tema permanente es la felicidad, resorte del vivir; la Felicidad que no existe, por lo menos dentro de sus reinos. ¡Ay de aquel que no acierta a salir de la esfera encantada de la estética, del Reino de las Apariencias –como algunos de nuestros poetas suicidas! Mas la Belleza no es apariencia solamente; y su fin es ser *aparición*.

La poesía no morirá nunca, aunque hoy parezca moribunda. Pasa por la más tremenda crisis, por habérsele sustraído la sustancia de que se sustentaba. Los poetas de hoy parecen esquizofrénicos (y algunos puede que lo sean), no todos, mas una buena parte. Pero es conmovedor en el fondo ese enorme e inevitable esfuerzo para labrar una poesía con la Nada. El alimento de ella es el tuétano de todo lo que es humano; y ha quedado sin nutrimento, destejiéndose para tejerse, alimentándose de sí misma en una patética autofagia, porque le han sustraído su sustancia.

Pero ella es la que ha balbucido en todas las cunas la ninanana de todas las grandes verdades, que no soporta en estado puro el alma aún niña. Las ha hecho miel y leche, mezcladas de acónito y beleño: es así, no puede ser de otra manera en la confesada condición del hombre, monstruo ambiguo, síntesis de contradicciones.

Tenemos más confianza en la miel que en el veneno. Sabemos que el veneno no ha nacido para eterno, aunque a ratos predomine tanto que parezca soberano. Sabemos que toda turbiedad se ha de purificar, y que una fuerza lenta e incontrastable guía la trágica complejidad de las cosas a una superhumana simplicidad.

Por eso hemos recogido lo más decantado que se ha producido en este rincón incipiente del Universo (sea ello incompleto o imperfecto como nuestro) de esa voz balbuciente de la pobre Humanidad.

LEONARDO CASTELLANI

FERMÍN CHAVEZ

Año 1952.



ARGENTINA Y SU SOMBRA*

(1973)

Sr. Cnel.
Juan Francisco Guevara
Cap.

Enero 27 de 1971
Estimado amigo:

Le agradezco cordialmente el envío de su libro *Argentina y su sombra*, que leí primero a ratitos y desde la mitad de un tirón hasta el fin. Es excelente.

Me ufano de que haya incluido en la preclara exposición algunos versos míos; honor que nadie les había hecho hasta ahora.

Cuando trata materia filosófica, es sorprendente la exactitud de ideas y términos; cuando materia histórica, se siente la vibración de lo vivido.

El libro es desconsolador, pero de tanto en tanto hay clarazones de luz que infunden esperanza. O mejor dicho, lo que es desolador es el estado del país que el libro retrata, creo que fielmente. Yo a veces me esfuerzo por determinar la causa de esta mala suerte o “sombra” de la Argentina, sin poder conseguirlo: si será el fracaso de la educación, si serán las fallas de la Iglesia o si será cosa de todo el mundo con compleja casualidad. Lo seguro es que estamos castigados por Dios; hay cosas que se pueden llamar “pecados nacionales” que no se quieren reconocer; que el remedio del desorden moral y social está lejos o es del todo imposible.

La flor de la educación y su meta penúltima es formar hombres capaces de gobernar (algunos) y de ser gobernados (todos). Esto se concluye inmediatamente de la condición “social” del hombre; pues si está hecho para vivir en sociedad, debe ser capaz de hacer la sociedad.

* Guevara, Juan Francisco (1973). *Argentina y su sombra*. 2° ed. Buenos Aires: Edición del Autor, p. 1.

Creo que los argentinos no tenemos un lenguaje intelectual común, y... así podría seguir razonando sobre lo que usted razona mejor en su libro.

Al cual deseo la difícil penetración.

Suyo Affmo. en

Xto. Jesús

L. Castellani

P.D.: La verdad es que estoy hecho bastante indiferente a todos los males nacionales; porque o son irremediables o yo no puedo hacer nada.



ALMA DE PIE DE GALLO *

LA MUSA MOZA

(1975)

Coplas y pensamientos de Ángel Miguel Salvat.

Quien recorra este librito se topará con un hallazgo que me atrevo a llamar único: un conjunto de canciones populares no solamente honestas mas pías, no solamente morales mas ingeniosas; en las cuales respira la musa argentina más genuina.

Ellas están apoyadas en brevísimas notas de filosofía afectuosa que exponen sólidamente el pensamiento fundamental de lo que después (o antes quizá) se volcó en rima y guitarra.

Su autor, a la vez músico y moralista, el ingeniero Ángel Miguel Salvat es el ejemplo más asombroso que conocemos de la inspiración espontánea y (por decirlo así) vocacional. Se puede decir la guitarra suscitó las coplas y las coplas crearon los pensamientos morales que las preceden. Ellos abarcan toda la gama de la vida ética del hombre.

Son un breviario de los sentimientos que deberían inspirar el camino de todos, grandes y chicos: Dios, la Santísima Madre de Dios, la Patria, la Familia, el amor paterno y todos los amores naturales y sanos se suceden en expresión sencilla y justa, que aun cuando es satírica o chusca, es noble. Que eso haya brotado en forma enteramente manantial, casi sin parar un momento, denota la salud del alma de nuestra gente. Por eso estampé arriba la palabra “asombroso”. Es el afecto que surgió en mí cuando escuché por primera vez al ingeniero Salvat inclinado sobre la guitarra y dejando brotar como agua de venero una tras otra estas tonadas, que así como compuso sin esfuerzo, conserva en la memoria sin confusión.

Los versos son de una corrección notable, el acompañamiento es simple y fácil, el género de las composiciones estrictamente guardado. Desde el villancico hasta la chunga, desde el gato y la zamba al valse, todas las cuerdas han sido tañidas de la musa popular; y el autor puede

* Salvat, Ángel L. M. (1975). *Alma de Pie de Gallo*. Mendoza: Lucta, p. 11-12.

gloriarse de haber logrado un lírico compendio de las flores de la vida común.

He aquí la poesía: la verdadera “música ciudadana”.

Leonardo Castellani Conte Pomi. Marzo de 1975



CLASIFICACIÓN TEMÁTICA DE LOS ESCRITOS

QUE INTEGRAN EL PRESENTE VOLUMEN

Temas teológicos y religiosos

La Iglesia de Nuestra Fe.
Suma Teológica.
Las apariciones no son un mito.
Las negaciones de Garabandal.
Señor del mundo.
Nosotros los inmortales.
La Iglesia patristica y la parusía.

Temas filosóficos

Theonas.
La crítica de Kant.
Reflexiones sobre y desde La Pampa.

Temas políticos

La revolución que anunciamos.
Nociones de comunismo para católicos.
Nos los representantes del Pueblo.
Política, Nacionalismo, Estado.
Imperialismos y Masonería.
Argentina y su sombra.

Temas históricos

La historia falsificada.
Avivando brasas.
Así fue Mayo.

Temas culturales y educativos

La Universidad y la Nación.
Descenso a los infiernos de la burocracia en la Enseñanza Secundaria.

Temas literarios

58°.

La gloria de Tomás de Aquino.

La Reina de las siete Espadas.

Las cien mejores poesías líricas argentinas.

Poemas en nostalgia mayor.

El fusilado.

La ciudad de mi infancia.

Semblanzas heroicas.

Alma de pie de gallo.

A más de los prólogos a sus propias obras, enjundiosos e insoslayables, Leonardo Castellani escribió prólogos a pedido –pues fue varias veces convocado a presentar obras ajenas– que resultan igualmente ineludibles. Fiel a su estilo, en más de una oportunidad, luego de realizar los elogios de rigor, se metió en tema y estableció un contrapunto con el autor en el que sus propias ideas prevalecieron para iluminar el asunto tratado en el libro. Entonces, más que una presentación, Castellani ha entablado en cada caso una conversación. Le dieron pie para expresarse: así, pues, lo hizo, dialógicamente, magisterialmente.

Castellani, simplemente, acepta la invitación al canto, y entonces canta opinando porque ese es su modo de cantar.

Pero no se demora mezquinamente en los zaguanes: conduce al lector hasta la puerta y acompaña el ingreso al convite con la cortesía del anfitrión que recibe a los invitados. “Pase al banquete que lo espera detrás de estas cancelas” le dice.

La mesa está servida.

(Dra. Liliana Pincirolí de Caratti. Del Prólogo)

